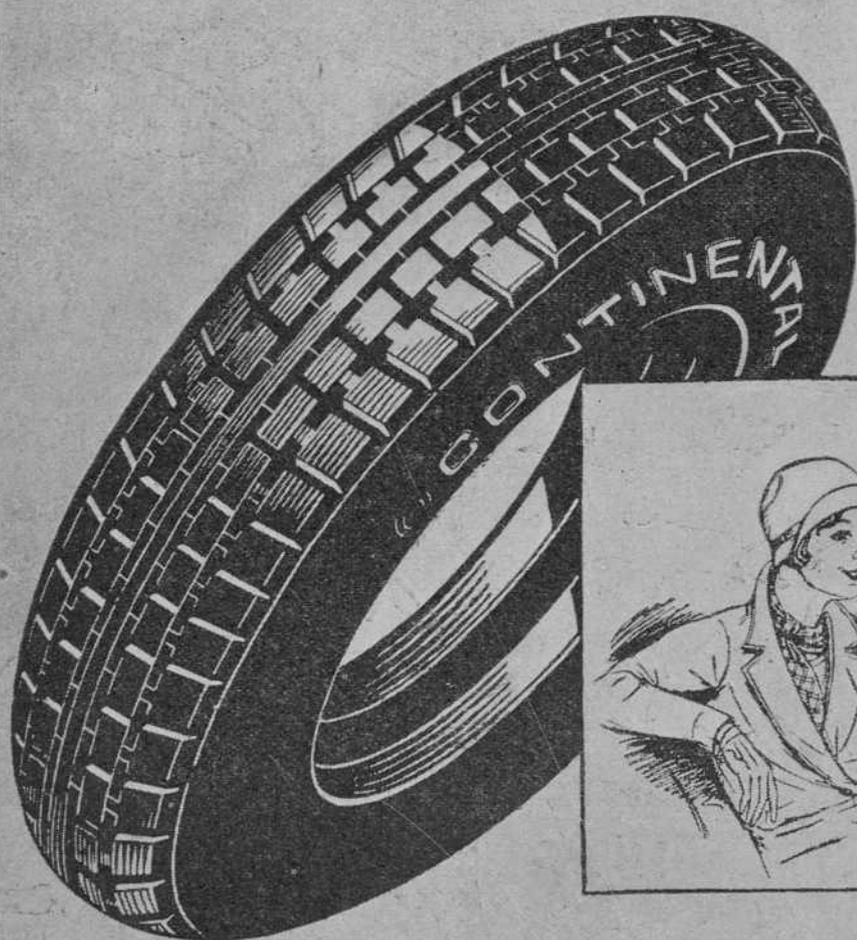


La Esfera



Número extraordinario

Precio: **3** pesetas



Para viajar con la mayor tranquilidad

cómoda y agradablemente, es imprescindible dotar á su coche del neumático mejor posible

Solamente un neumático como el "CONTINENTAL", que representa hasta ahora lo más perfecto en el calzado de todo coche, puede inspirar á usted la confianza necesaria de que efectuará usted tranquilamente, con toda seguridad, todos sus viajes

El convencimiento de ello es la causa de los muchos consumidores que tiene el neumático "CONTINENTAL" en todo el mundo, convencimiento que usted adquirirá desde el momento en que practique un ensayo con el mismo

¡PRUEBE Y CONVÉNZASE!

que el neumático más económico y seguro es el

Continental

REPRESENTACION GENERAL:

Warfelmann y Steiger, S. L.

MADRID: Génova, núm. 19

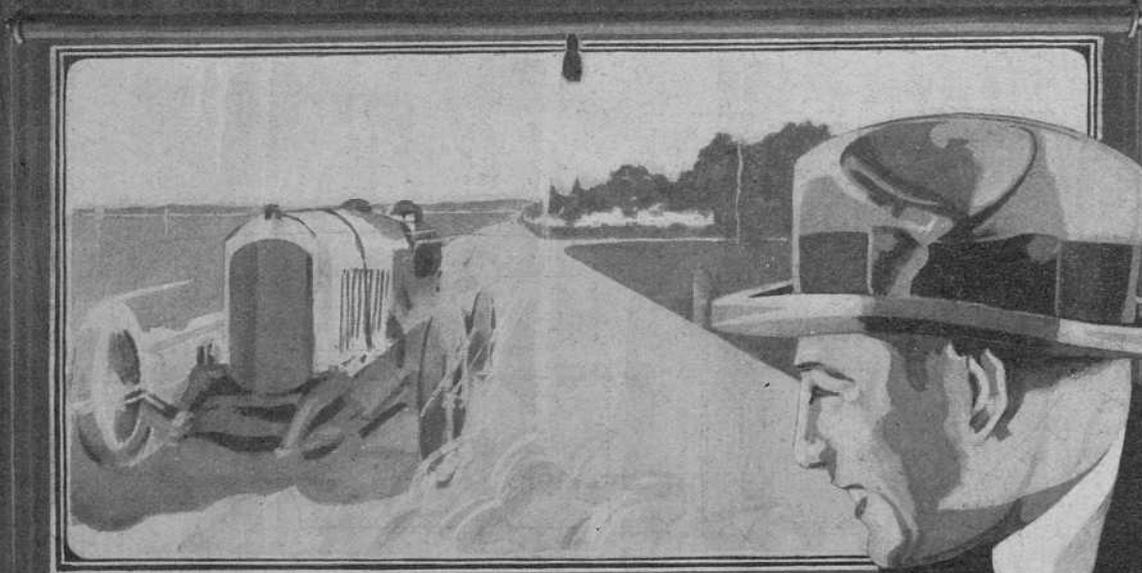
Apartado 4.020

Teléfonos 34552-36861

BARCELONA: Balmes, 84

Teléfono 70562

Direcciones telegráfica y telefónica: CONTINENTAL



Moyano

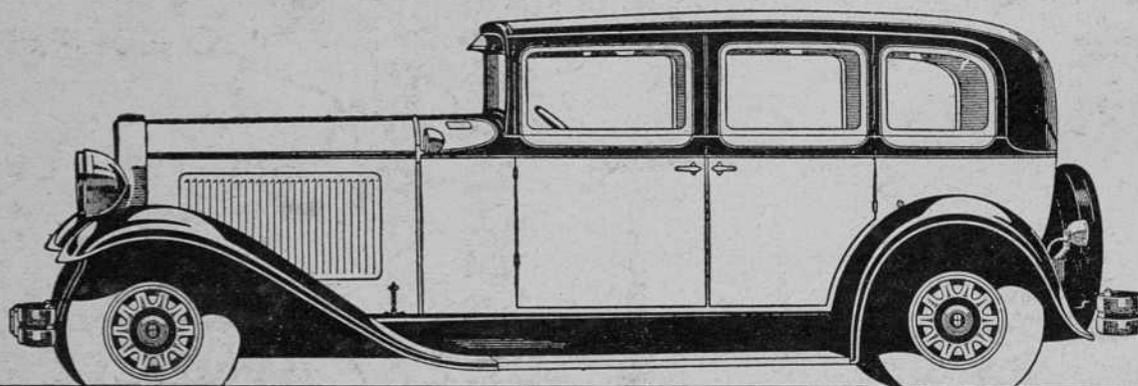
*Desde el suntuoso diván de
un FIAT - 521
podéis reiros de los coches
que os intentan pasar*

FIAT

FIAT HISPANIA, S.A. - Av. Conde Peñalver, 19 - MADRID

AGENTES Y SALONES DE EXPOSICIÓN EN
TODAS LAS PROVINCIAS

PRESENTAMOS EL NASH "400" DE 1930



DIGNO SUCESOR DE UN GRAN TRIUNFADOR

"8" DE DOBLE
ENCENDIDO



"6" DE DOBLE
ENCENDIDO

"6" SENCILLO

CON NUEVAS CARACTERISTICAS NOTABILISIMAS, QUE HARAN QUE LA ATENCION DEL MUNDO ENTERO SE CONCENTRE SOBRE EL NASH

Nuevos Diseños de Carrocerías—Mayores Distancias Entre Ejes—Nuevos Marcos Angostos de Radiadores, con Persianas Integrales, Automáticas—Motores Más Potentes—Cigüeñales de Muñones Huecos, con 7 Cojinetes—Frenos a las 4 Ruedas, Auto-dinámicos—Bomba de Alimentación del Combustible—Lubricación Centralizada del Chasis—Nuevos Amortiguadores

Hidráulicos Lovejoy, de Doble Acción, Asiento del Conductor

Ajustable—Cubiertas de Acero en los Muelles, con Lubricación para toda su vida—Y estas características adicionales en el "8": Motor "Ocho en Línea", de Doble Encendido, de Alta Compresión, con Válvulas en la Cabeza—Cigüeñal Integralmente Contrabalaceado, de Muñones Huecos, con 9 Cojinetes—Bielas de Aluminio—Cristal Duplate Inastillable, en todas las ventanillas, portezuelas y parabrisas.

Queda usted cordialmente invitado a inspeccionar y conducir el Nash "400" de 1930.

H. E. MOTORS, S. A.
Avenida Conde de Peñalver, 7
MADRID

STEINWAY

El piano **STEINWAY**
fué reconocido desde el
principio de su existencia
como el mejor de los pianos

STEINWAY Duo Art
pianola-piano

CINE KODAK

: Sala de demostraciones :



STEINWAY
Modelo media-cola «170»
7 ¹/₃ octavas, 2 pedales, 170 cm.
de largo
7.500 pesetas



STEINWAY
Modelo de piano «132»
7 ¹/₃ octavas, 2 pedales, 132 cm.
de alto
5.000 pesetas

FONÓGRAFOS
THOMAS A. EDISON

RICARDO CAMPOS
NICOLAS M.^a RIVERO, 11 — MADRID

GRAMOLAS
VOZ DE SU AMO



*Felicita a su
 clientela y señores
 cooperadores*

GEORGIA

es el engrase americano que se vende en España con creciente éxito desde 1912:

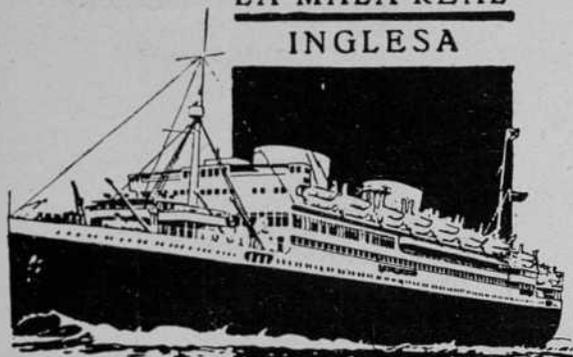
- Para Automóviles,
- Para Aviación,
- Para la Industria.

SOCIEDAD ANÓNIMA ESPAÑOLA GEORGIA-OIL
 CENTRAL EN MÁLAGA APARTADO 72

DELEGACIONES Y AGENCIAS:

MADRID - BARCELONA - VALENCIA - SEVILLA - BILBAO - VIGO
 GIJÓN - PALMA DE MALLORCA - CEUTA - SANTA CRUZ DE TENERIFE

LA MALA REAL
INGLESA



«ASTURIAS» Y
«ALCANTARA»

LOS MAYORES, MÁS NUEVOS
Y MÁS LUJOSOS BUQUES

BRITÁNICOS A MOTOR.

SALIDAS REGULARES DE

CORUÑA, VIGO Y LISBOA

AL BRASIL, URUGUAY Y

ARGENTINA.

INFORMES:

MAC ANDREWS Y CIA. L.TDA, Marqués de Cubas, 21, Madrid.
VIGO, E. Durán. CORUÑA, Rubine e Hijos.

Underwood portátil

Teclado universal



El regalo más útil de Reyes

Guillermo Trúniger, S.A. - APARTADO 293 - BARCELONA

Sucursal en Madrid: Alcalá, 39.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse a Hermsilla, número 57.

El neumático

Englebert

es perfectamente
antideslizante.

Su uso es una garantía
de confort y seguridad.

S. A. E. "ENGLEBERT"

MADRID
Felipe IV, 7

BARCELONA
Cortes, 457



Faxama

**La espuma y
la fragancia**



DEL JABÓN

LA TOJA

LE HACEN ÚNICO EN EL MUNDO

UNA PTA. PASTILLA

TEMAS FEMENINOS

¿Por qué no es Ud. más esbelta?

ESTA pregunta, años atrás, hubiera tenido esta sola respuesta: «Sencillamente, porque no puedo serlo». En cambio, hoy día, esta respuesta sería inculta, sería absurda, y denotaría que se desconocen los adelantos de la ciencia. «Entonces —dirá usted—, ¿es que puedo ser más esbelta?» Sí, no lo dude. Puede serlo y sin privaciones, sin fatiga, sin quebrantamiento de la salud. ¿Cómo?

Habrán usted oído hablar de las famosas fajas para adelgazar que fabricamos, para satisfacción de la Humanidad. Trátase de una fabricación exclusiva, patentada, que los establecimientos «MADAME X», nombre comercial registrado, venden en España á precios reducidísimos por ser el punto de producción.

Nuestros modelos llaman poderosamente la atención de todas las mujeres elegantes. Nuestras clientas son objeto de admiración, por su esbeltez conseguida en pocas semanas. Por esto le decimos: No debe usted quedarse sin perfeccionar su silueta, sin rectificar su línea, sin conseguir adelgazar, recobrando la agilidad perdida, rejuveneciéndose, llegando á ser tal como fué antes de engordar y de tomar su cuerpo el desarrollo que le ha hecho perder su silueta y que le hace parecer siempre mal vestida y vieja. Debemos preocuparnos de conservar nuestra línea, nuestra juventud, nuestra agilidad. En una palabra, debemos ser esbeltas.

Usted llegará á ser esbelta

AUNQUE fuese usted una de las que más hubiesen luchado contra su obesidad sin conseguir adelgazar, estamos seguros de que con el uso de nuestra faja de caucho, científicamente trabajada, llegará á adelgazar en pocas semanas. Procuramos siempre que nuestras fajas de caucho no cierren bien al momento de venderlas, pues sabemos que á los pocos días habrá usted ya adelgazado y necesitará tirar los cordones para ajustarla á medida que usted adelgace, hasta llegar á cerrarla completamente. No puede usted figurarse la satisfacción que experimentará cuando se encuentre con que efectivamente adelgaza. Nuestras fajas y corsés se llevan también en susbtitución de cualquier corsé, y ésta es otra ventaja que alcanza al instante, pues con las fajas y corsés de caucholina forma usted seguidamente una silueta de moda, varía la línea y reduce el talle. Nuestras fajas y corsés son tan cómodos y de tan fácil colocación, que se meten y se quitan en un abrir y cerrar de ojos.

Si á usted se le ocurre preguntar al médico lo que debe hacer para adelgazar, seguramente que éste le dirá: «Use las fajas de caucholina que venden los establecimientos «MADAME X», de España. Sus modelos son fabricados sobre principios científicos de masaje, y con su uso reducirá á los pocos días algunos kilos».

Si pregunta á la modista si le parece bien que adquiriera usted un corsé de nuestra fabricación, le dirá que son un encanto; que mejorará seguidamente su silueta, y que le será posible llevar más á gusto los vestidos de moda.

Pero no se le ocurra preguntar esto á quien tenga intereses contrarios y que vea en la nueva fabricación su principal enemigo. Tampoco se deje usted influir por mercantilismos, que intentarán hacerle creer que todas las fajas de caucho son iguales, que dan el mismo resultado, que tienen la misma duración y que son los mismos modelos. De ningún modo crea usted esto. Ante todo, pídanos un catálogo, compre una faja á nuestros establecimientos, y si después de conocer lo nuestro quiere probar todo lo demás, ya sabemos que nadie podrá hacerle creer que todas las fabricaciones son iguales, pues, conocedora de lo bueno, lo inmejorable y lo económico, rechazará por convicción lo malo, lo inferior, lo caro.

Cuando una señora ha comprado alguna de nuestras fajas de caucho, sabemos que de su boca sólo pueden salir palabras de alabanza y de confianza para nuestra fabricación. Nuestra base de negocio no es el reclamo, porque nues-

“MADAME X”

FAJAS PATENTADAS DE CAUCHOLINA PARA ADELGAZAR

SEÑORA:

Adquiera una faja “MADAME X” antes de encarar sus nuevos vestidos, y vestirá usted mejor, gastando lo mismo.



ESTABLECIMIENTOS

“MADAME X”

MADRID: Travesía del Arenal, 2 (junto á Mayor, 8).

BARCELONA: Rambla de Catalunya, 24.

BILBAO: Gran Vía, 35.

OVIEDO: Melquiades Alvarez, 6, entresuelo.

SAN SEBASTIAN: Garibay, núm. 22.

SEVILLA: Francos, 21.

VALENCIA: Paz, 3.

VIGO: Victoria, 8.

tro reclamo lo constituyen las mismas compradoras que gozan de la satisfacción de haber sido bien servidas y sienten gratitud por nuestra fabricación perfecta y por el abaratamiento dado á las fajas y corsés de caucho. Hemos creado y conservamos una fabricación de tan alta calidad y de tal abundancia de modelos, que hay para todos los cuerpos, é incluso, si conviene una variante, se fabrican no tan sólo á medida, sino bajo modelo dictado por el médico ó imaginado por la compradora.

Desconfíe de otras fabricaciones que nada tienen que ver con nuestra organización ni con nuestros modelos y calidades.

Usted debe ser esbelta

EL sostén de caucho puro da inmediatamente una línea graciosamente esbelta, y es el complemento de la rectificación y reductibilidad que produce nuestro corsé de caucholina.

Hay sostenes con pretina que producen resultados maravillosos.

La formidable venta que han alcanzado estos sostenes de caucholina en los distintos modelos de nuestra fabricación es la prueba más evidente de que la mujer elegante no puede prescindir de ellos, que comprimiendo no privan la respiración, ni sujetando quitan flexibilidad al cuerpo ni naturalidad á los movimientos.

Nuestros sostenes tienen la misma razón de ser que nuestros corsés, y son la más fiel expresión del masaje científico, producido por el caucho con su flexibilidad y elasticidad.

Para adelgazar y reducir el talle no es necesario llevar nuestros corsés y sostenes de caucho todo el día. Bastará, si una quiere, con llevarlos unas pocas horas.

Nuestros corsés evitan el desbordamiento de carnes, sujetan el busto, estrechan el talle, reducen las nalgas y disminuyen el volumen, moldeando el cuerpo, y, no obstante, usted no tendrá la sensación de ir muy apretada ni tampoco sensación contraria.

La resistencia de nuestros corsés, lavables, es debida á su alta calidad y á estar preparado el caucho para combatir la obesidad y resistir toda clase de sudores.

Nuestros corsés y fajas permiten todos los movimientos y ninguna molestia causan, tanto si usted permanece de pie, ó se sienta, ó se inclina. Sosteniendo la línea flexible, mantienen bien los órganos y producen un real y agradable bienestar en todo el cuerpo.

Nuestros corsés y sostenes son suaves, graduables y permiten reducir la cintura á medida que la gordura desaparece.

Elogio de los Sostenes, Fajas y Corsés de caucholina “Madame X”

HACER el elogio de nuestros Sostenes, Fajas y Corsés equivale á hacer el elogio de la Juventud, de la Elegancia, de la Esbeltez y de la Forma. Elogio, sobre todo, de esta divina Forma de mujer buscada y soñada por los artistas en sus recreaciones de la Eterna Belleza. Va rodando el mundo, y al compás de los tiempos van cambiando las modas, los caprichos y las fantasías. Pero permanece siempre la Belleza, como inspiración y guía de toda humana creación y grandeza. El mejor elogio de nuestros Corsés, Fajas y Sostenes es certificar que todas cuantas señoras han probado nuestros modelos ya no quieren volver al sistema antiguo de los antipáticos corsés rígidos, ni al de los de tejido elástico, porque los nuestros de caucholina les aventajan bajo todo concepto, y además reducen la cintura, rejuvenecen y retornan la agilidad que los años y el volumen habían hecho perder al cuerpo. Este elogio lo escriben diariamente todas nuestras clientas, y creemos ya no cabe otro elogio mejor.

Sección «MADAME X» para caballeros
MAYOR, 8, 1.º, MADRID

Señora: Use “MADAME X”
Apósito femenino.



Generalizada en el comercio mundial la práctica de la venta á plazos como medio de facilitar las ventas, no se había extendido, sin embargo, á los artículos alimenticios, acaso por considerarse este *fiado* el más peligroso de todos, como en extremo (propicio á los casos de amnesia) liquidadora. Más he aquí que unos cuantos establecimientos berlineses se han lanzado

valientemente á la referida aventura comercial, concediendo durante las Navidades á su habitual clientela el beneficio de poder adquirir un succulento ganso, un orondo pavo ó un hermoso capón mediante el pago de una pequeña cantidad semanal. La adjunta fotografía muestra el escaparate de uno de los dichos establecimientos en uno de los barrios pobres de Berlín.

Libros nuevos

¡Espérame en Siberia, vida mía! Este es el sugerente título de la última novela de Enrique Jardiel Poncela.

¿Hemos de repetir lo que escribimos al comentar aquella otra originalísima y divertida novela que en esta misma «colección de grandes novelas humorísticas» publicó bajo el título de *Amor se escribe sin hace?* Exactamente. Jardiel Poncela no defrauda nunca á sus lectores, de quien irremediabilmente, página por página, ha de ir arrancando esos regocijantes y espon-

táneos momentos que él se propuso al escribir sus disparatadas—al parecer—narraciones.

Biblioteca Nueva.—Madrid, 1929.
—*El crimen de la Gran Vía*, por César González-Ruano.

Colección jurídicoperiodística de los grandes procesos españoles contemporáneos.
Editorial «Justicia».—Madrid, 1929.

—*Poemas de un emigrante*, por Miguel María Victorero.—Buenos Aires, 1929.

—*El hombre de estos años*, por Serafín del Mar.—México, 1929.

—*La práctica médica en los accidentes del trabajo*. Uno de nuestros más sólidos prestigios de la Medicina, D. Antonio Oller, autor del presente volumen, viene laborando, desde unos cuantos lustros, con infatigable y plausible afán, al frente del «Instituto de reeducación física». Este libro es el fruto de su talento y de su competencia en la materia.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

Los Previsores del Porvenir

Constituyen una asociación de ahorro para pensiones vitalicias legalmente constituida en España desde 1904, á la que pertenecen como asociados de número S. M. el Rey, el jefe del Gobierno y representaciones de todas las clases sociales.

Tiene una intervención permanente del Estado, que garantiza su funcionamiento.

Cuenta con más de 140 millones de pesetas y lleva repartido entre sus pensionistas más de 38 millones, según las noticias oficiales que conocemos.

NOTA CÓMICA



UN CUENTO DE LAS MIL Y PICO DE NOCHES
La dama (al hechicero).—Mire: haga el favor de cambiar de sitio conmigo, porque tengo una cúpula demasiado puntiaguda debajo...
(De Austin Molloy, en «The Passing Show».—Londres.)



De venta en las buenas
Relojerías y Joyerías.
Al por mayor:
JAIME JEQUIER, MADRID.

LOS MEJORES REGALOS PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO

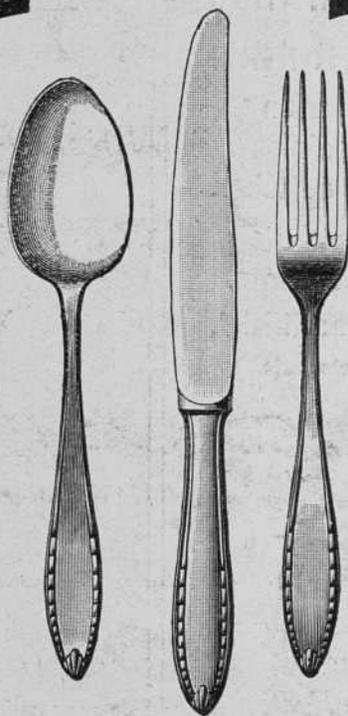
SON

LOS OBJETOS
DE ARTE

Royal & C^o

VEANSE NUESTROS
ESCAPARATES

REMITIMOS NUESTRO
CATALOGO ILUSTRADO
GRATUITAMENTE



LOS CUBIERTOS
Y ORFEBRERIA

= Christofle =

VENDE UNICAMENTE
ESTA MARCA

Royal & C^o

MADRID
PELIGROS, 11 Y 13



Seis razones para leer la SANTA BIBLIA

Es el libro base de nuestra cultura.

Abunda en biografías de hombres y mujeres notables.

Nos dice la verdad amarga, pero saludable.

Nos consuela y nos orienta en la vida diaria.

Encierra la vida admirable y muerte redentora de Jesús.

Encamina nuestro espíritu á Dios.

Envíase este magnífico volumen de 1.248 páginas, 24 por 18 centímetros, á reembolso de 6,75 pesetas por todo gasto, pidiéndolo á la Sociedad Bíblica, Flor Alta, 2 y 4, Madrid.



Casa de Muñecas

La más linda que pudo idear la fantasía de una niña puede armarse con la colección de 24 construcciones recortables estampadas a todo lujo por "LA TIJERA". Consta de cocina, comedor, gabinete, alcoba, cuarto de baño, terraza y jardín. Los muebles y el decorado son un encanto de modernidad y buen gusto y pueden admirarse quitando una de las fachadas a cuyo fin se ha hecho practicable. PRECIO CINCO PESETAS.

Los pedidos de provincias aumentan 0,50 para franqueo.

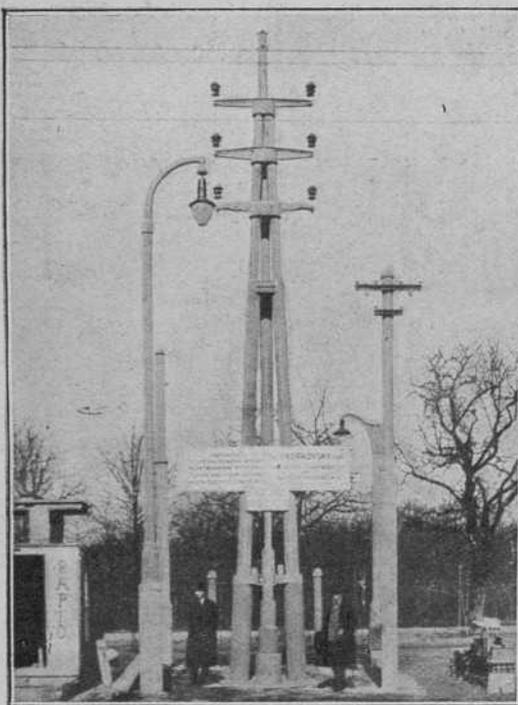
El Pueblo Español

Preciosa colección de 18 construcciones recortables editadas por "LA TIJERA" con las que se pueden armar los más interesantes edificios del Pueblo Español de la Exposición Internacional de Barcelona. Los niños se entretienen, instruyen y deleitan y queda en su memoria un grato recuerdo genuinamente español. PRECIO: TRES PESETAS CINCUENTA CENTIMOS.

Los pedidos de provincias aumentan 0,50 para franqueo.

Lea Ud. MUNDO GRAFICO

LAS PUBLICACIONES DE "LA TIJERA" SE VENDEN EN PAPELERIAS, LIBRERIAS Y BAZARES Y EN "EL ARCA DE NOE" PREZ. 2. - MADRID



NUEVOS POSTES DE

CEMENTO

ARMADOS
LAMINADOS

Patente Skorkovsky

Fabricación
mecánica
de tubos.

Bloques
de cemento,
Piedra artificial,
etc., etc.

Hormigón armado en general

P. CANTÓ

OFICINAS:

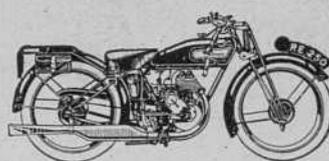
Princesa, 34 P. Comandante Fortea, 4

Teléfono 34466

FABRICA:

Teléfono 12360

Motocicletas



Inglesas

Velocette :-: Scott
Francis Barnett y Royal Enfield

Cantó Princesa, 14

MADRID

Proveedores de varias empresas importantes, entre ellas:

Compañía Líneas Aéreas Subvencionadas Classa.
Hidroeléctrica Española
Garnero y Córdoba
Pavimentos Asfálticos, S. A.
Registradoras National
Bodegas del Real Tesoro
Diputación de Vizcaya
Salto de Bolarque, etc., etc.



PROVEEDOR DE FABRICANTE
S.M. el Rey D. Alfonso XIII
Y DE
S.A.R. la Infanta D^a Isabel

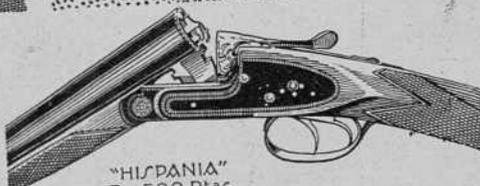
FABRICA DE ESCOPETAS DE CAZA Y TIRO PICHON

VICTOR SARASQUETA

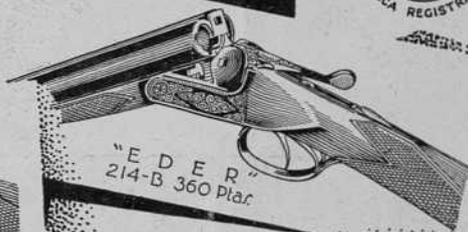
EIBAR (GUIPUZCOA)



"PARATODOS"
217-A. 225 Ptar.



"HISPANIA"
B.-500 Ptar.



"EDER"
214-B. 360 Ptar.

"PARATODOS"



Escopeta de fuego central, dos tiros en calibres 12-16-20. Garantizada en absoluto para uso de todas las pólvoras y cargas. Cañones de acero. Caja de nogal. Delantera con resorte. Seguro automático.

El modelo 217: 185 pesetas.

Pida usted catálogo y detalles a Victor SARASQUETA—Eibar

Será atendido con esmero y prontitud.

No hay mal cazador con las escopetas SARASQUETA

"HISPANIA"



Ultima novedad. Escopeta de magnífica presentación. Cañones demi-blok de acero extra. Triple cierre Purdey. Llaves encajadas de doble seguro. Seguro automático perfectísimo. Caja de nogal selecto. En calibres y grados de chok a gusto del comprador. Extractores automáticos. Grabado fino.

Hispania B E: 625 pesetas.

No hay concurso sin premio a la marca SARASQUETA

"EDER"



La legítima escopeta. Fuego central dos tiros. Gatillos ocultos. Cierre con pasador. Garantizada para uso de todas las pólvoras y cargas. Seguro automático. Delantera con resorte. Caja de nogal. En calibres a gusto del comprador. Como también los grados de chok y longitud de cañones y medidas de la culata.

Eder 214: 300 pesetas.

La casa SARASQUETA ha resuelto todas las dificultades

Fábrica de bolsos

Petacas, Carteras, Carpetas, Cajas para joyas,
Manicuras, Juegos de escritorio, Sacos neceser,
Maletas y toda clase de artículos de piel y de viaje
Ultimas creaciones en bolsos de señora
Especialidad en bolsos **COCODRILO**

ELIAS G. ESCOSURA
Arenal, 21 - MADRID - Tel. 14916



PUBLICITAS

Librería General de Victoriano Suárez

PRECIADOS, 48. - Teléfono 11.334

Correos: Apartado 32
Telegramas: **VISUÁREZ**

MADRID

Casa especializada en obras de Derecho, Historia y Ciencias.
Editora de las Obras de José María Pereda, María del Pilar Sinués, Antonio de Balbuena, de las Obras completas—edición definitiva—de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la Biblioteca de Derecho y de Ciencias Sociales, Biblioteca Española de Divulgación Científica, Colección de libros que tratan de América, etc., etc. «Archivo Bibliográfico Hispano Americano», publicación trimestral, que remite gratis á quien lo solicite * *

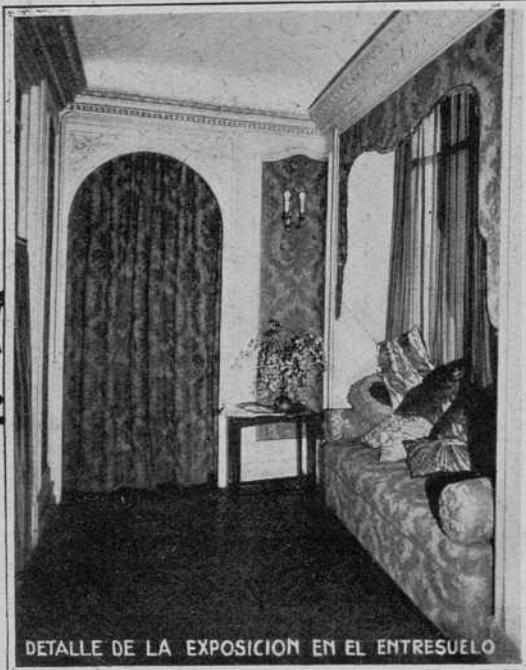


CLAVEL. 2.

RAMAGA

≈ R. RODRIGUEZ HNOS. ≈

ALFOMBRAS-TAPICERIA
DAMASCOS-DECORACION
TERCIOPELOS-CRETONAS



DETALLE DE LA EXPOSICION EN EL ENTRESUELO



S.A. LA INFANTA D^a ISABEL VISITANDO EL ESTABLECIMIENTO

NEW ENGLAND

29, Carrera de San Jerónimo

JOAQUÍN G. ASTUDILLO

Solicita atentamente de usted una visita á la
EXPOSICIÓN DE NOVEDADES
— que presenta en la actualidad —

Madrid, Enero 1930.

Madrid
Teléfono 11387

Perfumeria
Alvarez Gomez

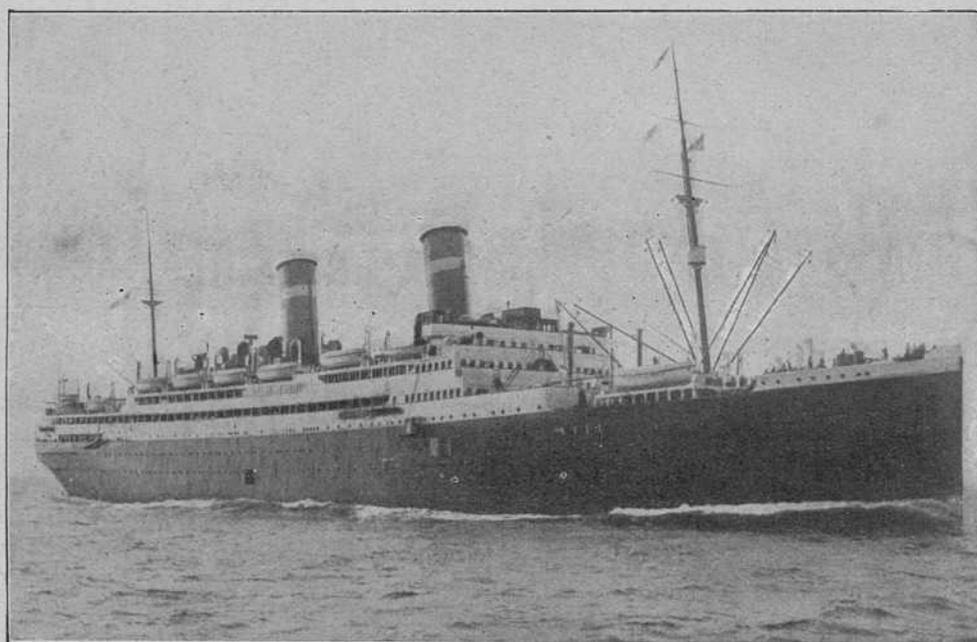
Sevilla 2



Las firmas más renombradas de la perfumeria universal ofrecen la gama exquisita de sus selectos perfumes en la Casa Alvarez Gómez, que es dueña, como ninguna otra, del favor del público en general, y singularmente del de las damas. Este establecimiento, predilecto entre los de su clase, tiene creaciones magníficas, entre las que el agua de «Colonia concentrada», las distintas aguas de tocador en todos los perfumes y la serie «Brisas de Babia», presentan la maravillosa muestra del acierto definitivo—clase exquisita y gusto en la presentación—de la acreditada Casa Alvarez Gómez

LLOYD SABAUDO

SERVICIOS EXPRESOS GRAN LUJO



Uno de los famosos «CONTES»

ESPAÑA-NEW YORK

(VIA ALGECIRAS-GIBRALTAR)

ESPAÑA-BRASIL-PLATA

(VIA BARCELONA)

SUPERTRASATLANTICOS

CONTE GRANDE

CONTE BIANCAMANO

CONTE VERDE

CONTE ROSSO

AGENTES GENERALES EN ESPAÑA:

HIJOS DE M. CONDEMINAS

BARCELONA:
Rbla. Sta. Mónica, 29 Y 31

SEVILLA:
Sto. Tomás, 17

VALENCIA:
Dr. Romagosa, 2

SAN SEBASTIAN:
P. Guipúzcoa, 11

PALMA:
Siete Esquinas, 6

ALMERÍA: Paseo del Príncipe, 42



MARIANO SANCHO (S. A.) - AUTOMÓVILES

Paseo del General Martínez Campos, 9, MADRID (10)

Teléfono 32623



COLONIA DELHY
CREMA NATA
Y
CLAVELES ROJOS

no. deben faltar
en ningun tocador
elegante

CREACIONES DE
PERFUMERIA
NOSYP
MADRID

La

Esfera

SUMARIO

1929, por Dionisio PÉREZ
 Otra vez él, por José FRANCÉS
 Canción de vuelta, por A. HERNÁNDEZ CATÁ
 Pirula no tiene miedo, por Emiliano RAMÍREZ ANGEL
 El ópalo de los Médicis, por J. JURADO DE LA PARRA
 Año nuevo, vida de siempre, por José MONTERO ALONSO
 El Fénix de la vida.—Báquicas, por Goy DE SILVA
 Libertad, por LA CONDESA DE PARDO BAZÁN
 La ruta de España, por Santiago HERRERA
 Aranjuez, por D. TEJEDOR
 Romance caballeresco, por Narciso DÍAZ DE ESCOVAR
 El año del vanguardismo, por Alejandro MIQUIS
 Un delito imperdonable, por J. SANTUGINI
 La escenografía urbana, por G. GÓMEZ DE LA MATA
 Cuando Jesús andaba por la Tierra.
 Traducción de FORTUNIO
 El arte que no muere.—Reiteración de Rafael Sanzio,
 por Gabriel MAUREY
 Los bellos jardines de Madrid
 Los "gestos" de los animales inferiores
 Sierra Nevada
 El turismo en España

DIBUJOS de Bartolozzi, Ribas, Echea, Máximo Ramos, Serny, Ximénez Herráiz, Benet, Tejada, Robledano, Quesada Hoyo, etc.

CUADROS de Eduardo Chicharro, Romero de Torres, Eugenio Hermoso, Ortiz Échagüe, Bacarizas, Federico Beltrán, etc.

ESCULTURA de Laviada



El hombre de la calle ante la Sociedad de Naciones

nalmente, en embrión, en la India inglesa, en Africa del Sur, en el Sudán, donde agita las almas como un vendaval la propaganda de estas hermandades revolucionarias que se llaman *National Association for the advance of colored people* ó *Universal Negro Improvement Association* ó *American coloured men association*... Y sobre todo esto, cubriéndolo como una hoja de parra, el pacto Briand-Kellogg y el viaje de Macdonald y el gesto candoroso de Hoover y el nuevo plan de reparaciones y la frase entre inocente y burlésca del presidente Masaryk: «Alemania queda desde ahora responsable de la paz»...

Para escribir la historia del año ido, me ha parecido mejor guía que la colección de cualquier diario, de enojoso repaso, seguir la vida del mundo entero reflejada y relatada en el *Boletín* que publica la Sociedad de Naciones. No parecerá á nadie descabellado el propósito. Cuando Wilson dió á Europa la cicuta de ese conglomerado, que los Estados Unidos apartaron de sus labios y se negaron a beber, imaginamos todos que esa Sociedad sería como un tribunal supremo de justicia á que vivieran sometidas todas las naciones. Así, no habría desmán, violencia, delito colectivo, tiranía, contienda, que no fueran sometidos á su jurisdicción, y así sus sentencias serían como un nuevo modo de escribir la historia.

Ved su postrera reunión celebrada en el pasado Septiembre. Se congregaron en Ginebra los representantes de cincuenta y tres naciones—¿hay muchas más en el Globo?—desde el poderoso Imperio británico á la minúscula Albania, desde la amarilla China á la negra Liberia. Entre estos delegados había meve jefes de gobierno, estando los de Francia é Inglaterra, y había veinte ministros de Negocios Extranjeros ó de Relaciones Exteriores ó, como decimos nosotros, de Estado. ¿Cómo en tan numeroso concurso no quedaron resueltos todos los problemas que dividen, empobrecen y envilecen á la Humanidad? Cierta es que faltaba allí la representación de los tres Estados que acaparan mayores extensiones territoriales, los Estados Unidos, Rusia con su federación de repúblicas soviéticas y el Brasil. Unid también la Argentina que es casi cinco veces mayor que España. ¿Cómo concebir la transigencia con que la Sociedad de Naciones aparenta ignorar ó no dar importancia á esta defección? Ha organizado ella una Comisión preparatoria del desarme y una Comisión del desarme, que lo que abunda no daña, y ha recogido encuestas é informaciones y ha recopilado en varios volúmenes los proyectos, trabajos y debates de estas dos comisiones y, á la vez, van sus miembros tras Kellogg con su pacto, tras Hoover con su sugestión de avituallamiento libre de los países en guerra, que sería bravo negocio para mercaderes, y tras Macdonald á la Conferencia de Londres. Por si esto fuera poco desorden y ganas de alucinar á los pueblos y entretener en regodeo á los partidos revolucionarios que abominaban de la guerra y juraban impedir la, otra Comisión, llamada de reducción de armamentos, estudia

1929



un proyecto de convenio sobre ayuda financiera en caso de guerra ó de amenaza de guerra, un modelo de tratado para reforzar los medios de prevenir la guerra, un plan de fiscalización de la fabricación de armas, municiones y material de guerra... Y se adivina, tras los afanes de esta colmena burocrática que enriquecen á Ginebra, la sonrisa burlona de Voltaire repitiendo su afirmación: «Cuando los príncipes hablan mucho de paz, es que está cercana la guerra». La realidad de esta ineficacia, de esta ineptitud, de esta incapacidad, es tan viva y evidente, que, considerándola, exclamó uno de los delegados, el señor Kot: «Es preciso que hasta el hombre de la calle pueda saber cuál es el estado actual del derecho y que desaparezca para él la paradoja de una Sociedad de Naciones cuyos miembros declararon solemnemente, en 1928, renunciar á la guerra de una manera absoluta y cuya Carta admite todavía que se apele á la guerra»...

He aquí cómo en aquel más grande templo de la burocracia que ha conocido el siglo, se divide ya á la Humanidad en dos castas: «el hombre de la calle y el hombre de la oficina»; dicho, acaso, con mayor precisión: «el hombre de la Nación y el hombre del Estado».

La guerra infame nos ha dejado esta lacra. Como si el Estado tuviera remordimientos del daño que ha hecho á la Humanidad, sangrándola á chorros como pedía Kitchener, derrochando sus riquezas y abrumándola á deudas, se siente arrebatado y enloquecido por un afán de organizar la vida entera de la sociedad, reglamentándolo todo, mecanizándolo todo desde el trabajo y el consumo hasta las virtudes y los vicios. La locura alcanza á los Estados viejos como Inglaterra ó Francia, que quieren conservar su contextura social y política, y á los Estados nuevos, que creen estar haciendo con su organización comunista la más honda revolución de la Historia. Y el hombre de la calle asiste atónito, no ya á la paradoja de una Sociedad de Naciones que prevé las posibilidades de la guerra, con el cariño y mimo con que un jardinero cuida las orquídeas en su estufa, sino á la demencia del hombre-oficina que creyéndose providencia, imagina estar construyendo una Sociedad humana perfecta y definitiva.

¡Oh!, si esta vesania no costara dinero, si no se mantuviera á fuerza de dinero, qué dichosa solución representaría esta concepción del Estado máquina automática, del Estado asilo y preventivo, del Estado fogón y mesa y tálamo, del Estado comunista ó fascista, nuevo Jano de dos caras con un sólo espíritu troglodita y lacustre, cavernario y forestal...! El hombre de la calle no ha visto repercutir en la Sociedad de Naciones ninguna de las angustias que nos asaltaron en 1929. Ateneo de doctrinas jurídicas, laboratorio de ensayo de específicos, cónclave de arbitristas, congresillo de folicularios, nidal de burócratas que profesan con fervorosa fe la religión del expediente, consume cada año más dinero: más de ventiocho millones de francos suizos ó pesetas-oro gastará en 1930 y más de veintisiete gastó en 1929, elevando de año en año sus presupuestos. Así, mientras la guerra desata sus iras en varias partes de la Tierra, el sabio areópago hace encuestas é informaciones sobre la extensión del paludismo y la codificación progresiva del Derecho internacional; sobre la difusión de la enfermedad del sueño y la unificación de farmacopeas; sobre las fluctuaciones de



los precios del carbón y el ensueño de una tregua aduanera que entregaría indefensos a los países de producción débil en las fauces de los peces gordos; sobre la competencia entre las vías férreas y las vías fluviales del Rin y del Danubio y la explotación llamada desde antiguo trata de blancas; sobre la simplificación del calendario y la estabilización de la fiesta de Pascua de Resurrección; sobre la publicación de un *Boletín Pedagógico*, como si en cada nación no hubiera veinte, y la publicación de la *Revista Internacional del Cinematógrafo educativo*; sobre la representación de la ópera *Flalka* en Oppalu y sobre las distribuciones de unos funcionarios en sociedades mineras e industriales de la Alta Silesia; sobre el tráfico de opio y la ya vieja cantinela de los optantes húngaros y las minorías en Lituania; sobre la afrentosa realidad de la esclavitud y la instalación de los refugiados armenios en la República de Eriván...

¿A qué seguir la interminable lista de estas minusculezas? Y todavía en ellas, ni una sola solución imperativa, ni una sola intervención enérgica que imponga la justicia y ampare a los infortunados. Se acuerda realizar nuevas encuestas, ampliar informaciones, pedir más datos estadísticos, nombrar más delegados, constituir más comisiones, imprimir monografías, consultar técnicos y gobernantes y almacenar y archivar sin respuesta los clamores que llegan en todos los idiomas, de los oprimidos, de los vejados, de los perseguidos, de los explotados que hay en todos los continentes...

El hombre de la calle vé desvanecerse en la nada del Tiempo las horas postreras de 1929 y llegar la aurora del 1930, con la misma incertidumbre y desamor de toda fe con que viera empezar y terminarse los años de la anteguerra y los años de la post-guerra. Se le ha prometido la justicia y se le ha encarecido la vida; se le ha ofrecido la paz y se le han aumentado los tributos; se le ha apartado de los abismos de la libertad y se le ha lanzado en los infiernos de la impunidad del Estado...

Antes de la guerra, aunque vejado y hostigado y perseguido y dejado en la inclemencia de la calle y en el azar de su iniciativa, era un hombre. Ahora, en el progreso jurídico que se le prometiera, y en el amparo de la Sociedad de Naciones y del Tribunal de Justicia de La Haya, es una cosa sin individualidad y sin alma; bichejo que encasilla el sociólogo ó limón que estruja el hacendista...

El hombre de la calle imagina, recordando los días extinguidos de 1929, que mientras las alas del avión y las ruedas del automóvil y las hélices del navío, venciendo al tiempo y al espacio juntamente, quieren circundar al mundo y parodiar las titánicas epopeyas de Colón, de Magallanes, de Elcano, se van jalonando en estos circuitos de gloria como las estaciones de una nueva calle de la Amargura, en el intento de una redención inconseguible... Y estas estaciones se llaman en 1929, Nicaragua y Haití, Palestina y Egipto, Alsacia y el Congo, Italia y Rusia, China y Alemania, Bolivia y Afghanistan, la India y la Silesia, Liberia y Armenia, Libia y Tanganyika, Uganda y Eriván... Que allá vá suelto el dolor por el mundo, mientras discuten parsimoniosamente los diplomáticos y juristas, los técnicos y burócratas que nos prometieran, acabada la guerra, paz, justicia, libertad y abundancia...

DIONISIO PEREZ

Otra vez él



Cuento de José Francés

(Dibujos de Ribas)

JUAN Ariza se revió á sí mismo, lejos de su patria y de su juventud.

Fué en Amberes, una mañana de noviembre. El tiempo tenía ya color de Navidad y la nostalgia de la fiesta jubilosa entristecía al exilado.

La ciudad prometía ya, con los escaparates renovados, con el bullicio de los grandes almacenes, el advenimiento de San Nicolás, distribuidor de regalos á chicos y grandes. La figura del buen Obispo de Bari, con sus barbas blancas, su mitra y su báculo, empezaba á serle familiar en los enormes panes de especias, en las figuras de chocolate, en las estampas populares y en los muñecos de cartón y de madera que á la puerta de los bazares recogían los pedidos infantiles, como en España el Rey Mago á fines de diciembre.

Aquella mañana, Juan Ariza se rezagó en el centro de la parte vieja colmada de saudades antiguas, con su Gran Plaza y la Catedral y las rúas erizadas de vetustos edificios picudos con fachadas de madera, fantasmas de la Flandes que vibró frente á los tercios de Iberia.

Iba á partir en la noche hacia Rotterdam, llevando el equipaje de su fastidio solitario, sin prisa ni motivo, ya amortiguados los deseos que inflamaron su carne ó su orgullo en otro tiempo. Arrastraba los pies y las miradas en aquel viaje indolente que nada sino el cansancio de los días iguales, sin ecos ni revelaciones, en Madrid, le acometió á realizar.

Los Rubens de la Catedral le hicieron quedarse en un restaurant de la *Place Verte*, que, sin saber porqué, le evocó la plaza de San Fernando en Sevilla, con sus naranjos y su cinturón de coches y la estatua del Rey en el centro, bañada de luz azul. Aquí la estatua, goteante de niebla, llorona, del pintor cuyos lienzos no destapaba el sacristán hasta las dos de la tarde.

El restaurant hervía de rumores babélicos. Voces guturales de americanos; el francés áspero en gargantas walonas; el alemán bajo y fuerte de los holandeses. Y, de cuando en cuando,

la atenorada inflexión de un italiano ó la languidez del español pasado por la América del Sur.

Juan Ariza se sentó donde pudo, entre una mujer envejecida sin duda por largos años de oficina y dos apopléticos flamencos que no dejaban de fumar sus pipas mientras comían. Sobre las mesas, al alcance de las manos, carteras repletas de papeles, cajas de pintores, máquinas fotográficas, guías, estuches de prismáticos y los maletines de cuero de las empleadas que vienen del otro extremo de la ciudad.

Sólo de tarde en tarde Juan Ariza se sometía al bullicio pegajoso, á la promiscuidad insolente de los restaurantes baratos. Sentía exacerbarse entonces aquella misantropía enfermiza de su vida, ya sin objeto.

Tales sitios los frecuentaban gentes acucias, sacudidas por el afán cotidiano. Muchedumbres anónimas, sin personalidad peculiar, carecían del hechizo pintoresco y franco del pueblo ó del atractivo, un poco desdeñoso, seguro de sí, que los habituales de los restaurantes caros muestran en medio de la adulación correcta de los sirvientes.

Juan Ariza comprendió, sin embargo, que lo avanzado de la hora protegía su afán de evitarse contactos ni presencias desagradables. Las mesas se vaciaban. No era allí, donde el menú á precio fijo vencia á la lista de manjares libres, sitio en que los comensales tuvieran tiempo y dinero para permanecer saboreando vinos diferentes en las grandes copas de color que ya los personajes de Rembrandt y Frans Bals alzaban siglos antes para mayor gloria futura de los museos.

Los relojes se consultaban muchas veces. Los gabanes medio se ponían en la inquietud de retrasarse para volver al encierro burocrático ó á la córvea turística.

Juan Ariza se vió pronto libre de la jornalera envejecida y de los flamencos rubicundos, sorbedores de cerveza rubia, humo de pipa y caldo de

mejillones, trituradores de vocablos neerlandeses.

Se deshilachaba la trama espesa de los diálogos y de las voces sueltas. Se abrían boquetes en la multitud, momentos antes demasiado prieta. Y girones de música se oían ya á intervalos. Por dos veces el aire frío del exterior dispó el enrarecido, recalentado ambiente interno y las vidrieras á la calle licuaban su vaho en lagrimones largos.

Fué entonces cuando Juan Ariza vió al muchacho pálido de las ropas raídas y el rictus amargo.

No se dió cuenta de su entrada, ni si estaba allí cuando él anduvo vacilante, molesto, entre las mesas sin hallar sitio; pero sintió algo semejante á rencor contra sí mismo por no haberlo descubierto antes, ya que nada podía compararse al supremo espectáculo—[tan doloroso y tan dulce!—de ver allí, en un restaurant de Amberes, al pálido adolescente que somnolecía treinta años antes en un oscuro café de Oviedo. No le descubrió en seguida. Tardó algunos minutos en reencontrarse. Al principio aquel hombre, inclinado sobre un número de *La Métropole* que tenía apoyado en la botella del agua, le aóroró un amigo ya muerto cuyo nombre no podía recordar; en seguida pensó en algo más cerca, en el hermano que también se fué de la vida cuando en el rostro semejante á aquel empezaba á crecer la barba negra. Por último, fué á él mismo á quien reconoció en el rostro tímido y melancolizado por el derrame interior de una vida sin horizontes.

Eran, en verdad, sus mismos ojos, ni verdes ni castaños, fáciles al cristal vivo del llanto; la cabellera espesa y fina que un tupé romántico empenachaba; la nariz que sombreaba al plumón incipiente del labio superior. Y la boca. Una boca infantil, de rasgos enérgicos, y á la que luego el fracaso reiterado de una juventud difícil imprimió la mueca conmovedora de una boca de mujer inteligente y sin suerte.

Las manos del muchacho de Amberes, tam-

bién eran las manos del adolescente de Oviedo, treinta años antes. De dedos largos, finos, maculados los de la mano derecha por la tinta y los de la izquierda por el tabaco pobre.

Vestía un traje de hechura y tela inconfundibles, adquirido en un gran almacén económico dos ó tres inviernos antes, cuando el niño se cambiaba en garzón. Después, sobre él habían caído lluvia inclemente y largas horas de pupitre fueron rayando las mangas cada vez más cortas. Ajeno á todo, hasta á su propia comida, estaba absorto en la lectura y ello consentía la fijeza ansiosa de Juan Ariza.

Porque el hombre de España, grueso, robusto, bien vestido, de la madurez vigorosa, ponía en la contemplación del hombre de Flandes, flaco, enfermizo, mal trajeado, de la adolescencia débil, una ansiedad infinita, de irrefrenable ternura.

¡Así fui yo!—pensaba— ¡Así fui yo! —se repetía en voz baja, moviendo apenas los labios como en un rezo visible. Y tenía lástima de un porvenir igual para el mancebo.

Porque á Juan Ariza, si le llegó la fortuna un poco tarde, no conoció jamás la felicidad.

Su padre tenía en Asturias un empleo oficial de los que podan demasiado la voluntad y dejan en penumbra tibia las rebeldías latentes. Su madre era una burguesita impersonal, producto humano de serie sin relieve. Su hermano mayor, que ya prometía un impulso disconforme en la familia, se apagó pronto. Sobre la llanita que soñaba con ser estrella sopló la tuberculosis apagadora de juventudes en el Norte pluvioso. Juan Ariza estudió cosas vagas é inútiles: el Bachillerato, contabilidad, francés. Y sucesivamente el padre y la madre que van hacia el Gran Secreto. Primero él, luego ella, pálida, enlutada, sermisa, como en los caminos y los días de la vida.

El comensal adolescente levantó la cabeza de sobre *La Metrópole* y se oprimió las sienes con los dedos manchados de azul y de ocre. La frente se le arrugó y los párpados se le cayeron y la boca respiró fuerte.

Juan Ariza casi estuvo á punto de gritar. Porque aquel gesto de dolor, de fatiga cerebral precoz, fué también suyo. Lo repetía muchas veces en la orfandad acosada de su juventud. El sufrimiento en soledad, la indiferencia estúpida de los hombres llegó antes que el placer sucio del lupanar y la revelación cruda de las mujeres alquiladas. Y así, de trabajar entre hombres que no estimaban su esfuerzo y de agotar su adolescencia entre hembras que meraban su mísero sueldo, le nacía aquel dolor físico, culminante de la angustia moral, que le obligaba á oprimirse las sienes y cerrar los párpados doloridos y abrir la boca en un ansia disneica.

En aquel momento el camarero trajo al muchacho el plato de *cabillaud*, con las patatas redondas blancas y la rosa de manteca, de los restaurantes belgas. El muchacho lo rechazó violento, borbotó unas palabras que le dejaron temblorosos de cólera los labios, palideció más aún y sus dedos arrugaron el periódico. El camarero se llevó el plato donde la manteca ya se derretía en un caldillo rubio. Y el muchacho mordió rabiosamente el trozo de pan, lanzándose desesperadamente á leer.

¡También eso!—murmuró Juan Ariza. Y sus arrebatos juveniles, sus rebeldías bruscas, inútiles, que le malograron tantas buenas ocasiones, resurgieron con fechas y localidades concretas, á lo largo de una existencia que encorvó el trabajo bárbaro acuciado por las tardías codicias en que se cambiaron los primitivos ideales.

¡Pero yo vencí!—pensó Juan Ariza. Una victoria sin resplandor ni eficacia sentimental. Una victoria que le encontró solo en América y le hizo volver á España para no disfrutarla tampoco. La victoria de dos ó tres millones en fincas, en fondos públicos, en cuentas corrientes, esparcidas por Bancos, y una amante de la que necesitaba escapar de cuando en cuando para recobrar y no sentirse esclavo.

¿Y tú, vencerás?—interrogaba mudamente á la imagen rebrotada de su juventud. Sentía lástima y miedo al suponerla otra vez caída en

el desamparo y la rabia estériles, impedida de disfrutar, cuando los años mejores, de lo que, después, ya inoportuna, la suerte concede.

El muchacho, cansado de leer, encendió un cigarro, se recostó contra el diván de cuero y caídos los brazos á lo largo del cuerpo, caído el pitillo sobre el labio inferior, levantó los ojos al techo en un éxtasis sin belleza, en una exploración fatalista de ciego.

¿En qué piensas, hijo?—preguntaba la madre á Juan Ariza cuando le veía así, absorto, inactivo y entregado á no sabía que derrotas íntimas. «En nada, mamá». Y la madre suspiraba.

Este recuerdo le trajo el otro de un retrato que llevaba en la cartera donde estaban los dos, meses después de la muerte del padre. Sacó la fotografía y la contempló enternecido.

Aparecían enlutados madre é hijo. Ella, sentada, medio hundida en un sillón demasiado teatral; él, recostado en el respaldo, vestía un traje que recordó era arreglo de uno de su padre y luego teñido rápidamente de negro. Un traje que encogía, se arrugaba y enverdecía sin poder sustituirle por otro.

Se miró á la cara y se le oprimió angustiosamente el corazón. El retrato ya no era suyo, era de aquel adolescente pobre y desesperado que tenía delante. El cabello negro, con el tupé irónicamente rebelde, la nariz larga, la boca de femenina amargura, y los ojos, de una melancolía insondable.

Guardó despacio el retrato, sin dejar de mirar al adolescente que había cambiado su actitud para contemplar el filtro de su vaso de café, gota negra á gota negra, como si contemplase el reloj de arena de su vida sin objeto.

La mano de Juan Ariza tateó los billetes de Banco. Varios miles de francos, bastantes para iluminar la obscuridad cerrada del muchacho.

Y de pronto se le ocurrió la idea. Tan contento le puso que empezó á tararear una vieja tonada de su país natal. Contó seis, siete, ocho, nueve, diez billetes de á mil y llamó al camarero para pedirle un sobre y un trozo de papel blanco.

Luego, ocultándose de él, escribió en el papel: «De parte de San Nicolás» y lo guardó con los billetes en el sobre.

No se atrevía á mirar al muchacho. Sentía un ardiente afán de huir. Pagó y le encargó al camarero:

—Vea. Esta carta se la va á entregar á aquel señor de enfrente, ese jovencito del pelo negro y el traje marrón.

—¿Al señor Wernilghen?

Juan Ariza sonrió.

—Justo. Al señor Wernilghen.

Y aprovechó la indicación para escribir el nombre en el sobre.

—¿Qué cosa es el señor Wernilghen?

—¡Oh! Poca cosa. Empleado, creo, en una notaría. Escribe algo, parece. Quiere ser poeta...

—¡Ah! Sí, lo había oído. Bien. Entréguele esto cuando yo me haya marchado. Antes, no. De ningún modo ¿eh? Cuando yo ya esté en la calle. ¿Conformes?

—Bien, señor.

Juan Ariza se embutió en su gabán de pieles, sonriendo á la buena diablura. Pasó por delante de la mesa donde estaba el muchacho. Vió que seguía contemplando las gotas negras del filtro.



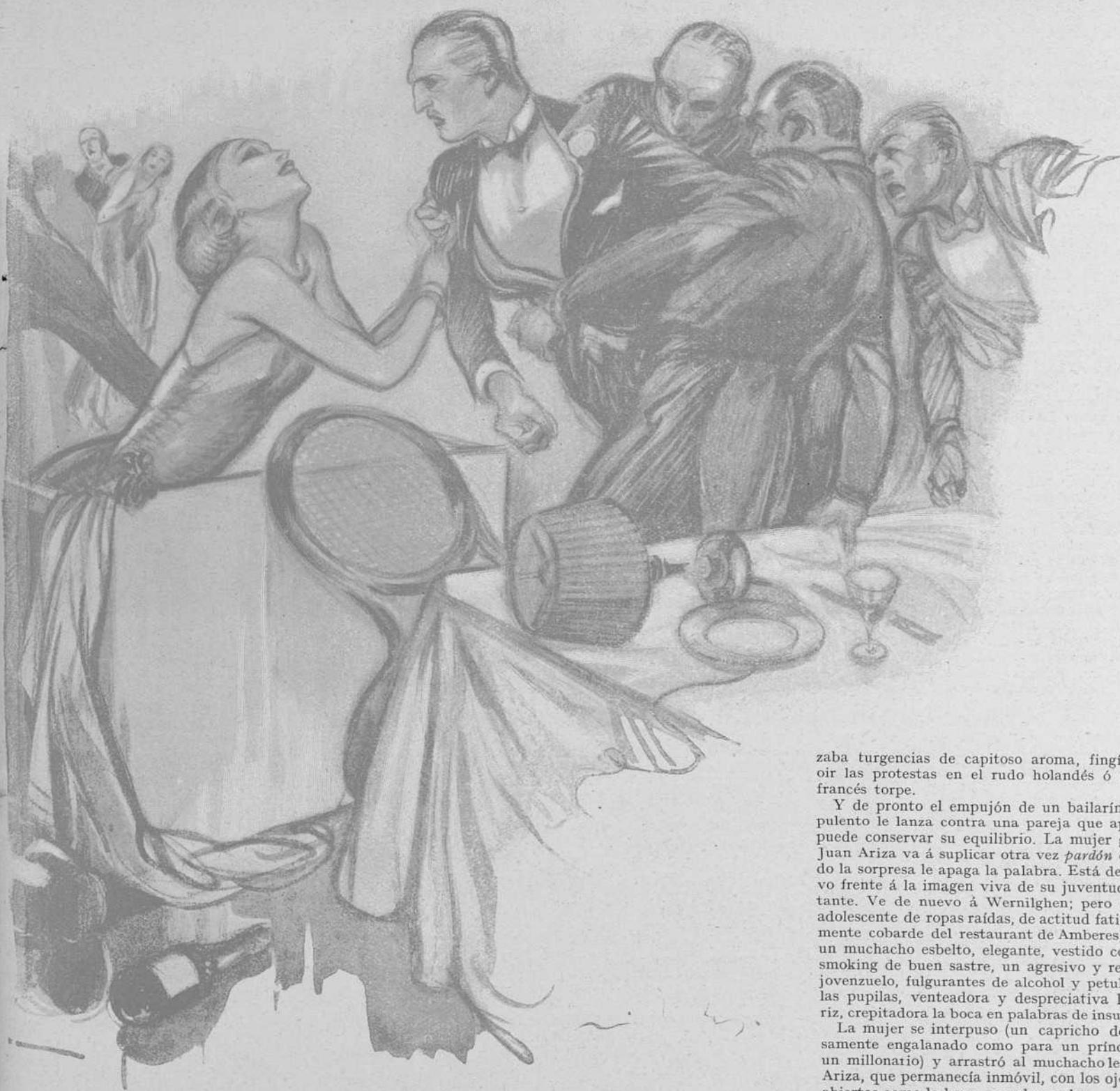
Casi lleno el vaso, como un corazón repleto de obscuro amargor.

No creía ciertamente Juan Ariza volver á encontrar la imagen viva de su juventud. La pensaba ya, aun no transcurridos ocho días, tan desvanecida como la edad de infortunio que evocó por unos momentos, sabiéndose ya defendido contra la miseria, pero no contra la infelicidad.

Vivía las noches fulgurantes del Amsterdam enfebrecido por el advenimiento de San Nicolás. Noches que encendían á prima tarde sus luminarias. El diciembre benigno había retrasado el hielo en los canales y la ciudad se desdoblaba fulgurante en sí misma en sus arterias de agua.

Gustoso pasatiempo era ambular por la feria de escaparates que supone el refugio de los viandantes contra ciclistas y automóviles en el dédalo de rúas florecientes de comercios desde la Rembrandt-plein hasta el Dam.

La racial condición estética de Holanda adquiriría á los ojos maravillados de Juan Ariza repentinos aspectos. Cada vitrina de almacén, estaba pensada, entonada y lograda como los lienzos actuales que en la planta baja del *Rijksmuseum* recuerdan á los de maestros antiguos de las salas superiores, sin parodiarnos servilmente. La luz eléctrica servía pródiga á la ambición industrial del reclamo, colaboraba eficazmente á la sensación de vivir horas de



prodigio dentro de una gema fantástica que haría enloquecer á los tallistas de diamantes del *Jodenbunrt*.

Se sentía infantilmente alegre—con el breve júbilo de su infancia pronto concluída—encontrando por todas partes reencarnaciones del Santo donador de juguetes y regalos. San Nicolás se mezclaba á la muchedumbre, penetraba en los mercados, en los restaurantes, seguido de su pajecillo negro, vestido de rojo; aguardaba en los cafés, recibía en las tiendas y en los grandes almacenes. Los niños le daban la mano, conversaban con él, le confesaban sus deseos respecto de las sorpresas que el seis de diciembre caen en los hogares de los Países Bajos.

Y Juan Ariza sonreía al pensar que también él, sin barbas nevadas, sin mitra dorada ni capa pluvial, había contribuído á realizar los sueños de un poeta en la edad melancólica y ardiente.

Una noche entró en el restaurant del *Brack's Doelen*, ya tarde. Sobre las mesas, las botellas

de champán se alineaban y el baile había empezado. Mujeres fastuosamente semidesnudas se abrazaban á los hombres de frac. Danzas de millones de florines en las joyas de ellas y en los pensamientos de ellos. Un calor tropical mustiaba las flores, perlabo los hombros femeninos y ablandaba las pecheras masculinas. Músicas violentas, excitantes, como los vinos y los manjares fuertes sazonados para el holandés sedentario y el yanqui giróvago. Y la bruma de oro que olía á tabaco melado, á frutas de indias, á licores y á perfumes cómplices de la sexualidad, flotaba y ponía halos turbios en torno á las luces.

Juan Ariza, que dejaba fuera la nieve y la bronca amenaza del Amstel, anduvo tropezando con las parejas de bailarines detrás del *maitre* que le sabía huésped del Hotel y sorteaba con destreza inimitable los obstáculos. El español, en cambio, murmuraba á cada paso *pardón*, pisaba zapatos de charol ó de tisú, ro-

zaba turgencias de capitoso aroma, fingía no oír las protestas en el rudo holandés ó en el francés torpe.

Y de pronto el empujón de un bailarín corpulento le lanza contra una pareja que apenas puede conservar su equilibrio. La mujer grita. Juan Ariza va á suplicar otra vez *pardón* cuando la sorpresa le apaga la palabra. Está de nuevo frente á la imagen viva de su juventud distante. Ve de nuevo á Wernilghen; pero no al adolescente de ropas raídas, de actitud fatigadamente cobarde del restaurant de Amberes, sino un muchacho esbelto, elegante, vestido con un smoking de buen sastre, un agresivo y retador jovenzuelo, fulgurantes de alcohol y petulancia las pupilas, veteadora y despreciativa la nariz, crepitadora la boca en palabras de insulto.

La mujer se interpuso (un capricho deliciosamente engalanado como para un príncipe ó un millonario) y arrastró al muchacho lejos de Ariza, que permanecía inmóvil, con los ojos tan abiertos como la boca, por el asombro.

Nuevos empujones y miradas hostiles le hicieron apartarse del centro. Desde lejos, el *maitre* erguía la cabeza y le orientaba hacia él. Ariza acabó por llegar á su mesa.

Pero al mismo tiempo, Wernilghen y su acompañante llegaban á otra situada enfrente.

Ariza no se dió cuenta hasta que el *maitre*, luego de tomar nota del servicio, se le quitó de delante.

Se cruzaron enseguida las miradas. Juan Ariza sonrió con expresión que quiso ser afable y suplicante. Pero el muchacho hizo una mueca de desdén y le volvió á medias la espalda, inclinándose sobre la garganta enjeyecida de su amiga. La hablaba al oído muy cerca, pálido y desgredado. El tupé le caía en un largo mechón negro sobre la sien. Con la mano temblorosa le quería levantar sin conseguirlo, en un ademán torpe, isócrono, de borracho.

También de cuando en cuando llenaba la copa de champán y la llevaba antes á los labios de la mujer que á los suyos. Visto de perfil, la nariz parecía más larga y más aguda,

y la boca acentuaba su caída de sarcasmo. Juan Ariza le miraba fijamente, obstinadamente, reconociéndose hasta en aquéllo. Re-veía una noche de Buenos Aires, recién llegado, en que gastó así con una mujer, inaccesible de otro modo, el dinero ganado en un golpe de azar. El adolescente había preferido saborear en unos días el placer de vestir bien, de comer bien, de viajar en el pullman de *L'Etoile du Nord* y frecuentar los grandes hoteles de Holanda en compañía de una mujercita de tarifa alta, á desmigajar poco á poco, sin salir de las privaciones cotidianas, los diez mil francos de «San Nicolás».

Ariza sabía bien cómo estas aventuras añaden luego, al recoger nuevamente los arreos y las horas miserables, una consolaría nostálgica y cómo son además acicate para no enmohecer la voluntad ni dejar inactiva la ambición. Enseñan una sed hasta entonces ignorada que cambia á los hombres.

Se le enternecía la mirada. Le hormigueaba el deseo de levantarse, de ir hacia el muchacho y tenderle la mano para entrar en su vida y tener un derecho á su amistad.

Pero Wernilghen se volvió bruscamente y sorprendió, confundiendo, la expresión de aquella mirada. Frunció el ceño, crispó los puños, y á ciertas palabras inquietas, temerosas, de su compañera, respondió rechazándola. Al hacerlo, una copa rodó por el mantel y cayó al suelo sin romperse. El muchacho le aplastó entonces con el pie sin dejar de mirar á Juan Ariza.

Sus ojos negros, enturbiados por el alcohol y la ira, decían: «¡Eh! ¡Cuidado! Puedo hacer esto contigo».

Juan Ariza, involuntariamente, se encogió de hombros. Fué un ademán más fuerte que su prudencia y que su deseo de conciliación. Pero nada más que un instante. Cuando el muchacho se levantó y vino hacia él, tambaleándose, ya estaba dispuesto á dominarse, á no reñir.

Wernilghen llegó hasta la mesa y apoyó las dos manos para no caerse. Acercó la cara á la de Ariza.

—¿Por qué mira usted á esa mujer que está conmigo?—preguntó.

—No miro á esa mujer—contestó tranquilo, sin levantarse, un poco pálido, Juan Ariza.

—Si la mira usted y eso no se hace. Y yo... yo...

—A mí no me interesa esa mujer. Eres tú quien me interesa, chiquillo...—exclamó á pesar suyo Juan Ariza, olvidado de cuanto no fuera el ansia de ternura que rebotaba de su alma presa de la nostalgia.

Y fué á incorporarse con los brazos abiertos, sonriendo; pero un puñetazo del muchacho le rompió la sonrisa y ensangrentó los labios.

—¡Oh!!

Con un rugido se abalanzó sobre el agresor. La mesa cayó patas arriba en un estrépito de cristales rotos. Las manos que iban á ofrecerse cordiales, atenuaron los pulsos del adolescente y le hizo caer de rodillas.

No veía sino aquel rostro convulso de rabia, de embriaguez y de vencida impotencia levantado hacia el suyo. Oía gritos, sentía manos en sus brazos, en sus espaldas. Un círculo cada vez más estrecho de gente les cercaba. Pero él absorbía la expresión de infinito odio en el rostro del muchacho.

Era toda su juventud volviéndose contra él, resurgiendo de lo hondo como un remordimiento.

Tristemente, soltó las manos y, sin decir nada, se abrió paso en la valla de carnes perfumadas, de fracs cálidos de sudor, de luces múltiples y salió á la calle.

Fuera, la nieve y el rumor bronco del Amstel, tan inmediato.

Era un brusco tránsito al frío agudo de la noche. Sólo le sintió en una cuchillada de hielo en la frente. Anduvo unos pasos. Crujía la masa prieta, endurecida y blanca al morder sus zapatos.

—Esto es una locura. Voy a coger una pulmonía—pensaba.

Pero seguía alejándose del hotel.

Alguien le gritó:

—¡Eh! ¡Aguarde! Voy á matarle.

Se volvió rápido.

Wernilghen venía corriendo torpemente, tropezando, blasfemando. También él desnuda la cabeza, sin abrigo, pidiendo á la noche que le devolviera su enemigo. Y detrás, la mujer arrebujada en el manto de armiño, una sombra blanca é implorante.

Juan Ariza le aguardó y de nuevo los garfios fuertes de sus dedos sujetaron los pulsos del adolescente. Contra la pechera del español se estrellaban los insultos, los escupitajos del belga. Y las piernas juveniles querían, sin lograrlo, dar puntapiés en las del hombre maduro.

—Cállate, chiquillo. ¿No comprendes que no puedes conmigo? ¿No adivinas que hay algo entre tú y yo que me hace perdonar? Es la primera vez que un hombre me ataca sin que yo me defienda y le castigo. Soy más fuerte que tú, chiquillo. Tengo sobre mi conciencia la muerte de dos hombres más bravos que tú y eso no me quita el sueño; pero el más pequeño daño que te hiciera á tí, amargaría para siempre mi vida... ¡Quieto, rapaz! Cierra la boca. ¿No ves que te rompería las muñecas?... ¡Escúchame! Tú eres yo. ¿Comprendes? Tú debes ser lo que yo fui. Podemos envilecer, enfermar, herir nuestra juventud; pero no debemos matarla nosotros

mismos. La mía la mataron otras gentes y ahora resucita...

¿Ves? Estás llorando ¿Qué? ¿De rabia? Mejor. Creí que era de miedo. No debesser cobarde, juventud mía. Necesitas vivir como no viviste antes... Anda, ve... vuelve al Hotel... Eres débil, pobre juventud mía...

Le soltó suavemente. El muchacho cayó sentado en el suelo. Sollozaba acariciándose las muñecas.

—¡Mis manos! Mis manos...

Juan Ariza se acercó á la mujer, que quiso retroceder espantada.

—No; ven aquí.

Ella le miró de un modo que parecía la oferta sensual de la hembra.

—No. Eso no. Toma.

De la cartera otra vez sacaba billetes.

—Son para él. ¿Lo oyes? Para él. Vale más que tú y que yo. No importas tú. No importa yo; pero él sí. El tiene derecho á ser feliz y á que le respeten los hombres mejores que yo y le amen las mujeres más buenas que tú. Anda. Ayúdame.

Le cogieron por debajo de los brazos. Wernilghen se quejaba.

—Tengo frío. Se me abre la frente. No me hagáis daño...

Y á lo largo de la Nieuwe Doelenstraat aletargada bajo la nieve, la mujer del abrigo blanco y el hombre del traje negro llevaban á la pobre juventud de Juan Ariza como un polichinela al que se le han roto los hilos.

CANCION DE VUELTA

*El mundo es grande, muy grande,
y mi rincón muy pequeño.
Por el mundo fui perdido;
en mi rincón hoy me encuentro.*

*Andar, andar...
Siempre más tierra delante
y más fatiga detrás.*

*Partí una mañana rubia.
¡Cómo lloraban dos viejos!
Sequé sus lágrimas lentas
con prisa de mis deseos.*

*Andar, andar...
El corcel de la impaciencia
temía quedarse atrás.*

*Rayos de luna eran riendas;
espuelas eran luceros,
acorazaban los cascos
cuatro egoísmos de hierro.*

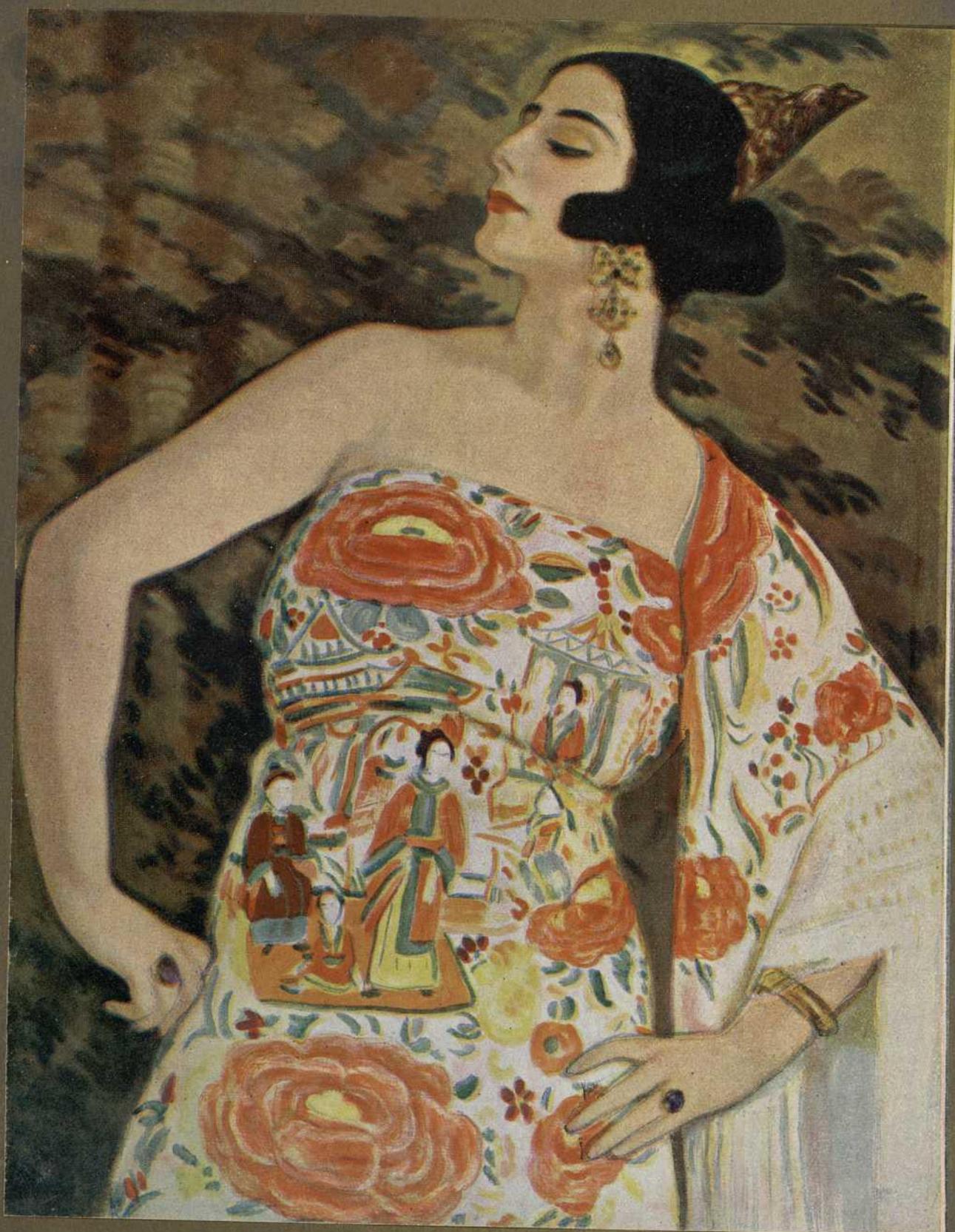
*Andar, andar...
¡Malhaya la voz que dijo:
«Corre, que ya volverás!»!*

*Y he vuelto, ¡he vuelto!... De pronto
fue mi vida toda invierno.
Espinass de desengaños
me punzaron alma y cuerpo.*

*Parar, parar...
Abre, rincón, tus dos brazos.
¡Ya no puedo más!*

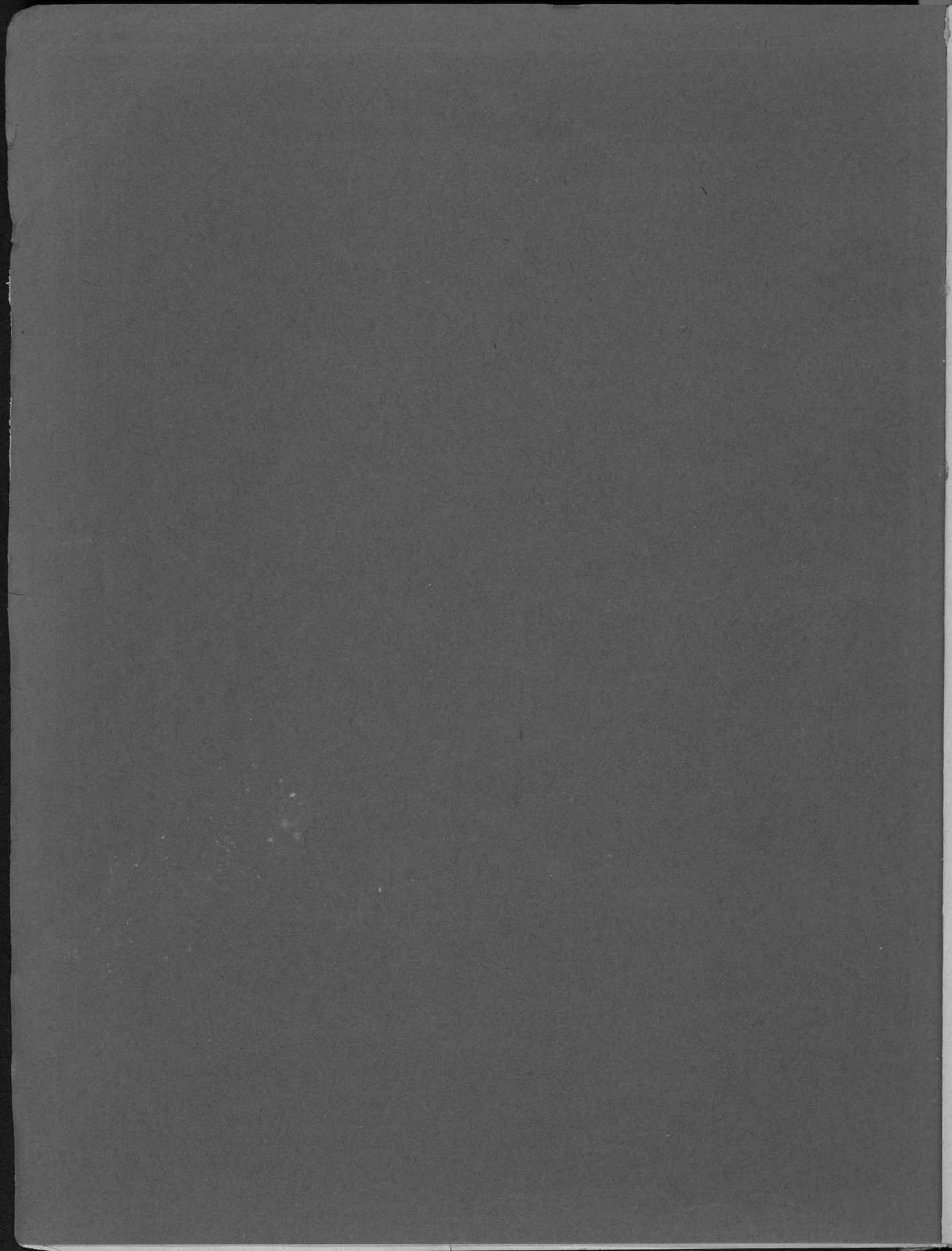
A. Hernández Catá

La Esfera



ANDALUCÍA

Cuadro de Eduardo Chicharro





«Con esta cinta me guiaréis vosotros y os llevaré yo...»

PIRULA NO TIENE MIEDO

Novela de aventuras, póstuma é inédita, de Emiliano Ramírez Angel, ilustrada por Máximo Ramos

CAPITULO PRIMERO

DONDE LA TRAVIESA NIÑA DA UNA CARRERA DESDE UN PISO SEGUNDO Á UN BOSQUE MISTERIOSO

DIGÁMOSLO de pronto y de una vez, para que todo el mundo sepa á qué atenerse: Pirula era una nena preciosa, pero revoltosísima.

A la pobre se le habían muerto los padres en un naufragio cuando ella tenía un par de años, y vivía con sus abuelitos Papá-Chitón y Chacha-Risa, los cuales la querían mucho, á pesar de los disgustos y rabietas que les daba. Papá-Chitón se llamaba así, por lo menos en casa, porque era un vejete muy simpático, que no hablaba casi nunca con las personas mayores. En cambio, le hacían charlar por los codos los dos canarios de Pirula—regalo de Chacha-Risa—; *Kukurón*, el perro kilométrico; Felipe, el galápago encargado de asustar en la cocina á las cucarachas, y *Fu-fú*, la gatita de Angora que se pasaba todo el tiempo tumbada.

Papá-Chitón, tan silencioso en las visitas y á las horas de comer, sabía, sin embargo, dónde se venden los bombones más ricos y los merengues más dulces, que recibían con aplausos y vítores Chacha-Risa y su nieta Pirula, porque las dos eran golosas hasta morir. Y para acabar con las presentaciones, digamos que Chacha-Risa debía tan bonito sobrenombre al buen humor de que Dios la había dotado, y que era una señora encantadora, buenaza, amiga de las bro-

mas y los chistes, al revés de esas otras viejas que se ven por ahí, y que sólo son manojos de arrugas y de chinchorrerías, por cuya boca salen víboras, centellas y cardos.

Algo de esto le sucedía á Pilar, la doncella, y á Boni, la mujeruca grasienta y gordinflona de la cocina. ¡Dios mío, qué genio el suyo! A Pirula no la podían tragar, como suele decirse. Menos mal que Pirula, por su parte, les correspondía con la misma moneda; las dos mujeres se le habían atragantado como si fuesen de aceite de ricino ó de estopa. A consecuencia de esta antipatía mutua, cada cinco minutos se promovía una trifulca.

Porque la verdad de todo es que ni la Pilar ni la Boni querían comprender á la nena, ni siquiera en aquellos momentos en que aparecía tan deliciosa con su «kiriki» y sus trenzas. Pirula tenía una gran imaginación y una viveza de sangre y de nervios que le impulsaban á ejecutar en el acto lo que se le ocurriese. No sabía estarse quieta. Ni le gustaban los comodones, ni los gandulones, ni los pachorriones.

Siendo más chiquitina, acostumbraba subirse á la mesa del comedor, y cuando nadie la veía se columpiaba en la lámpara, luego de haber encendido las luces. Todas las mañanas, colocando una silla sobre otra, gateaba hasta el reloj de pared para «tomarle el pulso» y ver si seguía andando sin novedad. Con el cepillo de la ropa le sacaba el brillo á los espejos de los armarios y del cuarto de aseo. En el café con leche para la Pilar y la Boni le echó, más de una vez, á escondidas, polvos de talco ó bicarbonato. Metía á la gata

en la canariera, y ató los canarios al galápagos, para ver si el pobre corría un poco más... Lo que estaba abierto, lo cerraba, y lo que debía seguir bien guardado, ella lo echaba fuera.

Papá-Chitón, entretenido siempre en leer libros gordos, no decía nada a la terrible enredadora. Chacha-Risa, sin poder contener la carcajada, daba un grito: «¡Mira, tunanta, diablota, que te voy a dar no sé cuántos azotes!» Y salía corriendo, con pasos menudines, tras la chiquilla. Pero Pirula, por supuesto, escapaba volando pasillo adelante hasta esconderse tras una puerta. Cuando la abuela pasaba por allí, Pirula salía de repente y se le subía a las espaldas para hacerle cosquillas detrás de las orejas. Chacha-Risa, sofocada y muerta de gusto, se olvidaba de los azotes y empezaba a comersé a besos a la nieta, mientras en la cocina la Pilar y la Boni, al mismo tiempo que despedían fuego por los ojos, de puro enfadadas, soñaban con casarse y tener una niña tan revoltosa como Pirula.

Y ¿sabéis cuál era su monomanía reciente? Pues en cuanto cumplió los seis años se le metió en la cabeza el empeño de ser «Princesa encantada».

Desde que había sabido que sus papás murieron en alta mar, a bordo de un barco muy grande, su imaginación fué haciéndose cada día más fantástica. Leía constantemente cuentos de hadas y de duendes, de viajes y de aventuras. Cuando iba a los bazares no le interesaban las muñecas y las casitas de juguete, sino los rifles, los trenes, los adornos de pieles rojas y los cañones.

Nunca había tenido miedo del Coco, ni del Tío Patas, ni de Mamburú, ni del cuarto oscuro, personajes feos y sucios, con que las criadas solían amenazarla para que se estuviese quieta. Hallándose en París, una Navidad, se despertó a media noche en su alcoba, y vió, de pronto, a un viejecito de barba blanca que andaba haciendo no sé qué debajo de la chimenea. Pirula le conoció en seguida: era Papá Noel, el amigo de los muchachos formales, a quienes trae regalitos por Nochebuena. Pirula, sin decir palabra, saltó del lecho, y abrazando al anciano, le pegó un tirón de las barbas, tan espesas y resplandecientes.

—¿Qué haces, Pirula?—le preguntó Papá Noel en francés.

—Ver si tienes las barbas de algodón, como he leído en un libro de cuentos.

Y la chiquilla volvió a tirarle con más fuerza.

Pero Papá Noel se enfadó bastante, dió un bufido, y cogiendo los zapatos de Pirula, se los llevó a la vez que desaparecía por lo alto de la chimenea. Pirula se acostó tan tranquila. A la mañana siguiente no se encontraron los zapatitos. Tuvieron que salir a com-

prarle otros, y no hallaron ninguno a su medida. Pirula no lo ha dicho nunca; pero aquel día todos los zapateros de París tenían unas barbas como las de Papá Noel, y hasta parece que imitaban su voz...

Bueno; decía que Pirula padecía el afán de ser princesa encantada. Antes había querido ser pirata de un barco turco, de esos que usan bigotes cerdosos y pipa. El abuelito Chitón, siempre deseoso de complacer a su nieta, le compró una cachimba que apataba a tabaco y todo, y un frasco de un aceite especial para que saliese bigote. Pero pasó el tiempo, y Pirula no conseguía tener aspecto de pirata. No se sabe si el aceite aquel era de mala calidad, ó la Boni lo cambió por otro de una lata de sardinas. Lo único cierto es que Pirula, tan atolondrada como de costumbre, se lo untó no sólo en el labio superior, sino en el pecho y aun en el cogote. Y allí—¡horror!—, en el cogote mismo, y no en ninguna otra parte, le brotó un puñado de pelos como una escobilla, que tuvo que cortarse a escape porque, aparte de que no le daban aire de pirata, hacíanla asemejarse a uno de esos pollos llamados «tomateros», tan ridículos con su crestita sin acabar.

Entonces se le marchó la idea del bergantín y de las piraterías, y se pasó lo menos un cuarto de hora rabiando y pataleando por haber nacido niña y no niño, ya que, cuando se es niño, se reúnen muchas ventajas para tener bigote.

Chacha-Risa, para consolarla, le compró muchos juguetes «de chico». Pirula no quiso ni verlos. Arrojàndose en los brazos de la abuela, gritó:

—Bueno; pues seré princesa encantada.

—Pero, amor mío, ciéln, ¿cómo quieres tú que yo consiga semejante cosa?

—Cuando vienen a verte esas visitas que después dices que te revientan un horror, bien sabes repetirlo, chacha: «¡Oh, estoy encantada, querida!» Pues anda: búscame unas vecinas ó un par de señores que me carguen mucho. Si me encanto, como tú, como ellos, sólo me falta ser princesa.

—¡Ah! Eso, eso es lo más difícil, hija mía.

—¿Qué va, chacha! No seas tonta. Papá-Chitón compra un barco, nos vamos a una isla de salvajes, les regala unos relojes despertadores y unos sombreros de copa y le nombran rey y a ti reina. Y en seguida soy yo la princesa. Anda, chacha de mi corazón. Convence a papá-abuelo. Los relojes despertadores que digo, de los más gordos, cuestan muy baratos. Y de sombreros... ¡hay que ver los que tiene en el armario viejo!... Cuanto más abollados estén, más les gustan a los salvajes.



«La tarasca, ogro ó lo que fuese, estaba, en efecto, de un humor de cien mil pares de diablos...»



«Pirula había empujado la puertecilla, camino del antro donde dormía la tarasca»

Chacha-Risa y Papá-Chitón fingían hacerle caso, y aun le prometían comprar una embarcación para salir en busca de la isla famosa, con lo cual Pirula se conformaba. Era entonces cuando, muy calladita, allá en cualquier habitación de la casa, dejaba transcurrir unos minutos, hasta que, de súbito, ¡plaff, prurrumpumpúmmm!, retumbaba un estrépito de mil demonios.

Ya se sabía: cacharro á tierra, hecho añicos, Cortinaje por el suelo, cuadro patas arriba ó butaquita descuartizada.

Una vez, Papá-Chitón se había puesto á leer la lista de la Lotería y se quedó dormido, con la cabeza sobre el pecho. Su calva relucía hermosa como una esfera de cristal. Las moscas rondaban aquel queso. Pirula tuvo una idea que le pareció muy divertida, y con su vivacidad de siempre la puso en práctica. Chacha-Risa había salido á la iglesia.

Buscó su álbum de calcomanías, eligió una gran mariposa enorme, de alas multicolores, y se puso á «sacarla» en la calva del abuelo.

Papá-Chitón roncaba deliciosamente. Debía estar soñando con que le habían tocado varios premios en otra lista. Pirula, cuidadosamente, untaba de saliva el papelito, levantándolo de vez en cuando por la punta para ver si se pegaba bien, como era su obligación.

En el momento mismo en que iba á «sacar» la mariposa apareció en la puerta Boni, la feroz cocinera, con sus dos verrugas en la barbilla y su lunar peludo á un lado de la boca.

Al ver lo que estaba haciendo la muchacha, lanzó un aullido.

—¡Bribona! ¡Pícaro! ¿Es así como respetas al pobre abuelito? ¡Ahora verás!

Y corrió, indignada, colérica, más terrible que nunca, decidida á pegarle. Pirula se escabulló hasta el pasillo. Pero las voces de la cocinera iban persiguiéndola, y Pirula, nerviosa, azorada, abrió la puerta de la calle y desapareció escaleras abajo.

Cualquiera creería que el suceso acababa allí. Al contrario: la Boni, enardecida, y arrojando en su persecución, al mismo tiempo —debe consignarse— que temerosa de que Pirula pudiera caerse, saltó los escalones tras ella. Pirula bajaba con agilidad de ratoncillo, en tanto que la Boni resoplaba como una foca. Lo más notable es que Pirula iba riéndose, cada vez más nerviosa, cada vez más ágil y aturdida...

Llegó al portal, sintió cerca aún la vozarrona de la cocinera y saltó á la calle, bañada en el sol del mediodía.

Jamás se había sentido Pirula más animosa y con las piernas más resistentes. Iba disparada por la acera, recelando que todo el mundo se sumase á la Boni y corriese con ella para detenerla y atizarle el palizón correspondiente.

En su carrera desenfadada y vertiginosa, tiendas y balcones daban volteretas; y carros y automóviles, avanzando unos tras otros, parecían también perseguirla.

Pirula no hacía caso. Ya hemos dicho que era muy valiente. Una sola vez estuvo á punto de detenerse, un poco acobardada, y fué cuando la manga de riego de un barrendero municipal, soltando un estallido, alargó el chorro hasta las espaldas de la fugitiva, como si tratase de alcanzarla. Pirula volvió la cabeza y se echó á reír. Por cierto que en aquella ocasión sí que, por culpa de la gracia que le hizo su susto, al detenerse, estuvo en un tris que no la capturasen.

Se metió por la primera bocacalle, y hala, hala, corre que te corre, ya sin mirar atrás, apenas se dió cuenta de que la ciudad iba cambiando.

Las casas, de seis y ocho pisos, empezaron á achicarse. A los soportes del tranvía y de los faroles iban saliéndoles unas ramas y unos plumeros verdes, y se convertían en árboles. Las bocas de las alcantarillas se ensanchaban, tanto y tanto, que ya eran unos riachuelos. Y los adoquines habían ido ablandándose hasta deshacerse en terrones, cubiertos de hierba. En vez de las bocinas de los automóviles oíanse gorjeos de pájaros.

Pirula se detuvo, jadeante. Miró en torno suyo, y quedóse absorta de júbilo. Estaba en pleno bosque.

Los rayos del sol apenas penetraban por entre los altos y tupidos árboles. A un lado, el río—un río ancho y lento—se deslizaba entre una bóveda de ramas y bajo un enjambre de mariposas y libélulas. El césped, mullido como un tapiz de margaritas, amapolas y tréboles, debía esconder á legiones de gnomos. Porque aquel bosque debía de ser un bosque de cuento, de los que estaban encantados, como á Pirula le gustaban. Era la primera vez que lo veía.

¿Lo era de verdad? ¿Podrían suceder allí aventuras misteriosas y divertidas, como las que había leído?

Vamos á verlo. Por lo pronto, Pirula sintió muy cerca de sí unos pio-píos que le eran familiares; y cuando alzaba la vista para enterarse de dónde procedían, dos pájaros amarillos se posaron suavemente en su regazo.

Pirula, loca de alegría, lanzó un grito. Aquellas aves eran los canarios que tenía en su casa, á los que quería tanto como ella á Papá-Chitón.

—Te hemos seguido—le dijo *Colete*, el macho—, porque antes de pegarle la calcomanía al abuelito, cuando nos llevaste el azúcar, te habías dejado abierta la puertecilla.

—Aquí nos tienes—agregó la hembra—decididos á seguirte adonde vayas. Ya sabes que te queremos mucho más que la Boni y la Pilar.

Pirula les dió en el pico un beso muy largo.

—Pues mirad—exclamó—. Ya que estamos juntos los tres, vamos á buscar aventuras. ¿Os parece bien?

Los pajarillos agitaron las alas, contentos. El macho replicó:

—Las buscaremos, sí; pero con una precaución. Como eres tan traviesa y tan atrevida y para correr aventuras es preciso ser cautos, nosotros, ésta y yo, en vez de volar y aturdirte más, marcharemos cuidadosamente por la tierra. Verás cómo así todo nos sale á pedir de boca.

Pirula les dejó escapar, y de pronto, en un decir Jesús, los vió trocados en dos hermosos caracoles.

II

PIRULA OYE UNOS RUGIDOS

—¡Qué bien, qué bien, chicos!—dijo palmoteando Pirula. Y quitándose la cinta de seda de la camisa, se la ciñó al cuello de los caracoles.—Tenéis mucho talento porque no se os ha ocurrido transformaros en perros. Los perros ladran por cualquier cosa y espantan á los duendes y á los gnomos. Bueno; con esta cinta me guiaréis vosotros, y os llevaré yo, según se nos ocurra. Y mucho cuidado, porque en este bosque debe haber aventuras á montones.

Avanzaron lentamente. Los caracoles alargaban sus cuernecillos y los movían en todas direcciones, como hacen con las orejas los perros y caballos. Al pie de los altos árboles se veían grupos de setas enormes, cada una de color diferente.

—¿Veis?—gritaba Pirula, muy alegre—. Ya empieza lo bueno. Estos son los paraguas de los duendes y gnomos que viven escondidos entre las raíces. ¡Qué tonos tan bonitos tienen! A lo mejor es que aquí llueve cada día de un color diferente, y no como en el barrio donde vivimos, que...

En aquel momento se oyó un rugido espantoso; un rugido agudo, largo, igual que si se hubieran puesto á pitar cien chimeneas de fábrica y otras cien sirenas de barco.

—¡Atiza! ¿Qué será!

Los caracoles se subieron al tronco de un árbol.

—Allá lejos se ve una puertecita que debe ser misteriosa.

—¡Pues si es misteriosa, adelante!—exclamó la muchacha.

—Cuidado, Pirula—le previno *Colete*, el macho.

—Que no llevamos armas, mujer—le recordó *Coleta*, la hembra.

—¡Andando! No seáis miedosos. Yo rezaré una salve por los tres, y además besaré este amuleto que me dió Chacha-Risa.

Y sacándose el pecho, les mostró un medalloncito, tras cuyo cristal brillaba como una gota de sol.

—¿Qué alhaja es ésa?—preguntó *Coleta*.

—Una lágrima de mi mamá, que le dió á mi abuela para mí cuando se subió al cielo. Porque mi mamá, aunque se iba al cielo, se fué llorando porque le daba pena separarse de mí. Y la guardo como un tesoro. No he visto ninguno que brille más.

—Lo sabemos—repuso *Colete* poniéndose muy serio—. No hay joyería mejor que los ojos de una madre.

Pirula iba á hacer una caricia al caracol, que tan buenos sentimientos tenía desde que había nacido canario; pero un nuevo rugido, esta vez más feroz, retumbó como un trueno interminable.

—Mal genio tiene el ogro—murmuró *Colete*.

—A lo mejor es que no ha comido todavía—observó Pirula.

—O que le ha hecho daño el almuerzo. Si hubiera tomado bicarbonato como Papá-Chitón, no escandalizaría tanto.

En aquel instante, un saltamontes muy lindo, con su casaca verde, se acercó á ellos y soltó la carcajada.

—No hay tal cosa. El dragón ese—porque os prevengo que es un dragón más grande que dos ó tres ballenas empalmadas—se hizo dueño de este bosque hace varios siglos, y desde el año pasado está á todas horas enfadadísimo.

—¿Por qué?

—Porque de noche, cuando está durmiendo, vienen unos cuantos hombres con su hacha y derriban todos los árboles que pueden. Son unos canallas que gozan destruyendo; esa es la verdad. ¿Para qué cortan tan hermosos troncos? Si fuera para comérselos...

Pirula se echó á reír.

—Bien se ve, querido amigo saltamontes, que tú no sales nun-

ca de tus trigales y tus alamedas y que apenas has corrido mundo. Esos hombres del hacha son ni más ni menos que leñadores, carpinteros, gente que necesita madera para prenderla fuego y calentarse ó para hacer camas, mesas, techos, postes de telégrafo y traviesas de ferrocarril... Anda, dime dónde está ese dragón, que voy á contárselo para que se le quite el mal humor.

El saltamontes se rascó la cabeza con una de sus patas, erizada como una sierra, y se marchó dando un gran brinco.

—Allá vosotros. Pero no se os olvide que le gusta con delirio la asadura fresca de niño. Y que los caracoles se los toma como si fuesen aceitunas...

Pirula, sin hacerle caso, tiró de la cintita que llevaba unidos á *Colete* y *Coleta* y avanzó por entre las raíces de los árboles y bajo las cúpulas de los hongos.

A los pocos pasos distinguieron una puertecita roja, bien empujada en el tronco de un gigantesco roble.

—Esa debe ser la portería del ogro. Por las trazas es peor que la de casa. No tiene ni ascensor.

Y quiso emprender una carrera para llegar en seguida. Pero sus amigos, pegándose á tierra, tiraron de la cinta, y lo impidieron.

—Calma, calma—dijo *Colete*—. Acuérdate de lo que nos dijo el saltamontes.

—¡Puf!—exclamó Pirula—. Parecéis unos chiquillos, que tienen miedo hasta de su sombra. A los saltamontes, como son tan pequeños, todo se les antoja enorme. ¿Qué os apostáis á que el dragón ese no abulta ni lo que un pavo? Pues á los pavos, en casa, nos los comemos, por Navidad, asados, con la barriga rellena de castañas y manzanas...

Otro alarido más retumbante que los anteriores, y más cercano, hizo retremblar las hierbas y las ramas. Bandadas de mariquitas y de murciélagos emprendieron el vuelo. Hasta algunas setas se agrietaron, como sombrillas viejas. Unas lagartijas, también llenas de temor, se escurrieron serpenteando, sin saber dónde esconderse, hasta que, aturdidas, quisieron meterse en las bocas, abiertas como portamonedas, de unas ranas. Su suerte fué que tropezaron y, tan listas como de costumbre, dieron media vuelta.

En el agujero de sus madrigueras, unos conejos asomaban el hocico encogiéndolo como si fuera de goma. Cada vez que resonaba uno de los bramidos del ogro, daban la vuelta á escape mostrando su rabito, redondo y blanco lo mismo que una boirla para los polvos.

Todo el bosque temblaba, aterrado. Las hormigas rompían sus hileras, desparramándose camino de sus covachas. Los escarabajos peloteros soltaban su balón, que rodaba dando tumbos sin que ningún pájaro se atreviese á picarlo. Y en las ramas, las orugas se encogían, como caracoles. Al revés de los caracoles, que se encogían dentro de su concha, como orugas...

Pirula se había detenido.

—¿Qué piensas?—preguntó *Colete*.

—Que el maldito dragón alborota mucho más que yo cuando me bañan... Habrá que darle unos azotes.

Y corrió, corrió hasta llegar á la puertecita encarnada.

En vano los caracoles intentaron retenerla. La muchacha soltó la cinta y, santiguándose, por si acaso, empujó los tabloncillos.

Al fondo, después de una senda de guijarros, veíase un agujero obscuro, espantable. Pirula, siempre animosa, acercó el rostro estirando la nariz para «olfatear» el misterio.

—En primer lugar—pensó—, este boquete es demasiado pequeño para que pueda pasar por aquí el dragón, el ogro, ó lo que sea.

Entonces, una malva real que se hallaba cerca de Pirula agitó sus corolas y le susurró:

—Es una tarasca poco mayor que un lagarto; pero que se hincha espantosamente todos los domingos, cuando sale á devorar niños extraviados y niñas descuidadas. El otro día se comió á una ama de cría con el cochecito del nene, con el nene y con el novio del ama de cría, que era soldado y no llevaba el machete por un olvido. El año pasado se tragó todo un colegio de parvulitos, que estaba merendando, mientras los profesores charlaban junto al río. Cuando á la tarasca se le hinchan las narices, que es lo primero que se le hincha, no se puede parar en el bosque. Con decirte que yo misma tengo que disfrazarme de cardo borriquero para que no se fije en mí...

—Seguramente es que la pobre está encantada—dijo Pirula—. ¿No hay hadas ni brujas en este bosque?

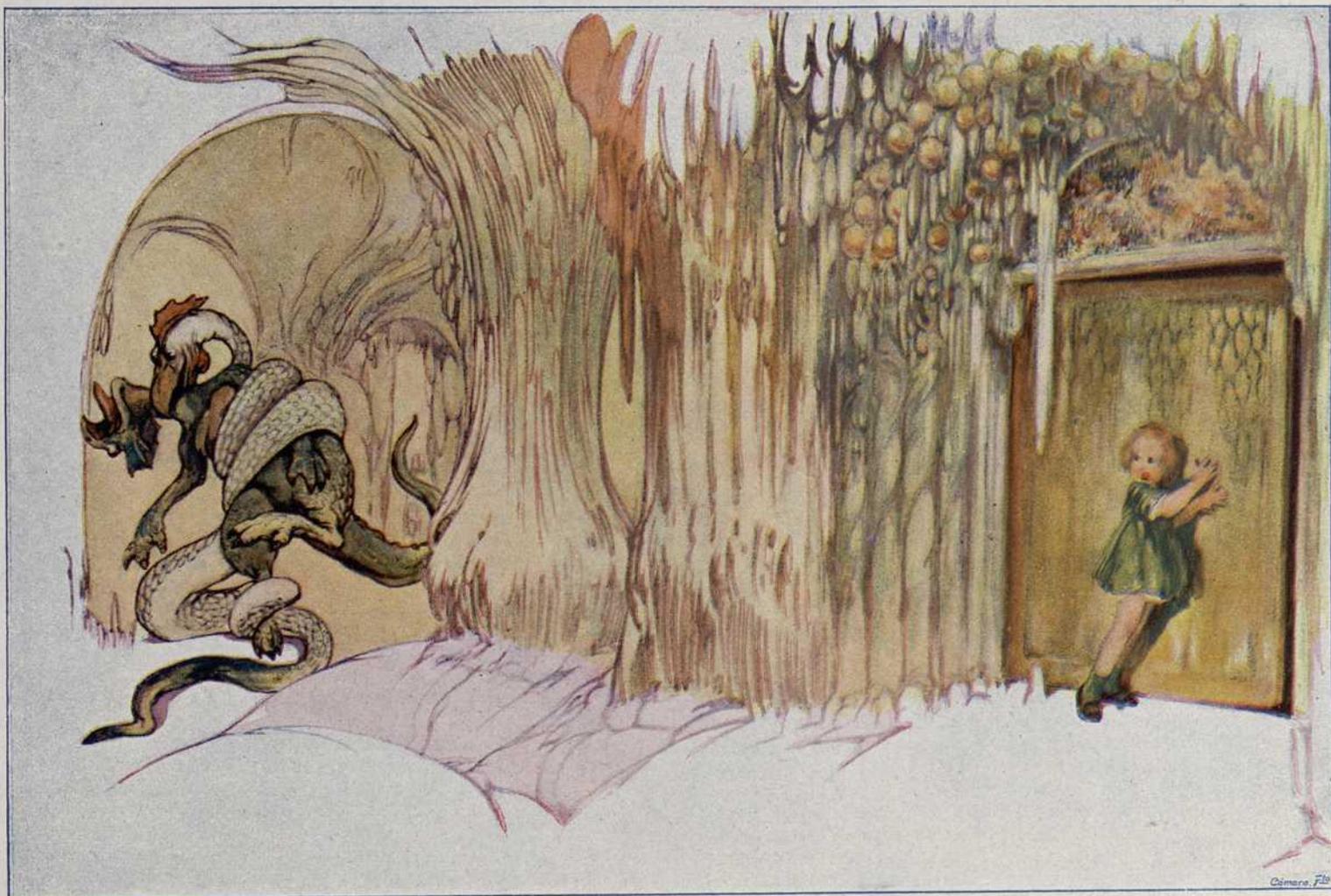
—Sí las hay, pero son ya muy viejas. A unas se les ha perdido la varita de virtudes; á otras, como se casaron y tienen muchos hijos, se les quitó la gana de hacer maravillas. Tú eres la única muchacha que desde que yo vivo se ha aventurado á llegar hasta aquí. Como eres tan preciosa...

—¿Qué?

—Pues quién sabe si á la tarasca le gustas...

—¿Y qué?

—Pues le gustas y te perdona la vida.



«Lo espantoso de la lucha si que asustó un poco á Pirula»

—Me alegraría, no creas. Yo lo que deseo es desencantarla. Y poco he de poder si no lo consigo. A ver. ¡Coleta, Coleta! ¡Venid!

—¿A quiénes llamas? ¿A dos gigantes, quizás? ¿A dos guardias? Pirula soltó la risa.

—Llamo á dos amiguitos míos, mansos como palomas y dulces como corderos.

—¿Traen cañones, por si acaso?

—No hace falta. Me quieren mucho y les quiero yo. Cuando se juntan unos amigos no importan las tarascas. Vas á ver cómo la desencantamos. ¡Coleta, Coleta! ¡Vamos, venid corriendo!

III

EN LA CUEVA DEL MONSTRUO

La tarasca, ogro ó lo que fuere, estaba, en efecto, de un humor de cien mil pares de diablos; pero la verdad es que no le faltaba razón. Los buhos más viejos de aquel bosque lo sabían. El pobre animal era un desgraciado...

Antiguamente, hacía siglos, cuando la tarasca, joven y menos horrorosa que hoy, era una traviesa tarasquilla, comenzó á pasar muy malos ratos. Las brujas y los magos que entonces vivían en los pueblos de aquellos alrededores no dejaban en paz al monstruo, aunque no se comiese á nadie vivo, por la sencilla razón de que ningún ser vivo se atrevía á acercársele. ¿Y sabéis por qué razón le perseguían con tanto interés las brujas y los magos? Pues porque la tarasca, harpía, corrupta, Gran Tragoncia, ogro, dragón ó Milbestias—que de todos estos modos llamaban al formidable bicho—poseía unas plumas, unas escamas, un corazón y unos intestinos que, machacados convenientemente, y mezclados con jugos de hierbas, hilos de telarañas, baba de sapo y otras porquerías, formaban un unguento muy utilizado por las brujas y los magos para curar las enfermedades.

Deseosos, pues, si no de matarlo de una vez, por lo menos de quitarle á pedazos las uñas, las escamas, las plumas y los cuernos para venderlos y ganarse buenas bolsitas repletas de oro, las brujas y los magos organizaban cacerías contra la tarasca, allá á la media noche, que es cuando los monstruos, hartos de comer carne humana, sue-

ñan las cosas más bonitas y se quedan dormidos como marmotas ó lirones.

La tarasca pasó unas noches malísimas, sin poder pegar ojo. Sus enemigos llegaron, aprovechando un descuido, á arrancarle un diente y una pluma. Menos mal que todas las brujas y magos que se habían reunido principiaron á reñir para repartírselos, y entonces la tarasca, ¡Aaaaahoaajjjj!, dió una tremenda dentellada y se tragó á no sé cuántos de los cazadores. Un mago estaba muy tiernecito y algunas brujas, efervescentes, ya con los huesos casi hechos polvo, le facilitaron deliciosamente la digestión.

Pero así no era posible continuar viviendo. Y conforme pasaban los siglos, y el animal crecía, y la selva mágica dejaba de serlo, la tarasca se quiso poner á la moda. Puesto que todo mejoraba, y por el cielo, en vez de águilas de carne volaban unos extraños pájaros de aluminio, y allá por el otro lado del bosque en vez de la flauta del ruiseñor se oía el claxon de un automóvil, la señora tarasca se transformó en un monstruo á la moderna, un monstruo científico, con todas las perfecciones, y como quien dice garantizado por muchos siglos más de los incontables que ya había vivido.

Todo era una maravilla industrial. La piel, con sus preciosas escamas de níquel, no la usaban mejor los reyes y emperadores más barbudos del universo. El lomo, formado por una pasta de cemento y de caucho, ofrecía una resistencia increíble. Las garras y los cuernos eran de celuloide legítimo. El pico, de acero, se lo afilaba todos los días en una piedra. Los dientes, muchos de ellos cubiertos de oro para que no se cariasen, eran del mejor marfil que se empleaba en la fabricación de bolas de billar. Movía la cola y las patas con rapidez extraordinaria, gracias á una estúpida combinación de tornillos y bisagras. En cuanto á los ojos...

Los ojos eran otra maravilla: dos lámparas de filamento último modelo, que no las usan en la estación más completa de radiotelefonía. Por la noche los ojos de la tarasca alumbraban potentísimos como faros, y los mochuelos, buhos, conejos, liebres, ciervos, alacranes, escarabajos, serpientes y lagartijas, deslumbrados, acudían hasta las mismas fauces del monstruo, el cual se los comía sumamente encantado de ser tan científico.

En su cueva, adornada con miles de estalactitas y estalagmitas de todos colores y fabricaciones, tenía un gran repuesto de *vermuts* y

cocktails, con el fin de que le abrieran el apetito los días en que no le era posible agenciarse algún chiquillo bien alimentado. También, en sus ratos de ocio, la tarasca solía confeccionarse unas salsas misteriosas, muy cargadas de hierbas aromáticas, para condimentar con ellas las entrañas de los niños, y conseguir que sus asaduras estuvieran lo más blanditas posible.

Por último, el terrible animal se había instalado en el pecho un aparato mecánico para producir alaridos, bramidos, resuellos, rugidos y vozarrones tan retumbantes que hasta á los gallos les ponían la carne de gallina. Y por si acaso tales estruendos no surtían efecto porque se estropeara de repente el mecanismo, todos los sábados renovaba un depósito de pólvora de primera clase para arrojarla encendida por pico, pupilas y gañote y abrasar al que osara atacarle.

Después de lo dicho, ¿puede imaginarse que intentara alguien acometer á la fiera? Ya lo creo que había alguno, y aun algunos. La codicia de ciertas gentes es inconcebible.

Por el bosque y sus inmediaciones se había corrido la voz de que la tarasca era un animal riquísimo, tan valioso como temible, y todo el mundo, lo mismo que los hechiceros de antaño, ansiaba capturarlo en conjunto ó en parte, para venderlo y obtener una bonita ganancia.

De día, de noche, á todas horas, no faltaban atrevidos que formasen cuadrillas y atacaran al monstruo, claro es que de manera sigilosa, esto es, escondida y hábil. Unos le tendían trampas; otros, subidos á un árbol, le disparaban nubes de gases asfixiantes; quiénes llevaron un cañón y pretendieron destrozarlo á fuerza de metralla.

Pero el dragón, astuto, siempre alerta, burlaba las agresiones, emboscadas y peligros, y en su piel y en sus escamas rebotaban las balas y las flechas, sin producirle el menor daño.

En cierta ocasión, furiosamente excitado, persiguió á sus enemigos leguas y leguas hasta llegar al mismo pueblo donde vivían. Fue la vez en que estuvo más amenazado de perecer á manos de los hombres. Ciego de furor, el monstruo devoró al maestro de escuela y al boticario. La gente, asustada, no se atrevió á arremeter contra la bestia, para salvar á los infelices atacados.

Sin embargo, yo os diré la verdad, y la verdad es que el ogro había hecho perfectamente con tragarse al maestro porque era un viejo de pésima bilis que no hacía más que pegar á sus alumnos, y el boticario era un tunante que en vez de despachar las medicinas como Dios manda se lo encargaba á un ayudante muy bruto mientras él seguía jugando á la baraja—cosa en la que, francamente, tenía mucho talento.

En fin: que el dragón, antes y ahora, no vivía en paz, y que estaba siempre, como os he dicho, de un humor pésimo. Apenas salía del bosque, temeroso de que un enjambre de atrevidos le desplumara ó le descuartzase para utilizar su níquel, su celuloide, su martil, etc. Solamente las lámparas debían valer un dínal.

Apenas salía, pues, de su caverna, desde la que lanzaba aquellos alaridos que, en realidad, no asustaban sino á los forasteros. El infeliz dragón, ya bastante anciano y con unos cuantos dientes de menos, estaba á régimen, y en vez de comer entrañas humeantes de niño—aparte de que ningún niño cometía la imprudencia de acercarse por aquellos andurriales—, sólo chupaba unos yerbajos que sabían á demonios.

Pirula, según es de suponer, ignoraba todo esto. Como tampoco sabía que la tarasca había olfateado su llegada al bosque, y que esto había encolerizado mucho al monstruo.

—¡Vaya!—gruñía—. No voy á tener más remedio que tragarme á esa chiquilla... ¡Yo, que no quería alterar mi régimen, ahora que me sentía tan repuesto!

Y bostezando de rabia, se retorció cuan largo era, produciendo un estrépito ensordecedor con sus tornillos y charnelas.

Al sentir que Pirula había empujado la puertecita, camino del antro donde dormía la tarasca, exclamó (despidiendo fuego por un ojo, para gastar menos, ya que se trataba de una criatura y no de una persona mayor, que siempre impone más respeto á los ogros):

—Si se acerca de prisa, demostraré que es una muchacha valerosa, sin miedo á nada, y en recompensa la mataré de un zarpazo y la dise-caré para colgármela sobre el pecho, como un dije. Pero si la muy tímida se asusta y tropieza para entrar..., ¡grrrrchfff!—; y el ogro lanzó un resoplido que ladeó varias estalactitas cercanas—; si entra con lentitud de cobarde, no voy á tener más remedio que matarla de un zarpazo, y además, comerme todas sus entrañas bien rehogadas en pasta inglesa de tomate, aunque después me abra-se el estó-mago... ¡Ujjj!

Pero, ¡menudo chasco se llevó la tarasca!

Pirula entró en la cueva rápidamente, con la cabeza en alto, como si sus melenas y rizos fuesen otros tantos estandartes. Los caracoles, siempre juiciosos, se negaban á avanzar con tanta prisa como su dueña, y, arrastrados por la cinta, daban atroces volteretas.

—¿Eh?—gritó la tarasca al ver á la niña—. ¿Qué miserable piltrafa eres? ¿Cómo te atreves á llegar hasta mí, que puedo, de un soplo, convertirte en papilla

Lo dijo ahuecando un poco la voz, porque lo cierto es que al monstruo le había hecho mucha gracia verla tan decidida y también tan mona.

—Vengo á desencantarte—contestó Pirula, á la vez que caía de rodillas, no se sabe si porque á última hora sus piernas se doblaban de miedo ó porque se acordaba de la Virgen para implorar, con una Salve, su amparo.

De todos modos, Pirula rezó su plegaria, sin dejar de acariciar el medalloncito donde guardaba el recuerdo de su mamá.

La tarasca, considerando oportuno amedrentar á la chica, dió un salto, extendió una zarpa, dispuesta á dar fin de Pirula; pero en aquel mismo instante los caracoles lanzaron dos chillidos como de rata, y ellos, con la cinta, se convirtieron en una serpiente, gorda, larga, silbadora, que se enroscó en un santiamén al monstruo...

Y para que se vea lo que son en ocasiones los monstruos. La tarasca, al sentirse asfixiada, empezó—¡quién lo creyera!—á pedir auxilio, socorro y favor.

Los espantoso de la lucha sí que asustó un poco á Pirula, obli-



«Alzabase una roca y en lo más alto de ella un castillo «de cuento» con sus torreones»

gándola á alejarse algo y aun á emprender carrerilla al otro lado del cubil.

La serpiente, liada al cuerpo del dragón, hacía crujir sus huesos y sus resortes y palancas, que iban saltando en trozos. La tarasca le atizó algunas dentelladas á su rival; pero no pudo vencerlo. Se le saltó un ojo; varias muelas de oro danzaron por el aire. Empezó á gemir débilmente, como un corderillo...

Pirula tuvo lástima y se marchó de allí. Pero entonces sucedió otra peripecia fantástica, y es que, según la gran tarasca se deshacía, derrotada, de sus trozos formábanse unas tarascas pequeñas que aullaban, y escupían fuego, dando unos brincos tremendos.

Pirula vió que el asunto tomaba mal aspecto. El recurso mejor era huir, y así lo hizo. Volvió la cabeza en busca de una salida. Y ¡oh, milagro! Allí mismo, de repente, surgió una puerta que ó no existía antes ó no había visto. El caso es que Pirula desapareció tras ella con celeridad de ratón.

Pero, siguiéndola, tres ó cuatro tarasquitas, que no dejaban de resoplar y de graznar, fueron á caer sobre ella. Pirula apretó la marcha, medio riéndose, porque aquellos animalejos tenían un aspecto muy cómico que no podía causar sobresalto; mas como se descuidase un segundo, sintió que la garra de uno de ellos le tiraba del pelo, y no tuvo más remedio que correr con nuevos bríos.

Tropezó, cayó...

Cayó sobre una hermosa malva real, que se elevaba en mitad del suelo.

—Ahora—pensó Pirula—sí que te has caído doblemente y te hacen cordilla...

Y cuando esperaba que los bichejos la devorasen, sintió que subía, subía, suavemente. La malva real, creciendo y estirándose, como un árbol que quisiera llegar al cielo, dejaba á la chiquilla fuera y lejos del alcance de las tarasquitas que chirriaban, rabiosas de desesperación.

IV

EL CASTILLO Y SUS DUENDES

Una vez que la gigantesca flor estuvo muy en lo alto, inclinóse formando una curva hasta llegar á tierra, donde depositó á Pirula, sobre una alfombra de césped.

—¡Qué bien; pero qué requetebién!—gritó, contentísima—. Dios te lo pague.



«Infinidad de negros, de rodillas y con la cabeza baja, permanecían inmóviles»

—Ahora—dijo la malva real—supongo que te volverás á tu casita.

—¡Quiá! Allí no hay aventuras. Total hace unas horas que he salido... Si lo siento, no creas, es por mis abuelos, que los quiero á rabiarse... Pero á mí me entusiasma correr mundo. ¿Tú sabes qué camino es éste? Oye otra cosa; antes de contestarme dime dónde hay algo de comer. Porque tengo un hambre horrible; hambre de náufrago, lo menos...

De la corola de una de las campanillas salió otra vez la voz dulce:

—¿Ves aquella montaña? Pues al pie, entre unos zarzales, encontrarás la entrada de una mina de miel.

—¿Una mina de miel?

—Como lo oyes. En California hay muchas. En la entraña del monte han elegido su vivienda infinidad de abejas que los sabios conocen: la egipcia, la de Java, que es enorme; la melipona, norteamericana, que no tiene aguijón... Ya verás. Yo lo sé porque á menudo vienen á beber en mis cálices y charlan por los codos.

—¿Y me dejarán entrar?

—Los niños entran en todas partes.

—Pues quédate con Dios. ¡Ah! Y á ver si encuentras á mis caracolos y me los mandas...

Se marchó corriendo por un camino festoneado de rosales y campanillas. A lo lejos la montaña, azul, cambiaba de color, y se tornaba roja, verde, amarilla... Pirula, más alegre que nunca, se puso á cantar, mientras apretaba el paso.

Por fin encontró un arroyuelo de agua transparente, en cuyas márgenes crecían juncos, espadañas y otras plantas silvestres. Un tropel de abejas doradas iba y venía sobre las florecillas. Y lo curioso era que aquellos insectos, según revoloteaban, despedían un sonido semejante al del violín, la flauta y los platillos, cosa que acabó de entusiasmar á Pirula.

Notó, además, que las abejas no sólo no huían de ella, sino que incluso alguna se posaba en sus rizos, en la frente, en la boca.

—¡Azúcar!—pensaba Pirula, sin atreverse á espantarlas—. A lo mejor es que me queda en los labios alguna bigotera del chocolate de esta mañana.

Siguió á las mayores, que formaban una procesión musical por un túnel de mirtos, y de pronto descubrió el arco de entrada de una gruta.

Debía de ser el palacio de las abejas, ó mina de miel.

En efecto: Pirula no se había equivocado.

Las paredes aparecían cubiertas de esa especie de casilleros ó nichitos donde estos volátiles gustan de depositar el producto de sus correrías por las vegas y los jardines, y el efecto no podía ser más bonito. Hebras de oro, como rayos de sol, estalactitas resplandecientes, artesonados como hechos con astillas de cristal y virutas de espejos, confundiendo mágicamente, daban la sensación de que en la gruta había una gran hoguera... que no quemaba ni despedía hu-

mo. Por añadidura, las musiquitas de tanto insecto embelesaban el oído.

Pirula creyó volverse loca de júbilo en aquella magnífica colmena que no admitía rival con la confitería mejor surtida. ¡Poco que le gustaba á ella lo dulce! Cogió unas hojas de morera para no pegarse las manos, y «atacó» á una especie de tarta monumental que surgía de la pared...

La gruta se prolongaba, siempre brillante de miel riquísima, igual que un camarín lleno de luces. Al final se abría un camino cada vez más estrecho. Por él se aventuró Pirula, una vez bien satisfecho su apetito.

Así anduvo y anduvo bastante tiempo, sin dejar de relamerse porque la golosina le supo á poco. «Mañana volveré á darme otro atracón. Bueno; atracón, no—rectificó—, porque no tendría gracia que me pusiese enferma de la tripa en estos sitios encantados, donde, á lo mejor, no hay médicos...»

El camino iba haciéndose cada vez más estrecho, hasta que á uno y otro lado apareció el mar. ¡Magnífico! A Pirula le gustaba el mar casi tanto como los dulces. Y lo más estupendo es que al final de la senda, que se extendía igual que un puente, alzábase una roca, y en lo más alto de ella un castillo «de cuento», con sus torreones y sus almenas...

Pirula dió unas volteretas de alegría.

—Allí me tienen que pasar muchas cosas... Lo menos viven en aquel castillo, Barba-Azul, Pinocho, Capercucita, el Gato con Botas, la Cenicienta, Gulliver, Simbad el marino, Robinsón y Peter Pan...

¿Acertaba Pirula?

Mientras ella sube por la falda de la montaña, vamos á ver nosotros quiénes vivían en el castillo embrujado.

Porque embrujado estaba, desde luego. Y su situación era la correspondiente á un cuento de duendes, fantasmas ó, por lo menos, de piratas.

¡Menudos piratas, ladrones, granujas y canallas eran los misteriosos moradores del castillo!

Se reunían á media noche, cuando regresaban de sus fechorías, y poníanse á bailar en corro, dando aullidos tan amedrentadores que las mismas águilas y gaviotas huían. ¿Y sabéis en qué consistían sus hazañas? Pues nada menos que en quitarles á todos los niños algo que vale más que los juguetes: el gusto de vivir y de ser buenos, formales y alegres.

Los duendes del castillo, invisibles, naturalmente, se metían en todos los hogares donde había muchachos, y al que lloriqueaba en su cuna le quitaban el sueño, y al que reñía con su hermano le arrebatában la risa, y á otros se les llevaba la obediencia, y á otros el respeto, y á otros la amabilidad... A muchos aquellos malditos tunantes les dejaban sin educación, que es lo más espantoso que puede sucederle á cualquiera, por pequeñajo que fuere.

Así, una vez cometido su robo, en infinidad de casas se quedaban otros tantos niños enfermos, pálidos, gruñones, antipáticos, egoístas, que causaban la tristeza y la desesperación de los abuelos, de los padres, de las niñeras, de los amigos. Eran, realmente, insupportables. Porque un nene sin juguetes todavía sabe entretenerse con las bromas de su tío ó los cuentos de su abuela; pero un nene sin sueño ó sin urbanidad es un desgraciado del que no se puede hacer carrera...

En los inmensos salones del castillo, los duendes almacenaban todo lo robado, que formaba pirámides hasta el techo. Allí había montones de sueños de niña, lindísimos; y ganas de comer, tan coloraditas y frescas; y palmoteos y pucheretes y muécas y gestos que eran unas monadas; y miradas cariñosas, y palabras dulces, y saludos, y despedidas, y sonrisas de las mejores, y besos de los fuertes y abrazos de los que aprietan y no se concluyen... En suma: allí estaba el almacén de las gracias y atracciones infantiles que convierten cada hogar en un paraíso.

Pirula pudo enterarse aquella misma noche, cuando, escondida en el aposento de al lado, oyó las carcajadas y los gritos de los duendes.

—¿Y qué hago yo con este ejército de granujas? ¿Cómo los desencanto y los vuelvo encantadores, si, por lo que veo, no lo serán nunca?

Al amanecer se marcharon, según su costumbre. Pirula, asomada á un ventanal, se puso á pensar en su situación. Por vez primera no le hacía gracia. Allí abajo veía el mar, interminable, inmenso, sin una embarcación, rodeando el castillo como si fuera una cárcel. En los salones, tras de la puerta de hierro que los guardaba, los tesoros querían escaparse, y se pasaban las horas gimiendo, suspirando, llorando... Daba pena oírlo. Claro es que la aventura más preciosa que podía ocurrirle á Pirula hubiera sido romper los cerrojos y libertar á los tesoros tan ferozmente aprisionados; pero no tenía

fuerzas. Lo intentó, y tuvo que renunciar á su empeño, con las manos ensangrentadas. La única solución era marcharse.

Y fué la que Pirula rechazó con más energía. Ella no abandonaba á los cautivos. Ella no tenía valor para dejarlos en su encierro sometidos á la crueldad de aquellos bribones.

¿Qué hacer?

Reconociéndose incapaz de resolver el conflicto, Pirula se acordó de su madre, se acordó de los caracolitos, se acordó de Chacharisa, de Papá-Chitón, y entonces, sin querer, tuvo esa idea que se les ocurre á todos los que están muy apurados: se puso á llorar.

Pirula no lloraba casi nunca; bueno es que se sepa. Aquella vez reconoció que no le quedaba otro recurso. Llorar con toda el alma, pero sin armar ruido, para que no la oyese nadie..., y pidió auxilio á la Virgen.

Bien sabía Pirula que no habrían de desampararla. Porque tan pronto como sus lágrimas principiaron á rodar por sus mejillas y á caer desde la ventana al aire, las lágrimas se trocaron en nubes, y las nubes, cada vez más anchas, encapotaron el cielo hasta que en pocos minutos estalló una lluvia torrencial.

Pero al mismo tiempo, y por el lado contrario, el cielo mostraba una clarita, por la que se escapaban unos rayos de sol. Al chocar con el aguacero se produjo el arco iris, con su espléndida curva que arrancaba del horizonte marino, para venir á reclinarse, ¿dónde diréis?: al pie mismo del ventanal, en el regazo de la llorosa Pirula.

Y antes de que la muchacha pudiese darse cuenta de la catarata de luces que le encendía el rostro y las manos, del comienzo del arco, allá en lo último del mar, surgieron siete angelitos, cada uno de un color diferente, los cuales dieron un gracioso salto hasta el salón del castillo.

—Anda, anda, vente con nosotros—le dijeron á la vez—. Aquí morirías sin remedio.

—¿Por qué?—preguntó Pirula, mitad llorando aún, mitad riendo.

—Porque eres una muchacha que está siempre contenta, y eso es lo que hace rabiar más á los tunantes, á los duendes y los diablos. Anda, cógete bien, y no llores, porque cada lágrima tuya pesa una atrocidad. En el camino te contaremos nuestra historia.

Sin que se lo pidieran de nuevo, Pirula, ayudada por los siete ángeles—colores del arco iris—, emprendió el vuelo sobre el mar. Todos estaban locos de júbilo. El ángel rojo, moviendo las alas con graciosa agilidad, empezó á contarle á la muchacha:

—Este verano, como hemos sido demasiado revoltosos, Dios nos ha castigado á estar presos en este arco tostándonos y achicharrándonos en el aire, los días de tormenta...

—¡Bah!—interrumpió el angelote azul—. Lo peor no es eso, sino la amenaza que nos ha hecho San Pedro, si seguimos dándole guerra este invierno...

Pirula no quiso averiguarlo, entretenida en acomodarse bien para no escurrirse y dar de bruces en tierra.

—Lo peor—continuó el ángel azul frunciendo las cejas—es que nos va á convertir en globitos de bazar todos los jueves...

—¿Y qué?—interrogó, por fin, Pirula, cándidamente.

—¿Cómo que y qué? Pues que reventaremos todos los jueves... Pinchados, aplastados, rotos... Así que no conocemos á los niños que hay por esos mundos...

Entonces intervino otro querubín, el amarillo, que le dijo á Pirula, guiñando retrechamente un ojo:

—Tú fíjate en los paseos y jardines, y verás cuántos globos se escapan todas las tardes en Madrid... Es el castigo que les dan á los chicos, por malos. Y te advierto que los globos, enfadados, se ponen de acuerdo con los barquillos, y los pirulís y los helados, para que aquella tarde esos chicos que no saben tener un juguete sin romperlo, pesquen una buena indigestión...

V

PIRULA CAE DE CABEZA EN UN RARO PAÍS

Los siete revoltosuelos, mientras charlaban quitándose la palabra el uno al otro, no hacían más que enredar por el aire, columpiando á Pirula entre sus brazos. Más de una vez la chiquilla, frunciendo los ojos y sacando el hociquito, hubo de decirles un poco enfadada:

—Cuidado, que me vais á dejar caer al mar, y no me gustará darme un chapuzón.

—No tengas miedo... ¿O es que eres una cobarde?—le preguntaba uno de los angelines, para hacerla rabiar.

Y sí que rabia Pirula. ¡Cobarde ella! ¡Si supiesen aquellos diablillos las aventuras que estaba pasando!

Soplaba el viento, y los siete colores del arco iris, dando brinco y cabriolas que les hacían reír á carcajadas, tiraban cada cual de Pirula por un lado, como si la creyesen de goma. La chica, por pri-

mera vez en su vida, viendo á sus pies las olas enfurecidas, se asustó.

—¡Que me voy á caer!—gritaba—. ¡Mirad, que me tiráis!

Pero ellos, juega que te juega, no la hacían caso. Y de repente, ¡plaf!!, Pirula que cae al agua. Los angelines, espantados al ver lo que acababa de sucederles, salieron volando hacia una nube, y sin pizca de compasión abandonaron á la infeliz chiquilla...

La cual tuvo la suerte de caer con tanta fuerza que las faldas de su vestido se hincharon y la permitieron flotar lo mismo que si se sostuviera sobre un salvavidas. Claro que esto fué en los primeros instantes, y que Pirula comprendía, porque no tenía pelo de tonta, que las faldas acabarían por mojarse, sepultándola en el terrible fondo del abismo. Pero otra vez, como en todos los casos de apuro, cogió su medalloncito del pecho donde guardaba la lágrima de su querida mamá muerta, á la vez que le rezaba con mucha prisa—¡cualquiera desperdiciaba el tiempo!—, no sé cuántas salves á la Virgen.

Distraída con ello, tardó en darse cuenta de que, mientras las olas la traían y bajaban como en una montaña rusa, había tropezado con un bulto desconocido, el cual se agitaba furiosamente, ahogando unos chillidos lastimeros.

Pirula, contenta otra vez, porque lo que más le entristecía era la idea de aburrirse horas y horas en aquel mar tan azul y tan inmenso siempre, se acercó á socorrer á aquella especie de animalucho misterioso. Llegaba á tiempo. Era una gaviota que agitaba las alas con desesperación dentro del

se encendieran, y Pirula se creyó que estaba en su camita, arropada con los edredones más suaves y preciosos del mundo.

Y siguieron vuela que te vuela, á veces tan arriba que se entraban en una nube llena de oro, á veces tan á ras del océano que veían el lomo de plata de los peces.

Por fin divisaron tierra. Pirula quiso descender á escape.

—No—le dijo la gaviota—. Es un país peligroso.

—¿Por qué?

—Porque le habitan unos negros antipáticos que te van á hacer rabiarse mucho.

—¿A quién, á mí?—exclamó Pirula—. Anda, ahueca el ala y aterriza... Verás quién hace rabiarse á quién. O poco puedo, ó no tardo una semana en hacer que me nombren su reina... ¡Con las ganas que yo tenía de vivir entre esa gente de jazz-band!

La gaviota, planeando suavemente, depositó á su amiga en una playa llena de extraños bultos.

—Déjame aquí—dijo la chiquilla valientemente—. Si te necesito, ya veremos.

—Como quieras—contestó el ave—. Yo me daré una vuelta todas las mañanas. Buena suerte.

—Adiós. Y ojo con las almejas.

Pirula, ya sola, se arregló los cabellos y miró en torno suyo, donde una infinidad de negros, de rodillas y con la cabeza baja, permanecían inmóviles.

—¿Qué estarán haciendo?—pensó Pirula—. A



«Ya á hombros, entre aclamaciones y piruetas, resultaba muy divertido...»

agua porque no podía sacar el pico, al que se había agarrado una almeja tragona, sin duda con el propósito de devorarla.

Pirula, compadecida, se apresuró á desprender al pájaro de las fuertes tenazas que le tenían sugeto. No dejó de costarle trabajo porque la almeja le atenazaba por la misma punta del pico. Pero Pirula empujó con maña al molusco, haciéndole hundirse en el agua. Y la gaviota, ya libre, abrió las alas, llena de alegría, y exclamó:

—Eres una muchacha de buenos sentimientos, y te lo agradezco mucho. ¿Qué haces aquí?

Pirula soltó la risa.

—Señorita Gaviota, ¿pues no ves que estoy á punto de ahogarme? Anda, anda, despabilate, á ver si puedes sacarme de este apuro... Lo peor es que eres muy pequeña y no sé si podrás conmigo. O creces tú, ó me achico yo...

—Espera—contestó el pájaro—. Quiero pagarte el favor que me has hecho, porque soy de una familia de palmípedas muy agradecida.

Y emprendió el vuelo en torno de Pirula, dando varias vueltas. Según giraba, su cuerpo, sus alas, sus patas crecían y crecían hasta adquirir el tamaño de un ibis ó un alcotán. En seguida acudió hacia la chiquilla, y posándose en las olas para que ella trepase, se la llevó lindamente por el espacio.

—Como estás muy mojada y has debido enfriarte, sugétate bien á mis plumas, y sentirás algo de calorillo.

Y en efecto, las alas del ave empezaron á ponerse rojizas como si

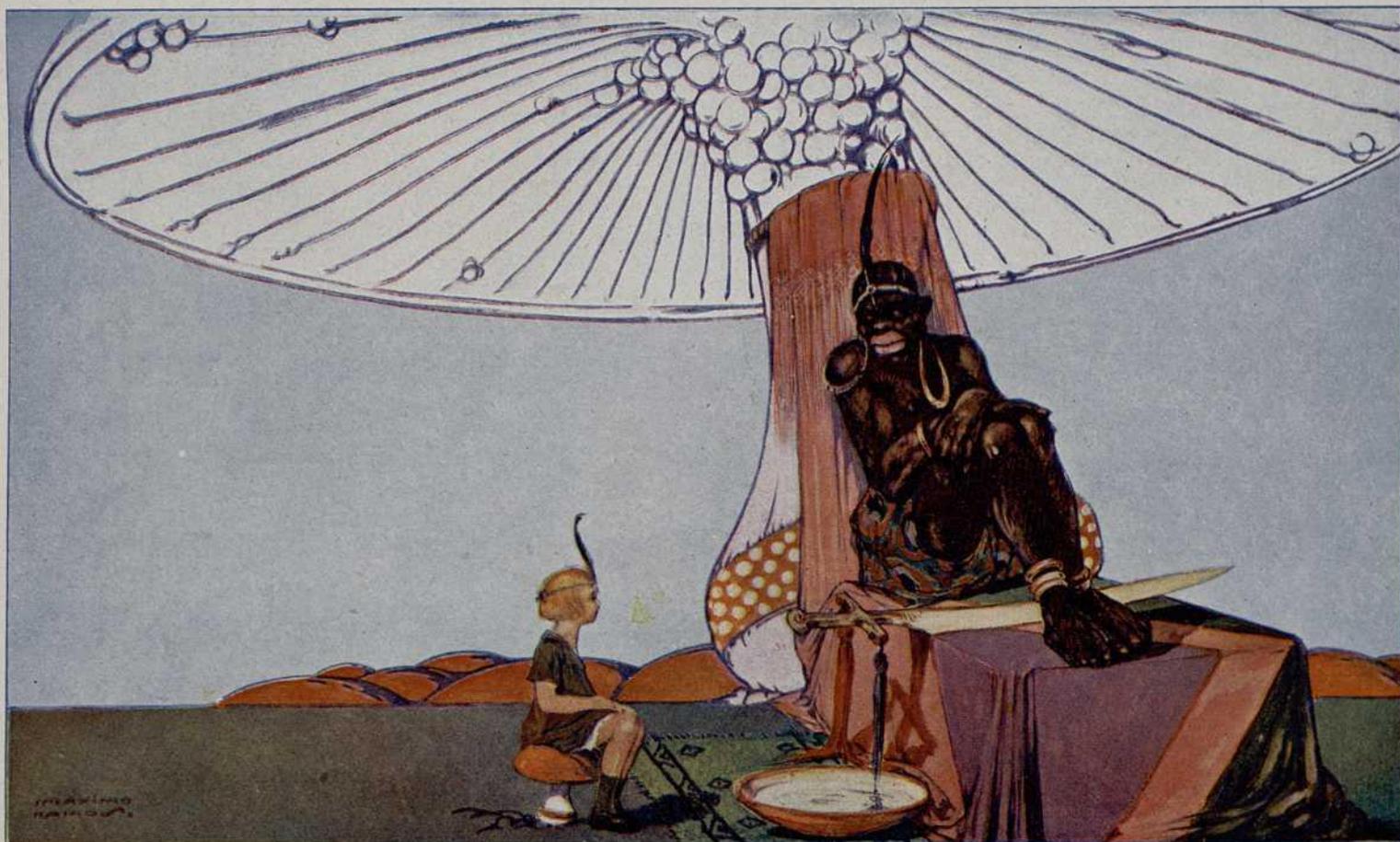
lo mejor, como son tan salvajes, se han puesto á comer hierba...

Y les dió una voz, para ver si se despertaban.

¡Vaya si se despertaron! Con agilidad extraordinaria, rapidísimos, veloces, pusieron en pie, prorrumpiendo en gritos y exclamaciones de alborozo, y rodearon á la muchacha, que no sabía qué partido tomar. Acto seguido, todos volvieron á postrarse con muestras de respetuoso acatamiento. Unos le besaban los pies; otros el borde del vestido; algunos, al mirarla, cubriánse los ojos con la mano, como si se deslumbrasen. El momento era solemnísimo, casi dramático. Pirula, sin pizca de formalidad, como de costumbre, no pudo contener la risa. Fué una explosión tan fuerte, que—¡horror!—incluso se le escaparon varios «perdigones» de saliva...

Al oírlo, todos los negros, á coro, imitándola, soltaron una descarga cerrada de relinchos, carcajadas y voces. Y se pusieron á bailar de coronilla, cosa que en aquel país era el colmo de la elegancia y del respeto. Así estuvieron un buen rato, hasta que vino á agregarse á ellos un grupo de individuos con lanzas y plumas, militarmente chatos, grandullones y serios, que debían ser guardias del rey. Y el más chato de todos, que, por cierto, llevaba un espadón de dos puntas—para eso era el capitán—, inclinándose ante Pirula, murmuró muy conmovido:

—Vengo á saludarte en nombre de nuestro soberano el Gran Preste Tumbón Ciento y Pico, y á agradecerte la visita con que nos honras. Que todos los escorpiones y lagartos, nuestros dioses, te guarden y protejan, hermosa princesa del Sol, de la Nieve



«Y se sentó tranquilamente en un escabel-honguito»

y del Coral; arrogante soberana de lo Menudo y de lo Gracioso...

Hizo otra reverencia, que todos obedecieron, bailando nuevamente de coronilla, como peonzas. Y añadió:

—Permítenos, ¡oh, maravillosa criatura!, que nuestro ministro del Contrabando y de las Falsificaciones cumpla contigo una ceremonia imprescindible: la de certificar tu autenticidad.

—¿Mi qué?—preguntó, curiosa, Pirula—. ¿Qué va á hacer ese tío?

—Convencerse de lo que á nosotros nos tiene ya convencidos; de que no eres de nuestra raza, sino de otra superior; de que no te has teñido ni pintado el rostro; de que en él, por designio de los cielos y de los mares, se han juntado las luces de la mañana, los fuegos de la rosa y las espumas de la nube... A ver, señor ministro, cumple el mandato que te trae.

Acercóse á la muchacha un negrazo viejo, con dos narices y sable de tres puntas, y después de saludarla doblándose por la cintura, le restregó un poco la mejilla, por ver si, en efecto, era de color natural ó tenía alguna capa de polvos.

A continuación el ministro dió varias zapatetas, lleno de júbilo, y gritó:

—Que los escorpiones, nuestros dioses, amparen tu sueño, y los lagartos todos defiendan tu hermosura... Eres, en efecto, la Enviada de otro país más fuerte y más rico que el nuestro. Somos tus esclavos. Te obedeceremos á tu antojo. Dignate aceptar, en señal de aprecio, esta pluma de gallo vivo, arrancada para tí por nuestro propio Gran Preste al mejor tipo de los que se crían en su granja.

Y quitándose uno de los cintajos que ceñían su pescuezo, se lo sujetó delicadamente á la cabeza, con el trofeo. La muchedumbre rugió entusiasmada, y, poniéndose cabeza abajo, empezó á aplaudir con los pies, según costumbre antigua, sólo observada con los forasteros. Excusamos decir que Pirula estaba contentísima.

Y se puso mucho más cuando vió que se formaba una comitiva y que, á una señal del jefe, varios de aquellos hombres cogían una especie de seta enorme como las que á lo lejos parecían servir de casas, y colocándola sobre ella igual que si fuese un trono, la elevaban para conducirla á hombros, con sumo cuidado y reverencia.

Indudablemente, la tomaban por princesa de algún país fantástico... Pero, ¿y si todo ello no era más que una espantosa pantomima para engatusarla y comérsela con arroz y sin contemplaciones? ¿No habría caído, por su mal, en una tierra de esos negros feroces que se alimentan con carne humana? La pluma aquella de gallo, ¿no sería la del pobrecito animal que debía, en unión de Pirula, condimentar la paella?

Sin embargo, Pirula no tembló ni un instante. Ir á hombros, entre aclamaciones y piruetas, resultaba muy divertido. Además, desde aquella altura presenciaba las manifestaciones del gentío, que cada vez iba siendo mayor, y se diferenciaban bastante de las que en Madrid había visto. Entre otras, la que más le chocó fué la de un escuadrón de bailarines-gimnastas que se encorvaban haciéndose un ovillo, y, dejándose empujar por otros compañeros, botaban mejor que pelotas, sin que les preocupase la cantidad de choques y de tropezones que se daban contra todo el mundo. Sólo así se explicaba la estupenda chatedad de todos aquellos chatos, y aun debían considerarlo como prueba de distinción porque se les veía correr en busca de los bailarines-balones, ofrecerles la nariz, con la dulce ilusión de que se estrellaran ó, cuando menos, se descoyuntasen contra ellas.

VI

VIDA Y COSTUMBRES DE LOS GANDULONIOS

¿Habéis oído decir que Fulano «trabaja como un negro»? Pues no lo creáis, porque no siempre es verdad. En el pueblo africano aquel á donde la gaviota había llevado á Pirula, todos sus habitantes, con ser tan enormes y tan achocolatados, procuraban hacer lo menos posible. Como se dice en cierta zarzuelita madrileña, «tenían ganas de trabajar, pero se las aguantaban».

¡Qué vagos tan colosales, qué haraganes tan rematados, qué holgazanes y perezosos y negligentes y apáticos eran los negros de Gandulonia! Si la Naturaleza, siempre maternal con el hombre, no les hubiera dispensado su protección, aquellas tribus de desocupados se habrían muerto de hambre, ya que no de vergüenza.

Pirula estaba atónita. Con su listeza y su curiosidad habituales, se había percatado en un periquete del género de vida que llevaban los gandulonios y de lo más esencial de sus costumbres, que no dejaban de ser divertidas.

Por ejemplo: en primer lugar, no se habían molestado nunca en construir sus casas porque para evitarles tal faena, crecían en el país unos hongos gigantes que servían de vivienda, de paraguas, de quitasol y de atalayas para ver cuándo venían forasteros. De modo que allí no existían ni arquitectos ni albañiles ni hundimientos ni huelgas.

¡Fumando, canturreando, tumbados á la bartola, aquellos negros—que, por lo pronto, no demostraban ser muy brutos—se pasaban la vida. Y si algo discurrían era sencillamente para evitarse

el menor esfuerzo, para ahorrarse la más pequeña actividad. Utilizaban á los chicos porque sabían, como lo sabemos todos los demás, que ningún muchacho puede estarse quieto, y esta gente menuda era la encargada de buscar los alimentos, cultivar el campo y construir las galas y atavíos toscos con que solían adornarse orejas, narices, brazos y pies.

Pero los mismos pequeñuelos, tan pronto como empezaban á crecer, camino de hacerse hombres, acudían á un gran campo, cuidado y sostenido por el Ministerio de los Adelantos, donde varios profesores muy viejecitos daban lecciones á fin de que los súbditos del Gran Preste Tumbón Ciento y Pico aprendieran á ganarse la vida sudando lo menos posible.

(Porque no olvidéis que en Gandulonia, tierra caliente, se sudaba mucho más que en cualquier punto europeo. Percisamente siglos atrás, según historias escritas en ladrillos, cierto monarca muy talentoso había combatido la espantosa sequía de un verano disponiendo que un ejército de gandulonios trabajase varias horas seguidas sin descansar ni un sólo instante. ¿Y sabéis lo que ocurrió? Algo sorprendente, que acredita la sagacidad del sabio soberano. Los trabajadores principiaron á sudar de tal modo y con tal porfía que regaron las calles, regaron los campos, regaron las casas, se salvaron las cosechas de trigo y cebada, se hermosearon los parques y jardines y se extinguieron las pestes y plagas que iban dando fin del vecindario. Vistos resultados tan excelentes, el rey tuvo otra idea genial para utilizar los chorros de sudor de sus vasallos: les hizo ir á lo alto de un monte y edificar un palacio-residencia de estío. El trabajo fué tan rudo, y el calor apretaba tanto, que las gotas, hilos, cables y golpes de aquel líquido calaron la tierra y dieron origen á dos cataratas convertidas luego en torrentes y, por último, transformadas en ríos, que fertilizaron y enriquecieron la comarca para siempre. Los gandulonios pensaron dedicar un grandioso monumento á su Gran Preste; pero, naturalmente, lo aplazaron para otra época, en que no se sudara tanto. Y al cabo del tiempo, se olvidó el asunto...

Pero volvamos al Gran Campo de Deportes y de Habilidades, creado, como decíamos, por el Ministerio de los Adelantos con el exclusivo objeto de economizar energías.

Entre otras clases ó estudios existían los siguientes: el de Música y Declamación, que consistía en aprender á expresarse con gracejo, elocuencia y persuasión para que en la playa se abriesen por sí solas las almejas, y en dominar el manejo de una flauta hecha de cañas, con el propósito de atraer á los peces y cogerlos en la orilla sin

necesidad de anzuelos. Otros catedráticos enseñaban á sus alumnos á estirar los brazos cada día un poco más, á fin de que adquirieran la elasticidad suficiente para alargarse desde el sitio donde estaban tumbados hasta el árbol correspondiente y coger el fruto sin más operaciones. Algunos estudiantes querían realizar tales adelantos en sus ejercicios que soñaban con dar á sus brazos la longitud bastante para atrapar al vuelo las aves (sin moverse ellos), ó traerse de su cuarto lo que les hiciera falta.

A un profesor se le ocurrió la idea de amaestrar á los árboles altos, los cocoteros, desde que comenzaran á crecer, para que una vez á la semana siquiera se curvasen hasta el suelo y pusieran su sabroso fruto al alcance de la mano. Cuando Pirula llegó á Gandulonia, los ensayos y probaturas realizados por los jardineros y agricultores del país no habían dado todavía resultados satisfactorios. Pero se confiaba en convencer á los cocoteros, por la cuenta que les tenía á todos.

Las mujeres de los gandulonios se arreglaban, desde muy niñas, el cabello, que era crespo y abundante, de modo que formase una especie de cavidad; y cuando daban de mamar á sus hijitos y ellas y ellos se dormían de gusto sentados á la puerta de su choza, las aves tomaban por nidos aquellos peinados y dejaban allí los huevos, que se apresuraban á recoger luego los padres, á la hora de la cena. En la época del calor, esta operación se efectuaba al mediodía, porque las cabezas femeninas actuaban de sartenes y los grandísimos perezosos no vacilaban en aguardar un rato más para coger los huevos ya cocidos...

Os aseguro que todo esto es absolutamente verídico. Como lo era que grandes y chicos llevaban escrito su nombre en el pecho, para que nadie tuviera que gastar saliva preguntando por él, y que, además, lo lucían asimismo en la espalda, para que nadie se molestase en volverse de frente. Aves domésticas aleccionadas por los panaderos, desgranaban el maíz, y escarabajos peloteros, también muy listos, se encargaban de moler el grano y hacer con él las bolas que constituían el principal alimento de la población.

Todo el mundo rivalizaba en el afán y la honra de trabajar lo menos posible. Salvo las bolas nutritivas, todas las restantes comidas eran á base de frutas y vegetales bien cocidos hasta convertirse en papillas ó mermeladas. La dentadura iba haciéndose, pues, casi un artículo de lujo, y los más elegantes—los que masticaban muy poco, y en los días de fiesta, por deber religioso—solían limarse los dientes, á imitación de sus vecinos los mandingos, que eran gente mucho más distinguida que ellos.



«Entonces se asomó otra vez para ver si había medio de acercarse á las ramas»

El estar echado á todas horas, el no moverse apenas, el no trajar, ni leer, ni preocuparse de nada había creado un tipo que diríamos aristocrático: el del Bostezador Perpetuo. Algunos individuos, á fuerza de abrirseles la boca, por aburridos, lo que era el colmo de la suerte, se quedaban ya para siempre así, con las mandíbulas desencajadas é inmóviles. Estos seres felices eran llamados por el Gran Preste á los jardines de su Alcázar, y constituían su guardia de honor. Una vez al año se permitía la entrada al público para que admirase á aquellos caballeros del Bostezo Inacabable sentados en corro alrededor de su Amo, y con el gesto más delicioso de bobería.

Muchos otros pormenores y rarezas podríamos referiros; pero entonces no concluiríamos nunca. Y nos aguarda Pirula. Pirula, á quien, después de haber conducido procesionalmente por las calles más importantes del pueblo, quiso recibir el Gran Preste Tumbón Ciento y Pico.

De pronto la comitiva se detuvo. El capitán—esto es, el que tenía la espada de dos puntas—se acercó á la niña y le dijo, inclinándose:

—Hemos llegado al palacio de Su Majestad. Dígnate apearte.

Pirula se deslizó de un salto, y giró la vista en todas direcciones buscando la regia mansión, que imaginaba monumental y lujosa. Pero no vió sino, á alguna distancia, un hongo mayor que los restantes y, sentado á su sombra, un negrazo con su pluma y un falde-lín de seda pintarrajeada.

Pirula emprendió la marcha hasta el Gran Preste con paso ágil. ¿Y aquel tipo era nada menos que un rey? Su desencanto fué enorme. Ella se lo imaginaba, naturalmente, como un rey de cuento, ó sea con barba blanca y corona y manto y una hija y un perro al lado... Pero, en fin, se conoce que aquella tierra tan calurosa no dejaba vivir á los reyes con mucha ropa encima.

Avanzó hacia él, sin sentirse cohibida, como le hubiera ocurrido de seguro con otro soberano menos obscuro y mejor vestido, y se sentó tranquilamente en un escabel-honguito. El Gran Preste, sonriendo al verla, bramó con muy mal genio, porque para eso era el rey:

—Dejadnos solos. ¡Mil pasos á retaguardia!

Como autómatas, todos los acompañantes retrocedieron según se les ordenaba, y al llegar á los mil pasos se tumbaron panza arriba, según costumbre nacional.

Pirula y Tumbón Ciento y Pico pudieron hablar á su placer. A Pirula le había chocado mucho desde el primer momento la alegría con que el Gran Preste acogiera á la muchacha; pero su asombro creció cuando, ya á regular distancia el público, y convencido de que no podía oírles, el jefe de los negros murmuró, brincando de gozo:

—Ven acá, Pirulilla de mi alma y de mi corazón...

—Señora doña Majestad—repuso ella, con un profundo respeto que resultaba saladisimo—. Yo...

—¡Ven acá, Piruleja encantadora, ven acá!... ¿No me conoces, mujer? ¿No te acuerdas de mí? Si me lavase un poco la cara en esta escupidera que me han puesto al lado, y que es la única del país, verías quién soy... Déjame que me muera de contento.

Y soltó una carcajada tan sonora que todos los ciudadanos, semidormidos á mil pasos de distancia, resolvieron hacer un esfuerzo y levantar la cabeza. Pero Tumbón Ciento y Pico, esgrimiendo su espada, y siseándoles con gran energía, les hizo acostarse otra vez.

—Acércate, Pirulina... y mírame bien. Soy yo, Nicanor Parrondo, el carbonero de enfrente de tu casa de Madrid. ¿No me recuerdas de haberme visto alguna vez en la cocina?

—Sí, sí; ahora caigo... Pero estás mucho más carbonero que antes.

—¡Toma, ya lo sé!... Yo era novio de Boni, la cocinera de las verrugas; ¿te acuerdas? Y como tenía un genio tan atroz, regañé con ella y, desesperado, me embarqué con rumbo á América... Un naufragio me trajo aquí... Pero ya te contaré luego. Porque supongo que estarás aquí una temporadita, ¿no? Estos gandules son buenos chicos. Un poco mal huelen...; pero es que no les queda tiempo para asearse.

—¡Zambomba!—gritó Pirula, atónita—. ¿Cómo no tienen tiempo si no hacen nada?

—Pues por eso; porque cuando no se hace nunca nada no se dispone de un segundo para hacer algo. Y dime otra cosa más importante: ¿qué vas tú á hacer aquí?

La muchacha frunció las cejas, meditando.

—Mira: por lo pronto, podrías nombrarme una cosa así como Gran Generala del Estropajo y del Fregoteo para limpiar á estos cafres que no te conocen. Pero la verdad es que, ya que eres rey, me gustaría que me hicieras princesa encantada. Me fui de mi casa, huyendo de la Boni, para ser princesa de esta clase. Con que tú veras si lo consigues ó no.

Nicanor Parrondo, ó mejor dicho, el Gran Preste Tumbón atrajo hacia sí á la pequeña y la acarició en silencio un rato. Por fin, dijo:

—Bueno, bueno; ya estudiaré el asunto á ver si hay medio de complacerte. Por lo pronto, voy á encargarte que te preparen un hospedaje de los mejores: un hongo recién nacido. Y después...

Bajó la voz; hizo una nueva caricia á Pirula, y susurró junto á su oído:

—Y después... ¿qué te parecería si nos marchásemos de aquí? Aunque la Boni era como era, la recuerdo, sí, señor... Además, tengo ya muchas ganas de ver una verbena. ¿Se celebra todavía la de la Princesa, Pirula?

Y como la muchacha afirmase con un gesto, Parrondo-Tumbón, conmovido, acercó su semblante al de ella, y derramó alguna lagrimita. Por cierto que el semblante del negro no debía de estar pintado como era debido, porque con el llanto empezó á desteñirse, ennegreciendo las crenchas de Pirula, tan doradas y tan lindas...

VII

PIRULA SE LAS ARREGLA DE MODO QUE LA METEN EN LA CÁRCEL

El Gran Preste ó, si queréis, el amigo Parrondo, loco de regocijo por la llegada de Pirula (aunque cuidó mucho de no manifestárselo á nadie), dispuso que la alojaran en el hongo más nuevecito de la ciudad, adornándolo de la manera más vistosa posible.

Pero Pirula, al poco tiempo de verse entre tantos haraganes y pavisosos, sin sangre ni nervios, se indignó enérgicamente y quiso obligarles á que dejaran de serlo. Y para conseguirlo, aquella misma noche, cuando todo el mundo roncaba, y aprovechando la ventaja de que en Gandulonia no se conocían los serenos ni los guardias—porque los muy comodones, por no menearse no regañaban ni robaban ni escandalizaban—, se entretuvo en recoger montones de cardos y de ortigas, y luego de machacarlos, fué escondiéndolos con todo cuidado entre las pajas de los jergones donde se acostaban.

Al mismo tiempo esparció por las calles todos los montones que pudo de los mismos polvos que habían de pisar los pies descalzos de aquellos incorregibles ociosos.

Al día siguiente no tardaron en verse las consecuencias de la travesura de Pirula, travesura que esta vez iba á ser benéfica.

Los gandulonios, en gran parte, empezaron por despertarse más temprano que de costumbre, sintiendo un misterioso cosquilleo en el cuerpo que les impulsaba á abandonar el lecho. Después, al salir de casa, camino de la playa ó de la huerta, donde se tendían en espera de que los frutos, maduros, cayesen al suelo, y los peces, fascinados por las músicas, saltasen á la orilla, los gandulonios sintieron en las plantas de los pies una especie de fuego, de picor, de no sabían qué, que les hacía avivar el paso y sacudir la pachorra con que otras veces caminaban.

Desde su casita, Pirula bailaba de gusto viéndoles moverse y correr de un lado á otro, aguijoneados por los polvillos del suelo. Era un espectáculo extraño, que no dejó de sorprender á los ministros, chambelanes y demás empingorotados perezosos, todos los cuales, al llegar la noche, y hartos de andar y de no poder dormir en sus casas, solicitaron audiencia del Gran Preste para que viera el modo de remediar semejante calamidad.

Pero Pirula había ido á ver á su amigo, y aunque no le contó lo que había hecho (y pensaba repetir), si le suplicó que organizara algún trabajo para que aquellos gandulonios vivieran mejor y fuesen útiles á los demás y á sí propios.

—Pero, preciosa—le dijo Parrondo—, no olvides que aquí no se ha trabajado casi nunca... Podría sobrevenir una revolución, y hasta mi destronamiento... Y no tienes idea de lo bien que me va con el cargo. De noche, cuando no me ve nadie, paso los grandes ratos leyéndome las *Aventuras de Nik-Carter*, que me prestó en Madrid un chico y pude salvar del naufragio...

—Pues yo no he de consentir—replicó, muy enfadada, Pirula—que aquí se esté la gente mano sobre mano. Son unos perfectos salvajes, y me da pena, además, que no tengan fósforos, ni sepan hacer natillas, ni lleven pantalones... Debes hacerles trabajar. Nómbrame capitana de cualquier cosa, ó ministra, y verás cómo los meto en cintura.

Tumbón Ciento y Pico la miró embelesado:

—Haré lo que tú mandes. La verdadera reina aquí eres tú. Ahora mismo voy á extenderte el título de directora generala del movimiento continuo. ¿Qué tal?

—¡Soberbio! Eres inmenso, Parrondín.

Al día siguiente Pirula dictó las primeras disposiciones de su cargo. Llamó á los pregoneros y les hizo aprender el siguiente bando, para que lo repitieran por toda la ciudad:

«No se permite á nadie estarse quieto. Allá cada cual con lo que se le ocurra.

«Al que se le ocurran las cosas más graciosas, más bonitas ó más útiles para no estarse quieto, el Gobierno del Gran Preste le dará



«Y Pirula cayó sobre el agua con un golpe espantoso»

un premio, que consistirá en seis raciones diarias de bolas de maíz durante cien lunas.

«Un batallón de vigilantes, provistos de zurriagos, cubos llenos de agua, escobas y plumas de avestruz, azotará, regará, barrerá y cosquilleará en la nariz y la barriga—sugetándolo bien sugeto—á todo el que se niegue á cumplir lo dispuesto en la presente ley.

«Aviso: no se admiten enfermos, ni vale huir ni dar propinas á los vigilantes.

La directora generala, *Pirula.*»

Contra lo que ella misma se imaginaba, los gandulonios aceptaron muy á gusto tales órdenes. Siquiera constituían una novedad, y como estaban á menudo tan aburridos, hasta les parecía una distracción.

Aquella noche se encerraron todos á escape en su casa, se fueron á un rincón y se pusieron á rascarse la cabeza, para discurrir el medio mejor de ganar el premio ofrecido. Unos se la rascaban por la frente; otros, hacia el cogote; hubo quienes se la frotaban todo alrededor, como si limpiasen un boliche.

Por cierto que algunas cabezas, por falta de costumbre, se abollaron ó empezaron á girar sobre el cuello, lo mismo que si estuvieran ajustadas á tornillo. Otras, incluso echaron chispas, y algunas, á fuerza de sobos, fueron achicándose, achicándose hasta adoptar la forma de una cebolleta. Después, con el sueño, recobraron, afortunadamente, su tamaño.

Y al despuntar el día, ¡qué aspecto tan magnífico y asombroso ofreció Gandulonia!

Hombres y mujeres, ancianos y niños, rivalizaban en calles, plazuelas y paseos por sobresalir, por destacarse, por vencer, apelando á todas las ocurrencias para no «estarse quietos», como en el bando de Pirula se ordenaba.

Allí se veían gandulonios que se subían á los árboles y bajaban febriles, sin descansar un momento; gandulonios que trepaban al techo de su choza y descendían dando vueltas á una velocidad desatada; gandulonios que corrían dando cabriolas, pegando pellizcos á sus convecinos, y patadas, besos, mordiscos y empujones; gandulonios que abrían hoyos en tierra y volvían á taparlos; que se desnudaban de golpe y tornaban á vestirse en un relámpago; que con una sogá hacían nudos y luego los desechaban; que se rascaban y rascaban á los demás. En fin: Gandulonia era una Babel, un mani-

comio, un infierno donde todos se agitaban, aullando, galopando, volatineando, con no poca sorpresa de moscas, mosquitos, perros y gatos que huían de allí más veloces que de un ciclón.

Al anochecer, Pirula, reunida con el Gran Preste y los ministros, distribuyó, para animar á la gente, el premio. Se lo ganó un individuo ingenioso que, mientras los demás danzaban y corrían como energúmenos, cogió en la playa una estrella de mar, ya seca, y con sus picos se atusó la copiosa y enredada cabellera. Pirula y Tumbón Ciento y Pico mandaron que, desde entonces, á toda estrella de mar, cuando estuviere seca, se la llamase «Peine». Entre las mujeres, aquel nuevo objeto, aparato ó instrumento tuvo un gran éxito. Pirula fué muy felicitada por su idea.

En los días sucesivos, el bando se cumplió con toda escrupulosidad. Algunos gandulonios, rendidos del trajín anterior, mostráronse menos bullidores; pero el Batallón de Vigilantes, introduciéndoles por el sobaco la pluma de avestruz ó pasándosela por la espalda, consiguieron que no parasen un minuto.

También, al concluir la jornada, hubo ganadores. Dos: un chico y una mujer. El chico había estado muy entretenido en juntar y combinar unas hebras ó fibras de un coco, haciendo con ellas una bolsa, que metía luego en el mar, donde la movía en diversas direcciones hasta sacarla repleta de peces. A la mujer se le había ocurrido otra idea admirable: colgar la red de una rama baja que le saltó al tronco de un árbol, cosa no efectuada nunca por nadie.

Pirula, al no otorgar los premios, dispuso, con la aprobación del Gran Preste y el aplauso de los ministros, que á la bola de hilos de coco se le diera el nombre de «red», y el de «percha» á cuantas ramas bajas les saliesen en el tronco á todos los árboles del país.

Mucha gente estaba contenta; pero nos duele bastante manifestar que la mayoría, derregada, cansada, casi muerta de fatiga y de falta de costumbre, renunciaba á las recompensas ofrecidas, prefiriendo seguir tumbada tan ricamente en sus camastros ó á la sombra de las higueras y los perales.

Además, el prestigio que iba ganando Pirula, sobre todo entre las madres y las abuelas, y el favor que le dispensaba el Gran Preste, despertaron rabiosas envidias y enconos más ó menos disimulados.

Total; que los gandulonios se dividieron, unos en favor de Pirula y otros en contra, y que una noche, cuando la chiquilla, satisfecha

de su labor, dormía sonriente, ya sin tantos deseos como antes de ser princesa encantada, entraron en su choza, la sacaron de allí, y en volandas la condujeron á la cárcel.

La cárcel consistía en una serie de dobles hongos, unidos en su centro por el pedicelo, ó pie, los cuales, sin rejas—allí desconocidas, como las puertas y los cerrojos—, colgaban de las ramas de un roble viejísimo y colosal á respetable altura.

Estas celdas, así suspendidas, lejos de todo asidero ó apoyo que facilitara la evasión, eran tan originales como seguras. Los gandulonios enemigos de Pirula, una vez que la encerraron en su nuevo domicilio, del que sabían que le era imposible fugarse, acudieron en tropel ante el Gran Preste, insurreccionándose y gritando: «¡Mueran Pirula, y mueran sus escobas, sus plumas y sus cubos de agua! ¡Viva la vagancia! ¡Viva la libertad de hacer cada uno lo que le dé la gana! ¡Viva la libertad de no hacer nunca nada!»

El Gran Preste, reunido con sus ministros en Consejo, se puso amarillo de miedo. Los ministros se pusieron verdes, y se pusieron verdes no porque no se quisieran bien en el fondo, como no se querían, sino por imitar á su Señor y Amo. La revolución era inevitable si Tumbón Ciento y Pico no desterraba á Pirula ó, por «lo menos», no mandaba ahorcarla...

Parrondo-Tumbón, haciéndose cargo del peligro que tanto él como su amiguita corrían, lanzó un bramido formidable para calmar á sus insubordinados vasallos:

—¡Idos á la cama!—aulló, echando lumbre por los ojos—. Idos á la cama, y no tengáis cuidado... Se os hará justicia. Mañana, antes de que se ponga el sol, Pirula, trastornadora del noble país de Gandulonia, extranjera indeseable, será asada á la parrilla, y sus cenizas arrojadas al Océano. ¡Brrrrr! ¡Crac! ¡Proooooommm!

VIII

PIRULA POR LOS AIRES Y SOBRE LAS OLAS

La noticia de que aquella intrusa insoportable iba, al fin, á encontrar su merecido produjo en Gandulonia un entusiasmo frenético.

Sólo unas cuantas personas de buenos sentimientos, pero muy pocas, compadecían á la muchacha y no se explicaban por qué razones la aborrecían, ya que, gracias á su inteligencia y energía, en poco tiempo había mejorado notablemente la vida del país, aclimatando invenciones ó descubrimientos tan útiles como el peine, la percha, la red, la limpieza, el amor al trabajo y el instinto de emulación.

Por lo que respecta al resto del vecindario, ya hemos dicho que el acuerdo de Tumbón Ciento y Pico fué acogido con júbilo general. No se echaron á vuelo las campanas por la sencilla razón de que no las había; pero las manifestaciones de contento menudearon en todas partes.

Los gandulonios, que eran unos incorregibles fumadores, aquel día chupaban en vez de un puro dos á la vez, y gordos como cachiporras, y en la calle hablaban al mismo tiempo, dando saltos, repartiéndose cachetes y mordiscos, tirándose mutuamente de los pelos y arrancándose los á puñados.

Esto aparte, algunos bailaban de coronilla, ó girando vertiginosamente sobre sí mismos, como peonzas, ayudados por sus mujeres y sus hijos, que les daban vueltas, empujándolos con todas sus fuerzas.

En resumen: que Gandulonia era un guirigay, una olla de grillos, una espuerta de gatos, y que el mismo Gran Preste, á la sombra de su enorme hongo real, estaba más aturdido y enojado que nunca porque no sabía cómo componérselas para salvar á la inocente Pirula, á la que había condenado de modo tan severo...

Entretanto, ¿qué era de nuestra amiguita?

La verdad es que, cuando sus raptos la trasladaron en vilo á lo alto de la rama, creyó que estaba soñando una aventura de las más fantásticas, y tuvo mucho cuidado de no despertarse.

Una vez que sus enemigos desaparecieron, se quedó dormida de verdad y no abrió los ojos hasta que, ya bien de mañana, el sol iluminaba su nueva alcoba, que, por cierto, estaba lujosamente adornada con ricas telas de colores.

Al asomarse y verse colgando, junto á otras casitas parecidas á la suya, se felicitó de su buena fortuna. ¿Quién la había llevado hasta aquellas alturas? Algunos duendes ó geniecillos, de fijo. A lo mejor, ella, Pirula, era ya una princesa encantada y no se había enterado todavía.

¡Cándida arrapieza! ¡Si hubiera sospechado lo que la esperaba, se muere de una sofoquina y se le acaba para siempre la afición á las aventuras!

Transcurrieron unas horas, y Pirula sintió ganas de comer. Buscó por la redonda casita inútilmente. Entonces se asomó otra vez para ver si había medio de acercarse á las ramas del inmenso árbol

y jugar un poco «al minino» que va de caza... Imposible. Pirula encogió el hociquillo seriamente. ¡Tendría gracia que la hubiesen abandonado y que la condenaran á morir de hambre! Mejor dicho, no tendría ni pizca de gracia.

Todos los héroes de cuento pasan mil peripecias y desafían otros mil peligros; pero Pirula no recordaba de ninguno que no se alimentase como Dios manda, porque un héroe que desfallece de apetito no está, francamente, en condiciones de seguir siendo héroe mucho tiempo.

Lo bueno que tenía Pirula es que no se desanimaba jamás del todo y que siempre tenía fe en que, como oía decir á su abuela Chacha-Risa, «Dios aprieta, pero no ahoga». Lo que da á entender que, por muy apurados que nos veamos, no se debe renunciar á la esperanza, ni siquiera cuando nos encierren entre dos hongos sin un cuzcurro de pan ni un misero cachito de chocolate.

Y como Pirula era muy animosa y muy valiente, se encogió de hombros, pensando:

—Bueno: me aguantaré todo lo que pueda. Por lo visto es que estoy presa. Parrondo se acordará de mí. Por muy rey que sea, yo no le he hecho daño, y me ayudará. Y en último extremo, pues chuparé las paredes ó me comeré un fleco...

No pudo seguir discurrendo porque sintió el estrépito de unos aletazos, á la vez que la gaviota, su amiga de otro tiempo, penetraba en aquella celda.

¡Qué encuentro tan agradable! Tan agradable y tan providencial, porque el pájaro venía nada menos que á salvar á Pirula. Pero dejémosle que él mismo se explique.

—Todas las noches—le decía á la nena, agitandó las alas bulliosamente—venía á verte sin que tú lo supieras. Estabas acostada, y dabas gusto. No he visto por esos mundos nada más hermoso que una niña cuando duerme. ¿Tú no te has visto?

—Mujer—contestó Pirula—, ¿qué cosas tienes! ¿Cómo iba á verme si estaba durmiendo, y, además, no había espejos en el cuarto?

—Verdad, Pirula. Dispensa; pero es que á ratos parece que estoy chiflada.

Y siguió diciendo:

—Bueno: á lo que venía. Tú estás presa aquí. Los gandulonios, enfadadísimos porque eras una marimandona despótica que les hacías trabajar, se han amotinado contra su rey Tumbón Ciento y Pico, y el desgraciado Tumbón Ciento y Pico acaba de ser frito con patatas en una caldera de oro, y esta tarde se lo come á 1, en medio de bailes y músicas.

—¡Pobrecito Parrondo!—gimió Pirula.

Pero la gaviota, sin comprender aquella exclamación, continuaba:

—A ti te habían reservado, los muy cafres, el destino de «apertivo», y desde que amanecieron, puestos en fila detrás de los vigilantes que rodean este sitio, no hacen más que relamerse. Dicen que tu carne, tiernecita y de color de miel y de salmónete, vale mucho más que todas las mayonesas, rabanitos y anchoas de la tierra... No, y realmente—comentó el pájaro—los gandulonios no demuestran tener mal gusto...

—Vaya, vaya; déjate de bromas, y cuéntame qué piensas hacer conmigo. Porque ó no te conozco bien, ó tú vienes á salvarme.

—Justo. Aquí no puedes permanecer un minuto más. De manera que enciértrate bien, corre las cortinas, y ten mucho cuidado con caerte. ¡A la una, á las dos!...

La gaviota se puso á romper con el pico las cuerdas que sujetaban la especie de bola donde Pirula se encontraba y, tan pronto como lo hubo conseguido, la agarró fuertemente con las patas y emprendió el vuelo.

Pirula, ante lo brusco de la arrancada, se cayó al suelo, semiloca de felicidad.

—¡Menudo *Tiovivo!* ¡No lo hay en ninguna verbena!

Pero de repente sintió que la velocidad se aminoraba y que la gaviota, con voz temblorosa de cansancio, le decía:

—No puedo más. Esta bola-celda pesa un horror. Aguarda á que te sostenga en la copa de este cocotero y llame á un amigo mío para que me ayude.

—¿Quién es?

—El viento, que está ahí, en la playa, tumbado tan regaladamente como un gandulonio cualquiera.—Y gritó:—¡Eh, tú, sinvergüenza! ¡Arriba! Menéate un poco, aunque no sea más que por galantería. Ven y verás qué alhaja llevo dentro de este estuche. A ver si soplas con el mayor esmero y finura, y te la llevas muy lejos de aquí...

El viento, no sin remolonería, subió hasta donde estaba Pirula, y al encontrarse con unos ojos tan azules y unos rizos tan dorados, creyó que se acababa de encontrar á la señorita Primavera, é inflando los carrillos y afilándose los pies, emprendió una carrera vertiginosa nubes arriba.

Pirula, dentro de su bola, y la gaviota encima, sentíanse divinamente. Allá abajo quedaron las chozas de los gandulonios y los gandulonios con dos palmos de narices. Algunas flechas intentaron alcanzar á los fugitivos; pero se quedaban muy por debajo de ellos.

Y el globo volaba, volaba, entre rayos de sol y borbotones de nubes. Pirula cantaba, loca de felicidad. ¿Adónde la conducía el señor Viento? ¿Tal vez á una isla maravillosa? Y entre tanto se comía un magnífico coco, lleno de agua muy dulce y muy substanciosa, que la gaviota le había dado.

Al asomarse una de las veces para ver por dónde iban, Pirula divisó, lejano, á sus pies, el mar. Azul, verde, salpicado de espumas. Parecía un hermoso prado, un prado inacabable cubierto de margaritas, violetas y lirios. Mas á medida que se internaban en él, las oscilaciones de la marcha eran más violentas, y el globo-celda se balanceaba en el aire mucho peor que si fuera un vilano ó unas pompas de jabón.

Y al mismo tiempo las olas se elevaban á alturas increíbles, formando montañas de nácar, de rosas y de fuego. Las había semejantes á maravillosos racimos de perlas, de farolitos, de naranjas resplandecientes. Y era que el sol, jugando con el oleaje, se entretenía en edificar todas aquellas construcciones de espuma, dándoles apariencia de cosas materiales y encendidas.

Cuando más embelesaban á Pirula, oyó que el Viento lanzaba un suspirón enorme:

—¡Se acabó!... No contéis ya conmigo...

—¿Qué pasa, hombre?—preguntaron Pirula y la gaviota.

—Pasa—respondió el Viento, muy incomodado—, que se han metido á zascandilear contra mí, acudiendo adonde nadie los llamaba, la Brisa, el Huracán y otros danzantes marítimos, y no hacen más que impedirme seguir mi camino.

—Entonces..., ¿qué?—volvieron á interrogar el ave y la chiquilla.

—Pues que ahí queda eso... y ¡buen viaje! A mí se me acabaron las fuerzas.

Dijo, y se marchó. Inmediatamente el globo-celda principió á descender con celeridad que hubiera ido en aumento de no impedirlo la gaviota, que se lo colgó del pico. Pero la caída, sin embargo, se hizo rápida, porque al ave le faltaron de nuevo las fuerzas. Y Pirula, dentro de su cuarto esférico, cayó sobre el agua con un golpe espantoso, mientras, arrastrada por una ola, envuelta en su furia,

devorada por su poderío, la pobre gaviota se hundía, como una brizna, para no reaparecer nunca más.

IX

DONDE PIRULA CONOCE Á LA GENTECILLA MÁS INFORMAL DEL MUNDO

Cierta mañana estaba paseándose por la costa uno de los diablillos que habitaban aquel apartado rincón del mundo, cuando, al mirar hacia el horizonte, ahogó un chillido de asombro:

—¡Catástrofe á la vista! ¡Acontecimiento por llegar! ¡Novedades sensacionales!

Al oír tales gritos acudieron los diablejos á quienes les tocaba descansar aquel día y, subiéndose unos encima de los otros, exploraron la línea lejana, donde sobre las olas se mecía una cosa extraña y monumental, que tanto podía ser un templo como un palacio como un islote flotante.

La curiosidad que su aparición produjo fué extraordinaria. Toda aquella gente menuda quiso comunicárselo á sus parientes y amigos, para lo cual, echándose de bruces sobre el suelo y aplicando la boca, transmitieron la noticia al otro extremo de la Tierra, que era donde en aquellos instantes trabajaban sin descanso.

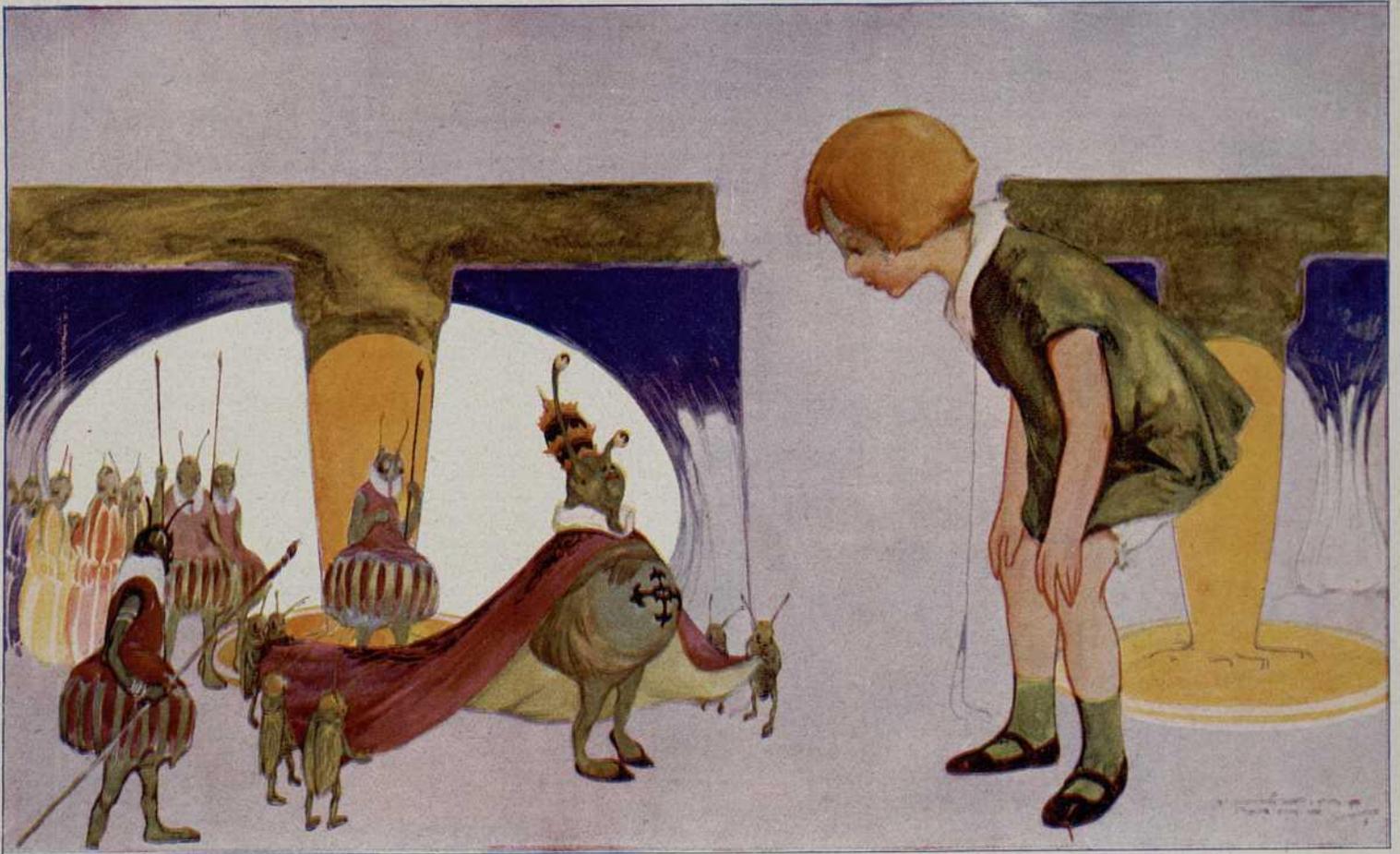
¿Y en qué trabajaban?

En cuanto lo supiese Pirula (que, como habréis adivinado, venía navegando en su bola-celda hacia la costa) iba á darle un patatús de gusto. Allí vivían los diablillos más enredadores y bromistas del mundo, que hacen rabiar todo cuanto pueden á las personas serias, á los hombres gordos, á los muchachos distraídos, á los automovilistas disparados, á los jefes sin educación, á las señoras de casa que nunca están conformes, á los pescadores calmosos y, en fin, á toda esa porción de seres que sin ser buenos de veras ni tampoco malos de remate, no se cuidan ni de amenizar ni embellecer ni mejorar la vida, como hacen los inventores, los artistas, las buenas madres y los niños que nunca lloran ni siquiera cuando les dan un pastel en vez de dos.

Estos diablillos, tan menudos como aquellos liliputienses que conoció Gulliver, se contaban por millones, y diariamente iban al otro extremo del planeta á hacer lo que cualquiera de vosotros imaginareis fácilmente: á hacer diabluras. Eran invisibles para los hombres,



«Leyó un mensaje de salutación y bienvenida»



«Su Majestad volvió á sacar el ojo derecho, moviéndolo á uno y otro lado»

aunque en su escondite recobraban su apariencia física. En todo momento estaban de buen humor, y por las tardes, ya concluidas sus ocupaciones, se reunían en la Plaza Mayor con las mujeres y los chicos para contarse las trastadas, jugarretas, travesuras, picardías y gatuperios que habían realizado.

No hay para qué decir que casi todos ellos, sumamente simpáticos y jamás hartos de bullir, conocían mucho á Pirula, á la que adoraban por enredadora, inquieta, revoltosa y alegre. Así se explica que apenas la divisaron en su choza flotante cuando la pleamar la empujó á aquella costa, acudieran á saludarla con vítores y aclamaciones, mucho más frenéticos que en Gandulonia.

Uno de los diablillos ancianos, en nombre y representación de sus compañeros, leyó un mensaje de salutación y bienvenida, al que Pirula correspondió muy cariñosamente, emocionada de placer y sonriente ó gratitud.

—No sabía yo que viviérais juntos—les dijo—, porque ningún diablo, por muy travieso que sea, puede ver á otro ni en pintura...

—Al contrario—contestó el anciano, guiñando los ojillos jovialmente—; aquí no nos podemos llevar mejor, porque no conocemos la tristeza ni los malos humores. Nuestra misión es hacer rabiar á los hombres que no sean útiles, inteligentes ó buenos. ¡Guerra al borrico disfrazado de personaje! ¡Abajo los groseros, los gruñones, los brutos y los malos!

—¡¡Abajo!!!—gritaron todos los diablillos—. ¡Qué revienten!

Pirula aplaudió á sus amigos, y en seguida, en medio del mayor orden, dirigiéronse hacia la Gran Plaza, donde se organizó en honor de la chiquilla una solemne recepción.

Y se inició el desfile, que ofrecía cierta novedad para Pirula, porque cada diablejo, dando una voltereta, manifestaba su oficio, profesión ó entretenimiento.

Uno tras otro, fueron desfilando los que gozaban de más reputación.

—Yo soy—dijo el primero riéndose retrechosamente—el que le quita la cabeza á las cerillas de los fumadores que se pasan la tarde en el café.

—Y yo—declaró el siguiente—el que distribuye en las carreteras clavitos y cascos de botella para que pinchen los neumáticos de los automovilistas que vuelan á noventa kilómetros por hora.

—Y yo el que, cuando se busca un papel muy de prisa, entre un montón de ellos, lo escondo el último.

—Y yo el que les rompe á las criadas tantos cacharros.

—Y yo el que despega los botones y los pierde.

—Y yo el que en las tiendas empuja la balanza antes de tiempo.

—Y yo el que les irrita los callos ó le pica las muelas á los jefes, directores y presidentes, para que se den más importancia regañando á sus empleados.

—Y yo el que no les deja morder el anzuelo á las anguilas y las truchas.

—Y yo el que hace caer el cepillo cuando uno se limpia nervioso ó sin ganas...

—Y yo el que da los portazos que rompe los cristales.

—Y yo el que levanta las nubes de polvo en las verbenas apesetosas á aceitazo.

—Y yo el que estropea el encendedor mecánico...

—Y yo el que seca las plumas estilográficas...

—Y yo el que les quita la memoria á los que reciben libros prestados...

—Y yo el que les mete un «goal» á los porteros vanidosos...

—Y yo el que hace mayar de noche á los insufribles mininos...

—Y yo el que les busca «chachas» á los nenes mal criados...

La relación habría sido interminable. Se prolongó un buen rato. Pirula felicitó á los diablillos—si bien no á todos, porque no se le ocultaba que muchos cometían hazañas poco recomendables.—El mismo anciano lo reconoció así.

—Es que tenemos enredadores de primera y de segunda clase—le dijo á la muchacha—y, claro, todos no poseen el mismo buen gusto para dar sus bromas. Tú misma, encantadora Pirula, ¿estás convencida de que todas las jugarretas que has hecho en casa eran igualmente perdonables?

Pirula bajó los ojos, avergonzada.

—Tienes razón. Pero cuando le eché bicarbonato al café de Papá-Chitón fué un día que me purgó con dos bolas de ricino en lugar de una, como se lo había mandado el médico. Pero yo quiero mucho á mi abuelo...

—¿Y te acuerdas de él?

—Tanto como de Chacha-Risa... Tengo ganas de verlos ya á los dos para contarles todas las cosas que me están pasando.

—Pues si lo deseas, esta misma tarde te llevamos á tu casa por las galerías subterráneas que hemos construido hace poco.

—No, no; todavía quiero que me pasen más cosas. Tendréis rey, ¿no?

—Por supuesto. Y con tripa, que es lo que nos falta á los de-

más. Ahora mismo vamos á llevarte á su presencia. No es del país; vino, como tú, de muy lejos, y nos consta que era de una familia excelente y sensata. Porque no sé si sabrás que aquí el único á quien no se le permite ser enredador, precisamente para que los demás puedan seguir siéndolo, es á nuestro monarca. Si tuviese tan poca formalidad como nosotros, ¿quién iba á gobernarnos como es debido?

—Comprendo, comprendo—aprobó Pirula con su listeza acostumbrada—. Vuestro rey viene á ser algo parecido á la persona que hace de «madre» en el juego del «marro» ó de «prendas»..., que cuida del orden mientras los demás se burlan de él.

El diablillo verde agitó sus antenas ó cuernos, en señal de satisfacción.

—¿Vamos á ver al rey?

—Encantada.

Y Pirula abrió la marcha, seguida del minúsculo enjambre de monicacos. La verdad es que aunque no iban á proporcionarle aventuras de las fantásticas como á ella le seducían, por lo menos sí podía pasar unos cuantos días sin aburrirse oyendo la narración de todas las diabluras que se les ocurriese. A Pirula también le escarbaba el magín una, que no lograba ahuyentar: la de coger, cuando durmieran, un par de diablillos de los más verdes, y guardárselos en el bolsillo, para llevárselos á casa y meterlos en la canarieta, donde llamarían la atención de la vecindad.

X

LA ÚLTIMA AVENTURA

Al llegar ante el jefe ó monarca de los Enredadores, lo primero que le llamó la atención á la observadora Pirula fueron sus ojos.

Aquel personaje no los tenía como los demás diablejos, y en tal diferencia, por lo visto, se basaba su superioridad. Eran unos ojos que se alargaban y encogían con prodigiosa elasticidad y rapidez, igual que la trompa de una mariposa ó, mejor comparado aún, lo mismo que los cuernecillos de un caracol.

Por añadidura, el tal soberano de los pulgarcitos lucía una panza esférica, muy semejante ¿á qué?... muy semejante á la concha de un caracol.

Y Pirula se acordó de sus queridos *Coleta* y *Coleta*, abandonados en la caverna de la Tarasca, donde tal vez fueron devorados por el monstruo.

El ilustre barrigudo, escoltado por dos sumilleros infladores que vigilaban á los casaquistas encargados de sostener el manto imperial, hizo su aparición en el Gran Hipogeo ó subterráneo donde ocupaba unas galerías de varios kilómetros.

Al ver á Pirula, á quien acompañaban los diablejos más importantes, estiró el ojo derecho más que el izquierdo—lo cual era una prueba de galantería—, y le dijo sonriendo afectuosamente:

—Ya sé que has venido á mis reinos impulsada por una sed que no suele saciarse nunca del todo: la sed de aventuras. Pero me agrada que la tengas, porque eso significa que posees imaginación, y que eres soñadora...

Pirula hizo una reverencia á su majestad.

—No te invito á que te sientes, porque, como ya lo habrás notado, en estos dominios nadie conoce más reposo que el sueño, ya bien entrada la noche, y, por consiguiente, no les hace falta las sillas, ni muchísimo menos esos muebles embaucadores, perversos y mal intencionados, que se llaman sofás, divanes, mecedoras, butacones y dormilonas... Pero antes de seguir conversando, ¡a ver, hola, mis sumilleros infladores!, ataviadme cuanto sepáis y podáis, en honor de esta gentil señorita.

Los aludidos se apresuraron á acercarse á su señor, y con admirable presteza se puso cada uno al lado de una oreja por donde, aplicando los labios, soplaron llenos de respetuoso ímpetu. Inmediatamente su majestad se redondeó con más esbeltez, su actitud adquirió una graciosa elegancia y hasta la corona ó tiara que le ceñía la cabeza se ladeó campechana y chuloncilla, sin perder, no obstante, su empaque ceremonioso...

—Bien, basta—decretó el barrigudo príncipe—. Ahora ya puedo ser menos indigno de tus seducciones, Pirula.

—Señor: no sé cómo estimar tus amabilidades.

—Todas te las mereces. Y puesto que tanto te atraen las aventuras, dentro de un rato, al anoecer, ven á buscarme para que, acompañado por mí, conozcas la que en agasajo tuyo estoy acabando de organizar, á lo largo de mis posesiones. Espero que no lo pases muy aburrida, y lo celebraré porque, al revés de otras criaturas, tú eres intrépida, valerosa, fuerte, y no te asustas por cualquier bobada, que es lo que deben hacer todas las muñecas tan lindas como tú...

Y soltó un estornudo, dando así por concluida la audiencia.

Al retirarse Pirula, su majestad volvió á sacar el ojo derecho, moviéndolo á uno y otro lado con la ligereza de un caracol.

La concurrencia, fascinada, le hizo una ovación.

Poco tiempo después, Pirula, que había sido agasajadísima por los enredadores, en su palacio-bola, era conducida nuevamente á la presencia del jefe del reino.

Aunque ya había cerrado la noche, allí no se notaba, porque como era debajo de tierra, la claridad del día no penetraba en ningún caso. Ahora bien: los diablejos, tan habilidosos y trabajadores, habían frotado ó untado contra las paredes de las galerías una substancia fosforescente, que las iluminaba con fantástica suavidad. Aquella substancia debía ser producto de una de las mejores travesuras de los enredadores y proceder de las cajas de cerillas españolas, que ellos hurtaban mañosamente en las fábricas, porque sólo así se explica que no ardiesen sino por casualidad.

—¿Estás dispuesta?—le preguntó á Pirula su tripudo amigo—. Pues andando... No quiero escolta de ninguna clase. Dejados solos. Tú, llavero, dame tu manojo.

Obedeció el llavero, deseando un feliz viaje á la pareja.

—Vamos á efectuar una excursión, al través de grutas, tubos, pasadizos y túneles repletos de maravillas. En ellos, mis súbditos hoy, como ayer los gnomos, inquilinos de las minas, los siltos, geniecillos del aire, los trasgos y otros duendes, acumularon sus riquezas.

—¡Qué bien! ¡Bravo!—palmoteó la chiquilla—. Me voy á divertir formidablemente. ¿Quieres que te coja en brazos?

Al resplandor de la galería, el rey sonrió, alargando otra vez sus ojos-cuernecillos.

—Mil gracias. Veo que eres la Pirula de siempre: la del corazón de oro.

Y lo dijo de una manera, con un tonillo de voz...

La muchacha iba á responder algo; pero se contuvo. Y en silencio, pisando con toda firmeza, se adentró en la relampagueante semiobscuridad de aquel agujero de topo.

Al poco rato vió que en la bóveda ardían una especie de estrellas con puntas finísimas, hechas de diamantes y rubíes.

—Aquí—le dijo su majestad—duermen los luceros del atardecer y de la mañana, con otros amiguitos suyos. Ahora, de noche, no tienen nada que hacer en el cielo.

Absorta, Pirula pudo verlos muy de cerca y á su sabor. Eran prodigiosos, aunque debían estar entonces semi dormidos, porque, de lo contrario, no habría podido resistirse el deslumbramiento de sus titilaciones.

Más adelante esperaba á los excursionistas otra novedad: la cripta de las Joyas.

—La llaman así—volvió á hablar el monarca—porque aquí se almacenan y custodian los oros, las platas, las piedras preciosas de los crepúsculos, de los rayos de sol en los mares y ríos, de las reverberaciones en las cimas de las montañas y en las vidrieras de las catedrales y en las cúpulas de los palacios...

Pirula, atónita, embelesada, sin atreverse á hablar en medio de tantos fulgores y burbujas inflamadas y haces de chispas, pisó de puntillas y siguió andando.

—¿Te gusta?—interrogó su acompañante.

—Figúrate, hombre. Esto es como si viajáramos por «Las Mil y Una Noches».

—Exacto. Eres muy lista, Pirula. Pero no te figures que todo va á ser bonito y agradable. Prepárate, prepárate...

No había acabado de decirlo cuando sus pies tropezaron en un revoltijo de sierpes, anguilas, lagartos y otros bichos estrechos y larguísimos. Una fetidez insoportable enrarecía el ambiente. Pirula, avanzando con dificultad creciente, y respirando á duras penas, creyó, si bien no se atrevía á confesarlo, que había llegado su última hora, y que se quedaba allí, enredada en aquel hervidero de alimañas y sofocada por sus pestilentes emanaciones.

El rey, que marchaba despacito, no abrió la boca.

Y algo más allá, un rumor confuso, ancho y creciente, llegó á sus oídos. Pirula se detuvo.

—¿Tienes miedo?

—¿Quién, yo? ¡Como si no hubiera escuchado nunca truenos! En Cercedilla, una tarde...

No pudo continuar. Un estrépito terrible, igual que si las entrañas de la tierra se desgarrasen, ahogó su voz, sacudiéndole el cuerpo de arriba á abajo. A ambos lados de la galería se despeñaban otros tantos torrentes de agua deshecha en espumarajos y vellones. El aire soplabá como en día de galerna en la playa.

También iba á haber dicho algo Pirula; mas consideró prudente guardar silencio, ya que hacía lo mismo el rey de los Enredadores.

Y así, á lo largo del túnel interminable, siguieron y siguieron,

hasta que, de súbito, apagáronse las fosforescencias y la más espesa oscuridad les envolvió.

—Aquí tenemos que hacer alto y descansar un poco. Ya, mientras no se haga de día, no encontraremos nuevas maravillas. Y tan pronto como amanezca, vendrá la aventura gorda, la mayor de todas. Ya verás. Y no tiembles...

—¡Si no tiemblo, tú!—replicó, amostazada, Pirula—. Es que me mojé antes, cuando me salpicaron las cataratas aquellas, y tiritó un poco.

—Pues, anda, reclínate sobre mí y duerme á tus anchas. Ya falta poco para que asome el día. Yo te despertaré cuando brille la primera rayita de luz.

Pirula obedeció, y una vez recostada lo mejor que pudo, se hundió en el sueño.

Cuando despertó, en efecto, una veta de claridad le cosquilleaba en los ojos. El rey extendió los brazos como si empujara una puerta, y acto seguido una inundación de sol y una algarabía de gritos aturdió á Pirula.

Se restregó los ojos, no descifrando lo que veía. Pero las voces acabaron de «despertarla», y eso que no podía estar más despierta.

Y entonces sí que dió ella otro grito; pero que debió oírse en la portería.

Al mirar en torno suyo vió que ¡estaba en la cocina de su casa, frente á la Boni, frente á la Pilar, frente á Chacha-Risa y *Coleta*, el canario!

Todos reían, incluso el canario, cuyo buche, hecho una pelota, amenazaba dar un estallido.

Junto á Pirula, de par en par, le rozaban las puertas de la carbonera de encina.

—¿Qué es esto? ¿Qué me ha pasado? ¿Por dónde he venido?

Chacha-Risa la levantó en vilo, y, comiéndosela á besos, la reprimía maternalmente, sin hacerle caso.

—¿Dónde has estado, metida toda la tarde, tunanta, bribona, más que pécora? ¡Hay que ver la cara tiznada que trae! ¡Vamos corriendo al cuarto de baño! ¡Una semana entera te vas á quedar sin merienda, eso es!

Pirula, aturdida, perpleja, sin saber qué decir ni qué hacer, se

dejó llevar por su abuela. Al verse delante del espejo, negra, polvorienta, sucia, mojada, no supo explicarse lo ocurrido. Digamos la verdad entera: no quería ni sospecharlo..

Chacha-Risa fué en busca de un estropajo, porque no bastaban toallas ni esponjas, y *Coleta*, el canario, dando un salto hasta su hombro, le murmuró con sigilo:

—Hemos vuelto á casa por la carbonera, sí, señor...

—Pero... ¿tú?

—Yo, sí, era su majestad el rey de los Enredadores, antes caracol, compañero tuyo de peripecias. Me encantó el dragón, al reventar, convirtiéndome en diablillo tripudo...

—¿Y *Coleta*?

—Se ha perdido. Puede que esté en la jaula, tan campante. Después lo veremos.

—¡Atiza! ¿Y la cueva de las serpientes? ¿Y la gruta de las cataratas? ¿Y...?

—Tu imaginación, tontuela. Es que llegábamos á Madrid y estábamos pasando por los tubos donde meten los cables de la luz eléctrica y los del teléfono, y por las cañerías del gas... y por las alcantarillas. Tú, como no has visto nada de esto.

—¡Zambomba! Pues me das un chasco tremendo, *Coleta*.

—No seas ambiciosa. ¿No te has divertido, mujer, unas cuantas horas?

—Sí; pero no he conseguido ser princesa encantada.

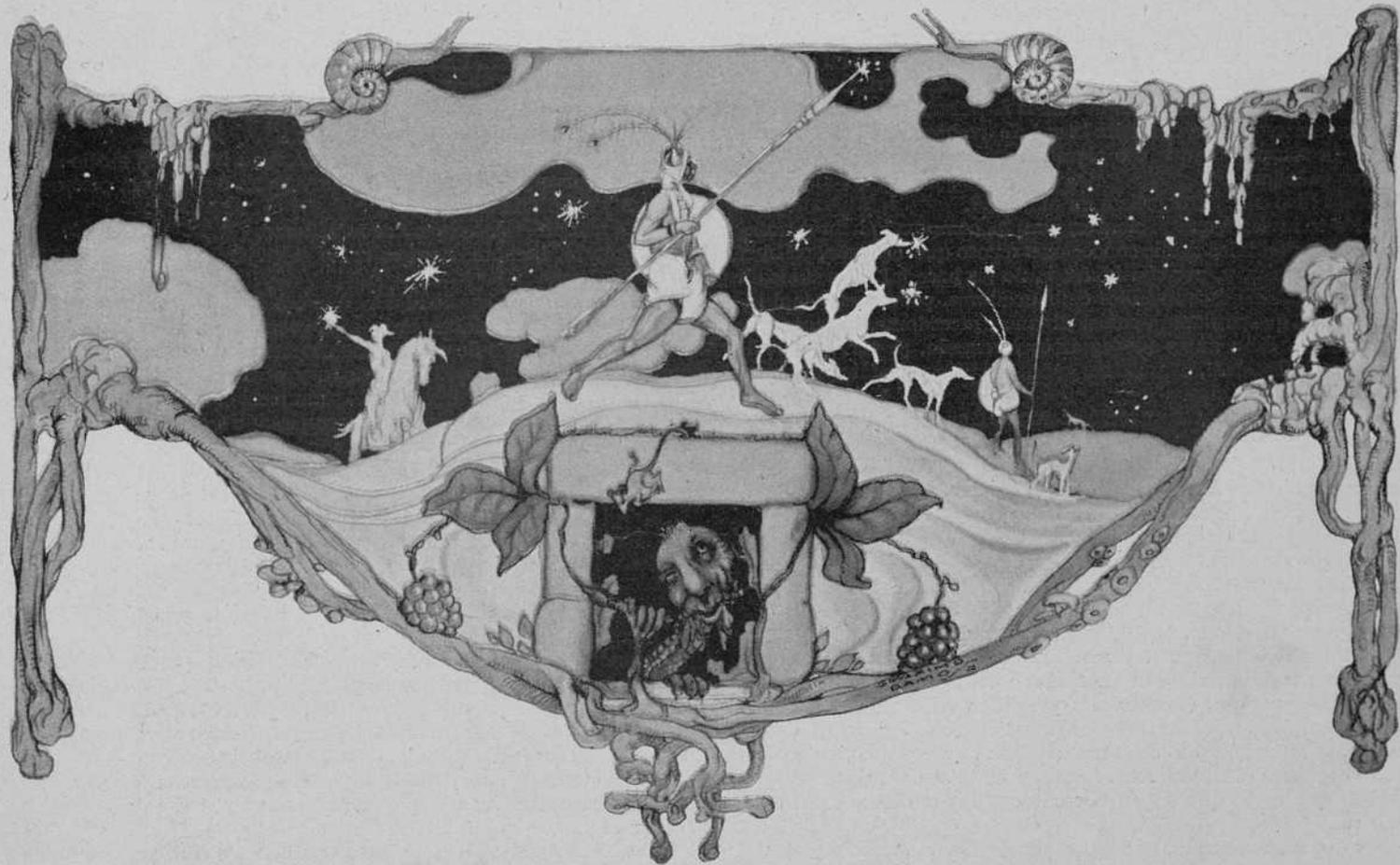
—No te importe. Ahí tienes á tu abuelita, que es la que está más encantada. Dale muchos besos... y cállate, que es lo que te conviene.

Chacha-Risa entraba en el cuarto con Papá-Chitón. Pirula se refugió en sus brazos, los cuales la alzaron hasta la frente del abuelo.

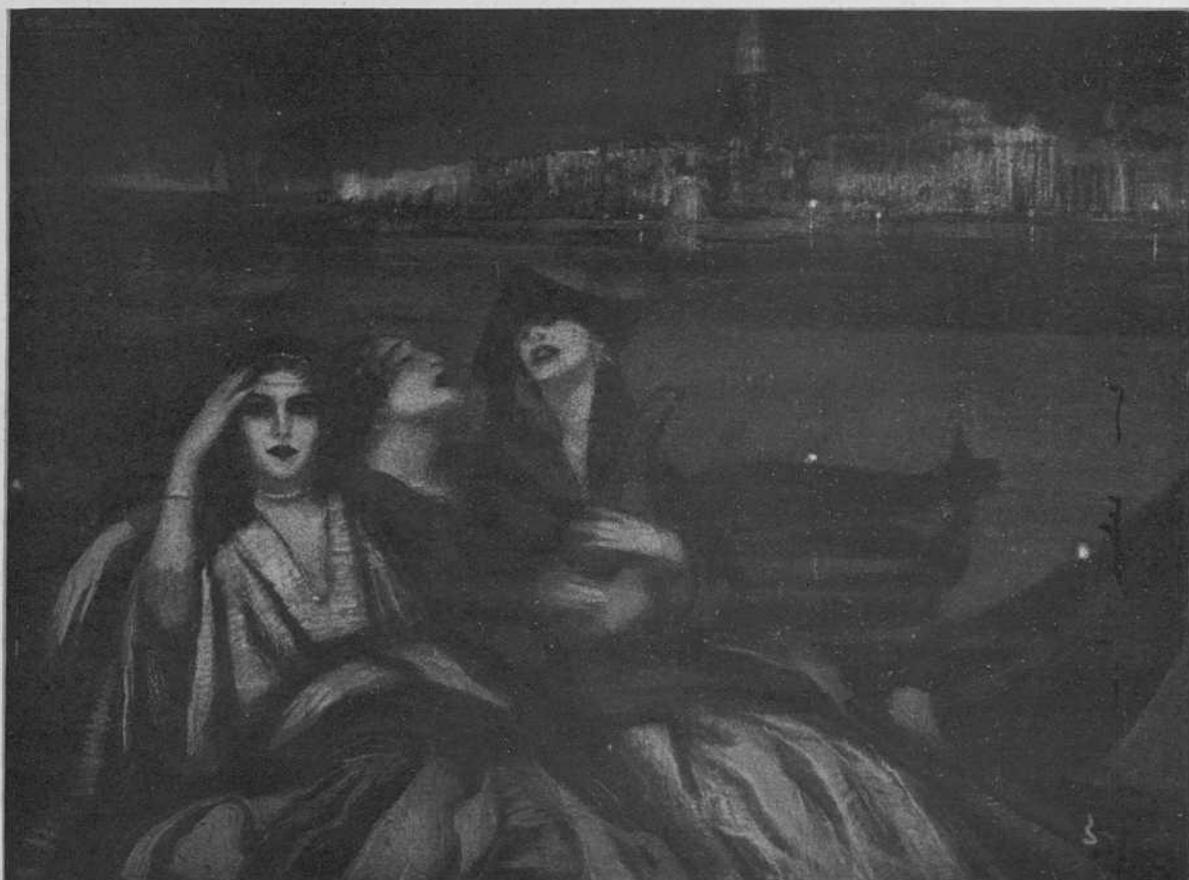
Este traía un hermoso cucurucho de almendras garapiñadas, que la chiquilla se apresuró á destapar, mientras el abuelo lloriqueaba, suponemos que de alegría. Y como Papá-Chitón era muy meticoloso y le gustaba que todo saliese lo mejor posible, le previno á su nieta:

—Tú coge las almendras y déjame á mí esas bolitas que me salen de los ojos, no vayas á confundirte. Yo también soy goloso como tú, y estas bolitas me saben á gloria...

E. RAMIREZ ANGEL



NOCHES DE ITALIA Y DE ESPAÑA



«San Giorgio Maggiore», cuadro de Federico Beltrán

FEDERICO Beltrán es el pintor de los nocturnos apasionados. Bajo el resplandor remoto de los astros, la inspiración del artista encontró siempre temas de infinita espiritualidad. Gitanos ardientes y trotamundos que aman los espacios libres y las rutas incitadoras; máscaras enfebrecidas por la maliciosa sensualidad de las danzas en los jardines y las terrazas heredadas del XVIII galante; lagunas venecianas henchidas de cánticos, luces y lento deslizar de góndolas... Pero de tantos hechizos pictóricos como Federico Beltrán ha ido creando a lo largo de su obra admirable, dos lienzos culminan y definirán siempre su época renacentista de hoy: *San Giorgio Maggiore* y *Hacia las estrellas*. Un sueño de dogaresa y una imploración gitana. Bajo el cielo de Italia, como bajo el cielo de Iberia, almas tremantes de azul sidéreo, almas inquietadas por el deseo de abandonar la tierra... Y en el aire brujo, canciones que van y vienen, nostalgias sin nombre y la captación divina del arte espiritualizando las pobres, las humildes miserias humanas.



«Hacia las estrellas», cuadro de Federico Beltrán



Blanca de Capello, gentil veneciana,
con rango y estirpe para Dogaresa,
astuta y hermosa, felina y liviana,
de amores impuros muy joven fué presa.
Florenzia cobija su amor clandestino
—allí sueña Blanca con ser gran duquesa—.
Leyendo las obras de Pedro Aretino,
se dió á la aventura de gran cortesana...
Francisco de Médicis la halló en su camino,
y osada y altiva la audaz barragana,
asida á la mano de aquel libertino,
al fin hasta el trono subió de Toscana.

Propincuo heredero de aquel gran ducado
—emporio y antorcha del Arte y la Ciencia—,
Fernando de Médicis, sagaz purpurado,
es en Liorna y Siena y en Pisa aclamado
al ver del gran duque la torpe imprudencia;
mas Blanca, á quien hizo su propio pecado
al par infecunda y artera, prepara
por falso derecho lograr esa herencia:
burlando del duque, su esposo, el cuidado,
llegó á la execrable y audaz fraudulencia
que un crimen inicuo encubre y ampara,
pues siendo ella estéril, dió á luz en Florenzia
un niño que había nacido en Ferrara.

La historia secreta del hecho nefando
rompióse en difusos malignos rumores,
que en toda Toscana sus voces alzando
irrumpen en Roma con vivos clamores.
A un bando que se alza sucede otro bando;

EL ÓPALO DE LOS MÉDICIS

excita sus quejas la grey florentina;
asaltan á Blanca inquietos temores
—al ver cómo pugnan Francisco y Fernando—,
y huyendo al peligro de guerra intestina,
presagio temible de males mayores,
se apresta al combate, la lucha afrontando.
En un vivo arranque, se dijo, ladina:
«¡A Roma por todo!» Calmó sus furorés,
y escribe á Fernando tan suave, tan fina,
con tales lisonjas y tales loores,
que el prócer del Sacro Colegio se inclina,
cediendo al halago de encantos traidores.

La gran duquesa de Toscana
dice en su carta al cardenal:
«No por mi enlace; soy tu hermana
por el afecto fraternal.

Yo te saludo reverente,
que de tu estirpe para prez,
vas con el séptimo Clemente
tras de las huellas de León diez.

¿Qué otra grandeza se compara
con la que tú vas á alcanzar?...
Tienes el pileo... ¡La tiara
vendrá en tu frente á fulgurar!

En Roma das magnificencia...
¡Nunca se eclipse tu esplendor!
Pese á la sórdida opulencia,
el fausto, viste al gran señor.

Pediste al duque unos florines
que se te mandan. ¡Dobles van!
En tu morada los festines
dignos de un Médicis serán.

Gasta á tu antojo; no halle tasa
cuanto tu rango pida ahí...
Tienes las llaves de esta casa
y su arca abierta para ti.

Nuestro palacio de Florenzia
te espera siempre, cardenal...
Ven con nosotros; tu presencia
hará el afecto más cordial.

La residencia de Cajano
brinda un sedante á tu inquietud.
¡Allí, el pinar de Montalbano
deja en las auras la salud!

¡Ven!... La duquesa de Toscana
hará la ofrenda de su fe
al «Santo-Padre» de mañana.
¡Ven! En Florenzia te diré...



En una suave prominencia
—estribación de Montalbano—
está la Quinta de Cajano;
de Florencia
tan cercana
que en verano
y en la estación primaveral,
los grandes duques de Toscana
tienen allí su residencia
habitual...
¡Con ellos vive ya en Cajano,
como hermano,
Su Eminencia
el Cardenal!

Fernando de Médicis, salaz y galante
acudió al reclamo de la gran duquesa
y estará—aunque el caso le apure bastante—
con los grandes duques sentado á la mesa,
sin que nadie altere su ambiguo semblante.
El rictus de raza, va en él por divisa;
es parco en lisonjas y encubre ladino,
en suaves susurros, su psiquis remisa...
Hay algo en su intenso mirar aquilino
que acusa y revela su fondo pagano...
Jovial es su gesto y amarga su risa...
Con toda la astucia de un Dux veneciano,
recorre Fernando su oblicuo camino.
El ópalo fúlgido que lleva en su mano
de mal y ponzoña, le advierte y le avisa:
¿Se empaña?... El peligro se anuncia cercano;
¿pasó la amenaza?... La gema se irisa...
¡Así, mi buen príncipe, penetra lo arcano
y está en el secreto, seguro y de prisa!

Hay de Poggio Cajano
en la linda y famosa residencia
del gran duque toscano
—que evoca la de Pitti, de Florencia—
una estancia apartada y silenciosa
de gran magnificencia
y en paramentos rica y suntuosa.
Tiene la bella estancia,
severa y peregrina,
de una pinacoteca la prestancia,
del cedro la fragancia
y un imán incentivo de vitrina.
Allí la gran duquesa
mandó servir la mesa,
libre de la etiqueta palatina.
En su recinto, por rendir tributo
al Arte que los Médicis amaron,
perennes se ostentaron
de Vasari, del Sarto, Benvenuto,
Botticelli, Ticiano, Perugino
y de Juan de Bolonia y el Bronzino,
y Leonardo de Vinci y Donatello
las obras prodigiosas...
¡Entre tanta reliquia, poned rosas
á lo Blanca Capello
y haréis, como ella, de la estancia, Cielo!
La nieve del mantel, rico en primores
que en festones y randas le guarnicen,
se esmalta con cien gemas de colores
y entre murrinos vasos, resplandecen
sartas de perlas anudando flores.
Fulge allí el gran tesoro
rutilante y mirífico
de la vajilla y cálices de oro,

joyas que el Arte consagró al Magnífico.
En tres altos sitiales
de brocatel de oro y palisandro,
con las cifras ducales
de Cosme, de Lorenzo, de Alejandro...
Se sientan á la mesa
el cardenal, gran duque y gran duquesa.
Blanca se viste de tisú de plata,
festonado de armiño
el amplio escote que sujeta y ata
la brillante esmeralda de un brinquiño;
de Fernando, en la fúlgida escarlata,
son los finos encajes de Malinas,
espuma que de la ola se desata
y en la púrpura finge catarata
de reflejos que hieren las retinas...
El duque lleva el traje florentino
polícromo y vistoso
de su uso palatino,
con singular prestancia.
Apuesto y luminoso,
tiene el gran libertino soberano
el arte peregrino
y suprema elegancia
que dieron los pinceles del Ticiano
á un retrato divino
que hay en el centro de la rica estancia...

Para aquellos príncipes y la egregia dama,
la comida regia transcurre cordial.
La charla es amena, discreta y sencilla...
Mas nadie se lanza con un epigrama;
tampoco ninguno dice un madrigal...

¡El ópalo terso é irisado brilla
que en su anillo de oro lleva el cardenal!

Fernando deglute y su ópalo explora.
De todos los platos celebra el sabor;
proclama del vino la viva excelencia;
se muestra gozoso, y á la hora de ahora
no encuentra á su gusto comida mejor...
¡Mas siempre á hurtadillas mira Su Eminencia
si el ópalo fúlgido cambia de color!

—Esto, dice Blanca, un postre alargando
en una salvilla de oro, para ti.
El duque me dijo que era tu delicia,
y lo hice en tu obsequio yo sola, Fernando;
¡prueba á ver si lo hallas de tu gusto así!
—¡Su Eminencia nota que su ópalo inicia
la mancha alarmante de un azul turquí!—

—¡Oh! ¡Cuánto agradezco, duquesa y hermana,
la fina fineza del dulce manjar!...
Comí con exceso y es bien que aquí acabe...
¡Mañana!... ¡Es lo mismo!... ¡Mañana, ma-
ñana!...

¡No puedo, duquesa; no debo probar!...
La gula es en todos pecado muy grave,
y en mí, con la púrpura, horrendo el pecar!

—¡Bien, bien! No le tomes—dijo el duque ai-
rado—
si cree que hay pecado tu cándida fe;

pero está mejor y es más de mi agrado
que por cortesía se acepte en mi mesa
y se le haga honor á obsequio que fué
una donosía de la gran duquesa.
¡Dame el dulce que yo le tomaré!

—Blanca, presurosa, dice: ¡No, egoísta!
Los dos comeremos. ¡Hay para los dos!
Las damas, primero. ¡Así es la finura!...
—Fernando, aquel dulce no pierde de vista,
y al ver que lo ingieren uno de otro en pos,
á su ópalo mira, que limpio fulgura
y eleva un susurro de gracias á Dios!

Con voz entrecortada y desvaída,
á la que supo dar la gran duquesa
tono de sobremesa
y acento de una eterna despedida,
dijo entre reticente y conmovida:
Moriré en la creencia
de que este pecado mortal
tan grave aquí en Cajano,
en Florencia,
capital
del gran territorio toscano,
por litúrgica indulgencia
ó por espíritu pagano
ancestral,
y aun por precepto ritual
muy cristiano,

lo absolverá sin penitencia
sacramental,
nuestro hermano
Su Eminencia
el Cardenal!...

Con dedos de rosa, la nueva mañana
descorre de oriente la clara cortina
y el alba alumbrando la línea lejana
envuelve los cirrus de tinta opalina
en ráfagas de oro, de púrpura y grana.
El carro de Aurora radiante fulmina
los rayos de Apolo que apresta Diana,
y cuando en el punto supremo culmina,
radiando la esfera su luz soberana,
incendia los Cielos, la tierra ilumina,
rutila en Florencia y fulge en Toscana!

Fernando, en el solio, sonriente examina
su gema de magia egipcio-pagana
que anuncia y previene del mal que avicina,
así como avisa de gloria cercana...
Y al ver que arde en vitores la grey florentina,
que en su ópalo irradia la luz meridiana,
¡susurra de un rezo la frase latina
con que ora y absuelve la Iglesia Romana!

J. JURADO DE LA PARRA

(Ilustraciones de Bartolozzi)



AÑO NUEVO, VIDA DE SIEMPRE

SE levantó tarde aquella mañana. La noche anterior—San Silvestre, el año diciendo adiós con el pañuelo blanco de la nieve—no se había acostado hasta hora muy avanzada. Las doce uvas, los brindis, las risas. Un adiós que era, paradójicamente, alegre.

Aún sobre los ojos y sobre la frente la sensación pesada de la noche anterior, eco de la despedida del año. El agua disolvería toda esta rara sensación. Y así fué. El baño obró la transformación en el cuerpo de la mujercita. Los músculos parecieron más ágiles y más firmes, la piel más tersa y más luminosa. La sangre, más viva, más alegre.

Y cambió el espíritu, también, al cambiar el cuerpo. El espíritu adquirió aquella agilidad, aquella tersura, aquella luminosidad de la carne. La mujercita sintió que sobre el corazón le brincaba un aro de alegría nueva.

Miró tras los balcones. El sol deshacía la nieve. El símbolo del continuo estribillo de la vida. Año Nuevo derrotando á Noche vieja. La luz á la sombra. Lo que nacía á lo que moría.

Y la alegría de la mujer en aquel despertar fué ya como una canción que hubiere encontrado su letra. ¡Año nuevo, vida nueva! Todo, todo era nuevo: el año, la vida, el sol. Todo limpio, bruñido, recién nacido. Nuevos afanes y nuevas alegrías. Era como sentirse nacer, como descubrir la vida otra vez.

Año nuevo, vida nueva. La frase le cantaba en el corazón, y era bandera en su pensamiento. La mujer entraba en el nuevo año, como hubiera entrado en el misterio, palpitante de zozobra el corazón, encendida el alma de trémulas impacencias.

Pronto, á la calle. A dorarse bajo aquel sol nuevo, á caminar de prisa, con un paso que fuera como un pasodoble—la salida de las cuadrillas del año—. La mujer afinó el cerco de las cejas, hizo de porcelana la piel del rostro, agrandó y ensombreció los ojos un poco oblicuos—ojos hermanos de los de aquellas muñecas japonesas del *boudoir*—, plantó una rosa en los labios. Escogió, de entre los trajes, el que más olía á primavera, el que más anticipaba las violetas y los madrigales de marzo. Luego, en torno al cuello y sobre el busto, un pañuelo. Aprisionando la cabeza, un casco de fieltro marrón.

Primero, la comida en casa de Tito Manolo. Tito Manolo, viejo don Juan, suavemente irónico, suavemente escéptico, suavemente sentimental. Siempre en sus labios un consejo, que no convenía, por si acaso, seguir muy á la letra. Luego, el paseo en coche hasta el kilómetro 21; é inmediatamente, un paseo á pie de un cuarto de hora en aquella gran explanada, frente á la dentadura gigantesca de la Sierra.

Después, el te en Bakanik. Y más tarde, cine con *blues* americanos, con elegancias de Vilma Banky, con voluptuosidades de Greta Garbo. Y finalmente, la cena de Año Nuevo, que podía ser en un gran hotel, con música, con colorines, con bailes.

Y la mujercita se encontró, de pronto, tras aquella jornada, otra vez en su casa, en su cuarto, y, como la noche anterior, turbios los ojos, seca la boca, la cabeza aturdida. Recordaba todo, pero como tras de un velo de fatiga, de desencanto. La comida, el coche, el te, la pantalla, la cena, el baile. Y al cabo del día, aquella alegría de la vida nueva era como una bandera deslucida, mojada. Una infinita desgana al verse ahora frente al espejo, sin el júbilo ilusionado de la mañana, sin la alegre impaciencia de aquellas primeras horas. Reflexiones melancólicamente vulgares y eternas. Año Nuevo, vida nueva... ¡Bah! Año nuevo, y vida de siempre.

José MONTERO ALONSO

Dibujo de Serny)



El Fénix de la vida

(Canto de Año Nuevo)

Cada año Natura
con gran pompa inaugura
su espléndido Teatro.

Siempre es la misma obra
(cuyos derechos, como autora, cobra)
de los años pasados:

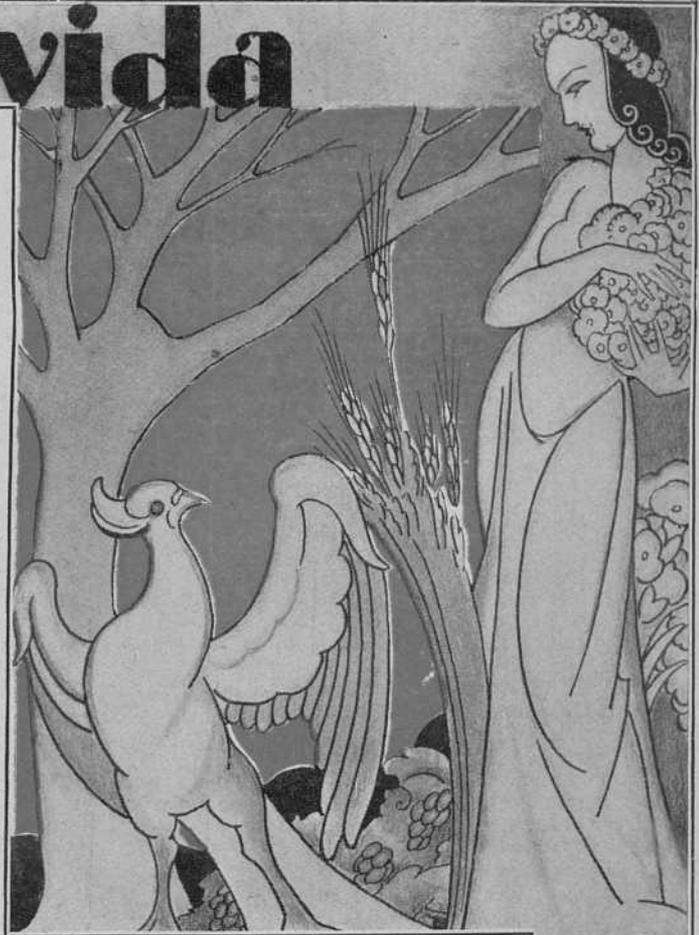
«Año Nuevo», comedia en actos cuatro
y doce cuadros...

Y á fin de que no cansen
tan antiguas funciones,
se ofrecen cada año nuevas decoraciones...

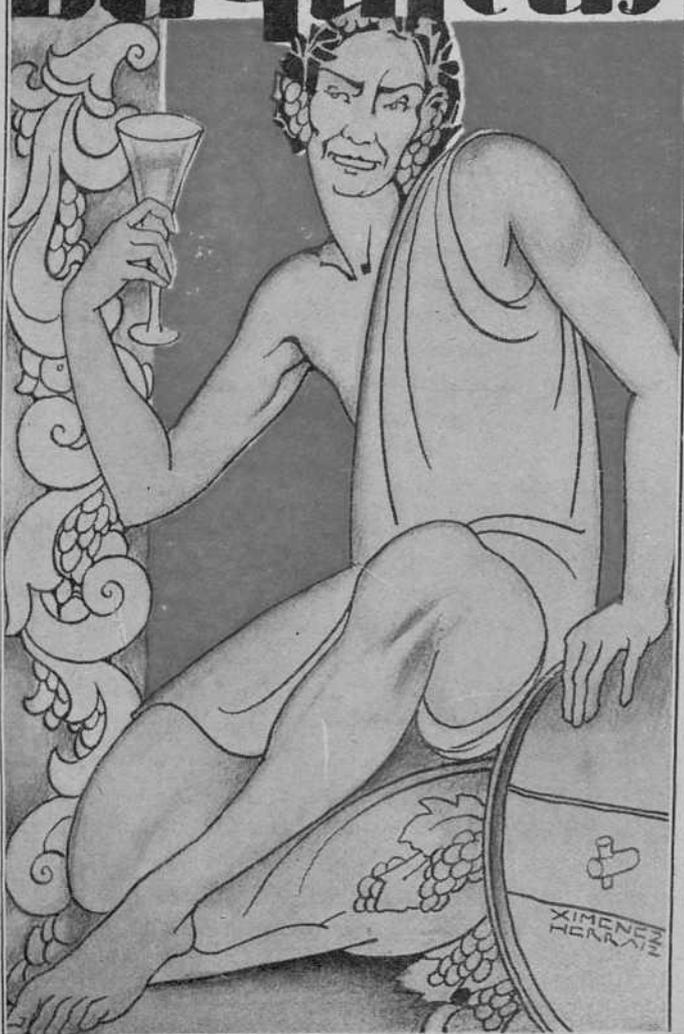
Gran maestra es Natura,
que enseña cada año la misma asignatura
y siempre es nuevo el texto, con sus Cuatro Lecciones
de las Cuatro Estaciones.

En cambio, la enseñanza de la vida
tantos temas comprende,
que cuando unos se aprende
otros se olvida...

Ya llega el nuevo año,
(¡Quiera Dios que no cause mucho daño!)
discípulo del Tiempo Sempiterno.
Pero en sus manos no nos trae el Cuerno
de la Abundancia, sino un libro nuevo.
Capítulo primero:
Enevo.
¡El Fénix de la vida puso un huevo!...



Báquicas



BODEGA

En mi bodega tengo cien
toneles
llenos de canciones diversas.

Los hay para encender las risas;
los hay para avivar las penas...

Quiero beber una canción alegre
que encienda la sangre en mis venas.

El vino antiguo despierta los recuerdos,
el vino nuevo enciende ideas nuevas.

Este vino de ámbar y de sol
sabr  decirme sus canciones bellas.

¡Jerez divino, de la celeste viña
donde en racimos maduran
las estrellas!...

Quiero beber una canción antigua;
quiero beber una canción moderna.

Quiero mezclar con tristes añoranzas
las dulces ilusiones
y esperanzas...

VENDIMIA

Del árbol eterno
se desprendió el otoño
plenamente maduro.
Las plantas agitaron sus alas,
y las viñas, repletas de inéditas canciones,
ofreciéronse ebrias a los vendimiadores.

Aquel vino tan dulce
tenía, sin embargo, una canción amarga.

Había que besarlo lo menos siete veces
en siete libaciones largas
para lograr que la cantara.

¡Y era tan grata al corazón
aquella extraña canción,
a pesar de ser amarga!...

GOY DE SILVA



LIBERTAD

UN CUENTO INEDITO DE
LA CONDESA DE PARDO
BAZAN (GRABADOS DE RIBAS)

COMO todo tiene su medida y las medidas se colman, vino un día en que Bertito, á pesar de su "dormilona" paciencia, de su resignación ya automática, no pudo aguantar más, y, sin reflexión previa ni plan alguno, salió á la calle con la resolución de no volver en toda la vida.

Claro es que si lo reflexionase no lo hiciera. Y no lo hiciera tampoco si conociese el mundo. Iba á lo desconocido, justamente, por el mismo hecho de que era desconocido. Lo conocido significaba tal sufrimiento y alzaba tal protesta en su ser, que lo expresaba así:

—Lo que es peor... imposible.

Bertito, en efecto, sufría todas las privaciones y castigos que puede temer un chico de su edad. A los nueve años no hay fuerza para oponerse á las vejaciones. Y menos la habrá si el organismo, atacado de miseria fisiológica, corresponde más bien al desarrollo que tendría dos años antes. Una sola vez que salió á la plazuela, los demás arrapiezos, oyéndole afirmar que los nueve ya los había cumplido el día de San José, chillaron:

—Este se cuele. ¡Si no los has cumplío, fantasioso, ya los cumplirás!

Lo que representaba Bertito eran los siete, la edad de la doctrina y de la primera comunión. Y es un modo de decir, porque nunca la *señá* Fausta, su tía, intentó que atendiese á tales requisitos. ¡Bah! Y tampoco iba á la escuela. Ni llamaban médico para él cuando adolecía. Sobre un jergón, que parecía relleno de nueces, casi sin mantas, y sábanas ni verlas, se pasaba el pelón sus gástricas y sus catarros, y después se arrastraba una quincena, como una sombra, por los rincones de la vivienda. Su tía, al pasar, le tiraba de una oreja, rezongando:

—Zángano, á ver si te peinas y te lavas, que *paeces* un estropajo... Gandul, no te hagas el zorro... Bárreme más vivo que la luz ese almacén, y recoge la basura en la espuerta...

¡La basura! ¡Aquella basura vegetal! Todo su cuerpo se estremecía de repulsión. Porque la Naturaleza, unas veces avara y otras pródiga, otorgó á Bertito un olfato muy sensible, y los tronchos de verdura apestaban, con fetidez constante, en aquella mansión cerrada y sin ventilación suficiente. El comercio de hortalizas traía consigo la peste á coles marchitas y medio podridas por la humedad. Y todos los días Bertito debía escoger y separar lo que ya no podía sacarse á la venta; recortar con un cuchillo las hojas



marchitas y descompuestas; raspar la tierra de las zanahorias; tirar al serón los tomates hechos papilla, que vomitaban la simiente al través de la rota piel... Un asco crónico le hacía á cada paso más penosa la operación. No se acostumbraba, no diré ya á su tía, sino á las verduras y al encierro con ellas. Y cuando las aprovechaba la *señá* Fausta en el bodrio del puchero, se levantaba el niño de la mesa, escupiendo de repugnancia, entre los gritos de maldición de la vieja.

No se había parado Bertito á reflexionar por qué su tía parecía aborrecerle. En nada la había ofendido, y ni aun este dato acudía á su conciencia. Sabía solamente que le trataba como si existiese tal aborrecimiento, que acaso no fuese consciente en la *señá* Fausta. Al morir su hermana Anselma y encargarse del hijo, la verdulera sólo sintió que el chico no fuese chica. Una chica le haría más *apaño* para ayudar en la casa. Al gandulón del mocoso no podía ponerle á reparar medias ni á lavar la ropa. Total, era una carga. Y pronto tendría que aprender un oficio, y saldría por ahí, y se comería lo que ganase... El mal humor se le agrió dentro á la mujerona. Fermentó más acerbamente al observar que Bertito no gozaba de salud; era «una piltrafa». No iba á servir *pa na...* Y, sin llegar á los malos tratos ruidosos y violentos, persiguió al sobrino al menudeo, y le infligió el suplicio de los tronchos hediondos y de los tomates que se deshacían en las manos. Sobre todo, le castigó con la prisión. No le permitió abandonar ni media hora las cuatro paredes. ¿A ver? ¿Qué se le perdía á él por ahí fuera? ¡Vaya si se le perdía! Daban las ocho de la mañana: la vieja estaba en el mercado, ante su puesto, que parecía una cestilla de flores, bien en orden las hortalizas, con el colorido mágico de los limones y naranjas, el blancor marmóreo de las coliflores, los ligeros obeliscos de los espárragos, de cabeza de amatista, y las vainas de jade de los guisantes de la tierra, que esperaban mano que los desgranase. Allí no había tronchos ni nada podrido. Se diría que todo acabase de llegar de la huerta. Para depurar el género, allí estaba el zanganejo del sobrino, escogiendo hojas ajadas y chirivías roídas, y llenando el esportón de los desechos. Pero el sobrino, sin llevar más equipaje que un pañuelo agujereado y un mendrugo de pan de la víspera, corría ya, alejándose de su cárcel, y respirando con gozo el aire vivo y abierto, con sus olores varios: de café tostado, de pintura y barniz, de cal fresca, de flores en los tinglados de las plazas, y de sangre reciente en las carnicerías. Hasta el vaho de las pescaderías, así disuelto en amplios espacios, era gustoso. Y devoró su mendrugo con apetito, que no solía tener. Le supo muy á poco. Como que era realmente poquísimo...

Habiendo almorzado, echóse en un banco, que sombreaba los árboles de un jardín municipal. Dormitó como un cuarto de hora. Despertó despavorido. Por primera vez se le ocurrió calcular á dónde iría. ¡Era evidente que tenía que ir á algún sitio, señor! ¿Y cuál iba á ser ese sitio? En este punto, las ideas de Bertito se confundían, se perdían en la indeterminación más vaga. Cuando tal estado de ánimo existe, generalmente se resuelve en un mero impulso de andar. Andando, andando, se llega siempre á alguna parte. A todo, ¡menos á la guarida, rellena de verdurasapestosas, de la *señá* Fausta!

—Me buscará; estará rabiando... ¡Chínchate, perra!

Y apresuraba el caminar, á fin de alejarse más de su enemiga. No tardó en salir á los suburbios, hacia las Ventas del Espíritu Santo. Había por allí chalets, sanatorios, merenderos, tabernas y bastantes viviendas pobres, que retrocedían al aspecto de

poblachón castellano que tan fácilmente adopta Madrid. Chicuelos sucios jugaban en la carretera polvorienta. Pasaba de vez en cuando un entierro, de pobre, sin acompañamiento casi. Bertito se lo comía todo con los ojos; pero sólo sus ojos podían comer. El hambre le desfallecía. A la puerta de una taberna sórdida vió á dos niñas de lazo rosa en tupé, con alpargatas, que rebañaban una cazuela de judías, sobra de algún parroquiano. Bertito se acercó, tembloroso.

—¿Vusotras me dais una cuchará? No he comío en to el día...

El tabernero, gordo y fofo, salió á la puerta, y con gesto de amenaza adelantó el pie, rechoncho, mal calzado.

—Si no sales pitando ahora mismo... ¿Hase visto sinvergüenza? Te atizo una felpa súper.

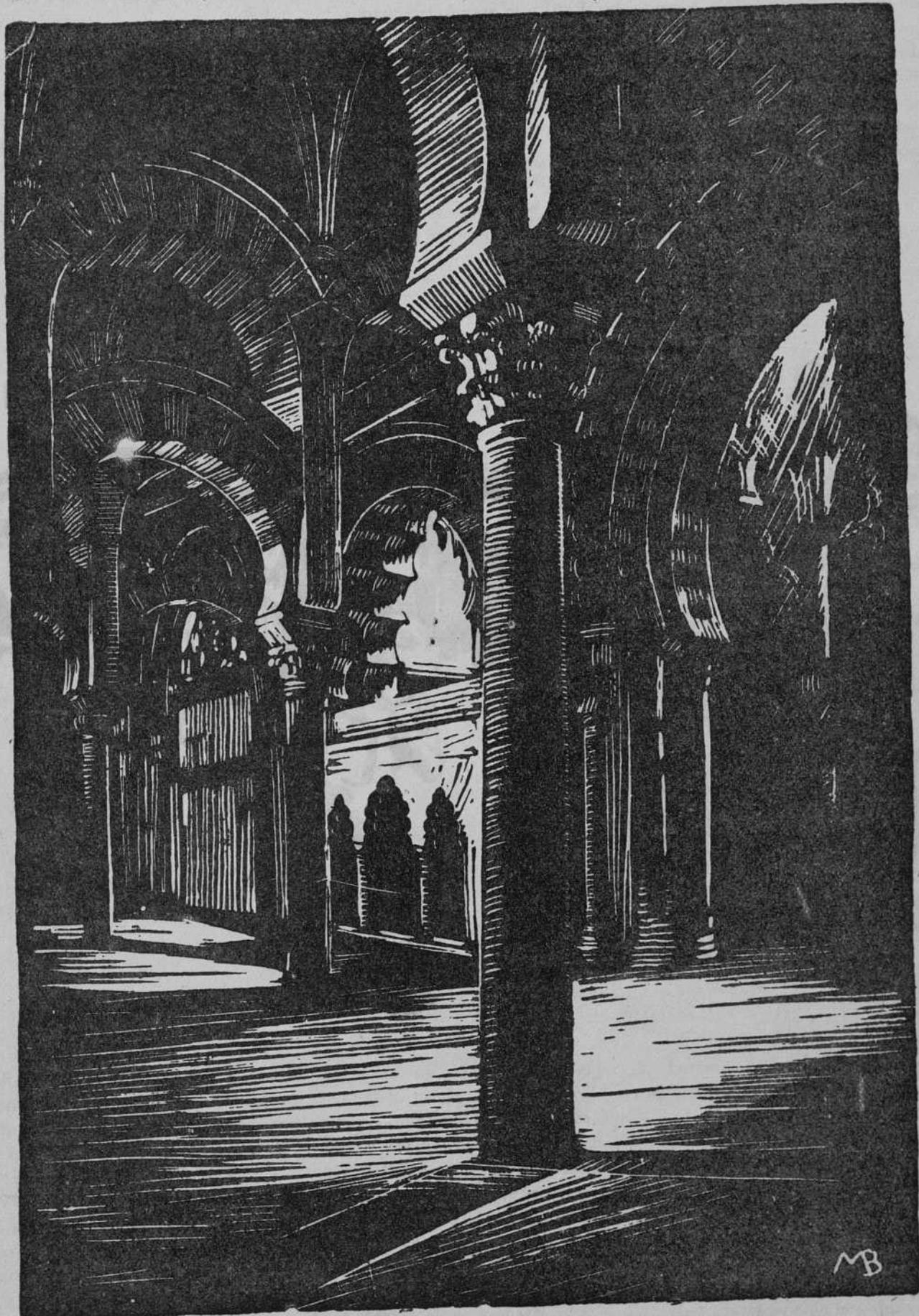
Bertito huyó. No ignoraba que las amenazas «de felpa» suelen cumplirse. Tampoco de esta vez sabía á dónde iba. Sólo pensaba en desaparecer. Le estorbaba su cuerpo. Y su cuerpo sufría calambre, debilidad. Se sentó en un montón de piedras. Se limpió el sudor con el pañuelo roto. Vino á limpiárselo con las yemas de los dedos. Se reanimó. La brisa de la tarde acarició sus sienes, al mover las copas del denso arbolado de la Alameda de Osuna.

Rebuscó en el bolsillo unas migajas del zoquete de antes, y no pudo encontrarlas. Entonces sintió que le resbalaba alguna cosa ardorosa, y húmeda á la vez, de los lagrimales á las comisuras de la boca. Bertito lloraba. Lo que lloraba no era el zoquete, sino



tal vez la pérdida ilusión de la libertad. Sí, no cabe duda; plañía que baste echarse á las calles y á las vías, á los ribazos y á las encrucijadas numerosas, para gozar de ese bien infinito, del placer de ser libre, de no sufrir un yugo cruel. No basta, porque también es necesario, para saborear la libertad, mascar un poco de pan ó engullir unos bocados de guiso. Obscuramente, con el infalible acierto del instinto, lo sentía así el fugado. Y con todo eso, no volvería atrás, no se presentaría á la *señá* Fausta por nada del mundo. Aunque se animase á hacerlo con la idea del guisadillo aquel de patatas viudas con colorado (que era de relamerse: las cosas como son), bastarían á disuadirle los olores de que estaban saturadas sus mucosas, y que lo impregnaban todo, encalabrinando sus sentidos. No, no; volver á encerrarse con los tronchos de las coliflores y las brecoleras, ¡eso, nunca! Para confirmar su resolución, una acacia le envió bocanadas de perfume intenso, que incensaba. Le gustó la fragancia, porque no la conocía. Y suspirando hondamente ¡Ay, Dios!, se levantó, prestando oído. Un automóvil roncaba, se acercaba con bramidos de irritado monstruo. Bertito no se movía. Hasta se echó hacia el eje de la carretera. Cuando quiso parar el mecánico—que iba solo y apretaba en la velocidad—, el niño ya estaba tendido, aplanado. Más lejos yacía su vieja gorra: el aletazo la había arrojado á poca distancia. La criatura no respiraba ni se movía. El hundimiento de las costillas prensaba y paraba el corazón.

DE LA ESPAÑA ARABE



INTERIOR DE LA MEZQUITA DE CORDOBA

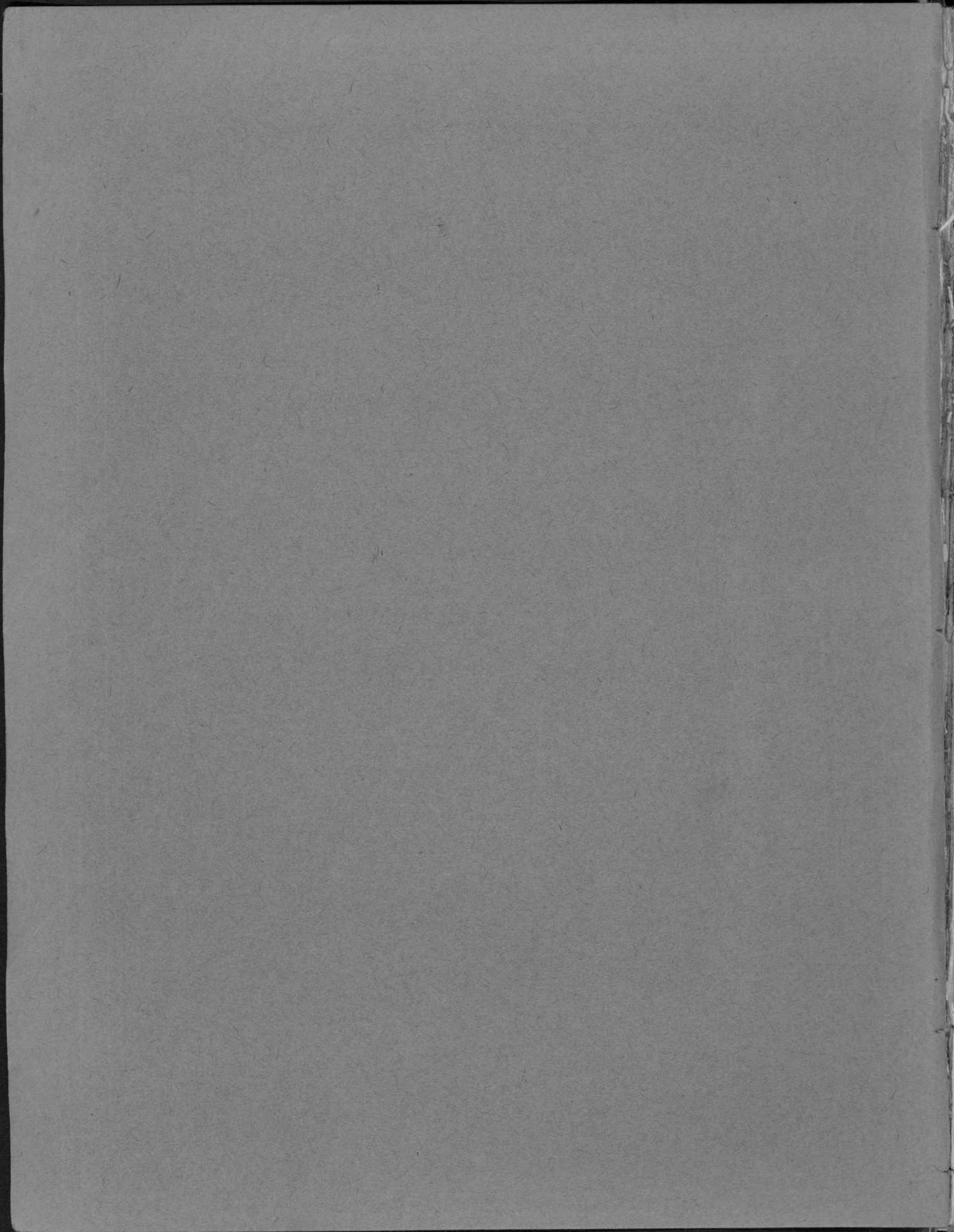
Grabado en madera,
original de Manuel Benet

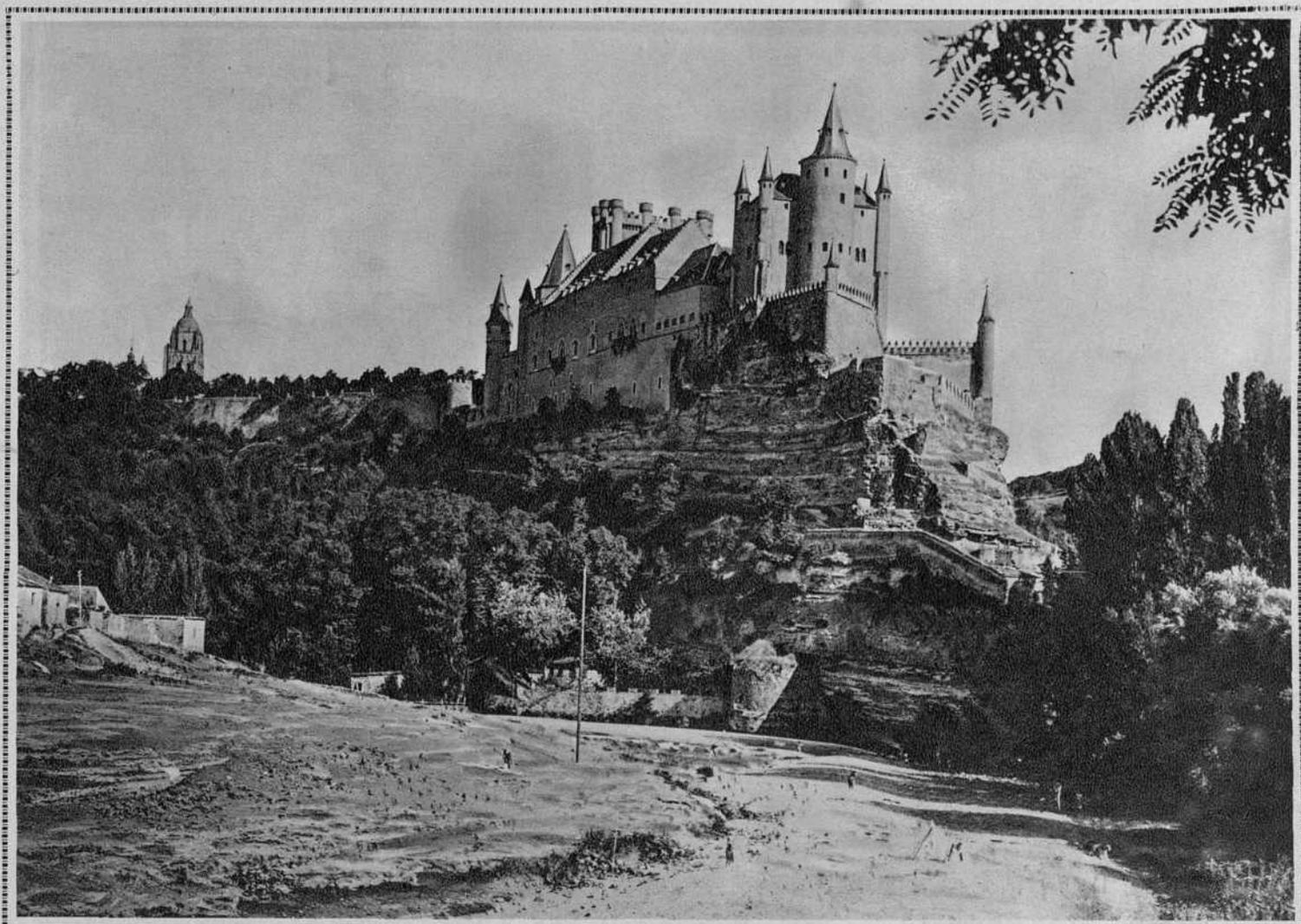
La Esfera



MOCITA SEVILLANA

Cuadro de Alfonso Grosso





Segovia.—El Alcázar, visto desde la Fuencisla

(Fot. Cortés)

LA RUTA DE ESPAÑA

DESDE lo alto, rasgando con el rubicundo rostro los gases cerúleos, el Padre Sol, orondo y satisfecho, contempla su obra maestra: España, abigarrada de puro policroma, luminosa y brillantísima, como el más fantástico de los esmaltes que puede fingir la imaginación más opulenta y fértil en combinaciones de luz y color.

Flameante, todo él envía los rayos de su fuego sobre la tierra amada, y sigue torturándola, como buen amador, con todo el ardor pasional en que se abrasa.

Artista insaciable de belleza, sigue depurando su labor, y aun funde á diario la nieve, más blanca y rutilante en destellos diamantinos del lado de acá, que de la vertiente de allá de los Pirineos, en las cumbres de la cordillera hispano gala, en las alturas del morisco macizo granadino y en las alturas asesinas, más humildes ya, del Guadarrama.

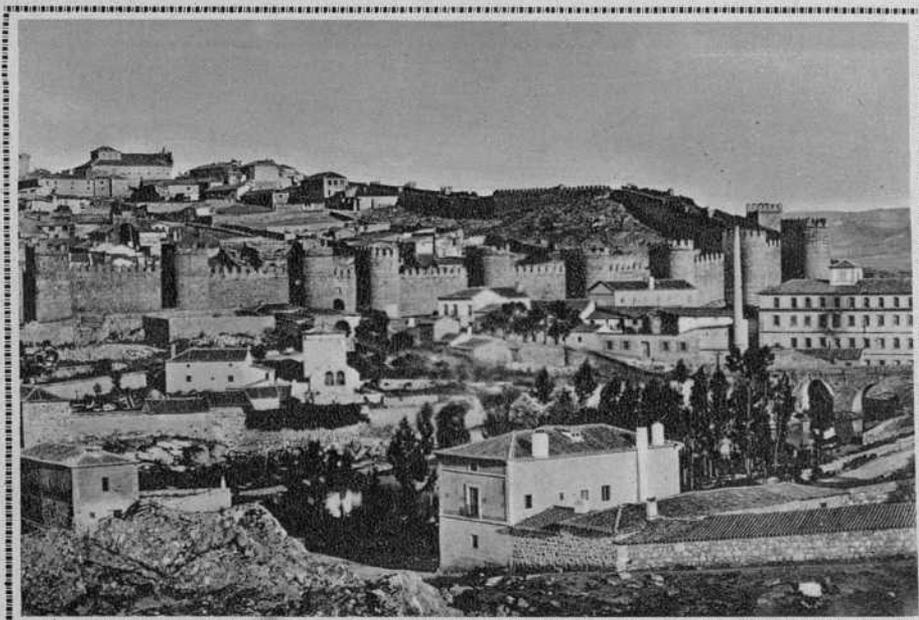
Asida su entonación jugosa á los verdes sombríos de las laderas y de los valles, aun los esfuma más con la azulada neblina que pugna ambiciosa por llegar á él.

Crestas y laderas pirenaicas, pinos que se alzan

aún sobre los más altos picos con altanera audacia, como desafiando al Sol mismo, su padre y señor; lagos de destilada plata; arroyuelos de juguetonas aguas, que triscan como corderuelos recientes entre las hierbas tiernísimas. Toda la gama de una paleta de insuperada riqueza é insuperable fantasía de tonos gayos, que van descendiendo por

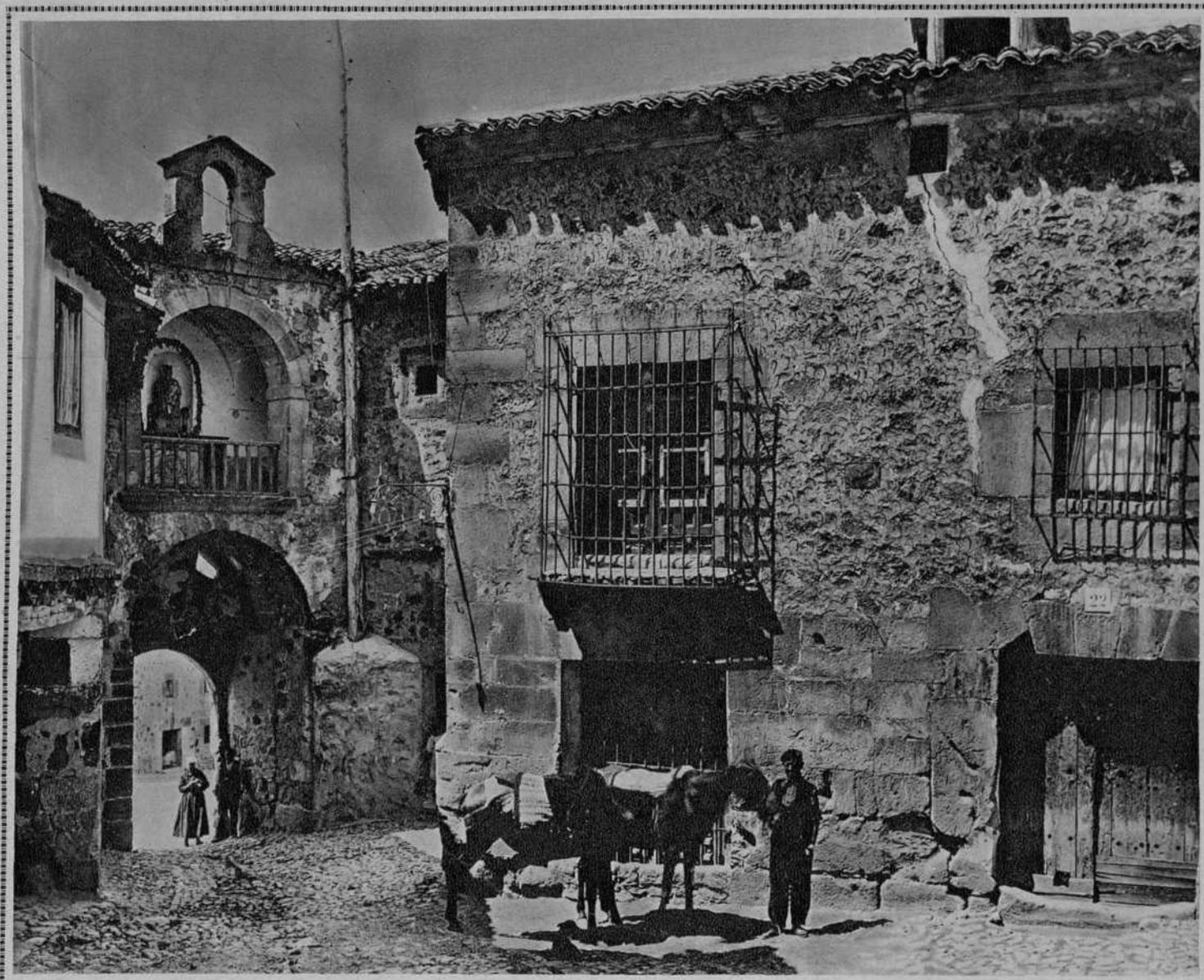
Guipúzcoa y Santander, por Asturias y Galicia, contrastando sus tonos con los rojizos manchones acusadores del hierro en Vizcaya con las negras entrañas de carbón en Asturias, perdiéndose en matices de sequedad cuando al fin, tras de las formidables barreras que se rompen en Pancorbo, en las alturas de Reinosa y en Pajares, llegan á las altas llanadas de Castilla, donde el verde se hace oro bajo al ardor estival, y bajo el oro queda el ocre y la arena tostada por el ardor canicular que cantó el poeta.

¡Castilla!, que se abrasa toda, y lleva aun al sol en sus entrañas, aunque soplen sobre ella los vientos helados de Burgos, de Avila y de Segovia, que se ofrece aún como afanosa de más fuego al Sol, ofrendándole en una cumbre, ca-



Avila.—Las murallas: vista panorámica

(Fot. Ruiz Vernacci)



Sigüenza.—Puerta en las murallas de la ciudad, denominada El Arquillo

(Fot. Leopoldo)

liente y dominadora; toda la grandeza de Toledo, que es como la historia de España, petrificada por el genio vario y heterogéneo de los artistas de todas las civilizaciones heterogéneas y varias que allí se asentaron.

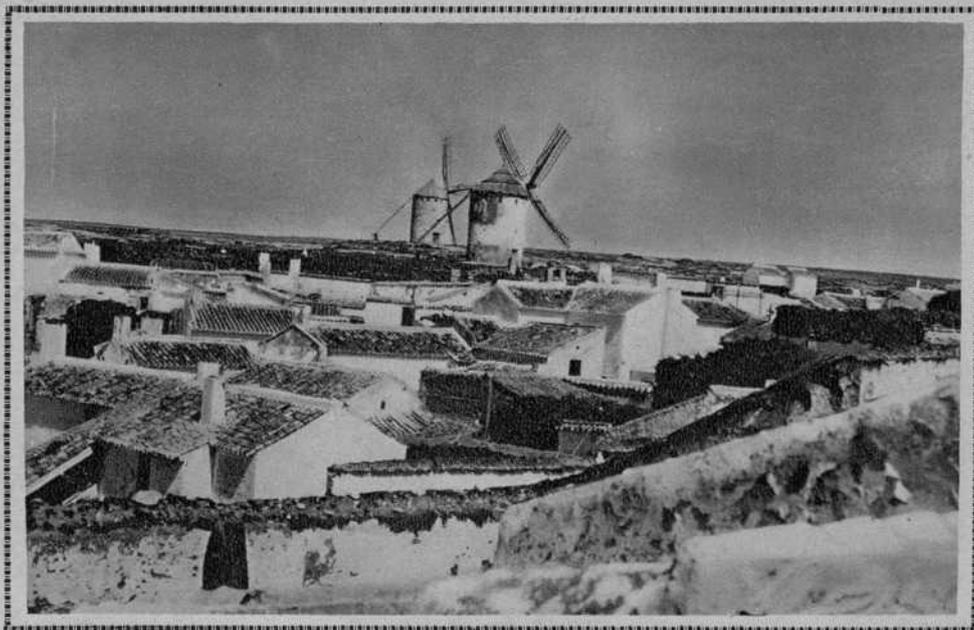
Pero sobre la obra de los hombres, divina, aún siendo humana, está en Toledo, como en toda España, la obra del Sol. Gautier, el inmenso Teo, la descubrió y la describe desde que al llegar á la cuesta del Miradero se enfrentó con el magnífico arco que, por un detalle simbólico de su decorado, lleva el nombre de Puerta del Sol. «... se perfila admirablemente sobre la limpieza de un cielo de lapizlazu- li. En nuestros climas brumosos no podemos formarnos idea de esta limpieza de color ni de esta dureza de contorno, y las pinturas que la copiaran nos parecerían siempre exageradas.»

Y aun más ante el Alcázar, el poeta de los *Esmaltes y Cama-*

feos descubre la labor del Astro Rey: «El Alcázar—exclama—, constituido sobre las ruinas del antiguo palacio moro, está hoy en ruinas también; parece uno de esos maravillosos ensueños de arquitectura que Pisanére perseguía en sus aguas fuertes....»

La fachada, ornamentada y florida con los más puros arabescos del renacimiento, es una obra maestra de elegancia y nobleza. El sol ardiente de España que enrojece el mármol y da á la piedra tonos de azafrán, la revistió de un ropaje de colores ricos y cálidos, muy diferentes de la lepra negra con que los siglos encortezan nuestros edificios. Según la expresión de un gran poeta, el tiempo ha pasado sobre las aristas de mármol, sobre los contornos demasiado rígidos de esta escultura tan plástica ya, y la ha dado el supremo pulimento, la última perfección...»

¿El tiempo? El Sol, á quien en la vieja ciudad obedecieron



Ciudad Real.—Caserío de Campo de Criptana

(Fot. Schmelz)



Castilla.—Arenas de San Pedro, de la provincia de Avila

(Fot. Schmelz)

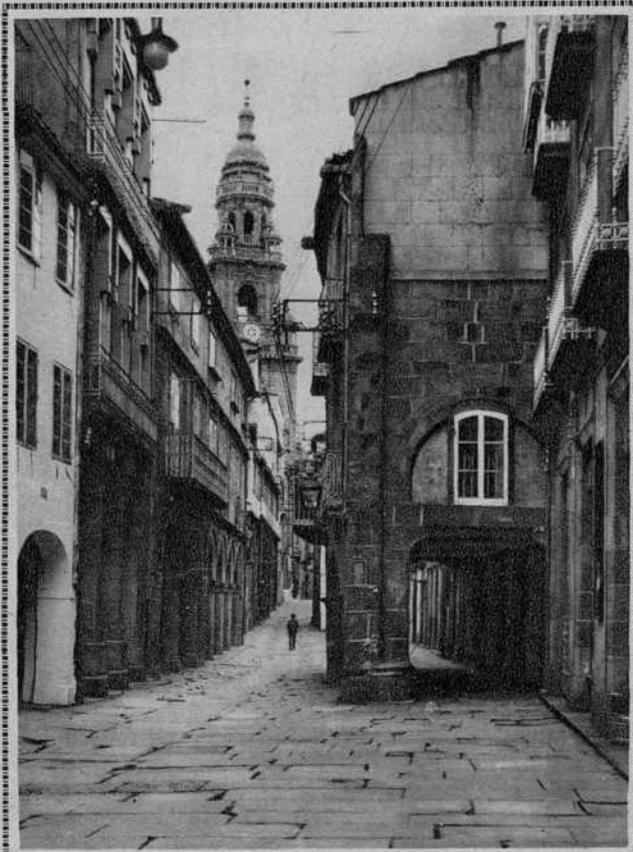


Vigo.—Barcas pescadoras en la ribera del Berbés

los hombres como las piedras. Todo el misterio de las calles toledanas, que tienen su sintética expresión en el callejón del Toro, demasiado estrecho para que pueda franquearle un corniveleto, es también obra del Sol, que se mostró inclemente con los toledanos, para que ellos trazaran su ciudad con todo el pintoresco encanto de aquellos pasadizos umbrosos y empinados, que se ariscan desde el Tajo y la Vega, cerro arriba, entrecruzándose en arabescos que parecen caprichosas fantasías de un constructor documentado por la visión de los cuadros del Greco, y son cumplimiento de una ley natural. Teo dice:

«Las calles toledanas son extraordinariamente estrechas; podrían cruzarse las manos de una ventana á otra, y nada sería más fácil que saltar por los balcones, si bellísimas rejas y encantadores barrotes de esta rica cerrajería, de que son tan pródigos del lado de acá de los montes, no conjuraran el respeto impidiendo las familiaridades aéreas.

Esa estrechez haría lanzar agudas quejas á los partidarios de la civilización, que no conciben más que plazas inmensas, vastos jardinillos, calles desmesuradas y otros embellecimientos más ó menos progresivos; sin embargo, nada más razonable que calles estrechas en un clima tórrido y los arquitectos que han trazado amplísimos espacios en el macizo de Argel se convencerán pronto. En el fondo de estos estrechos cortes hechos apropósito en las masas y en las islas de casas se goza de una



Santiago de Compostela.—La rúa del Villar, de clásico ambiente norteño (Fot. Wunderlich)

sombra y de una frescura deliciosa, se circula á cubierto por las ramificaciones y las porosidades de ese polipeso humano á que llamamos una villa; las cucharadas de plomo fundido que Febo-Apolo vierte desde lo alto del cielo, á las horas del mediodía, no os alcanzan jamás, y los volados de los tejados sirven de quitasol.

Si por desgracia estáis obligados á pasar por alguna *plazuela* ó *calle-ancha* expuestos á los rayos caniculares, apreciáis muy pronto la prudencia de los antepasados, que no lo sacrificaban todo á no sé qué estúpida regularidad... Si alzáis el llamador de una puerta os quemáis los dedos; sentís vuestro cerebro hervir, en el cráneo, como una marmota en el fuego; vuestras manos se cubren de agua y os evaporáis en sudor. He aquí para lo que sirven las grandes plazas y las calles anchas.

Las grandes plazas y las calles anchas que en Sevilla y en Murcia y donde el Sol quema, aterran cuando el asfalto de los pisos, medio fundido, aprisiona las huellas de los paseantes, y hacen anhelar las calles viejas á que el Sol no llega ó llega, á veces, tamizado por las *velas* tendidas en lo alto para cerrar el paso á los rayos hervidores.

Cada clima, sus calles, las de París, las de Berlín, y aún más las de Londres, anchas, amplias como enormes fauces de la ciudad que anhela el regalo del Sol, tan remiso en llegar á ella; las de Toledo y las de Sevilla, angostas; las de Santiago de Compostela, la rúa del Villar y la rúa Nueva, con



Sevilla.—Uno de los patios del Alcázar

(Fot. Zubillaga)



Asturias.—Puente románico de Infesto

(Fot. L. Beaubé)

su fila de soportales un poco lóbregos, porque así lo impone la humedad del clima bajo el pertinaz llover, que hace del enorme paraguas, rojo como el de Azorín, cuando era filósofo, aunque pequeño, ó la capa de paja, prehistórico antecesor del *water proof*, no un aditamento del paisano, sino una continuación de él.

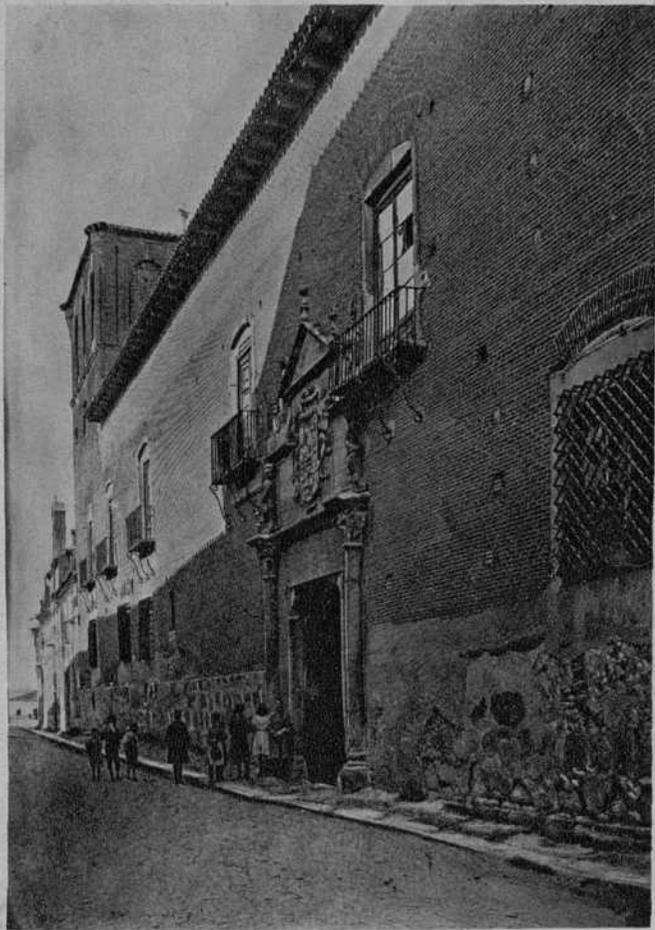
En Compostela, las tentativas urbanizadoras que han truncado la continuidad de los sopor-

tales, son como cicatrices monstruosas de enormes heridas hechas á la vez á la estética, fiel guardadora de los arquetipos arqueológicos, y al cómodo vivir de los santiagueses.

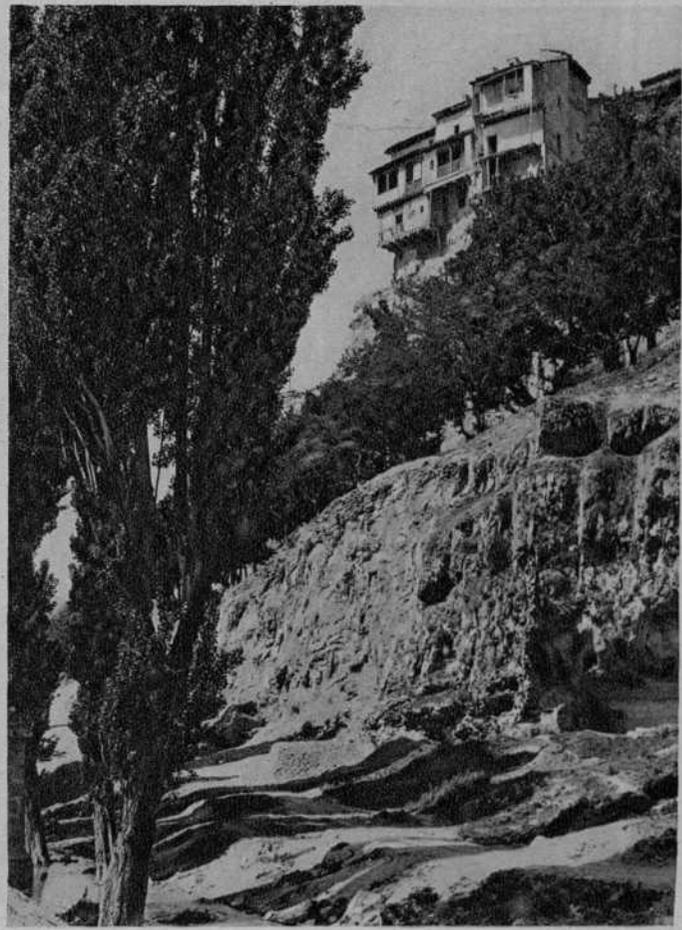
Por eso, las viejas plazas castellanas, amplios espacios abiertos para otras necesidades urbanas, se resuelven en el perímetro de sus cuadriláteros en soportales resguardadores que defienden del Sol como del agua, los de las

rúas en las brumosas ciudades gallegas. Y como el Alcázar de Toledo, el de Segovia más movida la silueta; pero fuerte y robusto y embellecido, más que castigado por el Sol, por alzarse también hacia él en una cima...

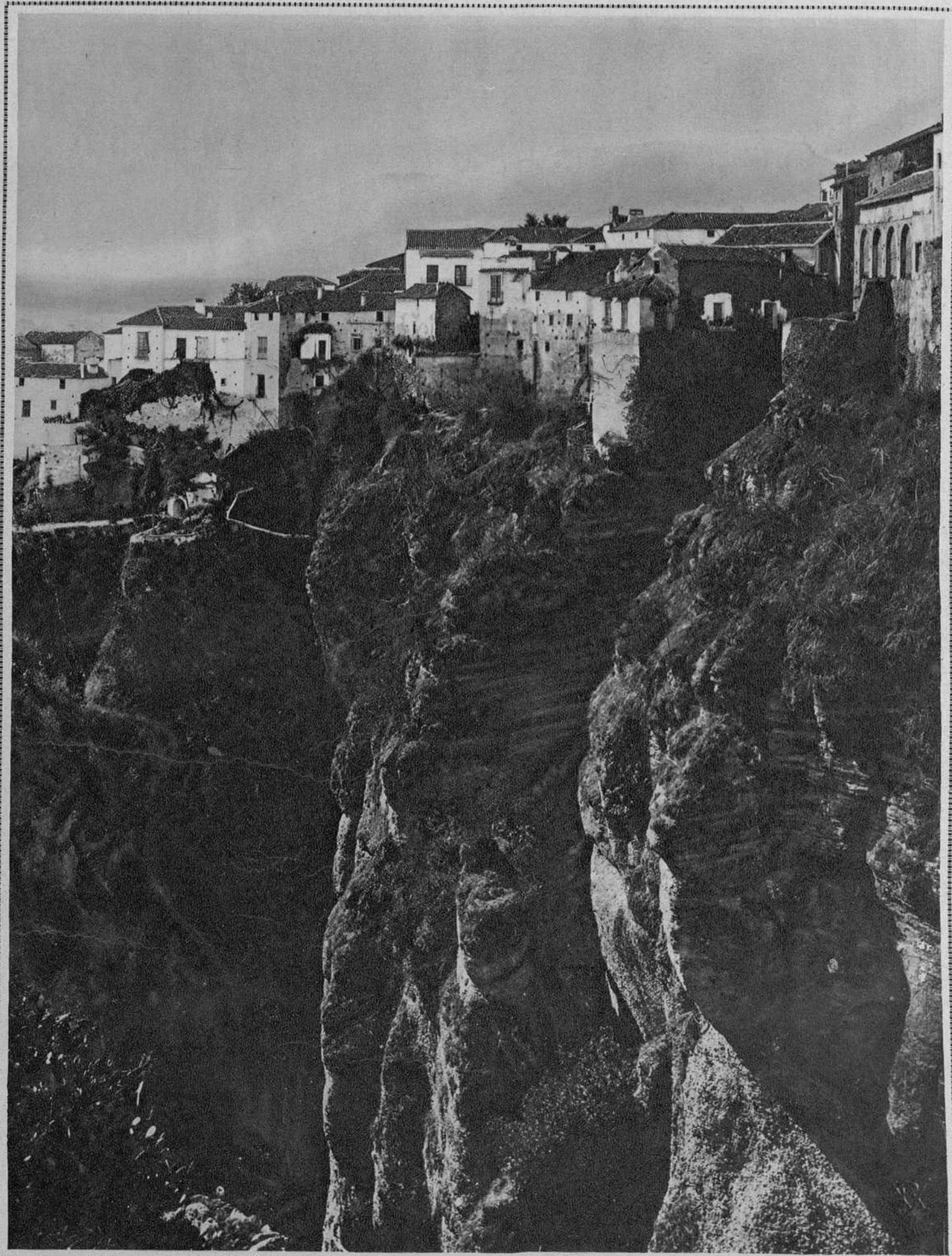
Los viejos castillos, fortalezas ó palacios, y las viejas iglesias, que á veces, y no sin razón, tienen aspecto de fortalezas con aspilleras y barbicanas, y el Sol dibuja reciamente so-



Medina del Campo.—Palacio de las Dueñas (Fot. T. Rodríguez)



Cuenca.—Las célebres casas colgadas (Fot. Wunderlich)



Andalucía.—El Tajo de Ronda

(Fot. Ruiz Vernacci)



Aragón: Las cascadas del Monasterio de Piedra

Entre las maravillas con que el Arte y la Naturaleza engalanan á España, destaca en la abrupta y fértil comarca aragonesa el celeberrimo Monasterio de Piedra. Entre las montañas que decoran el paisaje con su ingente grandeza, el agua salta pródiga realizando perspectivas como las de las magnificas cascadas que decoran esta página (Fots. Cortés)



Valencia.—Calle de barracas, en la huerta

(Fot. Schmelz)

bre fondos, sin embargo, muy luminosos los panoramas admirables de las ciudades... Burgos, con las flechas de su catedral, elevándose al cielo en un ansia mística insaciable; Granada, con toda su belleza moruna, que no se rindió al cetro de Isabel, perfilándose sobre el fondo ingente, tan vario en sus paisajes, a la vez abruptos y dulces de Sierra Nevada..., todas las atalayas que los bravíos luchadores de la reconquista fueron alzando, y que no son como las lindas ciudades extranjeras, concebidas y hechas en la paz, bellos cuadros encuadrados por paisajes serviles, tallados para servirlos, sino complementos del paisaje agreste, alzado sobre él en perdurable guardia protectora.



Zaragoza.—La iglesia del Pilar y el Ebro
(Fot. F. de las Heras)

Fueron muchos siglos de lucha, y ninguno pasó sin dejar su fecha marcada en algo gigantesco que grita aun hasta donde llegó la planta del invasor. Lugar propicio, como notó Figaro, á duelos de razas, secularmente fiel, aun antes de escrito el lema: «Mis arreos son las armas. Mi descanso el pelear». Cuando pasaron los tiempos épicos de guerrear contra los extraños por la independencia, aun sintió la nostalgia de la pelea y armó a sus hijos, divididos en bandos, para luchar por derechos políticos ó por ideales religiosos, sin sentir quizás demasiado hondo ni los derechos ni la religión: era el sol que bullía en la sangre y vibraba en los nervios, y de las luchas fueron quedando las ciudades

amuralladas desde Sagunto y Tarragona, lutos de Romanos, con sus puertas famosas, para llegar á Avila y seguir cerrando ciudades, en que aún parece vivir, aunque durmiente, la epopeya.

La puerta de San Antonio en Tarragona, la puerta de las Murallas en Sigüenza, la puerta de Serranos en Valencia, la puerta de Visagra en Toledo, tantas y tantas entradas que el enemigo no forzó ó cruzó caramente; y en la historia de esas puertas, la de España, en Burgos; la de Santa María, la que cruzó el Cid con sus gentiles hombres para mostrar su altivez ante su padre y ante su Rey.

Un tiempo todo, el templo como el palacio: fortaleza y baluarte antes que palacio y templo; la ruta de España podría ser la ruta de los castillos españoles, que no son, ya lo advirtió hace cuatro siglos la duquesa d'Aulnoy, los *châteaux* franceses.

No; no son los *châteaux* franceses; España es más ruda, pero más recia que Francia. Es la Naturaleza misma, Sol sobre todo, quien forjó como la tierra los hombres hispanos. El primer asombro de los más ilustres contadores de sus viajes por España, la condesa d'Aulnoy, Teófilo Gautier, Alejandro Dumas, es la sobriedad de los españoles.

Dumas escribió en una de sus cartas:

«El almuerzo se componía de una sopa de azafrán, puchero y un plato de garbanzos.

La sopa era una de las mejores que yo he comido, aunque sospecho que estaba condimentada con cordero y no con buey. La recomiendo, pues, la sopa de azafrán, ya ve usted que la digo lo bueno como lo malo.»

Pero luego habla del puchero y de los garbanzos, y los denigra; del puchero dice:

«Es una especie de Macedonia ó mezcla de cosas harto buenas cada una; pero cuya mezcla me ha parecido desdichada al punto de no poder acostumbrarme a ella.»

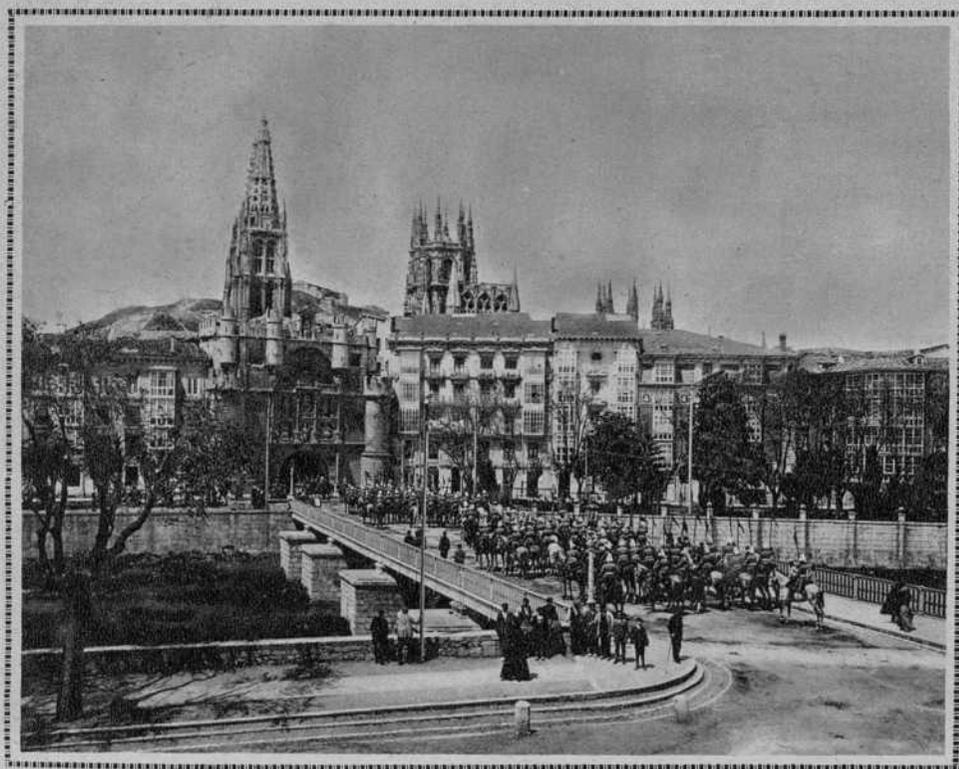
Y del garbanzo: «Acostúmbrese, pues, señora, al garbanzo, como se acostumbraría al puchero. Es cosa fácil: comerá usted uno el primer día, dos el segundo, tres el tercero, y con ciertas precaucio-



Toledo.—Una calle, y al fondo, la Catedral



Granada.—Vista panorámica desde la Torre de la Vela
(Fot. Torres Molina)



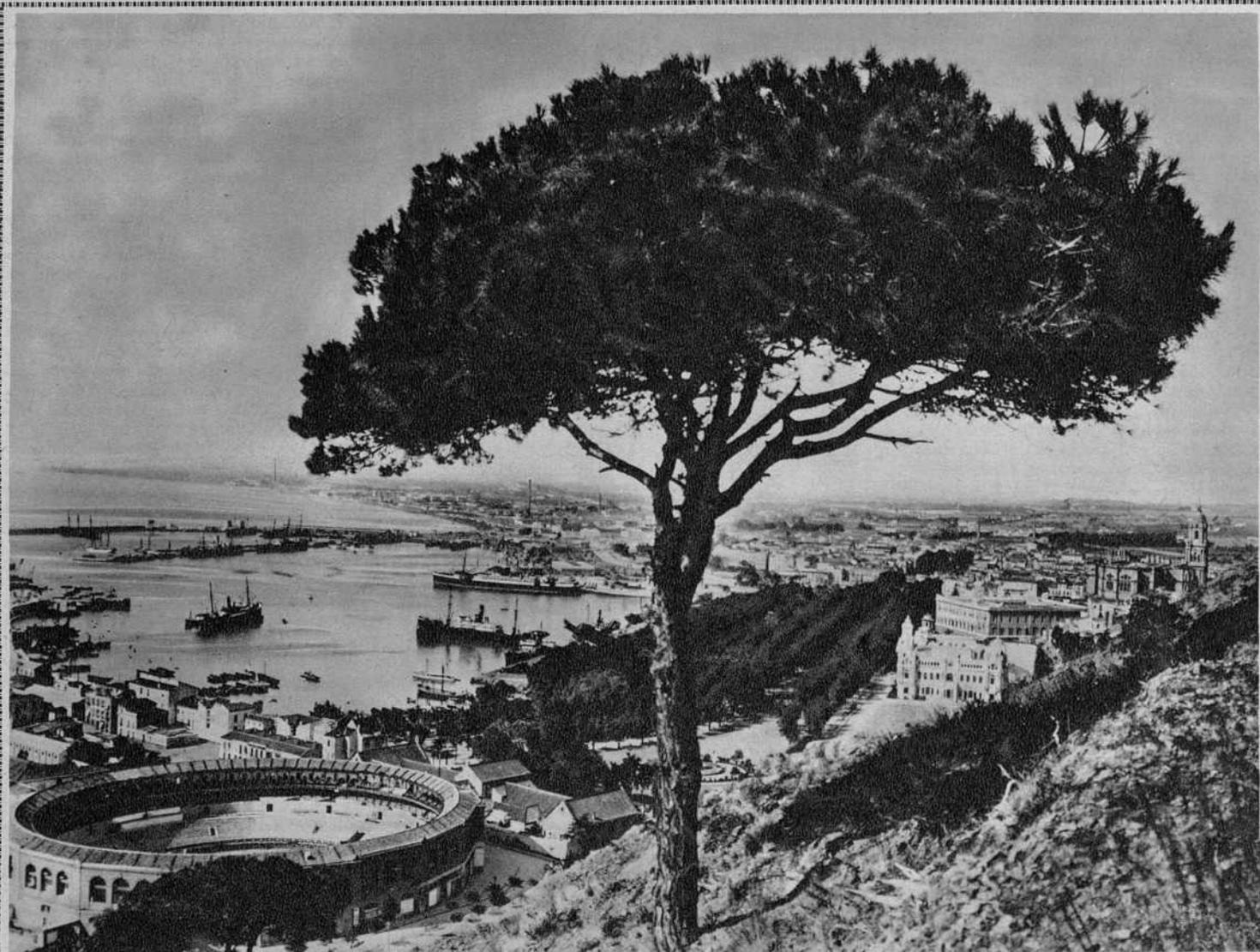
Burgos.—El puente y el Arco de Santa María, y detrás, las torres de la Catedral
(Fot. Vadillo)

nes es probable que pueda sobrevivir á la prueba.»

Alguno de aquellos ilustres viajeros llega á la afirmación de que los españoles no se alimentan; la sobriedad—que los herederos de aquellos grandes han aprendido, muy á su costa, en la guerra mundial—es, á medias, con el paño pardo de las capas castellanas, la preocupación constante de aquellos viajeros. Ignoran que «bajo una mala capa se esconde un buen bebedor», y creen que una capa parda sólo puede cubrir á un mendigo.

La capa parda del color de la tierra castellana, abrasada por el Sol, es como el uniforme definitivo de los peludos, color de horizonte, un fenómeno defensivo que los hombres han aprendido estudiando las leyes biológicas: casos de mimetismo.

En la capa parda, símbolo en tantos pueblos castellanos de autoridad, y aun más de fuero municipal, pudieron ver con más razón, ya que casi siempre llegaron á nuestras tierras eruditos y pléticos de letras y de historia, el símbolo, un poco abrumador para nosotros, pobres gentes, del espíritu de los comuneros... ¿Además, no fué insigne torpeza de todos comparar la sociedad aristocrática con los siervos del terruño? El terreno es recio porque la Naturaleza es bravía; Gautier, apenas llegado á España, escribe: «El paisaje es extremadamente pintoresco; las montañas se aproximan unas á otras, se aprietan; inmensas peñas perpendiculares se alzan á los lados del camino, escarpadas como *falaises*; á la izquierda, un torrente pasa por un puente de ojiva truncada: *bouillone au fond d'un ravin*.



Málaga.—Vista del puerto y la ciudad desde el cerro del Castillo de Gibralfaro

(Fot. Aguilera)

Mueve un molino y cubre de espuma las piedras que le detienen. Para que nada falte al efecto, una iglesia gótica en ruinas, destejada, bordados los muros por plantas parásitas, se eleva en medio de las rocas; al fondo se dibuja la sierra vaga y azulada. Esta vista es, sin duda, bella; pero el *paso de Pancorbo* lo es más por singular y grandioso. Las rocas no dejan libre más que el espacio justo del camino, y hay un lugar en que dos grandes masas graníticas, inclinadas una hacia la otra, semejan el arco de un puente gigantesco, que se hubiera roto por el centro para impedir el paso á un ejército de titanes. Un segundo arco, más pequeño, fraguado en el espesor de la roca, da mayor fuerza á la ilusión. Jamás los escenógrafos han imaginado una decoración más pintoresca y mejor entendida. Cuando se está acostumbrado á las perspectivas planas de las llanuras, los sorprendentes efectos hallados á cada paso en las montañas parecen imposibles y fabulosos.»

El *paso de Pancorbo* no es un caso único en la complicada estructura de España: mucho más abajo, en plena Andalucía, ya le supera en belleza el Tajo de Ronda; entre uno y otro, Cuenca entera, y singularmente su ciudad encantada son también prodigios geológicos que el hombre no se explica aún. En Cuenca, los hombres hacen sus casas al ras de tierra; pero la naturaleza quiere y consigue que esas casas sean nidos colgados, como los de las águilas, en las cumbres rocosas. El Tajo de Ronda le ha pintado Sanchiz, con la magia de su estilo, gemelo en policromía de la España que canta.

«Los geólogos no lograron a un explicarse



Tarragona.—Puerta de San Antonio, con la muralla romana

(Fot. Laurent)

la catástrofe de que resultó partido por la mitad uno de los cerros, de la que más tarde llamaría serraña de Ronda, precisamente á causa de edificarse esta ciudad sobre el desgarrado peñón. Como en un encierro de toros, donde los mansos envuelven á la res brava, el peñón susodicho es único por su fuerza entre tantas montañas, no fáciles, pero que se corresponden en su ritmo y corpulencia. Tan profundo es el *Tajo*, nombre que se dió a la brecha, que desde sus orillas puede dominarse el vuelo de las águilas, siempre en sus alturas, y, sin embargo, descubriendo su espalda al observador. Rivaliza la extensión con la hondura, y en torno á la enorme sima se abren precipicios cuya contemplación provoca el vértigo. Pues bien: multitud de viviendas se colgaron en el filo de la descomunal garganta, sin temor a hundimientos y desplomes, y á la redonda de la doble plataforma, no obstante los surcos que dejaron en el acantilado repetidos fracasos de su fortaleza. Por otra parte, un riachuelo, el Guadalevín, convirtió en cauce suyo el desfiladero, y arboledas y molinos amenizan el valle. Tras la posesión, la coquetería de ostentar ese poderío sobre el monstruo, y de ahí los jardincitos que de muchas casas descienden en gradería hasta la corriente fluvial, y los puentes, el romano, el árabe y uno del siglo XVIII, con balcones y herrajes del XVII, el mayor de todos, que costó la vida á su arquitecto, quien rodó desde lo alto cuando se terminaba la obra. Impresiona, subyuga el panorama, más por su gallardía que por su colosalismo. El bloque, en vez de resistirse á la humana colaboración, ofrece su cortadura seducciones que amortiguan el espanto que habría de experimentarse si la roca estuviese des-



Palma de Mallorca.—La calle de la Almodaina
(Fot. «Aits»)

nuda. Manchas cálidas, desgarrones brillantes, marañas de un verdor vario y sabroso, piedras azules, remansos diáfanos del agua en su lecho de oro, adelfas con sus flores; en suma, cuantos pintorescos motivos caben en la naturaleza meridional, congregáronse en el *Tajo*, que anuncia las acuarelas granadinas. Sin duda, el lugar es terrible; pero antes que nada es encantador.»

Y el Sol, enamorado de aquellas coloraciones luminosas, dueño y señor de Andalucía casi tórrida, se inflama aún más para dominarla con toda la fuerza de su poder, da luminosas transparencias cerúleas á los celajes que al reflejarse en el mar hacen el milagro de las aguas malagueñas, madres de insignes marinistas, y pinta los abrasados paisajes andaluces con verdes secos, duros, luminosos, agudos, que penetran por la retina como aceros y van á fundir el alma en devoción panteísta.

¡Qué contraste con los paisajes melancólicos de los valles de Asturias, paisajes con pátina para que armonicen mejor con los tonos y las líneas de las remotas iglesias y los remotos puentes románicos, enhiestos aún sobre los arroyuelos ancestrales!

Y así, infinita y diversa, como síntesis del mundo, España, desde el Norte al Sur, desde las riberas del Barbes hasta las playas de Algeciras, desde Este á Oeste, desde las tierras severas y recias como sus guerreros inmortales, de Extremadura, al luminar de Levante, en que la luz penetra por los ojos como corriente eléctrica que va á salir convertida en vibración por divinos pinceles, ofrece al caminante rutas maravillosas con parajes de reposo, que son parajes de profunda admiración.



Canarias.—Paisaje de Santa Cruz de Tenerife



Barcelona.—El templo de la Sagrada Familia, en construcción, y vista parcial de la población

(Fot. Marín)



Madrid.—La plaza de Oriente y el Palacio Real. Al fondo, el Manzanares
(Fot. Marín)

La España monumental es algo inmenso, supremo; pero la España libre, como quiso Sanchíz, de la pesadumbre monumental, conserva aún su inmensa supremacía.

Fué Gautier mismo quien dijo, ante un paisaje español, que la imaginación más exaltada de los poetas no llegaba a superar ni a imitar siquiera la obra de la Naturaleza, cuando los que llamamos cataclismos geográficos, porque superan a nuestra comprensión, y, además, nos sorprenden insólitos, la fuerzan a ser fantástica.

Paisajes de suprema grandeza, como los de Montserrat y Piedra, los pasos formidables de la cordillera pirenaica ó El Chorro malagueño, son, sobre todo al lado y como continuación inmediata de los más plácidos y tranquilos que cabe imaginar, no son fáciles de encontrar ni aun recorriendo el mundo.

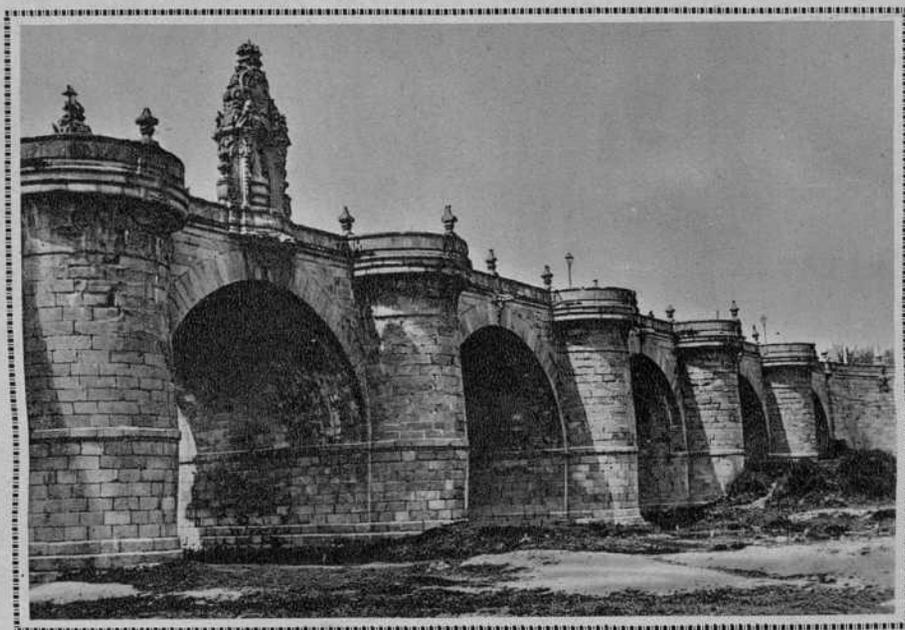
Se cita constantemente a Suiza como el país donde más bella se muestra la Naturaleza en toda la terrible perduración estática de los más fuertes dinamismos. La cita sería exacta si en Suiza, por

demasiado turística, si vale la frase, las bellezas naturales no diesen en muchas ocasiones la sensación de artificio; en Suiza, en muchos lugares el viajero se encuentra ante una naturaleza enormemente bravia, pero *urbanizada* ya en cierto modo. En España quedan aún muchos

lugares semejantes á los más sorprendentes de Suiza, pero salvajes aún. Suiza es más cómoda; pero no más bella que algunas comarcas españolas, y en definitiva y á pesar de todo, si ya los viajeros ilustres que recorrían nuestro país en diligencia y paraban en mesones podían

contar su asombro ante la lisonjera distinción y cordialidad con que eran servidos, hoy, los que vienen en *sleeping* y paran en *palaces*, podían quejarse tal vez de que no ven lo que Gautier y Dumas miraron con ojos asombrados; pero no de que les falten las comodidades ni el confort de que gozan en el más acogedor de los países de turismo.

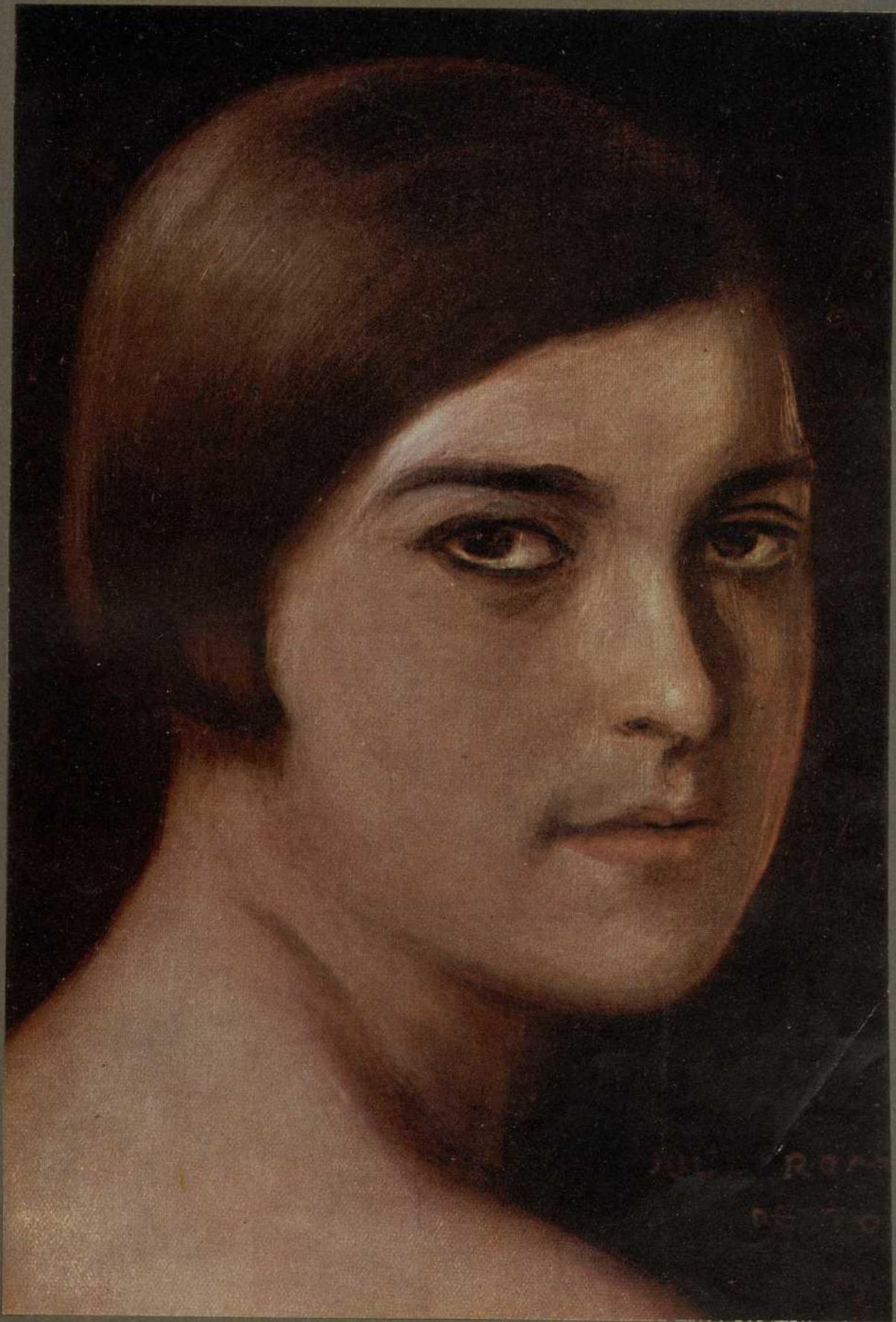
Todas las campañas antiespañolas de las agencias de turismo son estériles ante la belleza de España y la amable y complaciente dulzura de vida de que hacen elogios cuantos han recorrido nuestros paisajes y han vivido nuestra existencia. Las dos Exposiciones han sido dos admirables centros de atracción que han hecho conocer nuestro país.



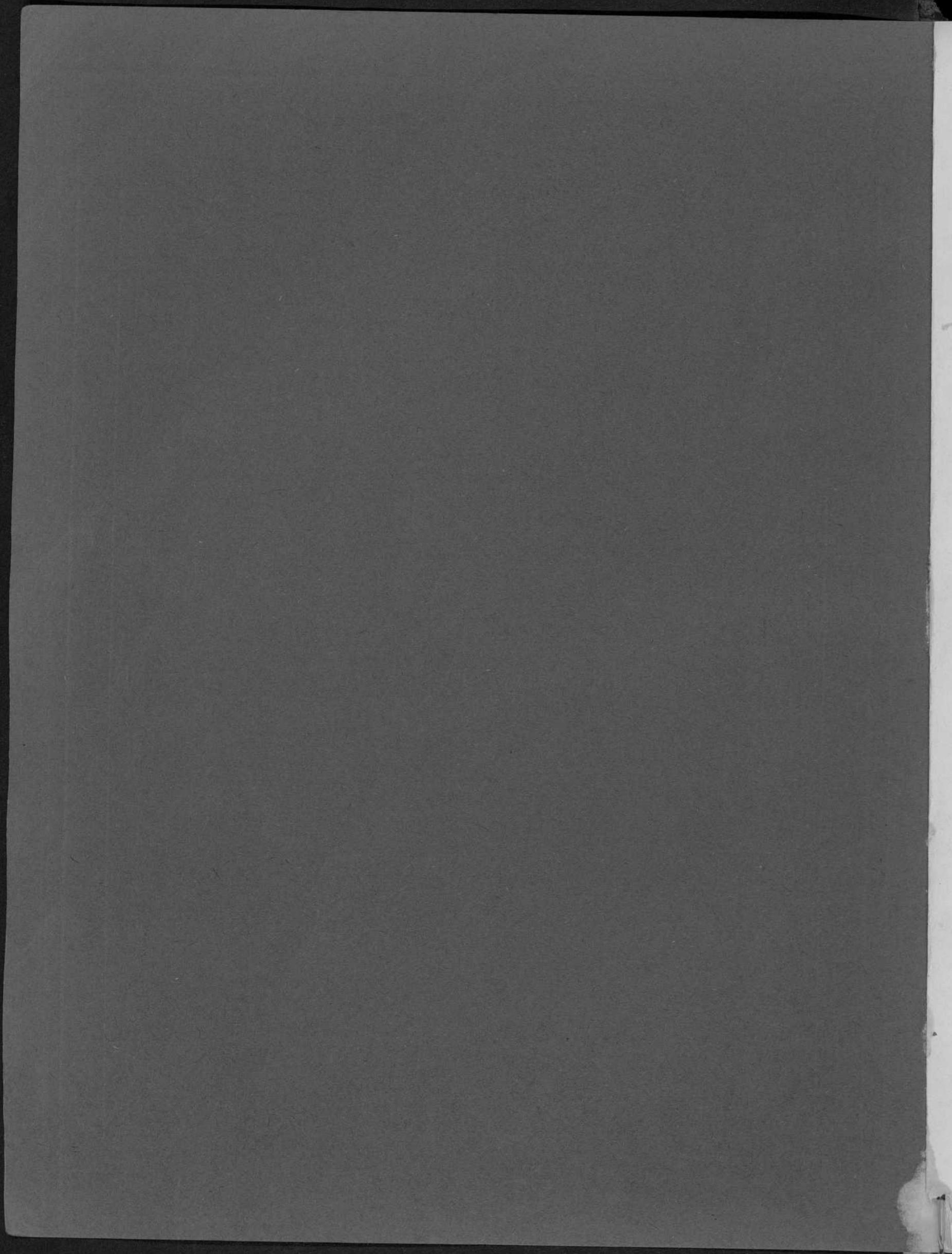
El puente de Toledo sobre el Manzanares
(Fot. Salazar)

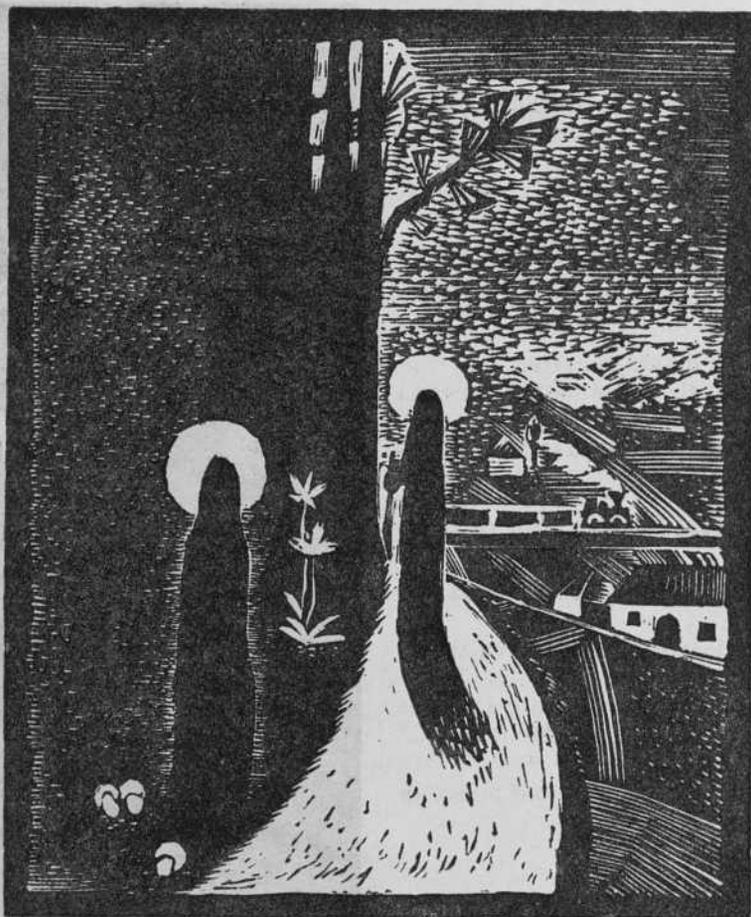
SANTIAGO HERRERA

La Esfera



MUJER DE HOY
Cuadro de Julio Romero de Torres





TRADUCCION DE FOR-
TUNIO.—GRABADOS EN
MADERA DE JOSEPY
SIMA

CUANDO JESÚS ANDABA POR LA TIERRA

SEIS CUENTOS POPULARES DE CHECOESLOVAQUIA

EN aquel tiempo, Jesús, seguido de Pedro, recorría el vasto mundo.

Un día entraron en un pueblo á la hora de comer, y cuando pasaban por delante de una pobre casa oyeron el sonido de una flauta.

Pedro llamó á la puerta, preguntó y se enteró que estaban celebrando la boda de la hija de los dueños.

—Podríamos entrar aquí, Maestro—dijo entonces—. Nos darán de comer bien, porque están de boda.

Jesús, no queriendo contrariarle, asintió:

—Bueno. Felicitaremos á los recién casados y les haremos un regalo. Pero sé discreto, Pedro, y no aceptes más que el pan y la sal. Aunque te ofrezcan otra cosa é insistan, no aceptes, porque son gente pobre.

—Bien, Maestro—contestó Pedro, decepcionado.

Entraron. El padre salió á su encuentro, les dió la bienvenida y les invitó á la comida.

Ellos felicitaron á los nuevos esposos y se sentaron entre los convidados.

Pedro, que tenía mucha hambre, devoraba los manjares con los ojos. Jesús no admitió más que el pan y la sal. Y Pedro, conteniendo su apetito, rechazó los platos que acariciaban sus narices y sólo comió pan y sal.

Pero al fin de la comida, mientras Jesús estaba distraído hablando con los jóvenes, los padres dijeron á Pedro:

—No hagas como tu compañero. Toma estos pasteles y él no sabrá nada.

Pedro no supo negarse, y tomando los pasteles, los guardó para que Jesús no le viera comer. Y como aquella gente era buena y lo ofrecía de corazón, guardó tantos como le cabían en los bolsillos.

Luego Jesús hizo un regalo á los novios, saludaron y se fueron él y Pedro otra vez por los caminos.

A la salida del pueblo dieron en un bosque lleno de silencio y de paz. Jesús se absorbió en sus pensamientos y en sus oraciones. Entonces Pedro se quedó algo atrás, y suavemente, sin ruido, sacó un pastel y lo metió en la boca.

Jesús se volvió y le dijo:

—¿Qué comes, Pedro?

Pedro, tapándose la boca con la mano, escupió el pastel detrás de él y contestó cuando pudo:

—Nada, Maestro.

Al cabo de un rato, más suavemente todavía, partió otro pastel y se llevó la mitad á la boca. Pero Jesús le preguntó en seguida:

—¿Qué comes, Pedro?

Pedro echó al suelo el pedazo de pastel.

—Nada, Maestro.

Y retrasó el paso para poner más distancia entre Jesús y él. Luego se llevó otro pedazo á la boca.

—¿Qué comes, Pedro?

Y Pedro tuvo que renunciar al tercer bocado y repetir:

—Nada, Maestro.

Tantas veces como lo intentó, tantas veces sucedió lo mismo. Los bolsillos quedaron vacíos y ni siquiera el buen sabor en los labios...

Cuando salieron del bosque se encontraron en un descampado. Jesús se sentó en tierra y le dijo á Pedro:

—Vuelve, Pedro, por el camino que hemos traído, y recoge todas las *nadas* que fuiste arrojando.

Pedro obedeció sin contestar ni mirar á Jesús, porque comprendió que El lo sabía todo.

Volvió con las manos llenas, y le dijo al Maestro:

—Maestro, en vez de los pedazos de pastel he hallado estas plantas.

—Cierto. Son plantas que brotaron donde tiraste los pasteles que aceptaste de los pobres.

Y continuaron su camino.

Encontraron otra choza y entraron. Jesús rogó á la mujer que allí vivía les cociera una sopa de aquellos vegetales.

—Pero yo no he visto nunca estas plantas—respondió la mujer—, y no sabría cocerlas.

Jesús la enseñó á lavarlas con vinagre y á cocerlas en aceite.

Así se hizo el primer plato de setas.

Jesús le bendijo, diciendo que las setas nacieron del don de un pobre, y que siempre nacerían desde la noche á la mañana.

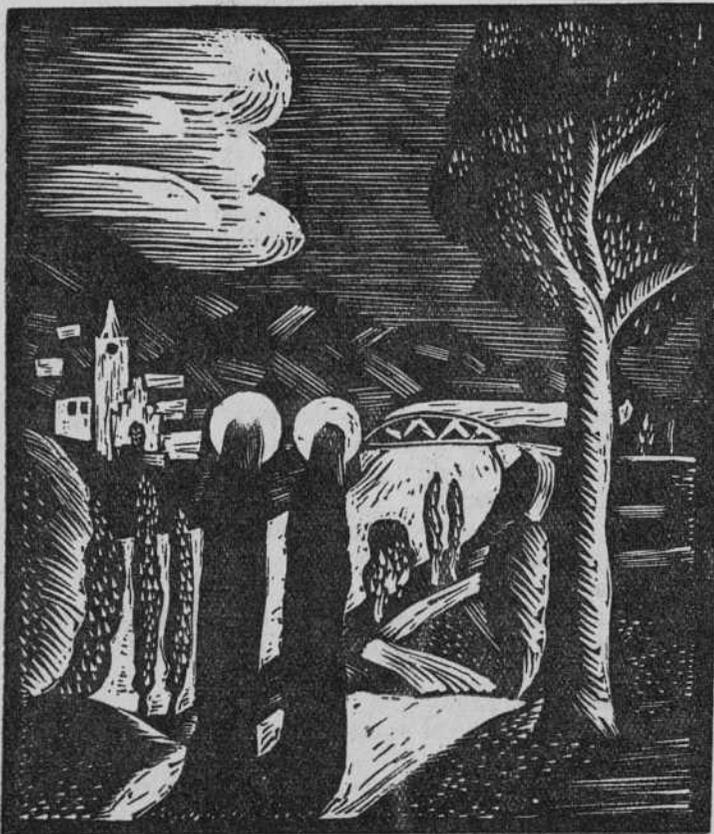
Y como Pedro no se pudo saciar del don, las setas no serían nunca nutritivas...



Otra vez Jesús y Pedro llegaron á una aldea cuando la tarde moría.

Tenían que pedir hospitalidad, y Jesús se dirigió á una casita humilde. Pero Pedro pensaba: «En casa de un rico dormiríamos y comeríamos mejor». Y procuró convencer á Jesús:

—Maestro, esa gente es demasiado pobre, y no podrán darnos nada. No tienen apenas para ellos. Déjame ir á aquella granja.



Jesús le dejó ir y se sentó á esperarle en la puerta de la casita humilde.

La granjera recibió mal á Pedro. Le preguntó rudamente lo que quería, y le dijo que su casa no era para dar de comer y dormir á los vagabundos.

Entonces Pedro fué á otra granja. Y á otra. Y á otra. Y á otra.

En todas le negaron la entrada.

Volvió hasta Jesús, y le contó que en ningún sitio les querían recibir.

—Entremos aquí—contestó Jesús.

La dueña de la casita era una viuda que tenía tres hijos y nada más.

Jesús le suplicó algo de cenar y un sitio para pasar la noche. Ella le contestó que le daría de buen grado lo poco que poseía.

Se sentaron y les preparó una sopa en la que empleó sus últimas gotas de aceite. Se la sirvió ella misma, pidiéndoles perdón de darles tan poco.

Jesús le dijo á Pedro que contara los ojos de la grasa. Pedro contó cinco docenas.

Cuando terminaron de cenar, la pobre mujer les preparó dos buenas camas.

Y al volver á la mesa se encontró sesenta monedas de oro, tantas como ojos tenía la grasa.

Al día siguiente, muy contenta, se levantó temprano, compró leche á la granjera inmediata y les preparó el desayuno á sus generosos huéspedes.

Estaba tan contenta que le contó á la granjera lo ocurrido y cómo le pagaron con igual número de monedas los ojos de la sopa.

La granjera entonces la aconsejó que no retuviese á los huéspedes y les dejara marchar en seguida.

Luego salió al paso de Jesús y Pedro, y muy amable les rogó que aceptaran el almuerzo en su casa.

Jesús aceptó y Pedro se alegró mucho, pensando tendrían mejor comida que por la noche.

Aunque la granjera pecaba de avaricia, se esmeró en el almuerzo. Sobre todo en la sopa, que hizo muy grasienta. Y pensaba: «Voy á ganarme más monedas de oro que la otra.»

Pero al servirlo vió que sólo un ojo enorme cubría la superficie del caldo.

Y terminado el almuerzo, Jesús la dió las gracias muy finamente y continuó su camino seguido de Pedro.

Jesús repartió la comida entre todos, y todos quedaron maravillados.

Algunos se acercaron á Pedro y le preguntaron:

—¿Cómo ha sido eso posible? ¿Quién pudo asar las aves bajo la lluvia y encender fuego con ramas húmedas? ¿De dónde salieron los pájaros?

Y Pedro les contó que él los había buscado y asado, y se sintió jubiloso de la admiración que despertaba.

Pocos momentos después, un gran resplandor les iluminó. El fuego se había extendido á los árboles y empezaron á arder unos primero y luego los otros.



Un día, gran muchedumbre de gente fué detrás de Jesús lejos del pueblo hasta la orilla del bosque para oír su palabra.

Desde por la mañana Jesús le predicó la bondad, la humildad y la caridad. Y era tan cautivadora su voz, que la gente la escuchaba sin darse cuenta de que llovía y que pasaban las horas sin que comieran nada.

Jesús no lo olvidaba, y dijo á Pedro:

—Entra al bosque y encontrarás muchos pájaros silvestres. Cógelos y ásalos en el fuego que encenderás con los árboles secos.

—Pero, Maestro—respondió Pedro—, ¿cómo voy á encender fuego con ramas húmedas y bajo la lluvia constante?

—Anda, Pedro, anda—añadió Jesús dulcemente.

Pedro obedeció. Encontró los pájaros que se dejaron matar. Y encendió fácilmente el fuego bajo la lluvia con las ramas mojadas. Pronto se asaron las aves á la claridad alegre.

Entonces los que hablaron á Pedro y los que no le hablaron también le dijeron espantados:

—¿Por qué no contienes el incendio? Puesto que supiste encenderlo, debes poder apagarlo.

Pedro, consternado, humillado, no sabía qué decir.

Corrió hasta Jesús y le suplicó viniera en su ayuda.

—Maestro. Dile al fuego que se apague.

Jesús, mirando á Pedro con indulgencia, extendió las manos hacia el bosque y exclamó:

—Fuego, ¡apágate!

Y el fuego se apagó.



En aquel tiempo había, como en el nuestro, días de fiesta en las aldeas.

Una mañana, Jesús y Pedro se acercaron á uno de estos lugares en feria.

Pedro meditaba sobre lo ruda y pobre que era su vida. «Si yo fuese Dios, la haría más dulce», pensó.

Y así se lo dijo á Jesús.

—Debe ser agradable ser Dios, Maestro. A mí me gustaría serlo una vez solamente. Un poco de día nada más, y aunque luego volviese á ser Pedro, quedaría contento.

—Pues bien—contestó Jesús—. Tú serás Dios un día y yo seré entonces tú.

La cara de Pedro se transfiguró de alegría.

—¡Oh! Gracias, Maestro. ¿Quieres que sea hoy mismo?

—Así sea—respondió Jesús.

En aquel instante llegó cantando una niña que empujaba delante de ella unas ocas. Las puso en un prado y volvió hacia atrás corriendo.

—¡Eh! ¡Pequeña!—gritó Pedro—. ¿Por qué dejas ahí las ocas?

—Porque hoy es la fiesta del pueblo y me voy á bailar. Dios se encargará de guardármelas.

Jesús se volvió hacia Pedro.

—Sé, pues, Dios, Pedro, y guarda las ocas de la niña.

—¡Oh, Maestro!—contestó Pedro—. Yo hablaba en broma. No hagas caso de lo que dije antes.

Pero Jesús hizo caso. Y Pedro tuvo que quedarse allí guardando las ocas todo el día, mientras Jesús se fué al pueblo para ver la fiesta.

Desde entonces Pedro no ha vuelto á sentir el deseo de ser Dios.

Una tarde, Jesús, al entrar en una aldea, vió venir hacia él un viejo mendigo llorando.

—¿Qué te pasa, amigo mío?—preguntó.

—Que tengo hambre y ninguna granjera ha querido darme un pedazo de pan. Todas están preparando el cáñamo y no quieren molestarse por nos.

Jesús le dijo:

—Espérame.

Y entrando en la granja de donde salía el mendigo, encontró á la dueña y sus sirvientes ocupadas en preparar los paquetes de cáñamo para enviarlos.

Las pidió un mendrugo de pan.

—¡Otro que tal!—le con-



testaron—. ¿Crees que vamos á dejar nuestro trabajo por tí? Sigue tu camino y otras te darán algo si quieren. Aquí, no.

Jesús insistió.

—Dios te pagará lo que des á los pobres. Y Dios devuelve ciento por uno.

—Bueno, bueno. Déjanos de sermones y vete.

Jesús fué á otra granja. Y á otra. Y á otra. En todas le recibieron lo mismo. La tarea de las mujeres las impedía ser caritativas.

En la última, Jesús dijo:

—A partir de hoy, por la dureza de vuestro corazón, el cáñamo tendrá que ser trabajado dos veces en lugar de una.

Y tomando el brazo del mendigo, salieron los dos del pueblo.

—o—

Jesús y Pedro bajaban de un monte y se encontraron en la encrucijada de dos caminos sin saber por cuál debían ir.

Pedro vió entonces á un hombre dormido á la sombra. Fué hacia él y le preguntó cuál de los dos caminos conducía al pueblo.

Por dos veces hubo de preguntarlo, sin obtener respuesta. A la tercera, el hombre suspiró, gruñó, y sin molestarse lo más mínimo contestó, señalando con el pie de un modo confuso.

«¡Valiente vago!», pensó Pedro.

Y le dijo á Jesús:

—Nunca he visto un hombre tan perezoso.

Siguieron andando. Al poco rato vieron venir una muchacha.

Pedro le hizo la pregunta que el hombre dejó sin respuesta. Y ella, muy amable, les señaló el camino é incluso les acompañó un rato para que no se extraviaran.

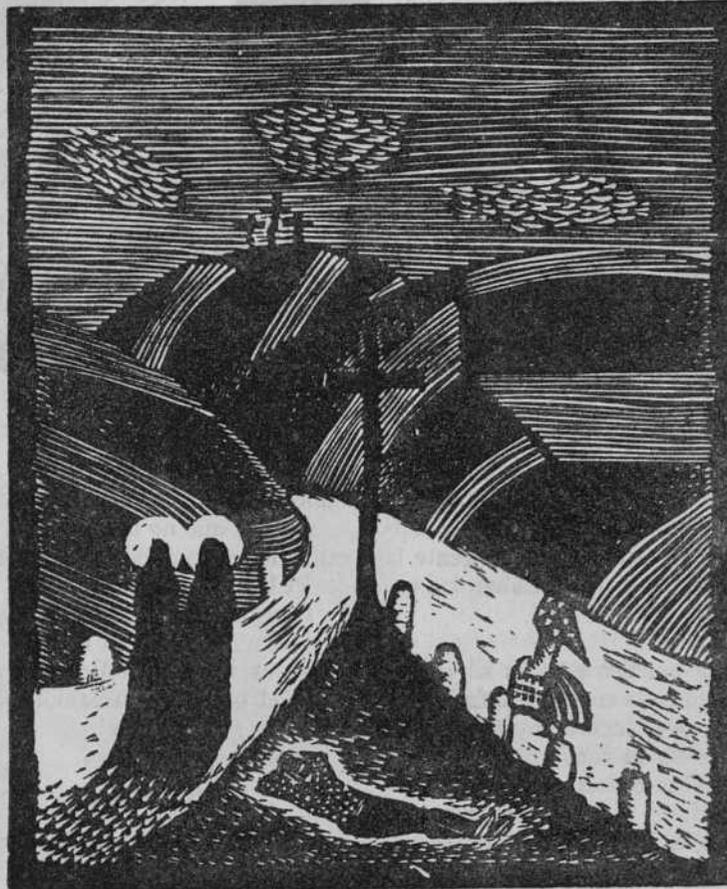
Pedro dijo á Jesús cuando se quedaron solos:

—¿Qué podríamos hacer por esa muchacha en premio á su complacencia?

—Vamos á casarla—contestó Jesús—con el hombre dormilón.

—¿Cómo, Maestro? ¿Con aquel perezoso?

—Sí. Porque si ese hombre se casara con una mujer como él, los dos se pudrirían de miseria. Y por el contrario, la vivacidad de esta muchacha le corregirá su holgazanería y esa vivacidad no se desperdiciará inútilmente.

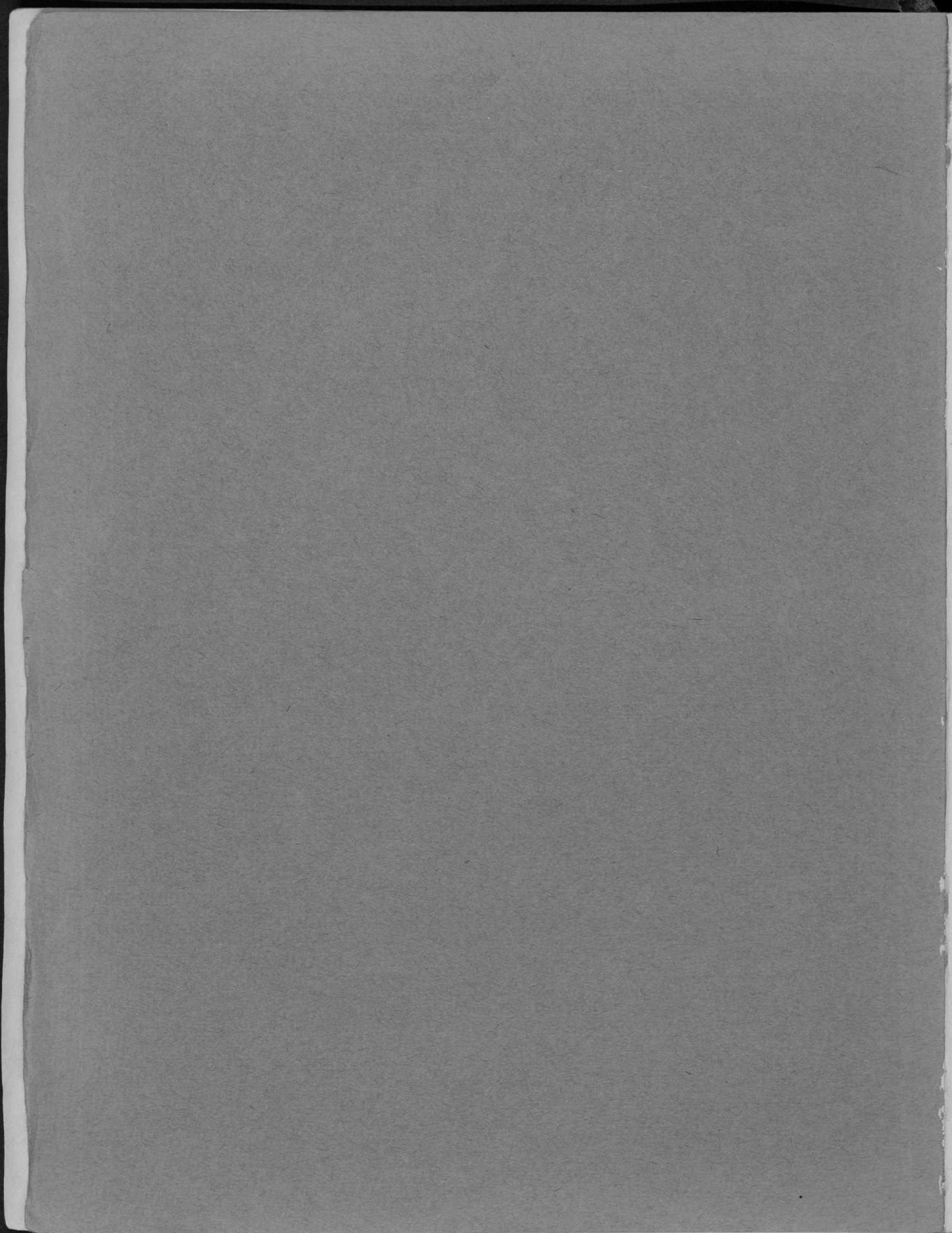


La Esfera



LA QUICA

Cuadro de Eugenio Hermoso



Va para cinco siglos que Aranjuez, el más venerable por su edad, aunque no por el severo aspecto, entre los Sitios Reales, comenzó a gozar de tan altísimo honor. Era antes posesión de los caballeros de Santiago, famoso ya por su selvática belleza y tan ameno y deleitoso que los Reyes Católicos, tan conocedores por sus orígenes y andanzas de los más bellos paisajes españoles, adquirieron aquél para construirse una morada de recreo.

Desde aquella fecha remotísima apenas si hubo monarca español que no embelleciera el Sitio y gozara de él; tal vez fueron Carlos I y Carlos II, y por muy diversas y conocidas razones, los únicos que no le tuvieron por plácida residencia en temporadas más ó menos duraderas; y todos los demás, desde Felipe II, á quien más tarde, cuando agradeciendo á la Providencia el triunfo de San Quintín alzó El Escorial, pareció Aranjuez poco severo para lugar de penitencia, vivieron el palacio erigido al borde del Tajo; le engrandecieron y alhajaron á cual más; poblaron sus parques y jardines, tallados en cada época á su moda, de especies vegetales y animales raros y exóticos, y anticipándose á las que habían de ser preocupaciones científicas andando los tiempos, tui-



Aranjuez.—Vista general del Palacio Real

(Fot. Díaz Casariego)

ron para su recreo el primer jardín de aclimatación del mundo.

Ocurrió en tan largo tiempo y en tan fatigosa mudanza no sólo de reyes, sino de dinastías, un hecho singular, y es que, sin duda, los arquitectos de Felipe II, Juan de Toledo, Juan de Herrera y Mora, acertaron allí, como en El Escorial mismo, de modo tan definitivo, con la perfecta armonía entre el palacio primitivo y el paisaje sobre que asentaba, que ninguna adición ni mudanza le cambió el carácter; y aun hoy, después de más de cuatro siglos y una docena larga de monarcas, viviendo caprichos diversos en modas distintas, el palacio parece hecho y concebido de una vez; tan grande fué la fuerza artística inicial.

Contra ella, sin embargo, conspiró, cuando aún no tenía la venerable pátina con que el tiempo marca las obras perdurables, el más destructor de los elementos; las llamas hicieron presa del edificio por dos veces hacia mediados del siglo XVII, y hubiesen sido de temer graves daños en la unidad del edificio si no los hubiesen evitado el buen gusto de los monarcas y el arte de sus alarifes.

Ello es que Aranjuez, que antes había sido famoso por su estática—como diríamos ahora—, lo fué pronto por su dinámica. La vida fué allí parigualmente con el paisaje: bella é intensa, y allí se escribieron algunas veces y se fraguaron muchas más, páginas muy interesantes de la Historia de España. Florit cita una obra de 1576, en que ya se habla del sitio real como de una de las cosas más memorables del mundo, y unas Memorias tan puntuales que en ellas, al pintar Aranjuez poco menos que como una copia perfecta del Paraíso Terrenal, se detalla el número de plantas y animales de cada especie y se habla de manadas de cuatrocientos pavos reales, que por su abundancia y calidad llegaron, por lo visto, á ser como autóctonos en el Real Sitio.

Como Felipe II, Felipe III fué también frecuentemente habitador de tan bellos parajes, residiendo en el palacio, tan embellecido y alhajado por él; y si Felipe IV, más distraído por sus amores, literarios ó no literarios, en Madrid, no gozó con igual frecuencia de tales delicias, la tradición se reanudó luego con Felipe V, nostálgico de su Francia, que hizo reconstruir lo incendiado y alzar la magnífica escalera principal, y con Fernando VI, que convirtió el «coto cerrado» de la corte ribereña en pueblo abierto á todos, trazó la población que se asienta hoy sobre aquella traza primitiva y le hizo noble con prerrogativas y privilegios.

Tenían ya los monarcas otros sitios reales; pero ninguna magnificencia les hacía olvidar Aranjuez, pueblo para todos tan dilecto que aun Alfonso XII le dió la máxima prueba de cordial afecto exponiendo su vida para visitar en él á los coléricos en sublime impulso de caridad.

¿Cuál fué la época de máximo esplendor? Sería difícil colegirlo. Como sus antecesores, Carlos III y Carlos IV tuvieron para Aranjuez máximos cuidados, y si en lugar de máximo esplendor dijésemos mayor intensidad de bien, pudiéramos fijar la fecha en una de las más trágicas—si no la que superó á todas—del reinado del último de los monarcas citados. Carlos IV y su corte, jaranera y maja, un poco descocada y un mucho pagana á su manera, para que armonizase mejor con aquellos jardines, tan llenos de figuras y sugerencias mitológicas, dieron al Real Sitio de Aranjuez, con el máximo dinamismo, la máxima intensidad dramática de su vida.

Allí, en esa época, comenzó el desenlace de la vida agitada y magnífica del Príncipe de la Paz, y allí comenzó en el mismo momento el reinado, tan poco feliz para la patria, de Fernando VII.

Aranjuez era en aquellos días (los del primer trimestre de 1808) centro activísimo de política



FELIPE II
Que hizo construir el palacio primitivo en el Real Sitio de Aranjuez
(Cuadro de Pantoja)



FELIPE III
Que tuvo como lugar predilecto el palacio mandado edificar por Felipe II
(Escuela flamenca)



Jardines de Aranjuez y vista del río Tajo

internacional y española y, lo que era peor, centro de intrigas cortesanas, tan lamentables en aquella corte de duquesas que convivían con las cómicas más descocadas y los majos de mayor tronío; y de marqueses que lo mismo alternaban en las fiestas de corte con lo más granado de la aristocracia española que en los bailes de candil con los majos, los manolos y los mozos que Cruz pintó maravillosamente en sus piezas cómicas...

Antes que Aranjuez, sin embargo, vió El Escorial escenas culminantes de aquella tragedia. Si no la exposición, el nudo á lo menos. Allí fué preso y procesado bajo la acusación de inducción al parricidio, el que después, colmada en mal hora su ambición, había de reinar antes de la muerte de su padre.

Al Príncipe de Asturias, el rey Fernando VII más tarde, le urgía llegar al trono lo más pronto posible y conspiraba contra sus propios padres, sin reparar en servirse para exonerarlos en la baja criminal muchas veces de las armas que usaba; ya por entonces había hecho su favorito á un famoso aguador de la Fuente del Berro, Pedro Collado, y no sorprendía á nadie lo bajo de sus gustos y aficiones.

En Aranjuez mismo perdura aún una prueba muy ostensible del afecto de los Reyes para el príncipe Fernando. Fué para su hijo para quien Carlos IV mandó construir la *Casa del Labrador*—la *Casita del Príncipe*—y en ella hay un salón decorado con bordados hechos por los regias manos de *María Luisa*.

La *Casa del Labrador*, pese a su nombre, es

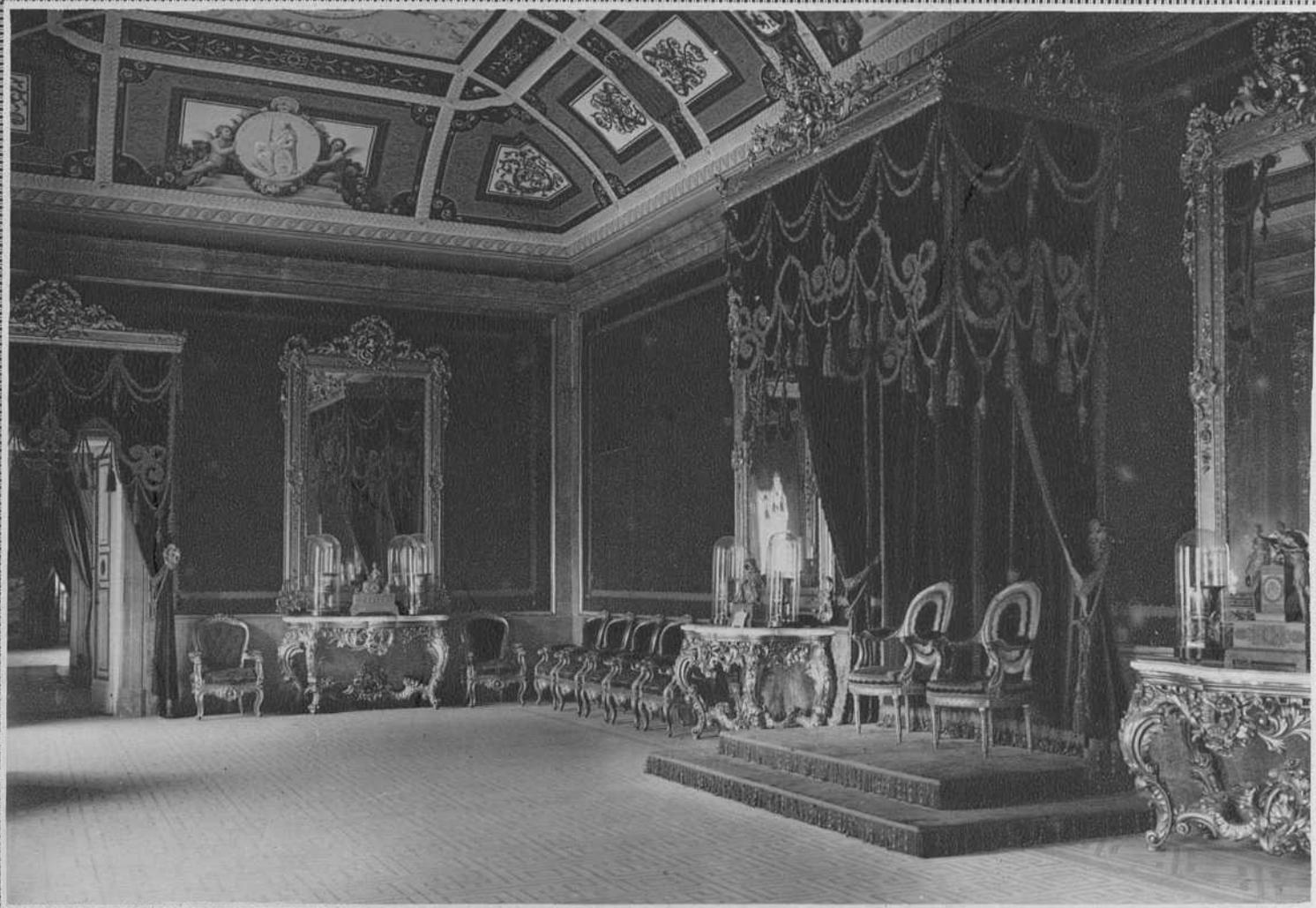
uno de los mejores, sino el mejor, de los palacetes construídos en su época, y por su estilo, magnífico palacio en realidad, con el buen gusto de ocultar bajo un exterior sencillo el más rico y pródigo en arte de los interiores, revela en todos sus detalles el amoroso impulso con que el Rey quiso obsequiar á su hijo muy amado.

Separado, pero no muy distante, del Palacio Real para dejar á Fernando su independencia sin privarle aún del cobijo familiar, el palacete está colocado en uno de los parajes más bellos de los jardines, en medio de la fronda, rodeado de fuentes y estatuas magníficas, perfectos en el gusto de la época: tienen después sus estancias admirables, los más espléndidos y artísticos decorados y muebles.

Bayéu, Maella y Zaccarias Velázquez fueron encargados por Carlos IV de ilustrar con sus magníficos frescos la casa del Príncipe; de Sevres, de Sajonia y de Moustier, fueron traídos admirables porcelanas, jarrones y grupos sobre todo y con ellos compiten en belleza las piezas admirables producidas en el Retiro; el Zar de Rusia había enviado a Carlos IV un admirable sillón y una espléndida mesa de malaquita y el Rey los destinó á en-



Fuente de Hércules y Anteo, en los jardines de Aranjuez (Fot. Díaz Casariego)



Aranjuez.—Salón del Trono en el Palacio Real
(Fot. Díaz Casariego)

riquecer aún el mobiliario magnífico, realmente regio, del palacete, y las mejores sedas de Valencia y de Lyon fueron empleadas en el tapizado; arañas, relojes y guarniciones de bronce dorado; piezas admirables de cristales de Bohemia y Venecia, todos los elementos decorativos tenidos en la época por los más perfectos y bellos, tuvieron su más adecuada aplicación en el Palacete, que constituyó así una magnífica residencia.

El arte neoclásico tiene en el Palacete mismo, en su decorado y en sus jardines, magníficos ejemplares de un perfecto carácter. Se ha dicho con acierto, que Maella y Zacarías Velázquez hicieron verdaderas miniaturas al fresco y al temple, superando en gusto y finura de ejecución á cuantos les precedieron en el estilo, y la magnificencia del Palacete comienza ya en la magnífica escalera totalmente marmórea, con rica balaustrada de bronce dorado, que costó, según cuentan, más de mil onzas de oro, y aun vale mucho más; la galería de esculturas, los salones de baile, de la Reina, de los bordados y de billar; la sala tapizada con las más espléndidas sedas; los salones llamados del platino, el del reloj, y, en suma, todas las estancias de la *Casita del Príncipe* y los admirables jardines con su templete sobre el lago y sus fuentes de que son muestras admirables la de Apolo y la de Narciso, revelan un intenso y cuidadoso amor paternal, que aun debió hacer más cruel para los Reyes la ambición avasalladora del hijo bien amado.

La *Casa del Labrador* fué terminada en 1803. En 1807, el Príncipe Fernando fué arrestado en El Escorial, bajo las más terribles acusaciones, la más grave de todas la de haber preparado el envenenamiento de su augusta madre.

Era el fruto nefando de una conjuración, que dirigida primero contra el Príncipe de la Paz,



FELIPE IV
Retenido en Madrid por sus amores, fué menos frecuentador de Aranjuez
(Cuadro de Velázquez)

verdadero señor y dueño de España, se desvió después para ir contra los reyes mismos, por la grave culpa de sostener al imprudente y soberbio favorito.

Galdós ha contado, con la veracidad y minucia de un testigo presencial — que tanto logra el poder de su arte— el lamentable episodio de El Escorial.

Se había instruido sumaria al Príncipe de Asturias por el delito de conspiración, y Gabrielillo—el héroe de la primera serie de los Episodios Nacionales—le vió salir de la Cámara Real cuando acababa de prestar declaración. Fué un triste desfile, de tal modo impresionador, que aquella noche el muchacho no durmió.

«Iba delante, cuenta Gabriel, un señor con un gran candelero en la mano, como alumbrando á todos, y para esto le llevaba en alto, aunque tan poca luz servía sólo para hacer brillar los berdados de su casación de gentilhomme. Luego seguían algunos guardias españoles; tras ellos un joven, en quien al instante reconocí, no sé por qué, al Príncipe heredero. Era un mozo robusto y de temperamento sanguíneo, de rostro poco agradable, pues la espesura de sus negras cejas y la expresión singular de su boca hendida y de su excelente nariz, le hacían bastante antipático, á lo menos á mis ojos. Iba con la vista fija en el suelo, y su semblante alterado y hosco indicaba el rencor de su alma. A su lado iba un anciano, como de sesenta años, en quien al principio no reconocí al Rey Carlos IV...»

En pos iban los Ministros y el Gobernador interino del Consejo, y, por último, un zaguanete de la guardia española. Todos y cuantos les miraban pasar en profundo silencio, sólo alterado por el ruido de las pisadas, perdiéndose poco á poco á lo lejos...

Llegado á su cámara, el Príncipe, que según contaban había declarado activo é irreverente, fué despojado de su espada y quedó en arresto.

El mismo Carlos IV había registrado los pa-

peles de su hijo y había encontrado entre ellos algunos comprometedores: una instancia escrita por el propio Fernando, aunque parecía dictada por Escoiquiz, en la que se contaban horrores del soberbio Godoy y de personas más altas aún; varios escritos simbólicos en que se acusaba á la Reina de liviandad y la clave para corresponder secretamente con Escoiquiz».

¿Había motivo para tanto? Galdós, por boca de un personaje de la «Corte de Carlos IV», relata un cuento que puede dar idea de los antecedentes históricos de aquellos sucesos.

«En tiempos muy antiguos y en tierras muy remotas había un gran imperio, que era gobernado en completa paz por un soberano sin talento; pero tan bondadoso, que sus vasallos se creían felices con él y le amaban. La Sultana era mujer de apasionada naturaleza y viva imaginación, cualidades contrarias á las de su marido, y por esta diferencia, aquel matrimonio no era completamente feliz. Cuando heredó á su padre, el Sultán tenía cincuenta años y la Sultana treinta y cuatro. Acertó entonces á entrar en la guardia genzara un joven... que no dejaba de tener alguna instrucción, era bastante pobre y no podía esperar gran carrera de sus propios recursos. Al punto se corrió en la Corte la voz de que el joven guardia había sido agradable á la esposa del Sultán y esta



FELIPE V
Nostálgico de los jardines de la corte de Francia, vivió también largas temporadas en Aranjuez

sospecha se confirmó al verle avanzar rápidamente en su carrera, hasta el punto de que á los veinticinco años de edad ya había alcanzado todos los honores que pueden ser concedidos á un simple súbdito. El Sultán, lejos de poner reparos á tan rápido encumbramiento, había fijado todo su cariño en el favorecido joven; y no contento con darle las primeras dignidades, le entregó las riendas del Gobierno, le hizo gran Visir, Príncipe y le dió por esposa á una dama de su propia familia. Con esto, los pueblos de aquella apartada y antigua comarca estaban muy descontentos, y aborrecían al joven y á la Sultana. En su gobierno, el joven valido hizo algunas cosas buenas; mas el pueblo las olvidaba para no ocuparse sino de las malas, que fueron muchas y tales que trajeron grandes calamidades á aquel pacífico imperio. El Sultán, cada vez más ciego, no comprendía el malestar de sus pueblos, y la Sultana, aunque lo comprendía, no pudo en lo sucesivo remediarlo, porque las intrigas de su corte se lo impidieron. Todos odiaban al favorecido joven y entre sus enemigos más encarnizados se distinguían los demás individuos de la regia familia. Pero lo más extraño fué que el hombre á quien una mano tan débil como generosa había elevado sin merecimientos, se mostró ingrato con su protectora, y lejos de amarla con constante fe, amó á otras



Un aspecto del comedor de gala en el Palacio Real de Aranjuez

(Fot. Díaz Casariego)



LA FAMILIA DE CARLOS III

Que vivió también largas temporadas en el Palacio de Aranjuez. Goya la perpetuó en un lienzo magistral

mujeres y hasta llegó á maltratar á la desventurada á quien todo lo debía. Las damas de la Sultana referían que algunas veces la vieron derramando acerbo llanto y con señales en su cuerpo de haber recibido violentos golpes de una mano sañuda.

«El descontento de los súbditos era inmenso y se formó un grande y poderoso bando, á cuya cabeza se hallaba el hijo mismo de los Sultanes, con objeto de destronarlos, proyectando quitarles la vida, si la vida era un estorbo para sus fines.»

El ministro Caballero pretendía, en España, que el Príncipe fuese condenado á muerte por siete motivos; pero la Reina le respondió indignada: «¿Pero no reparas que es mi hijo? Yo destruiré las pruebas que le condenan; le han engañado, le han perdido» y arrebató de manos del Ministro el papel acusador.

El Príncipe, por su parte, mostró pronto su arrepentimiento, y en la *Gaceta* del 5 de Noviembre apareció un decreto de perdón y motivándole dos cartas que decían:

«Papá mío: He delinquido, he faltado á Vuestra Majestad como Rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de V. M.; pero fui sorprendido. He denunciado á los culpables y pido á V. M. me perdone por haberle mentado la otra noche, permitiendo besar sus



EL INFANTE DON ANTONIO PASCUAL

Uno de los hijos de Carlos III, que, no obstante sus aficiones humildes, tuvo un momento en la Historia

Reales pies á su reconocido hijo Fernando.»
«Mamá mía: Estoy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y Reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. se digne interceder con papá para que permita ir á besar sus Reales pies á su reconocido hijo Fernando.»

La tormenta había pasado; pero las nubes no se disiparon por ello. Los partidarios del Príncipe, más justo sería decir los enemigos de Godoy, interpretaron las cartas á su gusto en daño del Príncipe de la Paz, naturalmente, y en beneficio del Príncipe Fernando y, anudada ya, la tragedia continuó caminando á su desenlace, que había de acaecer cuatro meses y medio más tarde en Aranjuez.

En efecto: cuatro meses y medio después, Carlos IV había abdicado y el hasta aquel día Príncipe heredero ocupaba el trono de su padre, que era el mismo trono de San Fernando, su patrono y patrono así mismo del Real Sitio de Aranjuez.

La conjuración abortada en El Escorial había tenido consumación á orillas del Tajo. Lo que iniciaron las gentes palaciegas como intriga cortesana, habíase completado con un motín popular, y el hijo arrepentido que había denunciado á sus cómplices, había demostrado cuál había sido el valor de su arrepentimiento.

Entre los amotinados, según contaron los que lo vieron, había muchas caras conocidas en



También la familia de Carlos IV fué inmortalizada por Goya. En Aranjuez pasó el Rey, padre de Fernando VII, los momentos más crueles de su reinado



Antesala del Rey en el Palacio de Aranjuez, menos frecuentada, en los días precedentes al 19 de Marzo de 1808, que la de Godoy

las cocinas y en otros aún más bajos oficios palatinos, en las casas del Príncipe heredero y del infante D. Antonio Pascual—aquél industrioso anciano que ocupaba sus ocios—¡largos ocios de infante!—en tocar la flauta y hacer trabajos de carpintería.

Su carácter modoso y sus aficiones humildes no impidieron al bueno de D. Antonio Pascual odiar á Godoy y lanzar contra él á sus gentes unidas con las de su sobrino Fernando.

Tío y sobrino fueron el centro de la conjura y hubieron de ser, cuando se hizo necesario

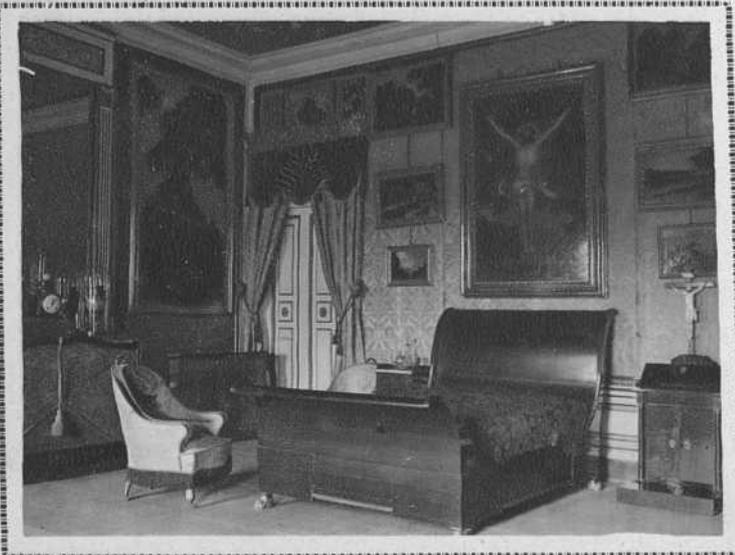
echar leña al fuego, el centro invisible, naturalmente, del motín; con ellos formaban el núcleo principal muchos grandes de la servidumbre palatina, muchos gentiles hombres y—¡oh, ingratitude humana!—algunos ministros de los hechos por el Príncipe de la Paz contra quien todos ellos se habían conjurado.

La masa, sin embargo, no era de tan alta extracción; cuando se pensó que las intrigas de antecámara no bastaban, Pedro Collado, el funesto exagador, favorito del Príncipe heredero, activó sus funciones y se lanzó a la recluta de

gentes maleantes y de soldados mal dispuestos para la disciplina. Los barrios más populares de Madrid y los barrios de la baja manolera y del menos honesto chisperismo, dieron fácil recolección á los banderines de enganche; el pueblo estaba en el punto álgido de su odio á Godoy y bastó que los emisarios de Collado ofreciesen á los más decididos la soldada que les aseguraba, con otros beneficios, la seguridad del pan, diariamente problemático para ellos, para que se trasladasen al Real Sitio aquellas mesnadas, sino brillantes, decididas y capaces de

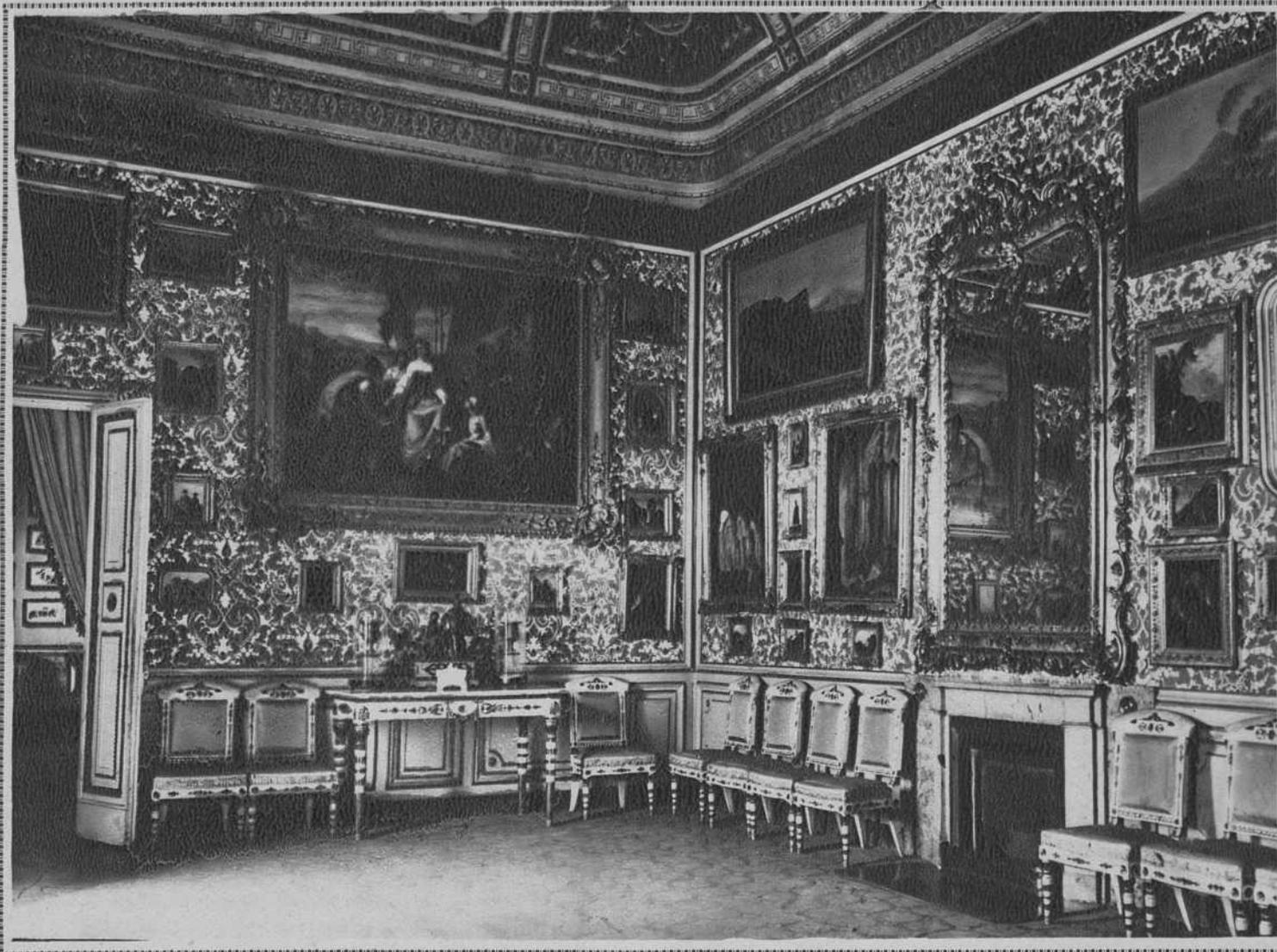


Alcoba del Rey en el Palacio de Aranjuez



Alcoba de la Reina en el Palacio de Aranjuez

(Fots. Díaz Casariego)



Palacio de Aranjuez.—Sala de estudio de los Infantes

todo, si, como estaba previsto y había de suceder, ninguna fuerza superior había de oponerse á su paso.

Todo fué casi nada; cuando el ejército revolucionario estuvo completo, el vino, pródigamente vertido en los gatzates insaciables en el momento oportuno, lo enardecieron aún más, y aquella noche, puestos al frente de la canalla algunos aristócratas bien disfrazados con arcos populares, se lanzaron al asalto fácil y provechoso del palacio del Príncipe de la Paz, fastuosa casa en que horas antes era difícilísimo penetrar sin aquiescencia de múltiples y cuidadosas guardias y que en aquella hora de tragedia estaba—¡capricho de la fortuna!—absolutamente indefenso.

Con infernal gritería, las turbas se lanzaron sobre él; primero, estéril destrozo que nada justificó, le ametrallaron—valga la palabra—á pedradas y no dejaron en él cristal sano, y luego, más enardecidos aún por aquel primer triunfo, le invadieron.

Los invasores buscaban afanosamente al Príncipe de la Paz y, por no encontrarle, sin freno ya, saciaban su furor destruyendo cuanto en los magníficos salones del palacio, decorados con la misma munificencia que los más espléndidos palacios reales, encontraban.

Los magníficos jarrones de porcelana, bellísimos ejemplares de China, muchos de ellos de Sevres y de los mejores momentos del Buen Retiro, admirables piezas que competían dignamente como si fueran demostraciones del mismo gusto depurado, con las elegidas por María Luisa de Parma, para decorar la *Casita del Labrador*, eran lanzados por los balcones, caían en la calle ó en los patios y se esparcían hechos añicos en torno de las hogueras, constantemente alimentadas, y en que ardían muebles pre-

ciosos, tapices y colgaduras verdaderamente regios, cuadros dignos de los admirables genios en que ostentaban los nombres de los más grandes artistas de la época.

De vez en cuando, un ruido distinto, seco, recio, metálico: eran alguno de los admirables

cardelabros de bronce dorado ó alguno de los relojes monumentales que hacían juego con ellos sobre las marmóreas chimeneas.

Era un furor estéril que se complacía, ciego, en destruir una riqueza que no podía amar ni comprender, porque aquella plebe, reclutada en los más bajos fondos sociales, carecía en absoluto de la sensibilidad indispensable para comprenderla ni apreciarla.

Alumbrándose con antorchas, la turba frenética recorría, llevando por todas partes su furia destructora, las magníficas estancias buscando al Príncipe inútilmente. Algunos dijeron que había huído en los primeros momentos del motín, cuando aún no rodeaban completamente su palacio aquellas turbas gritadoras y borrachas que danzaban repitiendo todo el repertorio innoble de las tabernas más apicarradas de Madrid, tan pródigos en coplas denigradoras de Godoy. Goya hubiera podido recoger en aquellos grupos dibujados por las llamas y esfumados en una doble danza fantástica, inspiración para muy crueles caprichos.

Súbitamente aparecieron ante las turbas, alocadas por el triunfo y el saqueo, aún más que por el alcohol, dos figuras, representación humana del más trágico espanto, horripiladas y llorosas: eran la princesa de la Paz, la esposa del odiado Godoy, y su hija.

¿Cómo se contuvieron ante ellas las turbas gritadoras? ¿Hubo alguien que sirviera de escudo á las desventuradas? ¿Bastó el espectáculo de su dolor y de su espanto para hacerlas sagradas?

Nadie las ofendió y los amotinados mismos las condujeron al Palacio Real.

Más tarde, cuando ya las hordas amotinadas apenas si tenían fuerzas para reanudar sus hazañas, ni quedaba en el palacio del Príncipe de Godoy, que andando el tiempo había de con-



EL PRINCIPE FERNANDO (FERNANDO VII)
Retrato que se conserva en la galería de San Telmo, de Sevilla
(Fot. Díaz Casariego)

vertirse en hotel popularísimo, grato á los amores, nada que destrozar, apareció una compañía de guardias españoles, fieles imitadores en aquel caso de los guardias walones que tradicionalmente llegaban siempre tarde á donde sus servicios eran necesarios.

Aquella tardanza no tenía justificación posible y tenía todo el aspecto de complicidad. El generalísimo no tenía ya el apoyo de las tropas que antes le obedecían ciegamente. Los refuerzos militares que, en previsión de otros sucesos, había hecho llegar al Real Sitio, simpatizaron con el motín y en ningún momento trataron de reprimirla. El saqueo del palacio de Godoy estaba consumado cuando acudió á defenderle aquel destacamento, que, como el resto de las fuerzas militares concentradas en Aranjuez, había oído impávido durante algunas horas el revolotear de las campanas de todas las iglesias del Real Sitio, tocando desafortadamente.

—O—

¿Había huído el Príncipe de la Paz? Los amotinados, después de buscarle inútilmente por las estancias del palacio, abandonaron su empeño de encontrarle y por huído le dieron; pero aún cercaban el palacio cuando surgió huyendo de él una figura trágica: Godoy, descajado, con las ropas en desorden, roído por la fiebre, salía más que para huir, para entregarse á sus enemigos, prefiriendo la muerte al terrible sufrir en su escondite: había pasado aquellas horas trágicas en un desván, donde se refugió en los primeros momentos, solo, horripilado, escuchando los disparos iniciadores del motín primero, las voces de los arrollantes después, los gritos de muerte que contra él proferían sus enemigos constantemente.

Oculto entre unas esteras viejas, nadie le buscó allí, y el horas antes prepotente favorito, árbitro durante tantos años de los destinos de España, hubiese podido huir, si la fiebre no hubiese aumentado sus torturas haciéndole insostenible la sed y obligándole á buscar salida.

No quiso su estrella eclipsada en aquella funesta noche que encontrase la muerte que buscaba: las turbas quisieron acometerle; pero la guardia española le defendió rodeándole con



«Godoy, muy joven, al empezar su carrera militar como guardia de Corps (Cuadro de autor anónimo, conservado en la Real Academia de San Fernando)»



RETRATO DE GODOY

Por Cañicero (conservado en la Real Academia de San Fernando)

sus caballos y protegiéndole después entre ellos hasta encarcelarlo.

Terrible cortejo aquel en que Godoy, sin fuerzas apenas para caminar, marchó entre dos caballos apoyando un brazo en cada uno de los dos arzones para sostenerse. Más de un historiador ha dicho que el tormento de aquella noche y aquella marcha, peor mil veces que la muerte misma, fué ya una expiación.

Otros relatores del pasado han dicho, y su afirmación pasa por verdad, que Godoy debió entonces la vida al Príncipe heredero.

¡Magnánimo Fernando!

Preso Godoy y destruido, como su palacio, su poder, el odio popular parecía satisfecho; pero el motín no había dado aún todos sus frutos. Era algo más lo que pedían afanosamente los conjurados de El Escorial, pertinaces en su empeño y vencedores al fin: Godoy era el blanco aparente contra el cual lanzaron á los amotinados; pero su punto verdadero de mira estaba más elevado y le tocaron al fin: al día siguiente,

Carlos IV abdicó en su hijo, á quien ya entonces podía llamarse el *deseado* y el Príncipe heredero comenzó a reinar con el nombre de Fernando VII.

Fué entonces por poco tiempo: Murat, al frente de uno de los ejércitos de Napoleón, había llegado á Madrid entre vítores y aclamaciones de los que juzgaban al Emperador decidido á proteger al Príncipe heredero y afianzar su trono. Apenas triunfantes los fernandistas, Murat, por orden de Napoleón, exigió la libertad de Godoy y reclamó la presencia en Bayona, á donde hizo ir también al favorito, de Fernando VII y de Carlos IV. El Emperador no quiso reconocer á Fernando como rey por la razón suprema—admirable al salir de su boca—de que la abdicación había sido lograda á la fuerza. Fernando VII, «fuera cobardía, debilidad de carácter ó adulación vil y rastrera», según dice, exageradamente dubitativo, un historiador, abdicó en su padre y Carlos IV fué de nuevo rey por unos instantes; los necesarios para ce-



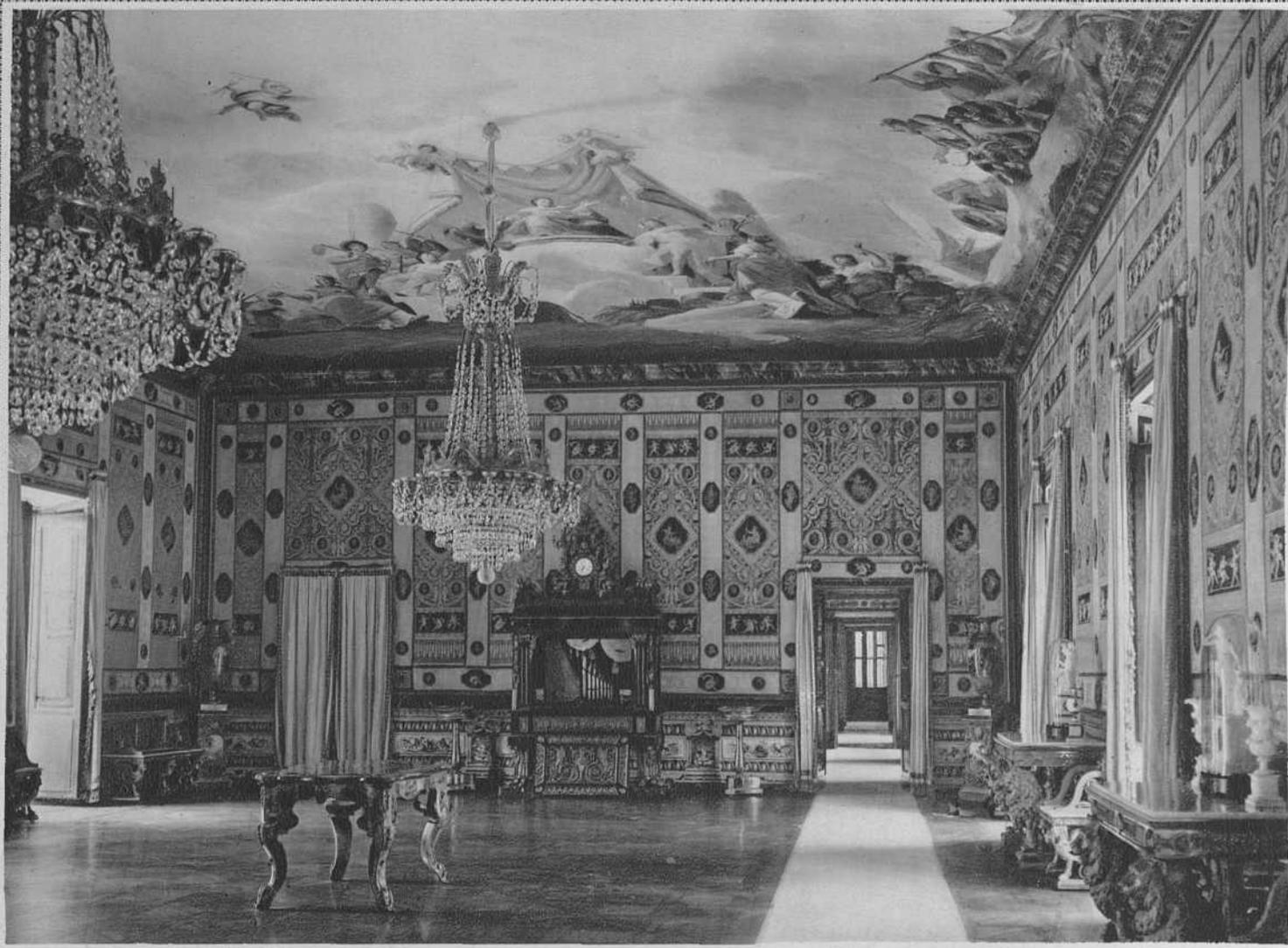
En el admirable palacete que Carlos IV mandó construir y decoró para su hijo, hay una admirable galería de esculturas

der la corona al Emperador, que había de hacer con ella espléndido, pero efímero regalo á su hermano José. Para que no fuese duradero, alzóse el buen pueblo español que adoraba á Fernando y llegó á creerle consustancial con la independencia patria; más deseado cada vez, Fernando VII había de reinar nuevamente; la conjuración de El Escorial y el motín de Aranjuez no podían ser absolutamente estériles aunque las lecciones de la Historia entonces, como tantas otras veces, no fueran eficaces.

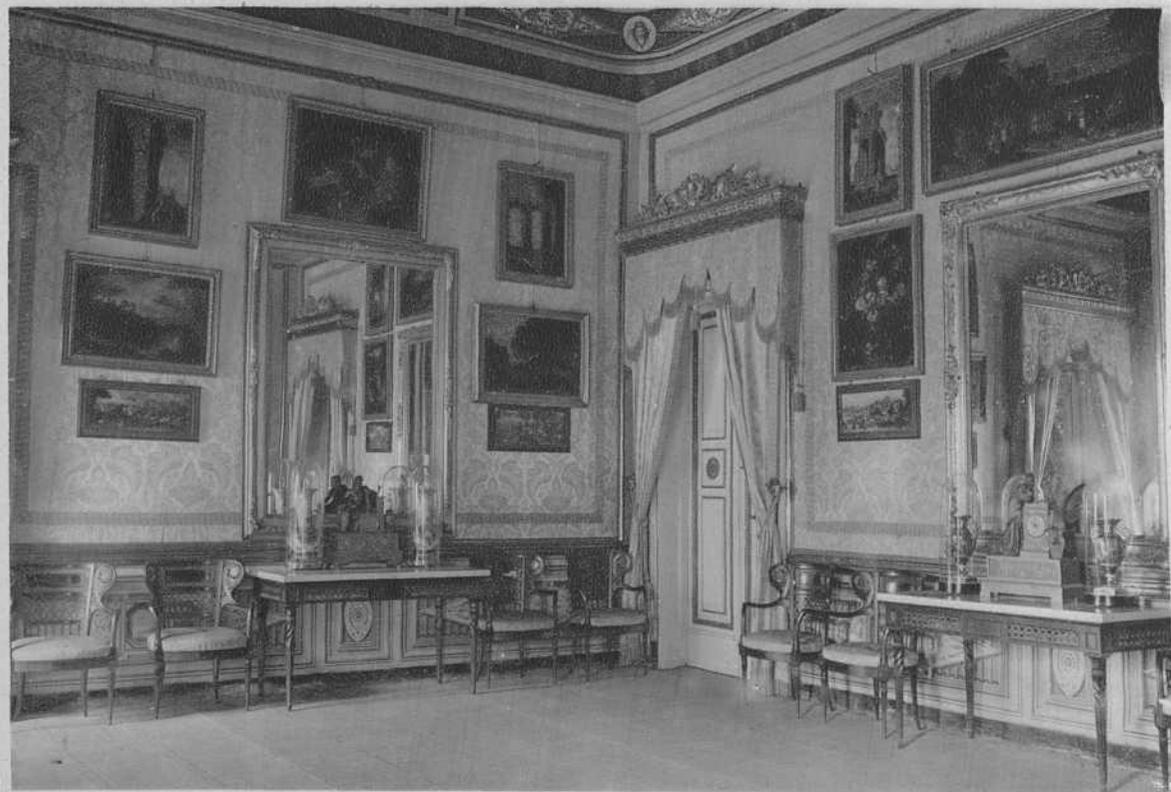
Los viajeros actuales que vienen de lejos, bien armados de Baedeker por todo guía, es difícil que perciban el perfume sentimental ni el aroma trágico de aquellos jardines y de aquellos salones en que un monarca perdió su corona y una dinastía estuvo á punto de perder su reino, y precisamente en el instante en que el pueblo iba á demostrar que, á pesar de todo, perduraban en él sus altas virtudes y con ellas el recio carácter de eter-



Tocador de la Reina María Luisa, en el Palacio de Aranjuez
(Fot. Díaz Casariego)



Salón de baile en la «Casita del Príncipe» («Casa del Labrador»), inmediata al Palacio de Aranjuez



Antecámara de la Reina, en el Palacio de Aranjuez
(Fot. Díaz Casariego)

no enamorado de la justicia y de la libertad, y todo el vigor de la raza, como sus amores, no siempre bien empleados.

Para Baedeker, los jardines de Aranjuez, aun no estando excelentemente cuidados, «con sus magníficos olmos y sus plátanos, merecen una estancia de algunos días, sobre todo en primavera, cuando cantan los ruiseñores».

¡Cantos de ruiseñor, cuán distintos de aquéllos que, lanzados por voces fatigadas y aguardentosas, tal vez hicieron surgir en el espíritu de Godoy y tal vez, también, en el de Carlos IV y en el de María Luisa, la imagen de la guillotina implacable con los reyes de Francia!

Pero, por fortuna para los aficionados á la vida plácida y tranquila, son ahora los cantos del ruiseñor los que dan melodía, admirablemente armonizada por la belleza umbrosa, al Jardín de la Isla, con sus admirables avenidas de plátanos y olmos centenarios, su *parterre* admirable, en donde es imposible no ver la nostalgia versallesca de los Borbones de España; la



Comedor de gala en el Palacio de Aranjuez

Fuente de Hércules, la de Baco, la de Neptuno, más lejos ya la de la Doncella y tantas otras, con los admirables juegos que corren el día de San Fernando para deleite de excursionistas, llevados más que por amor al arte ó por anhelo evocador de tiempos y figuras del pasado, por la afición taurina, que antes del football creíamos consustancial con nuestra raza.

Pero aquellas bellezas no eclipsaron á las del Jardín del Príncipe, regio regalo de Carlos IV á su hijo muy amado, como ornamento principal de la *Casita del Labrador*, en que las fuentes, los bustos y las estatuas son aún de más depurado gusto.

Aranjuez hoy es un admirable museo, menos visitado de lo que merece, y en él, decorando sus fastuosas estancias, rivales de las más celebradas de los palacios franceses, hay admirables muestras de aquel intensísimo anhelo renovador capaz de haber hecho resurgir la patria de aquel Rey que no murió sin descendencia que pudiera ceñir su propia corona; pero no dejó herederos de sus impetus renacentistas del viejo espíritu español.

El *Salón de porcelanas*—aparte una multitud de piezas admirables, repartidas por otros salones—revela hasta dónde llegó, antes de Carlos IV, la fabricación de porcelanas en el Retiro, y el *Salón de espejos*, las mismas lunas del de China y las arañas que son su ornamento, cuanto se había logrado ya en la fábrica de la Granja.



EL TRIUNFO DE GODOY

Cuadro de Bonarelli, que conserva la Academia de Bellas Artes (Fot. Díaz Casariego)

Demostraciones admirables de las posibilidades artísticoindustriales de nuestro pueblo, por ellas solas merecían ya los palacios de Aranjuez más constante y detenida atención; pero raza de eternos despilfarradores la nuestra, dejó perder aquellos tesoros y ni siquiera rinde el homenaje merecido á su recuerdo.

Sería necesario completar las guías monumentales, guías de lo estático de iglesias, castillos y palacios, con una guía histórica en que aquellos lugares recobrasen su vida pasada, vida misteriosa unas veces, demasiado ostensible otras, de una enorme trascendencia en la vida nacional algunas, que darían una emoción que la mera contemplación de muebles, cuadros, esculturas, bellezas artísticas que hablan solo, y ya es bastante para atraer la curiosidad, al sentimiento artístico, no puede engendrar.

Las saletas y antecámaras del palacio Real y de la *Casita del Labrador*, que cabe imaginar, en los días que mediaron entre noviembre de 1807 y marzo de 1808, pobladas por gentes de muy diversa condición y de antagónicos espíritus. Las viejas estancias remozadas por Carlos IV y María Luisa de Parma con artístico cuidado, sin temer que en ellas habrían de sufrir los más terribles sucesos de su vida... Las cámaras íntimas que podrían decir, si fuese posible interrogarlas, lo que tenían de verdad las insidias cortesanas, las murmuraciones callejeras y la más



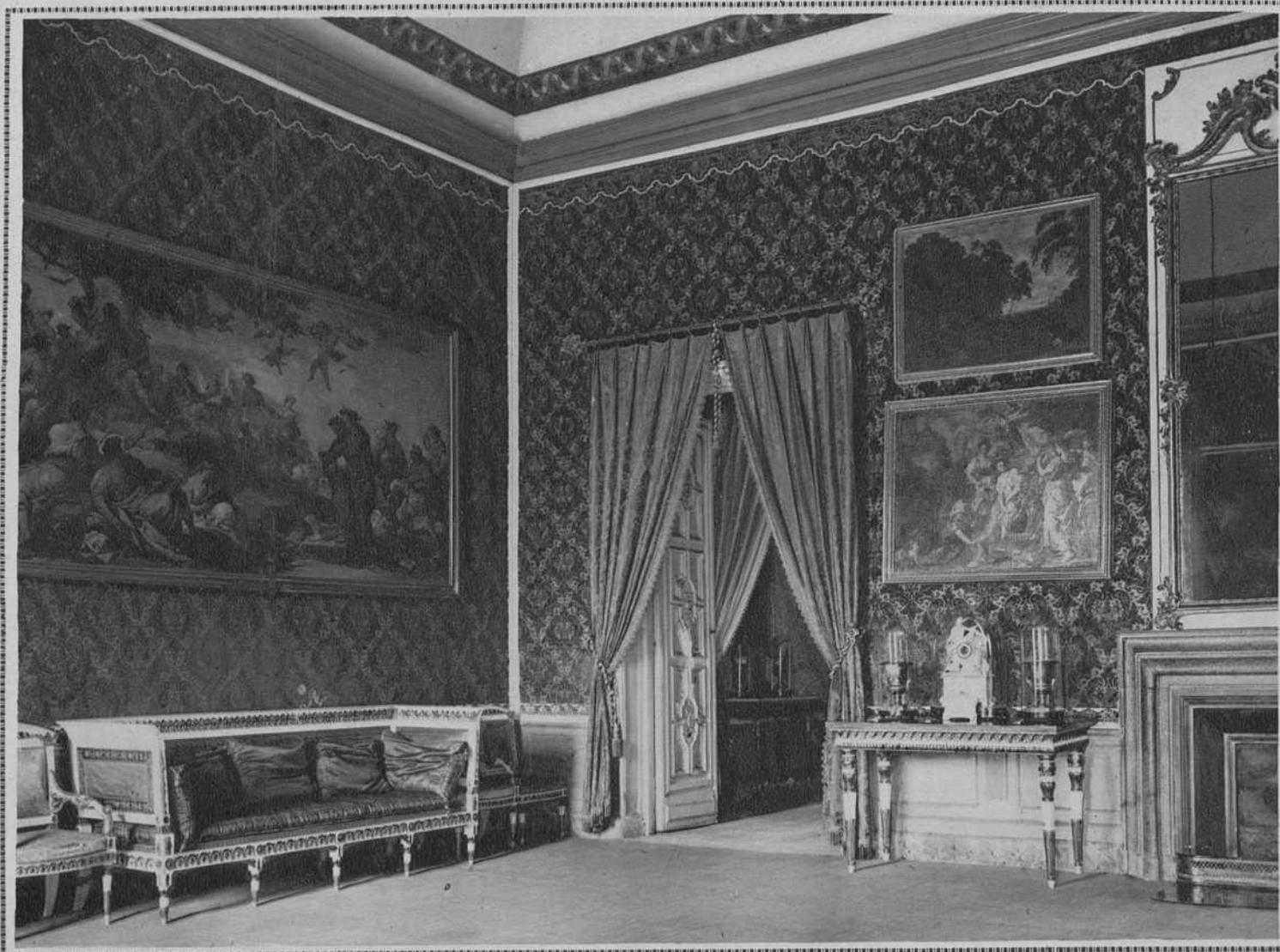
GODOY VESTIDO DE EMPERADOR ROMANO

Admirable busto en mármol del Príncipe de la Paz, que conserva la Academia de Bellas Artes y figura entre las interesantes ilustraciones del libro que escrito por el ilustre académico D. José Joaquín Herrero, publicará en breve la Junta de Iconografía

baja musa popular acusadoras de Godoy... todas aquellas cámaras en que el arte puso tanto, son, allí como en todos los lugares, mucho más por lo que puso la vida enormemente superior, siempre en intensidad dramática á la más atrevida creación artística.

La grandeza que Carlos III hizo renacer había de perderse pronto; pero perdurando históricamente en los mismos palacios reales ribereños del Tajo, debía tener allí como complemento de esa perduración las figuras que se movieron en torno de Carlos IV y su mujer, anu-

dando intrigas con hilos larguísimos que desde las cámaras augustas iban á perderse en los más bajos fondos del Avapiés y Maravillas, donde fingían un regocijo nacional que se ve aún vibrante en los tapices de Coya, en los saínetes de Cruz, en las Memorias de la época;



Una de las habitaciones privadas de Rey en el Palacio de Aranjuez

pero que estaba muy lejos de ser la expresión íntima de lo que el alma nacional, tanto más angustiada cuanto más selecta, sentía.

¿Fueron aquellos regocijos los que adormecieron la sensibilidad del pueblo? ¿Fueron utilizados como arma contra los reyes por los ambiciosos amigos de Fernando VII?

En los salones de Aranjuez flotará tal vez la respuesta á estos enigmas.

Quadrado, en su obra monumental *Recuerdos y bellezas de España*, escribió: «Ningún otro sitio acaso encierra más recuerdos de la vida íntima de los reyes; porque la boga de Aranjuez no ha sido pasajera ni se ha resentido de la mudanza de los tiempos ni del cambio de dinastía; cada primavera, por espacio de muchos siglos, le traía á sus augustos huéspedes con la misma regularidad con que trae



Sala de espera en el departamento del Rey
(Fots. Díaz Casariego)

las flores y el verdor á sus jardines. A la historia, empero, no han pasado sino los sucesos oficiales, tratados, matrimonios, nacimientos y muertes de infantes y de princesas; tan sólo entre estos días de pasajera fiesta y pasajero luto, uno descuella de loco entusiasmo é incruenta asonada, principio vicioso bien que excusable de una gloriosa y sangrienta lucha que apresuró tal vez la tempestad misma que trataba de conjurar: el día 19 de Marzo de 1808.

Por aquel día, el nombre de Carlos IV podría figurar en el frontispicio del Palacio que reza relatando su historia: *Philippus II instituit, Philippus V provexit, Ferdinandus VI pius, felix consumavit*, y en las dos alas: *Carolus III adiecit*.

D. TEJEDOR
FERNANDEZ



Su JABON

Ese jabón perfecto, hacia el cual extiende usted su mano fina y graciosa, es el jabón a que deben millares de personas la suavidad y lozanía de su cutis:

JABÓN HENO DE PRAVIA

Úselo con fiadamente, aun para lavarse la delicada tez. Es el jabón puro, suave y fragante que limpia los poros y embellece y perfuma la piel.



1,25
EN TODA ESPAÑA

P E R F U M E R Í A G A L

Casa en Buenos Aires: Maure, 2010-14.

Casa en Londres: Strand, 76.

Casa en Nueva York: Waverly Place, 147-53.

Casa en Amsterdam: O. Z. Voorburgwal, 101.

Casa en Copenhague: Vingaardsstræde, 22.



Vicente Zumel

Fabricante de Arañas
de bronce para alum-
brado eléctrico.

Hierros artísticos re-
pujados.

Especialidad en Lámparas
plateadas Re-
nacimiento Español.

Oficinas y Despacho:

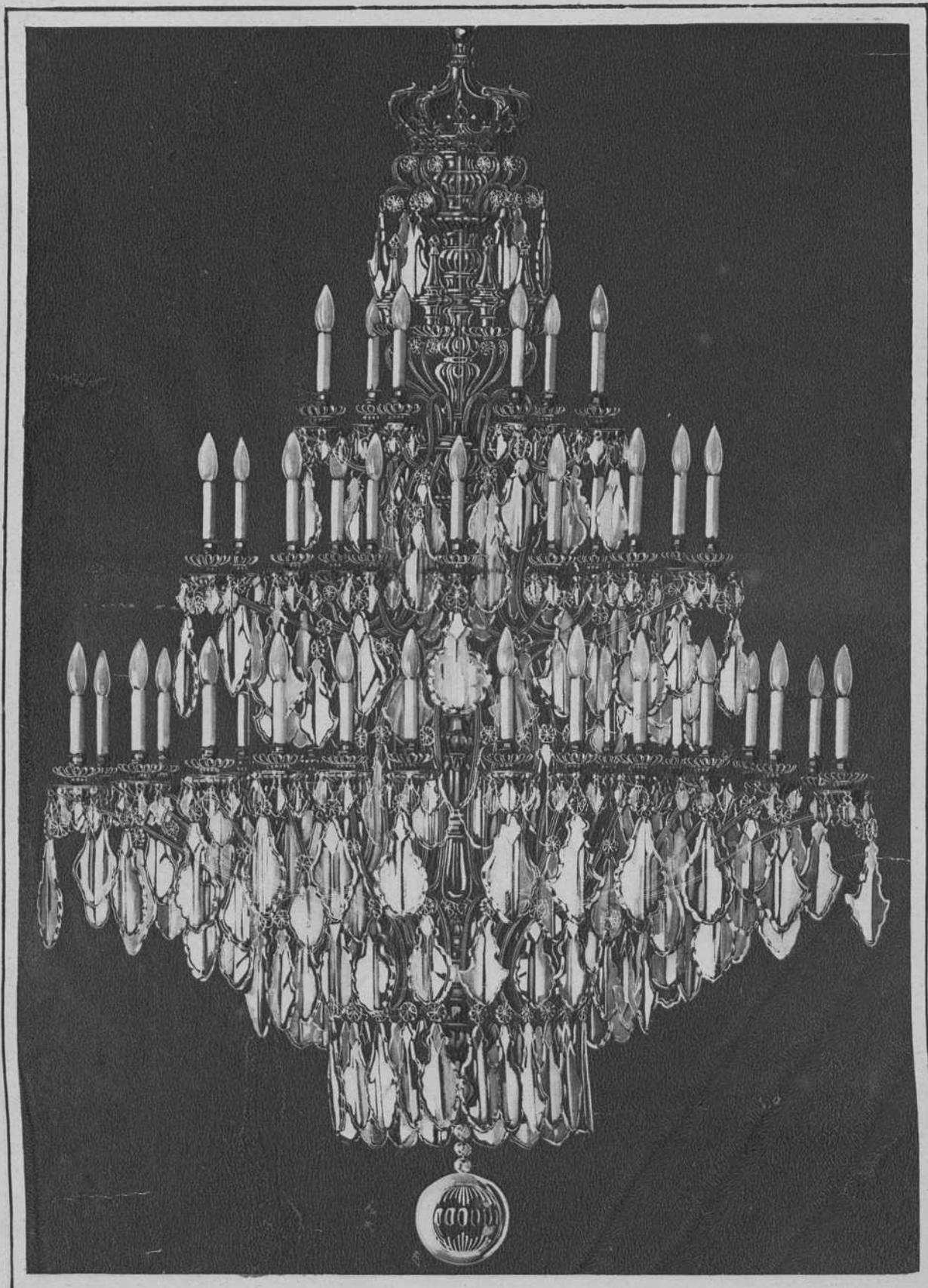
Gran Vía, 16
Madrid.

Teléfono 17853

Fábrica:

Dr. Esquerdo, 6

La Casa Vicente Zumel figura con verdadera personalidad, con positivos méritos propios, entre las que continúan hoy la tradición de los bellos oficios españoles. Junto á este valor de tradición, presenta la Casa Zumel en sus creaciones un sello de magnífica modernidad. De este modo, lo bello y lo bueno de ayer se junta á lo bello y lo bueno de hoy en los objetos que fabrica esta Casa, de tan justo como extenso crédito. Lujosas arañas de bronce, hierros artísticos repujados, lámparas plateadas en nuestro estilo renacentista... Esta es la labor, magníficamente artística, de Vicente Zumel. Su casa de la Gran Vía no es, en realidad, un comercio lujoso; es una casa de arte, de verdadero arte, en la que figuran objetos que hallarían su marco justo en una exposición, junto á las creaciones más depuradas, más acabadas, de una industria que fuese á la vez clásica y moderna.



Magnífica lámpara fabricada por la Casa Zumel, de Madrid, é instalada en la sala de visitas de la Excelentísima Diputación de Sevilla



«El caballero sonriente», cuadro original de Frans Hals, que se conserva en la Colección Wallace, de Londres

EL ARTE
QUE
NO
MUERE

TODA la obra de Rafael, esencialmente las series vaticana y farnesina y sus retratos, tiene algo de milagroso. En él mismo hay algo de divino.

Ha dicho todo en la más fina, más rica, más exquisita, más clara y perfecta de las lenguas que nunca hayan hablado labios de hombre. ¿Dónde la aprendió? Entra a los trece años en el taller del Perugino; pasa otros cuatro en Florencia; sólo tiene veintiséis cuando emprende la decoración de las Cámaras, y desde 1509 a 1520, fecha de su muerte, es decir, en once años, realiza la obra más grandiosa que jamás haya realizado ningún ser hu-



EL PARNASO
(Cámara de la Signatura, en el Vaticano)

mano, y donde él cumple por primera vez la fusión radiante del más directo realismo y del lirismo más encendido.

y del mundo invisible; ha escrutado toda la vida de las formas; es el maestro soberano de todos los pensamientos, de todos los sentimientos, de

Reiteración
de Rafael
Sanzio

Porque Rafael, como un dios, sabe sin que nadie le enseñe. Dotado de las perfecciones todas, triunfa en cuanto se propone; tiene la libertad segura; la potencia de comprensión inmediata y profunda que son el privilegio de los dioses. Posee el conocimiento infuso de todos los seres y todas las cosas que viven sobre la tierra y en los cielos; sujeta en su mano derecha la llave de oro de todos los misterios. Conoce las relaciones secretas que unen entre sí todas las energías del mundo visible



FRAGMENTO DE LA ESCUELA DE ATENAS
(Cámara de la Signatura)

todas las sensaciones y de todas las expresiones mejor matizadas y completas; entra de lleno en el dominio de lo abstracto y hace resplandecer, dándole vida, una tormenta de luz y de belleza.

La obra de Rafael es un mundo de amor. Con amor la concibió, y fué el amor lo que le hizo capaz de traducir las movibles y sublimes bellezas y de erigir en la impecable y soberana gracia de sus formas á las personificaciones radiantes. El Platón de *La Escuela de Atenas*; como las musas y la Safo de *El Parnaso*; como la pereida que abraza al tritón de *La Galatea*; como la Psiquis y la Venus de la Farnesina; como las *Sibilas* de la Capilla Chigo; como los ángeles justicieros y el grupo de mujeres y niños del *Heliodoro*; como el Dante, el Savonarola y el fray Angélico de *La Disputa*; como las efigies de tan poderoso realismo de Fedra Inghirami, de Julio II, de León X y de Juana de Aragón, fué el amor lo que guió el lápiz y el pincel con los cuales Rafael las creara, lo que le permitió fijar su parecido imaginario ó real en rasgos y toques á un tiempo mismo tan verídicos y tan idealmente expresivos. Y es el amor también lo que le inspiró la amplia disposición tan imprevista, tan audazmente nueva, de sus frescos inmensos y lo que reguló el ritmo de superior armonía en el cual se coordinan todas las partes de paisajes, y gestos de cada uno de los personajes.

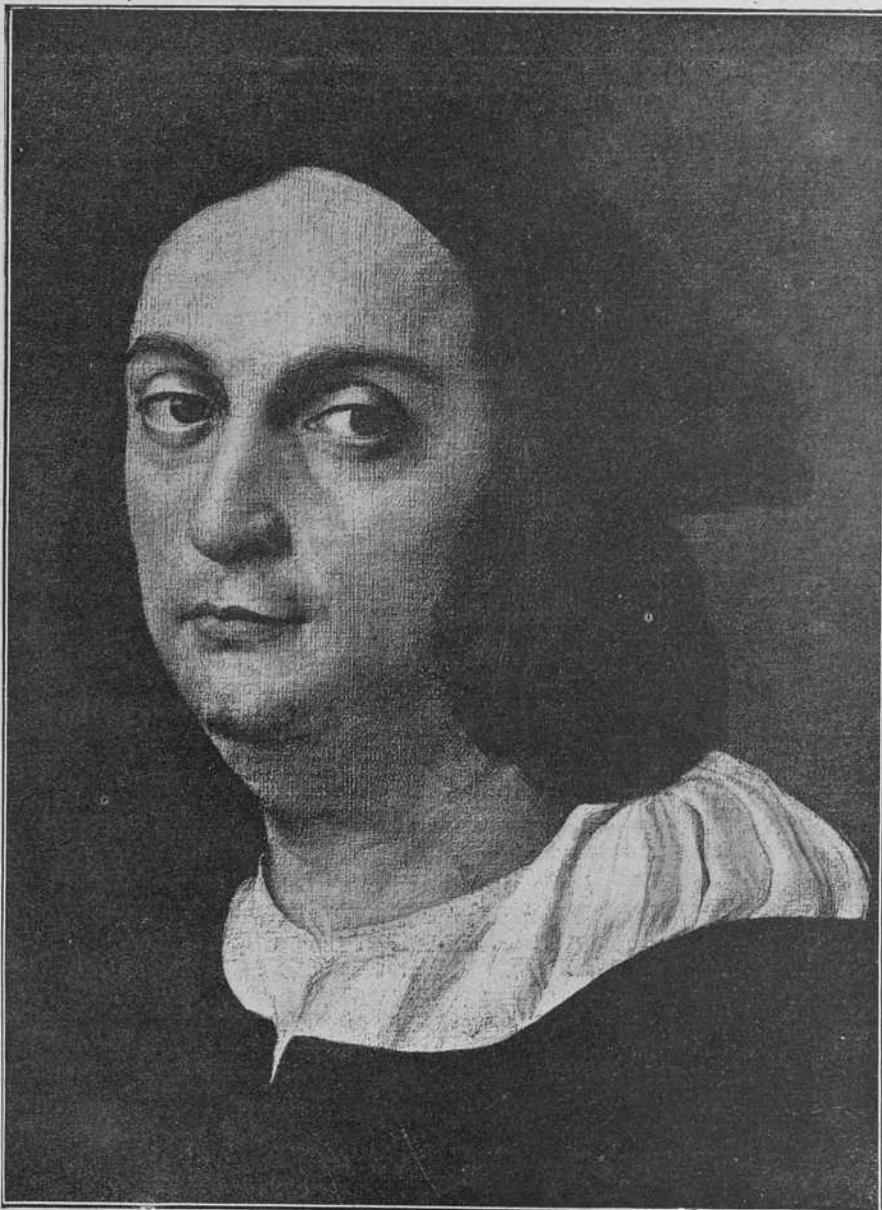
Porque, realmente, resulta cosa de prodigio la prieta cohesión que une los innumerables elementos de que se componen los vastos problemas plásticos que decoran las Cámaras de la *Signatura*, de *Heliodoro* y de *El Incendio*, y que entre todas las figuras que pueblan *La Disputa*, *El Parnaso*, *La Escuela*, la *Misa de Bolsena*, *El castigo de Heliodoro*, haya tan pocas, casi ninguna, que no participen en la acción cuando esta acción es tan abstracta, y que no representen su papel no sólo individual, sino colectivo, y que no dejen de expresar lo indispensable para darle al conjunto toda la unidad necesaria.

Pienso al escribir esto en la ingeniosidad con que Rafael ha sabido agrupar los personajes secundarios, los asistentes de esas grandes escenas y supo *amueblar* las partes excéntricas de sus frescos.

En *La Escuela de Atenas*, á la izquierda, el grupo de viejos y de niños que rodea á Demócrito coronado de yedra y el claro efebo que, encima, medio vestido, se dirige hacia Sócrates; á la derecha, el grupo de jóvenes que, inclinados ó acurrucados en el suelo, siguen en una pizarra la demostración geométrica de Arquímedes con el rostro de Bramante.

Y en uno de los frescos de la Loggia, el grupo tan armónico, tan vibrante, de los hermanos de José escuchándole el relato del sueño.

¡Cuán lejos estamos—aunque se ha-



RETRATO DE BEAZZANO
(Palacio Doria en Roma)

ya pretendido lo contrario—del ideal antiguo, donde el sólo esplendor del cuerpo humano basta á la obra maestra!

Las figuras de Rafael desbordan de su inteligencia. Piensan con toda su carne tanto que



EL SUEÑO DE JOSE
(Cámara de Heliodoro, en el Vaticano)

por las facciones y expresión de su rostro.

Las musas, la Safo, la Corina, el Anacreonte, el Petrarca, el Ovidio y el Bocaccio del *Parnaso*, ¡qué enorme fulgor sobrehumano ostentan! ¡Y cómo hay en todos la llama de la inspiración, de la ideal voluptuosidad y del eumeno!

Y, sin embargo, Rafael es un gran realista, en el sentido eterno y verdadero del vocablo. Pero un realista que no permanece esclavo de la realidad, sino que la domina y la hace sirviente de sus fines.

Los cuatro años que vivió en Florencia, después de haber sufrido el choque de Leonardo de Vinci y de Miguel Angel y comprender sus lagunas, se consagró al más minucioso y apretado estudio del cuerpo humano. Ejecutó el presunto y pasmoso retrato de *Francesco Maria de la Rovera* y de la *Mujer encinta*, el *Angelo Doni* y el de *Magdalena Doni*, que se conservan en el Palacio Pitti. Efigies donde por la firmeza verídica de su observación, tanto que por la firmeza de su ejecución, parigualan á los mayores maestros intérpretes fieles y concretos de la realidad. Esta pasión de la exactitud le poseerá hasta el último día de su vida. Y al mismo tiempo que despliega en los techos y muros del Vaticano y de la Farnesina sus visiones, le vemos acabar los retratos resplandecientes de verdad, de Julio II, de Fedra Inghirami, de Baltasar Castiglione, de Navagero y de Beazzano, de León X y de los cardenales Rossi y Médici, y le vemos crear

imaginativamente los cien personajes que pueblan sus grandes frescos: filósofos, apóstoles, doctores, padres de la Iglesia, poetas, artistas, á los cuales ha dotado de un parecido tan energicamente característico, tan formidablemente auténtico, que basta haberlos visto una vez para que nos sean inolvidables.

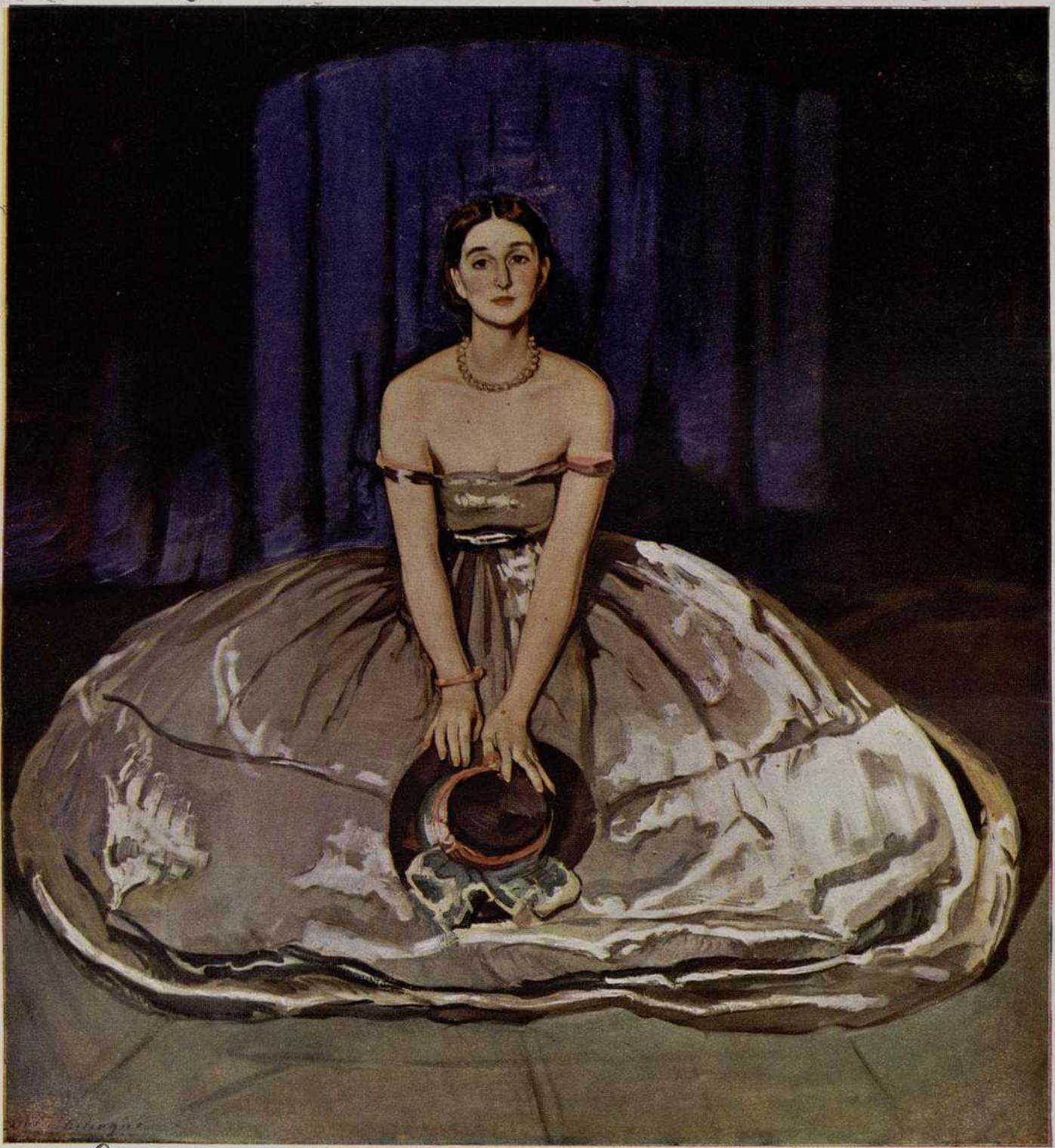
Es realmente el hombre del Renacimiento en el que todas las facultades fueron impulsadas á la más potente y radiante floración, y que, por lo tanto, sobrepasa á su arte y á su época. Hizo decir á la pintura cosas que nadie oíó antes que él y nadie ha dicho después y que sin él jamás habría dicho.

Rafael no es de esos maestros á quienes basta una lápida para recordar su existencia.

«Si nos queremos dar cuenta—dice Varazi con palabras de perdurable exactitud—de cómo el cielo puede mostrarse pródigo y amplio acumulando sobre una sola cabeza la riqueza infinita de sus tesoros y de sus gracias que ordinariamente reparte en largos espacios de tiempo á muchos individuos, podemos comprobarlo en el excelente y gracioso Rafael Sanzio de Urbino. Hombres tan bien dotados como él no son hombres, sino dioses mortales.»

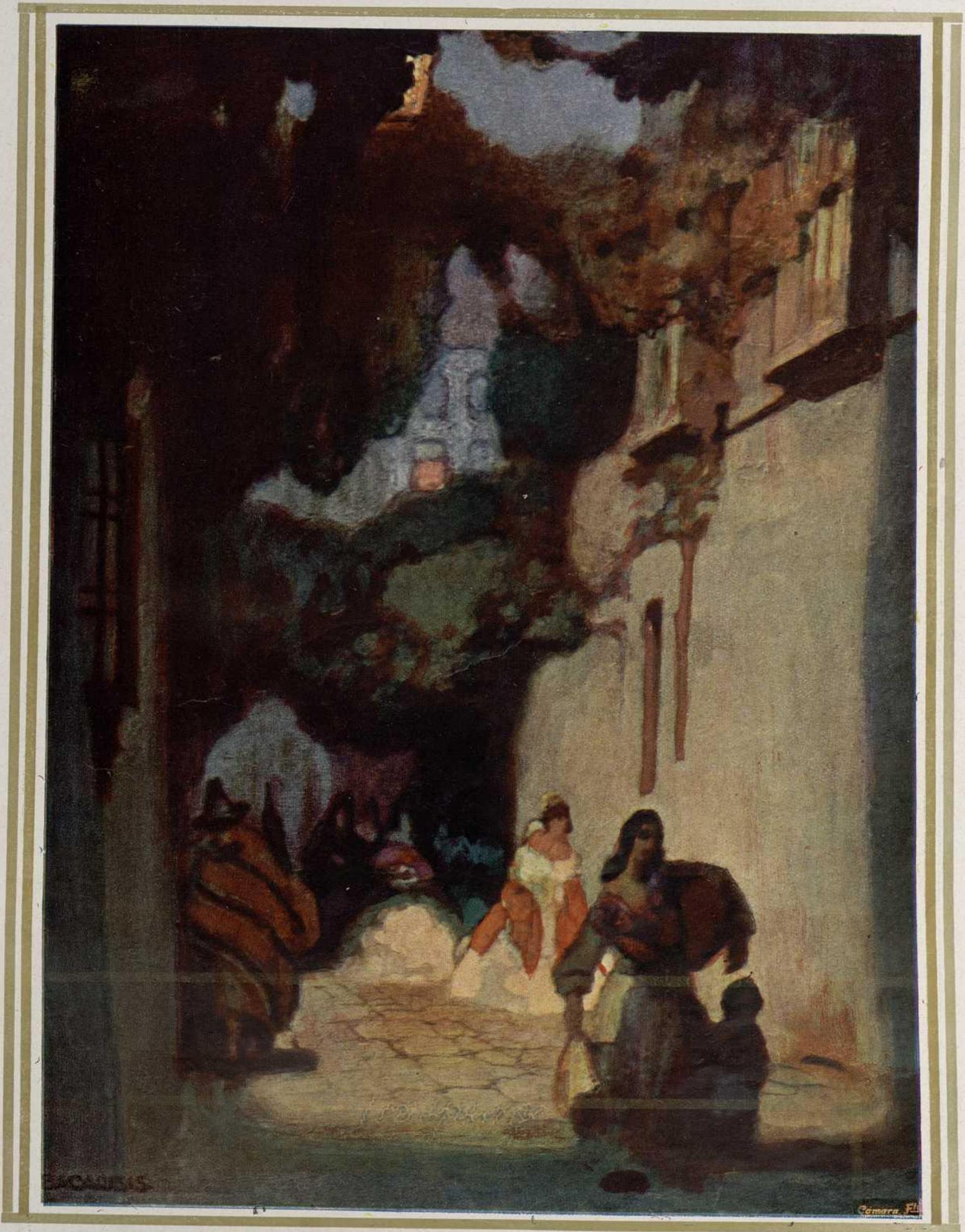
GABRIEL MAUREY

(Versión castellana de SILVIO LAGO)



«Retrato de la Princesa Obolensky»,
cuadro de Antonio Ortiz Echagüe

Las modas vuelven en el arte como en la vida. ¿No diríase, por ejemplo, que esta princesa nórdica pintada ahora por un artista de hoy, evoca la silueta de flor pomposa que tenían las grandes damas retratadas por Winterhalter en el romántico siglo XIX? Como las rosas del Versalles del Segundo Imperio, la rosa de Polonia muestra su fragancia de color y la armonía rítmica de su actitud. ¡Atrayentes retornos de la belleza viva y de la belleza pintada!...



«Calle andaluza», cuadro original de Gustavo Bacariss

Lacoma

Inaugura el día **QUINCE DE ENERO PRÓXIMO** una soberbia colección de SPORT, ejecutada á base de las mejores firmas de París.

Lacoma

Se propone introducir en España esta modalidad en su negocio, con el único fin de que vestidos de confección exquisita se hallen al alcance de todas las fortunas.

Lacoma

Invita á su distinguida clientela á visitar esta Sección especial, en la seguridad de que siempre encontrará en ella algo que le interese.

MADRID
Av. del C. de Peñalver, 7

SEVILLA
Tetuán, 5 y 7



ROMANCE CABALLERESCO

Si allá en los campos de Flandes,
 en cien alardes guerreros,
 probó tu espada su brío,
 probó tu brazo su esfuerzo,
 hoy te olvidas de quién eres
 y de tu ilustre abolengo
 en los brazos de una ingrata
 que te hace su prisionero,
 que á veces lazos de flores
 tórnanse en lazos de hierro.
 Ya no recorres los campos
 sobre aquel caballo negro,
 gallardo como ninguno,
 como ninguno soberbio.
 Ya no entretienes las horas
 en manejar el acero,
 enrojecido con sangre
 de quien intentó vencerlo;
 aquel acero heredado
 de los famosos guerreros,
 que en la vega antequerana,
 y de Granada en el cerco,
 lo esgrimieron con fortuna

contra osados agarenos.
 Ya no sueñas con victorias,
 que antes labraron tus sueños,
 ni con escalar castillos,
 siendo en su asalto el primero,
 ni con talar anchas vegas,
 cambiando, en horas de duelo,
 campos verdes y lozanos
 en arrasados y secos.
 Bien está que con las damas,
 quien siempre fué caballero,
 de caballero se precie
 y de galante halle premio,
 luchando por la belleza
 en las justas y torneos;
 pero no que esclavizado
 de unos ojos por el fuego
 olvide cuanto á su patria
 deben sus merecimientos,
 que mucho el amor reclama,
 pero el honor es primero.
 Mal pones la confianza
 donde por error la has puesto,

que de esa dama murmuran
 los que su favor tuvieron,
 y es como ligera pluma
 que cede á contrarios vientos.
 No te ciegues en las luces
 de tus claros ojos negros,
 que á otros ojos destumbraron
 para más tarde venderlos.
 Mira que rondan su alféizar
 cuando te suponen lejos,
 rondadores que juntaron
 la traición á los discretos,
 que sobran pajes y dueñas
 que se rinden al deseo
 de una bolsa bien repleta
 y de un torpe ofrecimiento.
 En las batallas de amores,
 más que el temerario esfuerzo,
 es precisa la cautela
 para vencer sentimientos,
 que propósitos bastardos
 se aprovechan del misterio
 y hacen esquelas de engaños,

alardes caballerescos.
 Vuelve de nuevo á la guerra,
 vuelve al combate de nuevo,
 torna al favor que amenguaron
 olvidos y devaneos,
 que ya te espera el triunfo,
 como en los pasados tiempos,
 y has de ceñir á tu frente
 el laurel de los guerreros.



Así escribió Don Fadrique
 al alférez de los Tercios,
 á Don Gonzalo de Ahumada,
 su hermano y su compañero,
 el más bravo de los bravos
 capitanes del ejército
 que tuvo el Rey Don Felipe
 allá en los campos flamencos.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

(Dibujo de Tejada)

ALEGORIA DE ESTE TIEMPO



Sobre el oso blanco de Enero, la frivolidad femenina. Símbolo de cuanto el mes de nieves ofrece al imperio alegre de la mujer. No importa el cielo algodónado de copos y turbio de niebla. Nada son las noches en la ciudad resbaladiza de barro líquido y frío. Nada las ventiscas de los senderos en cuesta hacia las cumbres serraniegas. La mujer, con sus colores de soaré ó sus colores de deporte, va al teatro que imita la vida ó al teatro que es naturaleza majestuosa. Sobre el oso blanco de Enero, la frivolidad femenina. Símbolo de cuanto impone hoy en el mundo, que ha logrado sujetar á su capricho y conveniencia. El mundo viejo, cano y pesado, con las garras ocultas, avanza bajo los latigazos y los evohés de la mujer vestida como un muchacho de otros tiempos. Sobre el oso blanco de Enero, la frivolidad femenina entra al nuevo año de su reinado. Y la nieve que voltigea en torno de la bestia enorme y la mujercita menuda, diríase las esquirlas de piedra que la amazona arranca á su cabalgadura paciente y sufrida como el alma del hombre de hoy, sometido también más que nunca...— EFE (Dibujo de Quesada Hoyo)

NOTAS DE LA EXPOSICION DE BARCELONA

La Biblioteca tan bonita



más profanos. Un *Boiseviè* antiguo, Regencia, de roble primorosamente tallado, forma las paredes del



Así es como el gran número de visitantes ha tomado la costumbre de designar uno de los *Stand*s más bonitos de la Sección francesa, en el Palacio Alfonso XIII.

Efectivamente, en el grupo decorativo y de mobiliario, la Casa Jansen, de París, tan renombrada por su buen gusto y sus impecables reproducciones, como por su maravillosa colección de objetos de arte y muebles antiguos, expone un conjunto que obliga á ser admirado hasta por los

Stand. En el fondo, al centro, ha y una

gran ventana *cintrée*, detrás de cuyas cortinas, una luz artificial, ingeniosamente dispuesta, produce la misma ilusión que el sol. Hundidas en la pared de la derecha é izquierda de esta ventana y también *cintrées*, se encuentran dos grandes bibliotecas llenas de libros antiguos con encuadernación auténtica. En las paredes laterales del *Stand*, dos grandes espejos. Delante de los espejos, dos grandes columnas de mármol, sosteniendo dos bustos de bronce (á la izquierda, Lafayette, por Houdon; á la derecha, un busto de mujer). Una alfombra oriental cubre el piso del *Stand*. En el centro, un velador cubierto por un tapete, que toca al suelo, de damasco verde. Encima del velador, una gran caja para te, de laca negra y dorada, con zócalo y cinturón de bronce dorado, cincelado.

Para completar el *Stand*, se han colocado delante de cada *panneau*, cuatro soberbios sillones Regencia, tapizados con gobelinos antiguos de colores insospechados.

Rindamos tributo á la Casa Jansen, la cual, exponiendo un conjunto tan acertado, ha contribuido con éxito al esplendor y á la belleza de nuestra gran Exposición.



EL TURISMO EN ESPAÑA

AMBIENTE TURISTICO EN ESPAÑA

Poco más de un año hace que fué creado el Patronato Nacional del Turismo. Quien haya seguido un poco atentamente el desenvolvimiento de este nuevo organismo oficial y haya observado la trascendencia de su obra en la vida y en el ambiente, tendrá que hacer justicia á sus servicios patrióticos y á la oportunidad del R. D. de 25 de Abril de 1928 que lo creara.

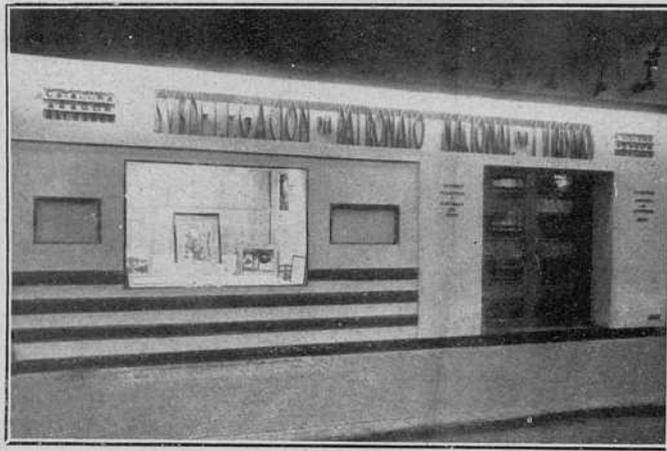
En primer lugar, hoy hay, en España, ambiente turístico, y en el extranjero han resonado gallardamente los pregones en favor de nuestros intereses y de la exacta valorización de la vida y del florecimiento de nuestro país, lanzados por el Patronato Nacional del Turismo y por las dos grandes Exposiciones de Barcelona y Sevilla. Ya ninguna mala voluntad, ninguna supervivencia de antiguas leyendas puede evitar el que muchos nos conozcan. Las gentes de fuera vienen á España y la corriente turística iniciada ya no se agotará.

Gracias al ambiente turístico de que hemos hablado, la prensa española presta hoy inteligente atención á un tema antes casi inabordable. Va formándose en la conciencia colectiva la idea de que tenemos un gran tesoro que conviene explotar, en bien de nuestra economía material y espiritual. Por lo demás, la eficiencia del Patronato Nacional del Turismo se advierte, cada día mejor, en todos los órdenes que pueden competirle: propaganda, mejora de comunicaciones, renovación hotelera, cuidado de nuestra riqueza artística y típica...

El Patronato Nacional del Turismo, dependiente de la Presidencia del Consejo de Ministros, es, dentro de los organismos oficiales, un modelo de modernidad y renovación. Hasta en lo material, el Patronato es una demostración de que en España han cambiado muchas cosas. Una invitación de la España acogedora de que á diario habla á nacionales y extranjeros.

OFICINAS DE INFORMACION DEL PATRONATO NACIONAL DEL TURISMO

Poder ofrecer á todo turista que entra en España una información veraz y gratuita, entregándole propaganda de los lugares que desea visitar y de aquellos que en su recorrido pudie-



Subdelegación del Patronato en la Región de Aragón, Cataluña y Baleares, oficina de información en Barcelona, instalada en la calle de las Cortes, 658

ra conocer; recibirlos en los puertos y fronteras, dándoles una prueba de la cortesía española y del cuidado que el Gobierno español pone en estas atenciones; mostrándoles todo el buen deseo del pueblo español y todo lo que ese buen deseo es capaz de organizar en poco tiempo, fué una de las primeras preocupaciones del Patronato, cristalizada en forma práctica, mediante la creación de sus Oficinas de Información en puertos, fronteras y principales lugares del interior.

Era completar el sistema de información y propaganda en el exterior, iniciado eficazmente con la creación de las Representaciones y Oficinas del Patronato, en París, Londres, Munich, Roma, Gibraltar, Nueva-York y Buenos Aires; era prestarse á recibir dignamente y en el momento de pisar tierra española á todos los que venían atraídos por el deseo de conocer la sorprendente variedad de España y la enorme pujanza de que iba á dar muestra bien clara y terminante en la celebración de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla é Internacional de Barcelona.

Obtenidos los medios materiales, sin pérdida de tiempo se emprendió la labor, y á los pocos meses de iniciada, el Patronato puede mostrar funcionando diez y ocho oficinas de Información que controlan todos los principales puertos españoles de llegada y salida de turismo, así como la frontera francesa en aquellos puntos donde el tráfico es intenso, lo mismo que el movimiento turístico en algunas poblaciones del interior, como Madrid, Toledo, Burgos, Sevilla y Granada. Abiertas estas diez y ocho oficinas

de Información, en plazo brevísimo se abrirán tres más (Salamanca, Badajoz y San Sebastián) é inmediatamente se emprenderá la labor de establecer las de Zaragoza, Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, que completarán el total del plan trazado.

El servicio de Oficinas de Información del Patronato se ha concebido como un sistema perfectamente articulado de Información, dentro del cual cada Oficina no es más que una célula de un organismo, cuya central está en Madrid, y mediante el enlace de la correspondencia diaria y la comunicación telefónica se reciben y dan las informaciones generales de toda España. De este modo, en su labor de información general de España, cada oficina se siente fuertemente ligada al resto del organismo nacional y puede cumplir su misión con toda regularidad.

El Patronato Nacional del Turismo tiene actualmente abiertas al público, las siguientes Oficinas de Información: Algeciras, Barcelona, Burgos, Behobia, Cádiz, Gijón, Granada, Irún, La Coruña, Madrid, Málaga, Palma de Mallorca, Santander, Sevilla, Toledo, Valencia, Vigo y Port-Bou.

Para la total organización faltan por abrir las Oficinas de Información siguientes: Badajoz, Bilbao, Las Palmas, Salamanca, San Sebastián, Santa Cruz de Tenerife y Zaragoza.

Montadas estas oficinas, queda completo el plan trazado, y se destacan del total los siguientes intérpretes: Ayamonte, Canfranc, F. de Oñoro, La Frejeneda, Medina del Campo, Miranda de Ebro, Puigcerdá, Rosal de la Frontera, Túy, Valencia de Alcántara y Venta de Baños.

OFICINAS DE INFORMACION DE LAS SUBDELEGACIONES, JUNTAS PROVINCIALES Y LOCALES.

El Patronato, por medio de sus Subdelegaciones, Juntas Provinciales y Locales, ha estimulado la creación de Oficinas de Información de interés regional, provincial y local, siendo ya muchas las capitales de provincia que hoy ofrecen en el domicilio de la Junta Provincial una Oficina de Información que sostenidas por estos organismos con fondos propios, brindan á todo visitante una completa información local y provincial.

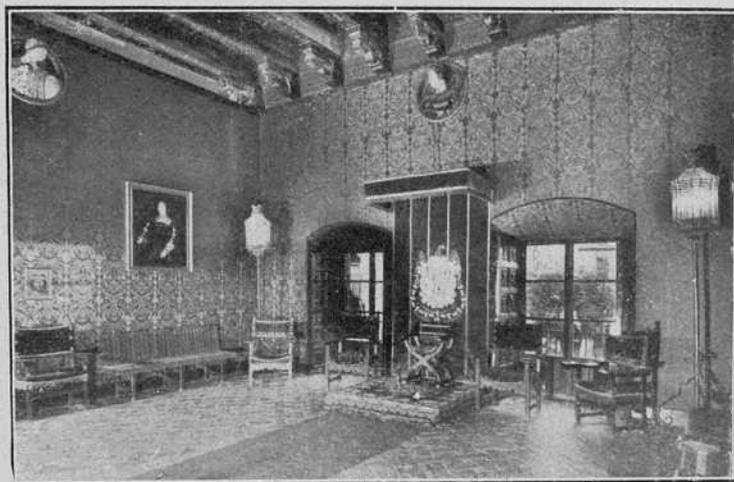


Agencia y oficina de información del Patronato en París, instalada en el Boulevard de la Magdalena, 12



Oficina de información del Patronato Nacional del Turismo, instalada en Málaga, en el muelle del Guadiaro

El Patronato Nacional del Turismo y el Arte



Salón de honor de la «Casa de los Tiros», de Granada



Una de las salas de esculturas, del Museo de Mérida

UNA de las preocupaciones fundamentales del Patronato Nacional del Turismo desde su fundación, fué todo lo relativo á ese caudal incomparable que nos legaron los siglos como herencia de valor único: el arte español. El Patronato sabe muy bien, en efecto, que si el turismo en España tiene una auténtica razón de ser y un fundamento firme es porque se asienta sobre algo de tan excepcional importancia como la enorme y sorprendente riqueza artística de la tierra española. El turismo español es, ante todo, un turismo esencialmente artístico, ya que en pocos países como en España el genio creador de un pueblo dejó tantas y tan magníficas muestras de su fuerza. El Patronato, al crearse, tenía forzosamente que orientar su atención hacia esa eterna expresión del alma española. Por ello, las cuestiones relacionadas con el arte fueron situadas, desde luego, en el primer plano de sus preocupaciones.

En la organización del Patronato correspondió á uno de los vicepresidentes la Delegación de Arte. Esta Delegación debe velar por la formación y reunión del mayor número posible de elementos utilizables para el conocimiento completo y detallado de todos los lugares monumentales y pintorescos de España, desde el punto de vista turístico; por el desarrollo, custodia y conservación de la riqueza artística; por el estudio de cuanto se refiere á la reparación de monumentos, también desde un punto de vista turístico; por el suscitar y apoyar cuantas iniciativas tiendan al mejor conocimiento de las bellezas naturales de España, etc. Tarea complejísima, para la orientación de la cual, el vicepresidente Delegado de Arte cuenta con una sección especial: La Asesoría Artística.

Desde un principio, el Patronato se dedicó á la tarea de dotarse á sí mismo de los elementos indispensables para el acabado conocimiento y catalogación de las bellezas artísticas y naturales de España, de sus valores espirituales representados por su arte, sus caracteres típicos, sus fiestas, etc. Para ello, el Patronato procuró orientar su labor en las siguientes direcciones: reunión de los elementos necesarios mediante la formación de un gran catálogo monumental de España, en el que se recoge la más amplia y completa información gráfica de las grandes bellezas de nuestra Patria, catálogo que está ya muy adelantado y alcanza en la actualidad un número de más de 5.000 fichas y en el que se comprende todo lo que ofrece un interés turístico ó un valor espiritual auténtico; vistas generales ó parciales de la ciudad ó lugar, tipos y costumbres, paisajes, arquitectura, pintura, escultura, artes industriales, aspirándose á completar todo ello con la docu-

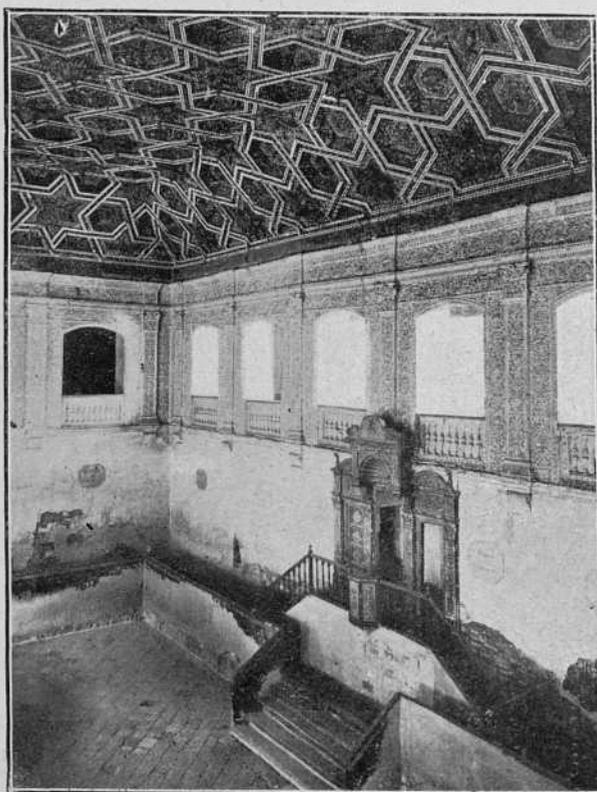
mentación gráfica hasta de los menores detalles; la elaboración de un gran Archivo de diapositivas, con temas de arte español, para facilitarlas á los conferenciantes que las soliciten, ya que constantemente llegan al Patronato peticiones del extranjero en demanda de proyecciones con que ilustrar conferencias sobre España ó el arte español, y á tal fin, el Patronato dispone ya de un archivo considerable y que se incrementa continuamente; la redacción en varios idiomas de unos modelos de conferencias para disponer de ellas con destino á la propaganda y que, en plazo muy breve, se van á enviar con las proyecciones adecuadas á las principales universidades y centros culturales de los Estados Unidos; la formación de un amplio índice bibliográfico de cuantos libros, folletos y artículos de revista se han publicado en todo el mundo é interesen directamente al turismo ó el arte españoles; contribuir con la donación ó préstamo de fotografías á cuanto en el orden de la divulgación y difusión de España y su arte sea conducente, pudiendo afirmarse que se han repartido ya más de 5.000 fotogra-

fías sobre España y más de 1.000 dispositivas; intervenir y asesorar, cuando se les requiera, en las cuestiones que desde el punto de vista turístico suscita el desarrollo y conservación de la riqueza artística.

El Patronato coopera eficazmente á la conservación y restauración de monumentos artísticos y al sostenimiento y desarrollo de diversos Museos. En este aspecto, la labor realizada no ha podido ser más fecunda y digna de aplauso. Se ha emprendido la restauración de la Universidad de Alcalá de Henares, y principalmente del Paraninfo y del Patio trilingüe, que se hallaban en lamentable estado de abandono. Asimismo, se ha restaurado la «Casa de los Tiros», de Granada, en la que se ha realizado una labor muy importante. Este bello monumento de la capital andaluza estaba abandonadísimo y el Patronato ha realizado en él obras de conservación, decorado de sus salones, arreglando sus patios y jardines y habilitando el edificio para representación del Patronato en Granada y para celebración en él de Exposiciones. En este

orden de cosas, el Patronato ha contribuído también á la instalación del Museo de Mérida, donde se conservan interesantes antigüedades romanas, y de otro interesante museo en la antigua Colegiata de Covarrubias. También ha concedido auxilios y subvenciones a los siguientes museos: Provincial de Burgos, Parroquial de San Vicente, de Toledo, y Museo de Pontevedra, inspirándose siempre en el criterio de ayudar á los museos pequeños é incipientes, que necesitan de cooperación económica para poder desenvolverse.

Pero el Patronato no se ocupa solamente de la divulgación y conservación de la tradición artística española, sino al propio tiempo de mantenerla viva en el presente. El Presidente del Patronato, conde de Güel, es partidario de la divulgación del arte moderno, porque en su concepto del tesoro artístico nacional, el arte contemporáneo es también un factor que lo integra. Por ello, el conde de Güel tuvo la iniciativa de que el Patronato celebrase unas Exposiciones regionales de Arte, con objeto de valorar y difundir debidamente las obras de los artistas españoles actuales. Estas Exposiciones han alcanzado un gran éxito y se han celebrado ya en Valencia, donde se reunió una interesante colección de pintura y escultura levantina; en Toledo, notable por la brillante representación de industrias artísticas que en ella había; en Santillana del Mar, que reunía algunas interesantes obras de pintores castellanos; y por último en Granada, exposición de singular importancia por el gran número de obras reunidas y el prestigio de los artistas que á ella concurrieron.



El Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares
(Fot. Lladó)

EL TURISMO Y LA HOTELERÍA

Las actividades del Patronato en relación con la hotelería, comenzaron en el momento mismo de su constitución.

Deseoso el Gobierno de evitar aumentos exagerados en los precios de los hoteles, con motivo de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, ordenó al Patronato la publicación de una *Guía Oficial Hotelera*, para la que hubieron de recopilarse los datos precisos y editarse la *Guía* en el plazo de dos meses.

Posteriormente se encargó también el Patronato de la confección y entrega del *Libro Oficial de Reclamaciones* en todos los hoteles de España.

Han sido muchos los casos en que ha intervenido el Patronato cerca de los Gobernadores civiles, para evitar que por los hoteleros se cobrasen precios no autorizados.

Continuamente interviene el Patronato informando sobre las solicitudes de aumento de precios en los hospedajes presentadas por hoteleros de todas las regiones de España.

Ultimamente, el Patronato ha publicado el reglamento para conceder el título de «hotel recomendado» á aquellos establecimientos que por sus condiciones son acreedores á esta distinción, siendo ya varias las peticiones que se hallan presentadas y que se encuentran en curso de tramitación.

HOTEL ATLÁNTICO, DE CÁDIZ

Desde el punto de vista de colaboración del Patronato en la instalación de nuevos hoteles, se ha llevado á efecto la construcción del Hotel Atlántico, de Cádiz.

El estilo adoptado para este hotel es moruno, ó, mejor dicho, una estilización del marroquí, dentro de las líneas modernas. Justifica la adopción de este estilo el emplazamiento del hotel al borde del mar, que hace destacar la intensa blancura del edificio, tan en armonía con el azul del mar y del cielo y la nota verde del parque.

Consta el hotel de planta baja, entresuelo, tres pisos y azotea.

En la planta baja se halla situado el *hall*, sala de visitas, salón de lectura, sala íntima, salón de baile y un departamento para Exposiciones, todo ello reuniendo el lujo y confort apetecibles en un hotel moderno.

El comedor tiene vistas directas al mar por

gran número de huecos, con el fin de dar al turista el mayor contacto con la Naturaleza.

La planta de entresuelo, allí donde las piezas de la planta baja no requieren la altura máxima, se ha aprovechado para la instalación de dormitorios y al mismo tiempo otras piezas que por su índole conviene tengan cierta independencia, como son: un comedor privado, que puede servir para niños; los servicios de peluquería, manicura, pedicura, etcétera, etc.

Los dormitorios dan en su mayoría á las fachadas exteriores, quedando solamente un número reducido que tiene luz y ventilación por el patio central.

Cada habitación tiene su cuarto de baño con todos sus accesorios y el hotel cuenta con un total de 87 habitaciones.

La construcción del hotel se ha llevado á cabo en diez meses, y su apertura al público ha tenido lugar el 1.º de Noviembre.

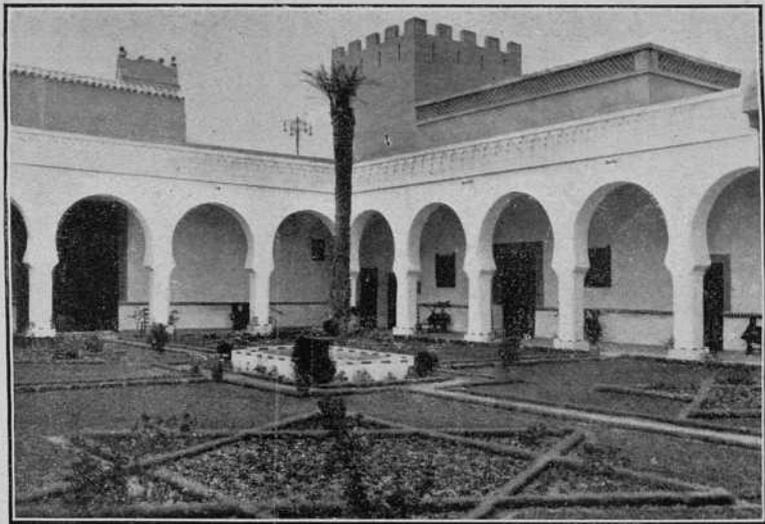
ALBERGUES DE CARRETERA

Tiene aprobado el Patronato la construcción de 12 albergues de carretera, para descanso y refugio de los automovilistas.

Estos albergues están emplazados en los lugares siguientes:

Aranda de Duero, Almazán, Medinaceli, Triste, Quintanar de la Orden, Manzanares, Motril, Antequera, Benicarló, La Bañeza, Lorca y Puebla de Sanabria.

La organización de estos albergues, á pesar de su tamaño, es la de un hotel de viajeros, y por ello disponen de una parte de alojamiento para dichos viajeros y otra para los mecánicos y el servicio, siendo todas estas dependencias perfectamente independientes, pero comunicándose adecuadamente para la comodidad necesaria del servicio que han de prestar.



Pabellón de Turismo en la Exposición de Sevilla

PARADORES Y HOSTERÍAS

De esta clase de instalaciones hoteleras, en las cuales se conserva el carácter típico regional, tiene el Patronato en construcción las de Oropesa, Ubeda y Simancas, y va á comenzarse en breve la de Santas Creus.

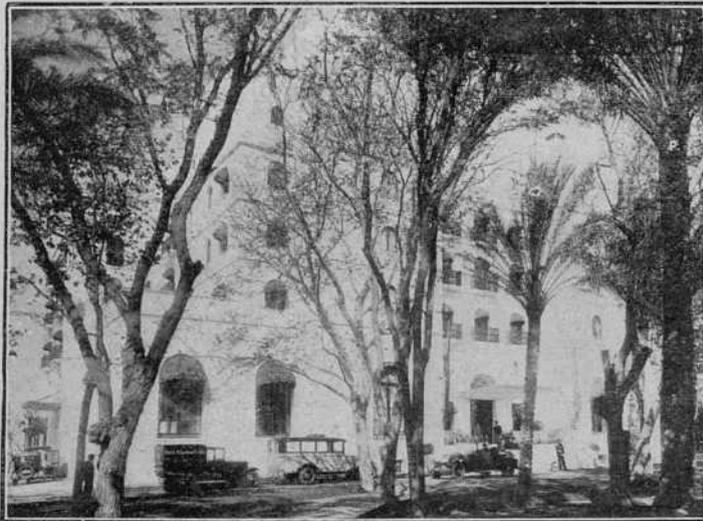
PARADOR DE GREDOS

Este parador, construido por la Comisaría Regia del Turismo, pasó a depender del Patronato en el mes de Febrero del año corriente, abriéndose al público á principios de Marzo y habiendo sido visitado por numerosísimos turistas durante los meses de verano, en los cuales ha permanecido constantemente lleno.

En la actualidad se está procediendo á la ejecución de una serie de reformas y mejoras, como son la ampliación del *hall* y salón de estar, construcción de un nuevo *garage* y habilitación de habitaciones para *chauffeurs* y servicio. Estas reformas quedarán terminadas en un plazo de dos ó tres meses, abriéndose seguidamente al público el parador.

HOSTERÍA DE LA RÁBIDA

Con el fin de dar las mayores facilidades posibles para la visita á los lugares colombinos, ha llevado á cabo el Patronato la construcción de una hostería en La Rábida, á poca distancia del monasterio, cuya hostería se abrirá al público en los primeros días del año próximo.



Hotel Atlántico, de Cádiz



Portada del parador de Ubeda

VIDA TEATRAL

El año del vanguardismo



LENORMAND
Vanguardista francés que toma por modelos los clásicos españoles



JACINTO BENAVENTE
Que en vez de ir contra el «cine», con preciosismos, busca en el «cine» su posición de vanguardia

TENDREMOS por fin un teatro de vanguardia? Me parece que no. Hablamos demasiado de él y esas cosas surgen espontáneamente: *ex abundantia cordis* y no *ex abundantia verba*.

Un teatro nuevo es una reacción natural contra un teatro viejo ó avejentado porque agotó su fórmula, y si además ha de ser teatro de vanguardia, requiere dramaturgos con orientación tan clara y definida hacia un ideal, que les permita ser un poco profetas.

Nuestro teatro actual no padece por agotamiento de fórmulas, sino por falta de valores que colocar en ellas. Si los hermanos Quintero recobrasen las esencias lozanas de su florida juventud, harían ahora, con la vieja fórmula del sainete mesocrático andaluz, comedias gratas al público y á la crítica, y Muñoz Seca, que acertaba por lo menos una vez al año, empleando la fórmula vetusta de Volf y de Flers y Caillavet, acertaría siempre si no se empeñara en ser vanguardista á su manera, queriendo llevar demasiado lejos la fórmula de que salieron *Trampa y Cartón* y *La frescura de Lafuente*, que ya tenían demasiado vanguardismo en su género.

Por otra parte, tampoco tenemos autores nuevos que reaccionen por un impulso natural, perseverante y enérgico, contra esas «maneras» teatrales: Manuel Abril, por ejemplo, encontró en Martínez Sierra padrino—y padrino rico y espléndido—para una comedia de avanzada por lo menos, que todos aplaudimos; pero Manuel Abril se enamoró luego de Pirandello—¿existe Pirandello á estas horas?—entregó su personalidad naciente á los caprichos de la moda y su comedia primera sigue siendo hija única, sin perjuicio de que su autor tenga hijastras.

Valentín de Andrés ha hecho también una comedia de vanguardia y también hemos aplaudido todos; *Tayari!*...; pero inmediatamente se ha convertido en padrino de los vanguardistas y ha prestado su pabellón para cubrir mercancías exóticas como *Chinelón* y como *Los medios seres*, elaboraciones sesudas; pero sin contenido básico ni, naturalmente, forma extraña que tuviese su razón de ser en ese contenido inexistente.

¿Puede ser Gómez de la Serna un dramaturgo de vanguardia? Evidentemente es posible, y no hay por qué elegir entre millares de obras que lo demuestran, un teatro humorista; pero Ramoncito, que ha inventado un género propio, no puede hacer ese teatro, so pena de olvidarse del molde cotidiano de las «Greguerías», con la libertad, la gracia y el acierto de Valentín de Andrés.

Las «Greguerías» son un estilo especial que ha exigido y exige cada día más de su autor una especialización indispensable para ir cada día un poco más lejos en él; pero por eso mismo cada día menos compatible ó por lo menos más inadecuada para otros géneros literarios distintos de los que más frecuentemente cultiva Gómez de la Serna. El humorista de las «Greguerías» necesita desandar mucho camino para poder ser humorista en el teatro.

Nuestros vanguardistas, por otra parte, tienen una filiación excesivamente literaria para hacernos súbitamente un teatro nuevo y esto porque el teatro es en cierto modo y si entendemos por literatura la erudita principalmente, el menos literario de los géneros.

Ahora mismo ha llegado á la escena de la *Comédie Française*, un dramaturgo vanguardista (de allende el Pirineo, naturalmente). No sin abandonar en el camino algunos de los atributos de vanguardia, allí donde la literatura tiene plaza mayor que aquí en la escena y aun mostrándose en el escenario conservador de la tradición literaria, ha sido tildado de preciosista. El preciosismo, que es de una época y de un género y puede ser teatral en obras de ese género y de esa época, resulta totalmente inadmisibles cuando los que hablan en escena son dos marineros rudos é ignaros á que el autor quiso dar contextura real, enteramente humana.

Los dramaturgos pueden y deben hacer literatura, puesto que de todas maneras el teatro es un género literario; pero deben hacerla *sans le savoir* ó á lo menos sin que el público se dé cuenta de que lo saben. Zorrilla mismo, á pesar de las décimas y los ovillojes de su Don Juan, no era el mismo en dramas que en sus comedias, y había corregido los preciosismos de Calderón que, por otra parte, no tienen en *El Alcalde de Zalamea*, por ejemplo, el mismo valor porque no tendrían la misma adecuación que en *La Vida es sueño*.

Y es lamentable que nuestros vanguardistas extremen aún el preciosismo, llevándole de la expresión verbal á la expresión escenográfica. Por una paradoja que sería inexplicable si ellos fueran vanidosos, precisan que la literatura—su diosa y señora—es insuficiente para llegar al público y la complementan con escenografías totalmente fuera de la realidad. Si quisieran expresar con eso que pretenden estar alejados de todo contacto con la realidad, harían bien huyendo de que sus personajes sintieran y actuaran como humanos.

Pero los defensores del preciosismo en el teatro alegan que significa una reacción contra el cinematógrafo vencedor é imperante; no será ese mucho reaccionar, ya que está inicialmente resuelto el problema del *cine* sonoro; pero, además, obras verdaderamente de vanguardia han triunfado por el camino contrario: siguiendo, en lugar de contrariarla, la corriente de libre expansión artística del *cine*, frente al remanso del teatro esclavizado por los preceptistas de una escuela de que no conseguimos librarnos.

Sin citar el caso de Lenormand y tomando el ejemplo de casa, hemos tenido durante el año una comedia realmente de vanguardia, *Vidas cruzadas*, y esa comedia tiene la traza y estructura de una verdadera película. Tal vez ha estado en esa estructura uno de los motivos principales de su éxito excelente y nadie ha podido culpar al autor de haber ido demasiado lejos en su modernismo.

Benavente resulta así nuestro único dramaturgo de vanguardia; pero, ¿cuándo no lo fué? Sólo *El nido ajeno* en su larguísimo repertorio corresponde al período que, tratándose de él, podríamos llamar arcaico. Desde *Gente conocida*, estamos siempre en presencia de un teatro nuevo, que además se renueva constantemente y toma en muchas ocasiones formas imprevistas, y en pos de Benavente marcharon luego los que tenían la ilusión de señalar á todos el camino. No hay necesidad de ejemplificar la afirmación; pero no faltará quien piense que sin *Los intereses creados* ni hubiésemos visto el indumento de *Chinelón* ni hubiéramos oído el prólogo de *Los medios seres*.

Pero tal vez no faltará tampoco quien piense que a l autor de *Vidas cruzadas* le falta, para ser de vanguardia, el preciosismo. Lamentable error, ya que Benavente podría ser, de quererlo, tan preciosista y aun tan gongorino como el que más, siquiera no confunda para serlo *Amor de amar* ó el final del cuadro segundo de *Los intereses creados*, con *Todos somos unos* ó con *Señora Ama*.

Y es que para ser vanguardista, como para todo, lo primero que se necesita es hacerse cargo.

ALEJANDRO MIQUIS



RAMON GOMEZ DE LA SERNA
Que hubiese sido un dramaturgo de vanguardia, si no fuese el supremo pontífice de las «Greguerías»



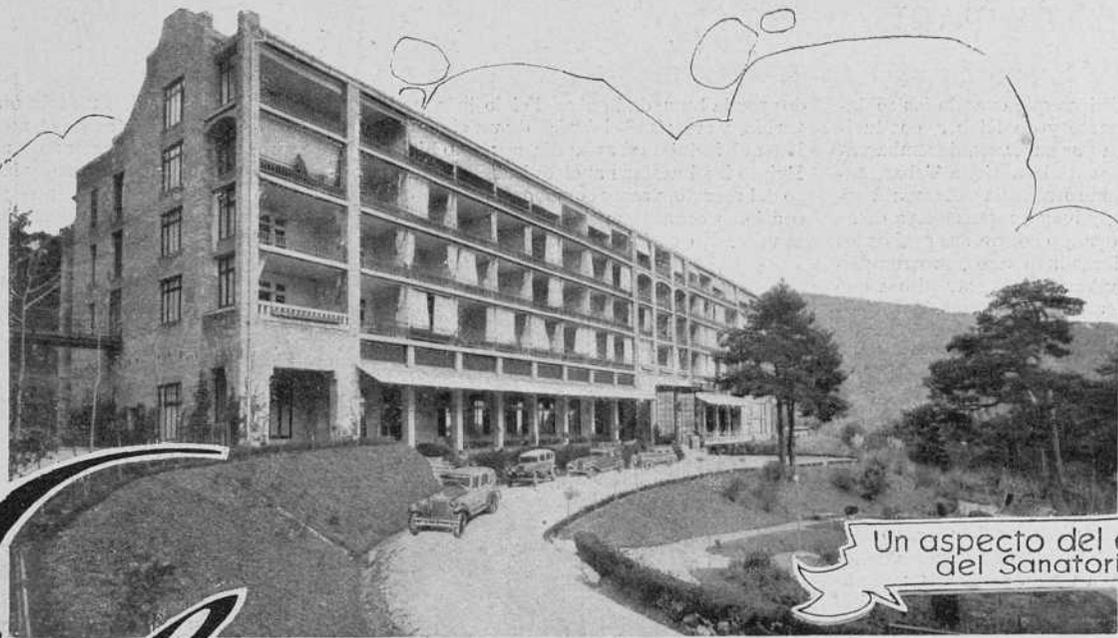
MANUEL ABRIL
Que se inició como vanguardista y no ha querido seguir su camino propio

LA MODERNA ESCULTURA ESPAÑOLA



DIANA

Escultura en bronce, original de Manuel Laviada



Un aspecto del exterior del Sanatorio

La Fuenfria

Las personas que no han visitado un sanatorio tienen una idea completamente falsa del aspecto interior que presenta. Se imaginan que cada habitante es un tísico que lleva en sí el cuadro clásico de enflaquecimiento, palidez cadavérica, tos continua, etc. Nada más erróneo. Es curiosísima la sorpresa experimentada en ocasión de la primera visita. En lugar de enfermos sólo se ven personas con toda la apariencia de una robusta salud, bien nutridos, bien coloreados y alegres de carácter. La sorpresa sube de punto si se ingresa en el comedor. Todos comen con un apetito envidiable, y lo que resulta verdaderamente paradójico, no se oye toser una sola vez. Esta es la primera impresión que se recibe. De un optimismo consolador.

Tal sucede en el Sanatorio de la Fuenfria, á sesenta kilómetros de Madrid. El edificio está emplazado á una altura de 1.360 metros sobre el nivel del mar, altura precisamente ideal en la Sierra de Guadarrama; el paraje es realmente encantador, y la vista que desde él se divisa, de las más bellas de la sierra. Un inmenso bosque de pinos rodea toda la parte posterior y laterales del Sanatorio en una extensión de varios kilómetros, prestando un especial aroma al ambiente, mitigando las violencias del viento, dulcificando la temperatura en las estaciones extremas é higienizando, con sus múltiples propiedades, el clima de la localidad.

Si á esto se agrega que una dirección médica de la más alta competencia presta al establecimiento una categoría científica de primer orden y que á pesar de no haberse escatimado nada en la construcción é instalación del Sanatorio para que responda á las últimas exigencias de la higiene y del confort, una acertada administración hace posible la estancia en el mismo á precios muy modera-

dos—desde treinta pesetas pensión completa—se comprende la justa fama de que goza el Sanatorio de la Fuenfria, fama apoyada en una dilatada serie de éxitos que confirma la posibilidad de curar la tuberculosis pulmonar en una proporción muy considerable con el régimen sanatorial racionalmente observado.



Vista parcial del hall



Vestibulo

EMOCIONES DE PARIS

La escenografía urbana

CUENTAN las crónicas que cuando los soldados de Bonaparte y de Kleber, conducidos Nilo arriba por barcazas, desembarcaron junto a las ruinas de la antigua Tebas, enmudecieron con asombro ante la columnata gigantesca de Karnak, y luego, repuestos ya de su estupor pristino, apoyando contra sus pechos los fusiles para tener libres las manos, prorrumpieron en la salva de aplausos más estrepitosa que no escucharon los teatros parisienses. A la postre, era sólo una decoración lo que ovacionaban, una decoración milenaria é histórica, especie de proscenio feérico, no un vestigio de pretéritas edades. Este sentido escenográfico definirá siempre al francés, sobre todo al francés de París.

Su ciudad misma contribuye á fomentar en él semejante sentido, pues no hay otra construida de tan efectista modo. Un concienzudo estudio del emplazamiento ha presidido desde remotos tiempos la erección de sus piedras solemnes, conservándose, si no perfeccionándose, á través de las centurias. Quizá sea la mayor causa del gran encanto irresistible con que nos subyuga la capital gloriosa, sin que lo dilucidemos á menudo, el realce de las perspectivas, el valor decorativo de los sitios, la escenografía urbana, en fin. Cada edificio, cada rincón de arboleda, cada recodo inesperado, constituye un acierto, hasta el extremo de que, visto una vez, se nos antoja que no pudo existir sino ahí, que ahí surgió naturalmente, y que ahí ha estado de continuo. Al punto desistiremos, por ejemplo, de figurarnos que la torre Eiffel data de escasos años, aunque no lo ignoramos, ni de que la nueva Opera no sirviera de fondo á la avenida de su nombre; no hablemos de reliquias como el Louvre ó la torre Saint-Jacques, nobles por su contorno y por su origen. Incluso lo menos apreciable, en cuanto á la estética respecta, se halla bien colocado, se halla asentado bien y nos sugiere la idea de algo definitivo.

Un día, remontando el Sena á bordo de uno de esos *bateaux-mouches* que verifican su servicio público de saliente á poniente, se nos revela de súbito el excepcional carácter santuario de la Ville-Lumière: á ambos lados se yerguen monumentos majestuosos ó graciosos, ennegreci-

dos por la humedad entre el cielo gris y el agua turbia, y creíase el desfile de un cinemático telón que indujera á aplaudir, según lo hicieron en Egipto las huestes napoleónicas. Después, al tanto del secreto, vamos corroborándolo en distintas ocasiones durante nuestras curiosas correrías por la urbe. No se ha emplazado nada sin tomar en

cuenta su situación más favorable, concepto arquitectónico que parece elemental y que resulta raro. Así, nos encontramos mejor en este suelo que en ningún otro suelo, y la calle ejerce sobre nosotros una atracción que no sabemos á qué atribuir, obedeciendo al motivo de sentirnos en un paraje armónico.



He aquí la amplia plaza de la Vendôme y la columna de su nombre, no menos teatralmente dispuestas



El Arco y plaza de la Estrella, uno de los mayores aciertos de la escenografía en París



Perspectiva de la Cité, á cuyo frente se alza la enorme mole de Nuestra Señora, como un bello telón

Quien conozca París y no lo habite, añorará toda su vida ciertos panoramas inolvidables: la isla de la Cité, contemplada desde alguno de los puentes fronterizos, con la enorme mole de Nuestra Señora dominando el prócer conjunto de Lutecia; los Campos Eliseos, á cuyo final se alza el ciclópeo Arco de Triunfo; la estrecha calle Laffitte, que dibuja en las nubes la basílica blanca del Sagrado Corazón, muy y distante, como por un

fenómeno de espejismo; las puertas Saint-Denis y Saint-Martin, la Magdalena, macizos del bosque de Boulogne ó de las Tullerías, si no del exquisito parque Monceau ó del florentino jardín del Luxemburgo... ¿Por qué no olvidaremos nunca tales espectáculos? Porque llenan su misión espectacular, precisamente. Tanto la llenan, que, apenas cesamos de verlos con los ojos para evocarlos con el espíritu, empezamos á aureolarlos de melancolía, una nostalgia los adorna, y en nuestro fuero interno se vuelven apoteósicos. El caso del niño que asiste á una función de magia, cuyos trucos imagina pronto superiores á los que hubo de presenciar en realidad, merced á las miríficas lejanías del recuerdo, lo repiten los turistas por lo que á París atañe.

¡París, ensueño viviente, escenario donde actúa de comparsa todo el mundo, palpitante ilusión! Nos complace su decorado teatral, conforme nos complacen las atmósferas cálidas ó esas casas muelles en que no echamos de menos nuestra propia casa. Dentro de su recinto quisiéramos vivir, y aun morir dentro de su recinto, escapando por escotillón bajo las bambalinas color perla de su firmamento y ocupando cualquier sepulcro un poco teatral también, á lo Musset, con la romántica estrofa consabida y el sauce imprescindible...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

Un delito imperdonable



ME vestí [deprisa, traspuse la distancia que separa la alcoba del despacho y caí en los brazos del visitante.

—Querido José!... ¡Cuánto tiempo sin verte!... Oye, ¿estabas durmiendo?

Hice un gesto denegatorio, estúpidamente denegatorio, ya que mi rostro era una rotunda afirmación, y otra vez la voz del visitante continuó aunando admiraciones:

—Chico, que alegría! ¡Quién iba a decirme que había de encontrarte al cabo de tanto tiempo! ¿Te acuerdas?...

Reprimí un bostezo.

—De qué?

—¿Cómo que de qué? ¡De entonces!!

Ante mis ojos, adormecidos aún, el adverbio se transfiguró en una interrogación monstruosa tendida á través del espacio y del tiempo.

—No recuerdo nada—confesé al fin.

—Acaso la criada no te dijo que estaba Gómez?

—Sí, eso me dijo.

—Pues aquí me tienes! ¡Yo soy tu antiguo compañero de instituto!

—¡Oh!—grité fuertemente.

Y le oprimí entre mis brazos, con fingida emoción. Gómez, Gómez... Un hilo muy débil, tirando del pasado, me trajo el recuerdo de un muchacho rubio, alto y pálido, que cazaba moscas con destreza insuperable, que mascaba los lápices, las gomas de borrar, los papeles y las pastas de los libros, y que, una mañana, durante la clase de dibujo, por no sé qué motivo insignificante, me arrojó un compás, con tan buena puntería que en poco estuvo que no perdiera el ojo derecho.

—Perdona, hombre! ¿Cómo no acordarme de tí? Si vieras la de veces que me he preguntado qué sería de tu vida...

—Pues aquí me tienes!

—Bueno, bueno.

—Como verás no olvido nunca á los buenos amigos.

Sin recoger la ironía, repuse:

—Ni yo, puedes creerlo.

Y hubo una pausa.

Sonrió Gómez, complacido, y yo, haciéndome reflejo suyo, sonreí también, aunque, interiormente, un remordimiento borraba toda satisfacción posible.

Y era por completo inútil que, en mi deseo



Asombrado de la intuición de mi amigo...

de salir de la quietud indiferente en que me hallaba sumergido, tratase de evocar escenas pasadas. ¡La noble emoción no acudía! «Recuerda que Gómez era un chico muy simpático—decíame á mí mismo—, recuerda sus voces, sus ademanes desenfadados, sus carreras por el patio del instituto, sus piruetas, sus empujones, sus zancadillas y sus risas; recuerda que él fué quien te proporcionó el primer pitillo, engendrando en tí el vicio que había de acompañarte ya siempre; recuerda sus picardías, sus travesuras—de la que en alguna ocasión te hizo víctima—y recuerda que, escudándose en un gesto fingido de candor, logró muchas veces que la cólera de los catedráticos, rebotando de pupitre en pupitre en la busca del escandaloso desconocido, fuese á caer sobre el tuyo...

—Querido Pepe, yo venía, ¿sabes?... Yo venía á pedirte un favor...

—Concedido.

—¡Oh, gracias! Ya suponía yo que no te negarías á complacerme. Pues bien, es que necesito algún dinero que te devolveré la próxima semana. ¿Puedes prestármelo?

Le dije que sí.

Y las monedas pasaron de mi bolsillo al suyo entre frases de agradecimiento, himnos á la amistad y promesas de devolución.

(Tal fué la iniciación del delito de lesa amistad del que hoy hago confesión pública para ejemplaridad ajena y redención propia. Pero aún hay más. Los actos que con posterioridad á la escena descrita realicé fueron todos encaminados á la perpetración del delito.)

La semana próxima, el mes inmediato y el año siguiente transcurrieron sin que volviese á ver á Gómez, el amigo de la infancia, pues si bien es verdad que en diferentes ocasiones creí reconocerle en la persona de un individuo parecidísimo á él, no estoy seguro de que en realidad fuese, ya que, cuantas veces la casualidad nos puso frente á frente, el otro, sin duda molesto por la insistencia de mi mirada, volvió el rostro, se caló el sombrero hasta las orejas y desapareció rápido.

También es cierto, como se ha dicho, que cuando supe las señas de su domicilio le escribí varias cartas recordándole su compromiso, y que, como no obtuviera contestación á ninguna de ellas, intente verle, sin conseguirlo.

No es menos cierto que la ejecución de estos actos me llevó un desmedido afán de recuperar el dinero prestado, afán que se acrecentaba conforme transcurría el tiempo. Tampoco he de negar que una honda rabia me obligó cierto día á relatar á un amigo lo sucedido.

—Eres un miserable!—fué el comentario de éste, cuando hube finalizado el relato.

—¿Yo? ¿Por qué? En un caso, Gómez...

Mi amigo me miró iracundo.

—¿Aún quieres culparle?—exclamó—. ¿Es tan grande tu cinismo que aún te atreves á hablar mal de ese pobre amigo de la infancia al que no has hecho más que ofenderle con groseras cartas y con visitas inoportunas?

Protesté:

—En las cartas yo no le decía ninguna grosería, te lo juro; únicamente le suplicaba que me devolviese el préstamo.

—¿Y eso qué es, sino una grosería? ¡El dinero que se presta no se pide!

—¡Ah!—dije, no muy convencido.

—¡No se pide nunca!—repitió mi amigo.

Y, algo más calmado, añadí:

—Verás. Vamos á analizar serenamente la cuestión. ¿No es Gómez amigo tuyo?

—Sí.

—¡Pues á un amigo se le debe hacer un favor, siempre que se pueda!

—Yo se lo hice.

—Pero incompleto. El prestar dinero con la esperanza de que lo devuelvan, no es un favor. Ahora bien, Gómez te pidió esa cantidad porque la necesitaba.

—Claro.

—Luego hizo bien en pedírtela. Y tú se la diste porque la tenías, ¿no es eso?

Asombrado de la intuición de mi amigo, afirmé:

—Sí.

—Bien. Hasta ahora todo es lógico, todo es natural. Más he aquí que tú, al ver que Gómez se olvida de devolverte el dinero, le escribes, le visitas, le espías y te indignas con él. ¡Esto ya no es lógico!

—¿Por qué?—inquirí medrosamente.

—¡Porque no! La costumbre obliga á no devolver nunca el dinero prestado. Así lo hicieron nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos y lo harán nuestros hijos, nuestros nietos y nuestros biznietos. Comprenderás que Gómez, aunque otro fuese su deseo, no puede romper la tradición. El gran edificio social se desmoronaría inmediatamente. ¡Oh, no te burles! La Humanidad vive de préstamos impagados. Gracias á ellos se mantiene en equilibrio; un equilibrio tan complicado y admirable como la gravitación universal. Un solo movimiento en falso bastaría para destruirle. Todas las bocas se abrirían gritando, todas las manos se extenderían pidiendo. ¿Quién es el que no ha prestado dinero en su vida? ¡Y el caos, las tinieblas, la incivilización volvería á nosotros!...

Dijo así mi amigo.

Idéntica conducta siguieron, conforme fueron enterándose de mi canallesco proceder, mis otros amigos.

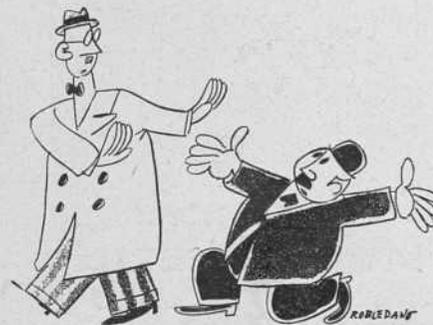
—Ya sabemos lo que intentabas hacer con el pobre Gómez—me recriminó uno de ellos, más explícito que los demás.—Eres un cándido.

Tampoco he logrado el perdón de Gómez. Ha sido inútil que me arrodillase frente á él, con los brazos en cruz y los ojos anegados en lágrimas; ha sido inútil que le invocase nuestra vieja amistad, plena de recuerdos infantiles; sólo he conseguido de él estas palabras, en las que late un desprecio insuperable:

—¡No le conozco á usted! ¡No le conozco á usted, y me alegro de que así sea, porque yo, que nunca he olvidado las santas enseñanzas maternas, he odiado siempre al hombre que, tras de prestar dinero á un amigo, se lo reclama! ¡Aléjese para que mi alma no se contamine!

José SANTUGINI

(Dibujos de Robledano)



¡Aléjese para que mi alma no se contamine!



Gemelos teatro moda.
Impertinentes Luis XVI.
Gafas cristal ZEISS.

Libros nuevos

El estilo gótico en España, por Augusto L. Mayer. He aquí una interesantísima obra, extensa y documentada, del estilo gótico en España.

El autor expone á los amigos é investigadores del arte una época determinada en sus diferentes manifestaciones artísticas, aportando numerosos ejemplos seleccionados. Y ha escogido el período del gótico, porque en él existen todavía una serie de problemas que esperan solución y que son de interés para la historia de este estilo, llamado también ojival en Europa.

El libro abarca, además, el estudio de las creaciones que fueron producidas en suelo español, no solamente por artistas españoles, sino también por alemanes, franceses y flamencos y aun por italianos en la época del gótico.

Espasa-Calpe, S. A.

—*Gambetta*, por Mario García Kohly.

Los que conozcan el gran talento, la vasta cultura de escritor de García Kohly, comprenderán de antemano el interés y la amenidad que ofrece el libro, envuelto en un soplo de amor á la libertad, á la patria y á la democracia, simbolizadas por León Gambetta en los momentos más críticos y más tristes de Francia.

Acaba de publicarse en francés esta obra breve, pero substanciosa, penetrante y elocuente, por el ilustre embajador de Cuba en España, señor García Kohly.

Editions «Le livre libre». Paris, 1929.

CARMEN DE PABLO
SOMBREROS



Ultimos modelos
MADRID SEVILLA
 Alcalá, 66 Tetuán, 5 y 7
 Teléfono 16954

La calle de los millonarios de Nueva York



La reciente catástrofe financiera de Nueva York da actualidad á la adjunta fotografía. Es la *Park Avenue*, donde tienen su domicilio nada menos que 3.000 millonarios de los 4.000 con que contaba dicha capital. Y decimos *contaba* y no *cuenta* porque el reciente *crack* de la Bolsa neoyorquina debe haber rebajado considerablemente el número. Como quiera que sea, y aunque la cifra de inquilinos de la áurea *Park Avenue* haya disminuído en crecida proporción, siquiera sea temporalmente, ello no quita á ese vivero de plutócratas su singular atractivo. Es lo más curioso del caso, que contra la tradicional costumbre de los millonarios neoyorquinos, la mayoría de ellos han desdeñado el vulgar hotel particular y viven en pisos alquilados. Así

ocurre, que en uno de esos rascacielos que flanquean la hermosa avenida, habitan sesenta y cinco felices mortales cuyo capital excede de un millón de dólares.



Un nuevo deporte en Alemania



Un profesor de educación física alemán ha inventado un nuevo aparato deportivo: la «Rhoades», enorme doble rueda de hierro, cuyo objeto es la educación gimnástica de los músculos. El nuevo deporte ha adquirido rápidamente gran boga en Berlín. Nuestro grabado muestra un grupo de estudiantes berlineses practicándolo.

HOTEL ESPAÑA
 Confort moderno
SAN SEBASTIAN



En el mas romanesco sentido de la palabra, en efecto, es un cautivo; lo compran, lo venden... sensible y facil, cede a la mas minima presion de la mano de su dueño, revélase con todos sus secretos y a cada nuevo consentimiento suyo es un encanto de mas que procura...

COLETTE

EL RELOJ "LA CAPTIVE"

*El mas lindo
reloj del mundo*

CYMA

TAVANNES

SE CONSIGUEN EN TODAS LAS GRANDES RELOJERIAS

LA ESCUELA DE LAS COQUETAS



EN Londres acaba de inaugurarse una escuela de maquillaje. Situada en el centro más elegante de la ciudad, cerca de Bond Street, toda mujer *chic* puede aprender allí el arte de pintarse los labios, de darse polvos ó de

ennegrecerse las cejas con arreglo á los últimos dictados de la moda. Adjunta puede verse una fotografía del nuevo Centro docente, al que sus propietarios han puesto el sugestivo título de *La escuela de las coquetas*



la cual es también ideal para combatir los dolores de cabeza, de muelas, de oídos o los que acompañan a las molestias periódicas de las señoras.

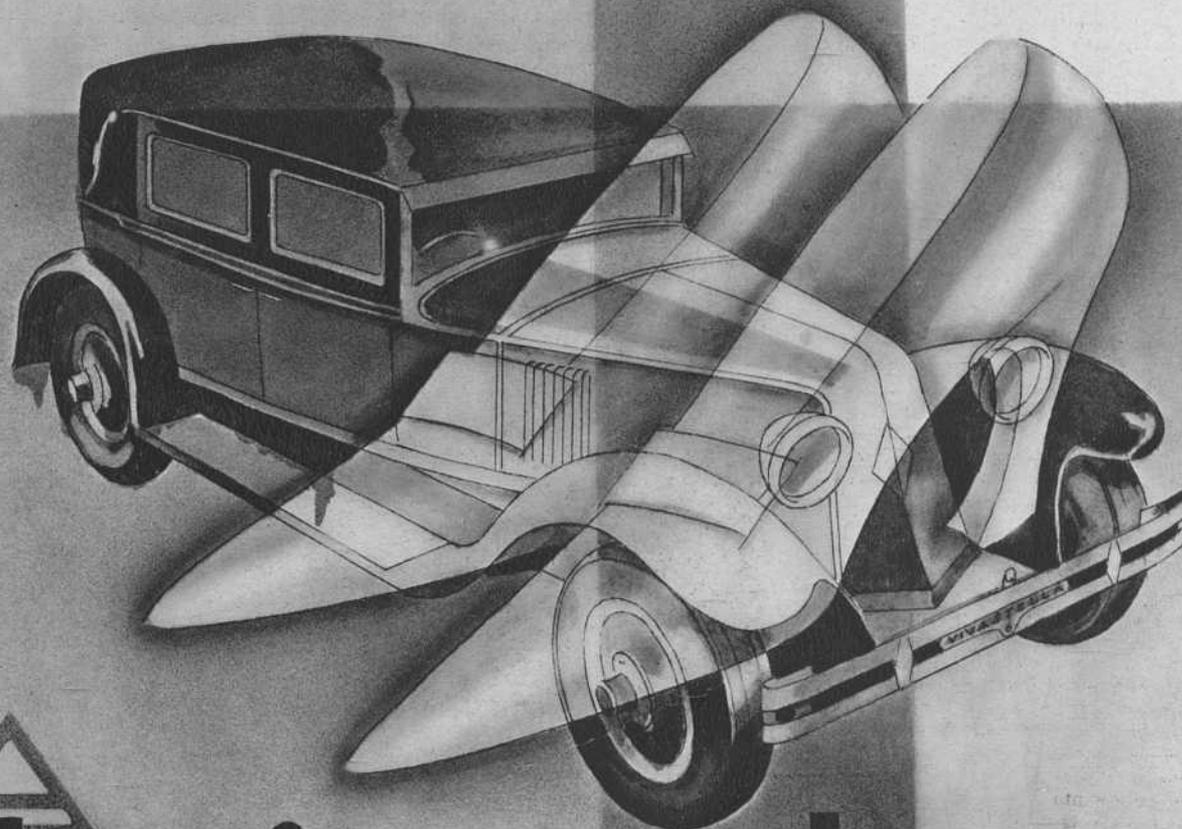
Levanta las fuerzas sin atacar el corazón ni los riñones, aumenta el bienestar y no atonta como otros similares.

Desconfiad de las tabletas sueltas.

¡Oh, esta neuralgia terrible que ha echado por el suelo nuestros bellos proyectos y nos obliga a quedarnos en casa! ¿Pero cómo nos libramos de ella si no hacemos más que lamentarnos? Hay que ser razonables y recurrir al remedio que nos devolverá sin tardar nuestra salud y alegría:

CAFIASPIRINA





El mejor regalo



PUBLICITAS

En cualquier momento es un coche

RENAULT

Puede usted elegir entre sus diversos tipos:

6 cilindros	MONASIX (8 C. V.)	Modelos gran lujo	MONASTELLA (8 C. V.)	4 cilindros: 6 y 10 C. V.
	VIVASIX (15 C. V.) 18 y 40 (C. V.)		y VIVASTELLA (15 C. V.)	

VEAN EL REINASTELLA-RENAULT (32 C. V. 8 cilindros en línea) que es la maravilla del automovilismo. 30 años de constantes perfeccionamientos y de triunfos repetidos son la mejor garantía de la marca **RENAULT**

Pidan pruebas, precios y detalles en la

S. A. E. de Automóviles RENAULT

MADRID

Dirección, Oficinas y Depósito: Avenida Plaza de Toros, 7 y 9.
Salón Exposición: Avenida Pi y Margall, 16.

SEVILLA: Martín Villa, 8 (en La Campana)

SUCURSALES: GRANADA: Gran Vía de Colón, 38 y 40.

VIGO: Velázquez Moreno, 14.

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

LOS «GESTOS» DE LOS ANIMALES INFERIORES

HE aquí que el águila real, el buho y el cárabo, asoman á esta página sus gestos que, sin humorismo, nos atrevemos a calificar de humanos. El águila, reina de los espacios, volátil arrogante de férreas garras y audaces impetus, tiene ahí, ante el objetivo fotográfico, una expresión aguda y rapaz.

El arte de la caricatura, en sus sátiras de los humanos rostros, ha trazado muchas veces gestos como el de ese águila magnífica que tiene su equivalencia humana en las líneas ya clásicas del hombre de perfil duro, rapaz, de usurero, cuyo corvo pico y mirada turbia acecha tesoros ajenos...

Y ved al buho, con su aire sapiente y doctoral de viejo y pedante

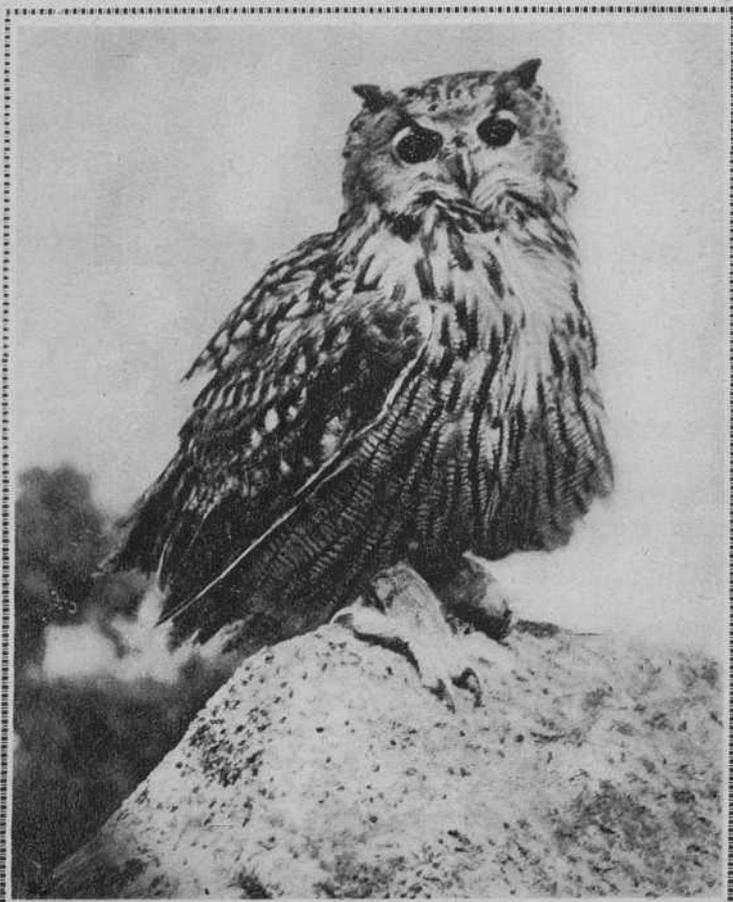


Aguila real

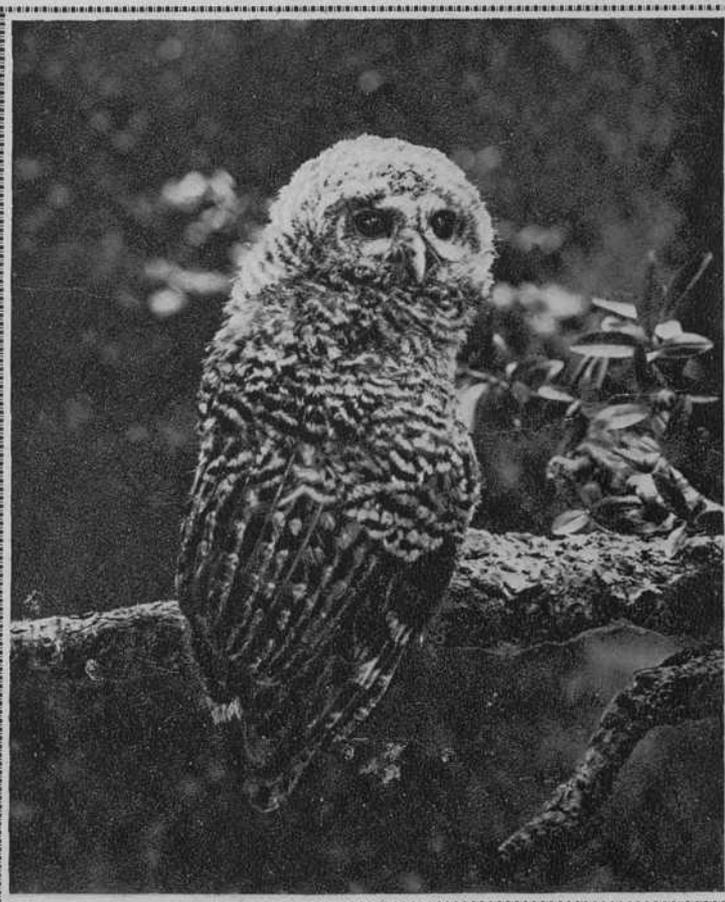
profesor que recela de todo porque cree saber de todo... El buho, sin embargo, pese a su condición inferior, parece haberse engreído demasiado desde que lo elegimos para símbolo de la filosofía...

Pues su primo hermano, el cárabo, tampoco deja nada que desear; aunque menos simbólicamente agraciado que el buho, se desquita mostrando su expresión hosca, fea

y concentrada como la de una viajera pordiosera y llena de desconfianza... Animales inferiores que se desquitan de su inferioridad asemejándose en sus gestos á la pobre humanidad que se cree superior... hasta que la desgracia, ó la pasión, ó el vicio, los hace mostrar, á las claras y en gestos, sus instintos tan cercanos á lo más inferior...



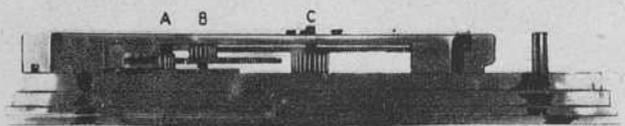
Buho real ó Gran Duque



Cárabo

(Fots. M. G. Llorens)

VULCANN

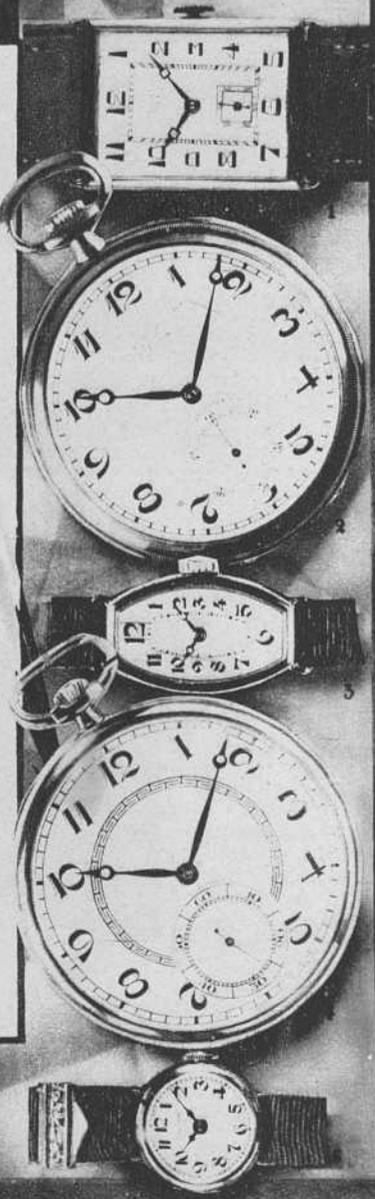


Tipo de rodaje de reloj corriente.



Tipo de rodaje del reloj ultra-plano Nº 301H1.

EL RELOJ EXTRA-PLANO es el más elegante, pero se le ha considerado siempre, con razón, de solidez y exactitud muy dudosas. La causa está en que los rodajes de este tipo de reloj han sido, hasta ahora, excesivamente pequeños. **VULCANN** sin embargo, ha conseguido como se ve en la fotografía, crear un tipo de reloj cuyos rodajes son en realidad más fuertes que los de un reloj ordinario, obteniendo con ello precisión verdaderamente cronométrica, larga duración y elegancia suprema.



ORO de LEY 18K. ~
MODELOS TRUENO NATURAL.



1-381H33 Canto grabado, esfera plateada, ptas. 150 ~ 2-301H28 Forma moneda, canto rayado, asa fantasía, ptas. 375 ~ 3-361H74 Rectangular, esquinas cortadas, esfera plateada, ptas. 175 ~ 4-301H31- Cassolette, esfera plateada con greca esmalte, ptas. 225 ~ 5-361H42 Rectangular, esfera plateada, ptas. 425

1-381H13-Rectangular con esfera plateada, ptas. 180 ~ 2-301H27 Royal, guilloché, greca esmalte en la esfera, ptas. 225 ~ 3-361H75 Tonneau, canto grabado, ptas. 175 ~ 4-301H1- Genève ultra-plano modernísimo, esfera con greca esmalte, ptas. 425 ~ el mismo en oro gris, ptas. 600 ~ 5-361H25 Forma Bassine, esfera plateada, ptas. 385

TRUSTE JOYERO
MADRID
PARIS - S. SEBASTIAN - BILBAO - SEVILLA.

TRUSTE JOYERO
MADRID
RELOJES GARANTIZADOS POR 5 AÑOS.

SIERRA NEVADA



Dos aspectos de la Cañada de las Siete Lagunas

ESTAMOS asistiendo como á un descubrimiento de España. Como á un nuevo hallazgo de sus valores de tradición y de paisaje. Casi podríamos decir que España vive su momento, ante los demás y ante sí misma, ante propios y extraños. Cobran valores nuevos nuestras ciudades, nuestros panoramas, nuestro arte, nuestro tipismo.

Es la hora de la cruzada española, de la hora para rescatar á España del cautiverio de la rutina, de la ignorancia, del desdén y de la incomprensión.

Uno de nuestros mejores paisajes—lo fué siempre, y, lógicamente, adquiere ahora mayor belleza, á la gran luz del nuevo amor—es este de Sierra Nevada, penacho blanco de la tierra granadina. De la be-



La laguna de Vacares, á tres mil cincuenta metros de altura

leza de este paisaje—luz, nieve, cumbre—ha escrito García Sanchiz en su magnífico viaje a España: «Dejándonos saturar, sin sentirlo, de perfumes acres ó ardorosos, entreguémonos á la contemplación. Los horizontes del Generalife, las perspectivas de Granada, concretos y fluidos, tul y espejo, mudos y parlantes, ígneos y nevados, inmensos, pero no fugitivos, ingentes y suaves, con mucho color y más luz, nos envuelven en la bienaventuranza. El estremecimiento nocturno de la vega, algodonosa, trémula de chispazos y de ecos, conmueve hasta el paroxismo.

El paisaje conspira por la noche, y reniega de sus inquietudes en cuanto asoma el sol, supremo narcótico. Esa fué la pérdida de Boabdil.»

AUTOMOVILES
HUDSON & ESSEX
CASTELLANA 12 y MARTINEZ CAMPOS, 39
MADRID

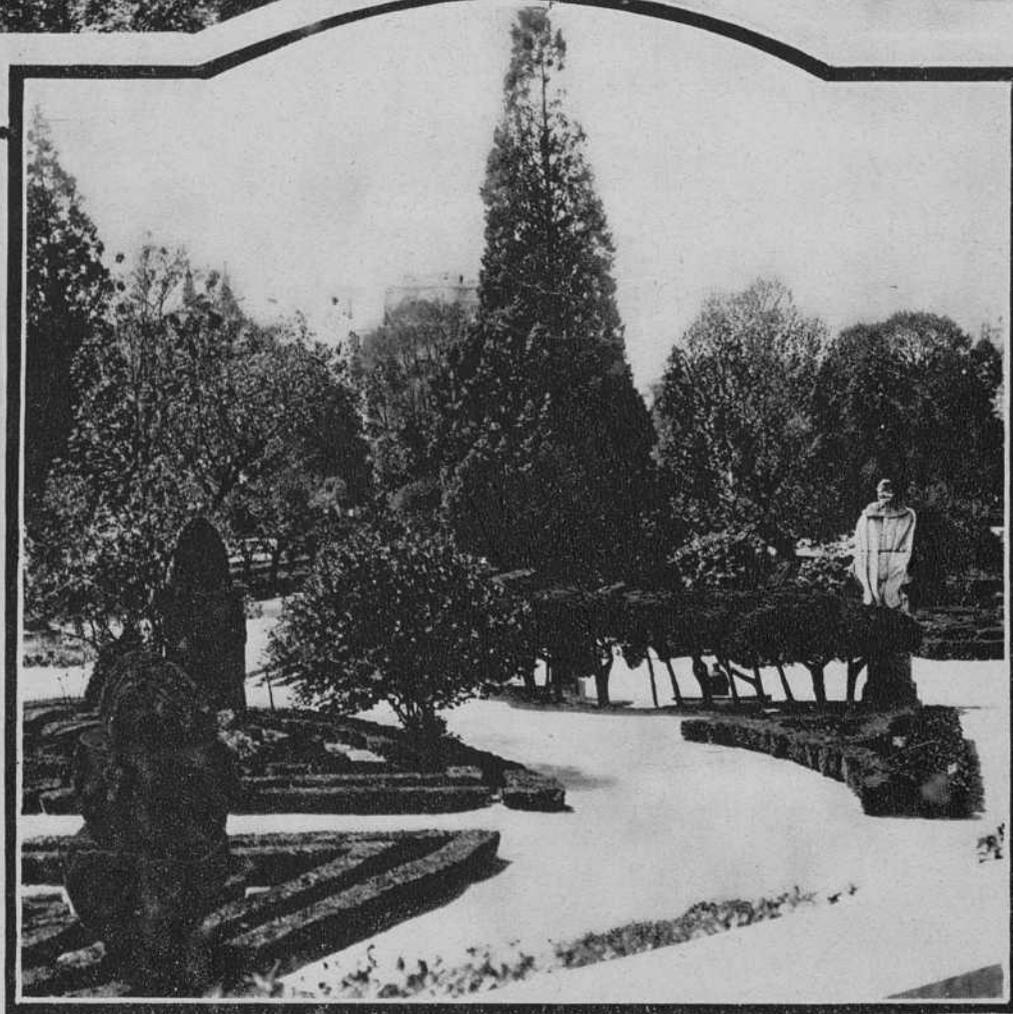


LOS BELLOS JARDINES DE MADRID



Madrid va lentamente logrando, ya que sus características urbanas no le permiten aumentar sus jardines, al menos embellecerlos y perfeccionarlos, dotándolos cada día de nuevos atractivos. Entre los Parques madrileños, el Retiro, por su extensión y por su situación en el centro casi de la ciudad, es uno de los más frecuentados, y por consecuencia mejor atendidos por el Municipio cortésano.

Dentro del Parque de Madrid, el Parterre, del que reproducimos dos bellas perspectivas, es



uno de los sitios predilectos, sobre todo para los niños. Atendiendo al recreo de sus asiduos visitantes, en el Parterre se ha instalado recientemente un hermoso mapa en relieve de España y una biblioteca infantil con depósito de juguetes, de los que así como de los libros pueden hacer uso gratuito los niños. Estas loables mejoras, en que se unen felizmente la diversión y el estímulo al estudio, uniéndolos con arreglo al concepto de la moderna Pedagogía, es uno de los mejores alicientes del hermoso Parque madrileño.



ШОЧАННО

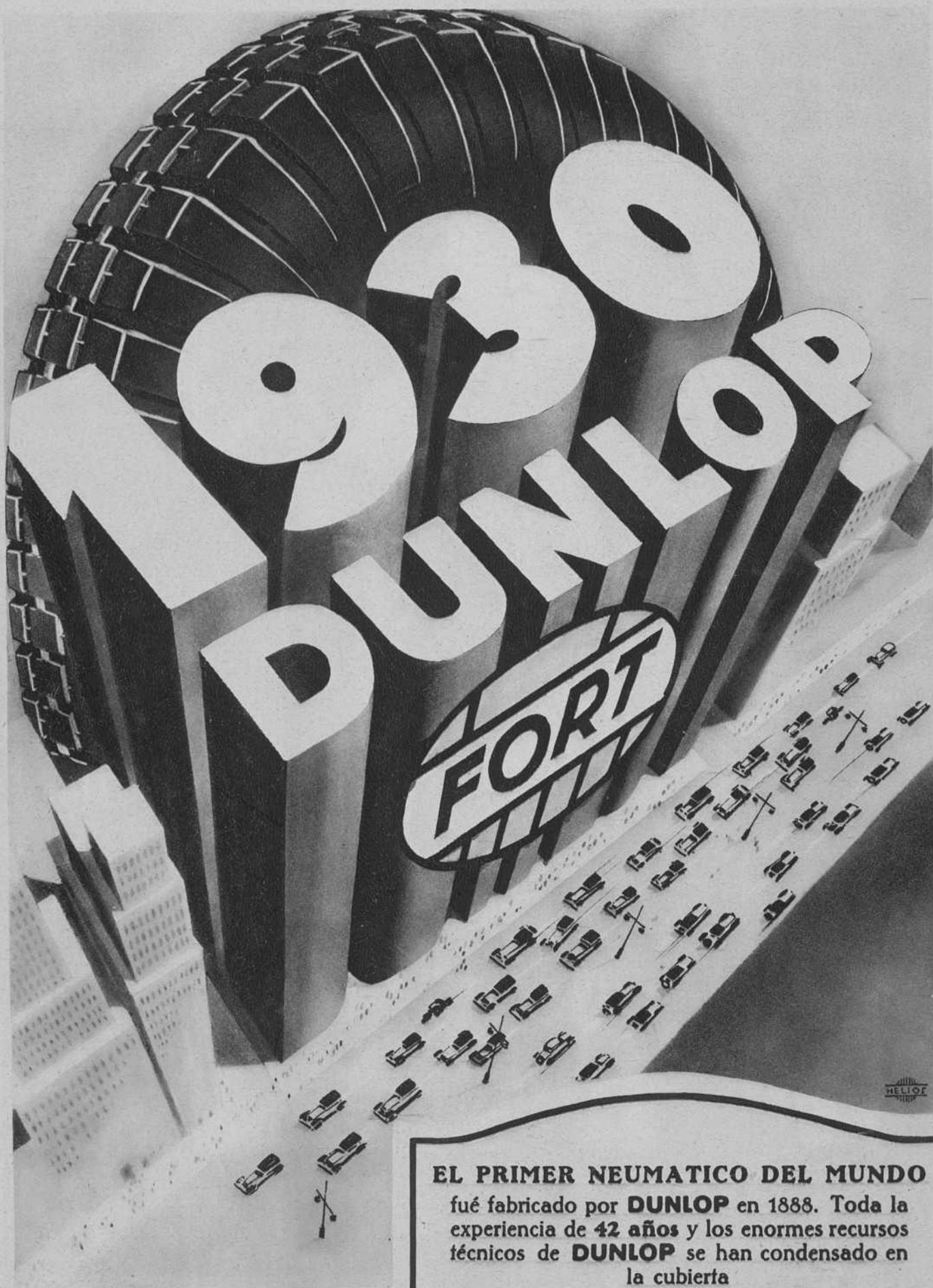
TIME TO RETIRE
GET A FISK

FISK

COMPañIA ESPAÑOLA DEL NEUMATICO FISK S. A.

CASA CENTRAL:
ALBERTO AGUILERA Nº 7
MADRID

SUCURSAL:
AV. DE ALFONSO XIII, 383
BARCELONA



DUNLOP

SOCIEDAD ANÓNIMA ESPAÑOLA
MADRID BARCELONA SEVILLA

EL PRIMER NEUMATICO DEL MUNDO

fué fabricado por **DUNLOP** en 1888. Toda la experiencia de 42 años y los enormes recursos técnicos de **DUNLOP** se han condensado en la cubierta

FORT DUNLOP

que hoy continua siendo

EL PRIMER NEUMATICO DEL MUNDO



COMPOSICIÓN

Azúcar leche b, cinco ctgr.; extrac. regaliz, cinco ctgr.; extrac. diacodio, tres miligramos; extrac. medula vaca, tres miligramos; gomenol, cinco milig.; acúcar mentoanisado, cantidad suficiente para una pastilla.



Pastillas Aspaimé

Curan radicalmente la TOS porque combaten sus causas

Catarros, Ronqueras, Anginas, Laringitis, Bronquitis, Tuberculosis pulmonar, Asma y todas las afecciones en general de la Garganta, Bronquios y Pulmones

Las **PASTILLAS ASPAIME** superan á todas las conocidas, por su composición, que no puede ser más racional y científica, gusto agradable y el ser las únicas en que está resuelto el trascendental problema de los medicamentos balsámicos y volátiles, que se conservan indefinidamente y mantienen íntegras sus maravillosas propiedades medicinales para combatir, de una manera constante, rápida y eficaz, las enfermedades de las VIAS RESPIRATORIAS, que son la causa de TOS y SOFOCACION.

*Las PASTILLAS ASPAIME son las recetadas por los médicos
Las PASTILLAS ASPAIME son las preferidas por los pacientes*

Exigid siempre las legítimas PASTILLAS ASPAIME y no admitir sustituciones interesadas, de escasos ó nulos resultados

Las **PASTILLAS ASPAIME** se venden á UNA PESETA CAJA en las principales farmacias y droguerías, entregánlose, al mismo tiempo, gratuitamente, una de muestra, muy cómoda para llevar en el bolsillo.

Especialidad farmacéutica del Laboratorio Sokatarg

Oficinas: Calle del Ter, 16, Barcelona.—Teléfono 50791.

Las PASTILLAS ASPAIME se venden á UNA PESETA CAJA en las principales farmacias y droguerías de España, Portugal y América.



Nota importantísima: Para demostrar y convencer que los rápidos y satisfactorios resultados para curar la TOS, mediante las PASTILLAS ASPAIME, no son posibles con sus similares, y que no hay actualmente otras pastillas que puedan superarlas, el Laboratorio Sokatarg manda gratis una cajita muestra de «Pastillas Aspaimé» á los que le envíen el recorte de este anuncio, acompañado de un sello de cinco céntimos, todo dentro de sobre franqueado con dos céntimos.



URALITA

BARCELONA

:-: MADRID :-:

El mejor material para techar :-: La mejor TUBERIA para conducciones á presión.

ROLDÁN

**CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS
PARA NOVIA**

Fuencarral, 85 MADRID
Teléfono 13443



SMITH PREMIER

MÁQUINAS ESCRIBIR PARA
OFICINA - VIAJE - CONTABILIDAD
:-: Catálogos y demostraciones gratis :-:
.....
CALCULADORAS MARCHANT
.....

A. PERIQUET Y C.º
Piamonte, 23 — Caballero de Gracia, 14
MADRID

OCCASION
Máquinas procedentes de cambios, desde 75 pesetas
y á plazos de 25 pesetas mes.

Los mejores retratos y ampliaciones **Díaz Casariego**
Fernando VI, 5, planta baja. - MADRID

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

J. RUIZ VERNACCI

(ANTIGUA CASA LAURENT)

Carrera de San Jerónimo, 53
TEL. 54645

— MADRID —

MÁS DE 60.000 CLICHÉS DE ARTE ESPAÑOL ANTIGUO Y MODERNO

Pintura + Escultura + Arquitectura + Distas + Costumbres + Tipos + Tapices + Muebles + Armaduras de la Real Casa + Ampliaciones + + Diapositivas, etc. + +

GRABADOS EN NEGRO Y COLO MARCOS TRICROMÍAS Y LIBRERÍA DE ART.



Obra nueva del Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.— Quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos.— Un tomo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable obra de las 30 ya publicadas por este polígrafo, está hecho con sólo reproducir su índice, á saber:

Prefacio.—El Edipo humano, eterno peregrino.— Los epiciclos de Hiparco y los «ciclos» religiosos.— Las hipótesis.— Kaos-Theos-Cosmos.— Complejidad de la humana psiquis.— Más sobre los siete principios humanos.— El cuerpo mental.— El cuerpo causal.— La supervivencia.— La muerte y el más allá de la muerte.— Realidades «post mortem»: la Huestia-Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor (calle del Buen Suceso, número 18 dupl.º) y en las principales librerías.

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO DELGADOSE PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

VELLUDAS

Tratamiento inofensivo, garantizado, con el EXTIRPADOR DOCTOR BERENGUER, por su señora y señoritas ó vosotras mismas. Gasto para siempre, 15 pesetas. Por correo, 16. SAN ANDRES, 29, 2.º IZQUIERDA, MADRID. Farmacia Gayoso, Arenal, 2; Almacenes de J. Martín, Alcalá, 9, y en todas partes y Centros. Para la cara, cuello, brazos, manos y piernas, no tiene rival.

Señoras Caballeros!!



Preparación científica registrada en la Dirección General de Sanidad. Elimina la caspa y grasa, desobstruye los poros del cuero cabelludo, excita los tejidos pilosos, detiene la caída del cabello y ONDULA primorosamente el pelo. Deliciosamente perfumado.

Precios: 5,75 y 10,25 frasco.



Venta en todas partes: En Cuba, D. Graciano Daguerre. Apartado 74, GIBARA (Oriente).—En Mejilla, Comercial Farmacéutica, Miguel Zazo, 17.

Hotel Universo Y Cuatro Naciones

ZARAGOZA



Restaurant de primer orden

Ascensor eléctrico * Calefacción á vapor * Agua corriente, fría y caliente
Habitaciones con baño * Autobús en las estaciones

GRANDES SALONES PARA BANQUETES



CURE SU HERNIA

Por la acción persistente de su voluntad poderosa. Utilice nuestro REDUCTIVO-OBTURADOR SANY, y en un período relativo habrá alcanzado su anhelo de ser nuevamente un hombre perfecto. Con la misma sencillez que se cierra un corte, usted puede unir el distanciamiento de su membrana. Pida folleto, adjuntando sello de Correo 0,35, á

INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Alemany, Canuda, 7, Barcelona

Lea usted **NUEVO MUNDO**

SOCIEDAD LA ARTÍSTICA (LIMITADA)

MANUFACTURAS
DE HOJA DE LATA
Y AROS DE GOMA PARA
BOTES DE CONSERVAS

OFICINA Y TALLERES:
BARRIO DE COYA

VIGO (España)

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

REPRODUCCIONES DE ARTE ESCULTORICO

La Venus Arles y
centenares de otras repro-
ducciones auténticas de la
estatuaria clásica griega ó la-
tina y motivos ornamentales
de todos los estilos y épocas
constituyen nuestras galerías
de arte

Nuestras reproducciones, pa-
tinadas ó sin patinar, se con-
feccionan en yeso, pasta, pie-
dra artificial y terra-cotta,
tanto para la decoración de
interiores como para la or-
namentación de parques y
jardines

Pidansenos catálogos, verdaderas referencias
de arte, que mandaremos junto con lista de
precios, contra 2 pesetas en sellos de Correos



VENUS ARLES, LOUVRE, PARÍS
REPRODUCCIÓN EMPLAZADA EN LA ESCALINATA
DEL PALACIO NACIONAL EN LA EXPOSICIÓN
DE BARCELONA

LENA, S. A.

Fábricas en Ripollet (Barcelona)

Exposición y ventas:
CALLE CONDE ASALTO, NUM. 23.—BARCELONA

¡ S O R D O S !

Oíréis todos con el nuevo aparato, casi invisible ¡Útima creación
de la Ciencia! Escribid con sello 50 céntimos para recibir folleto.
IBERICA ELECTRO-COMERCIAL, S. A., Industria, 205, Barcelona.

Fuera canas. Brillantina India

Sin teñirlas
ni arrancarlas



(Sin grasa)
Gran invento

Único artículo que, sin teñir, hace desaparecer las canas, devolviendo al cabello su color primitivo, ó hace que no salgan si se empieza á usar antes de teñirlas, proporcionándole el jugo necesario, sin el cual pierde su color. Compuesto de raíces y hierbas indias aromáticas. Inofensivo. Garantizado. Conserva muy bien el rizado natural ó artificial del cabello. Premiado en la Exposición de higiene. Exijase en la etiqueta la figura de la india. MARCA REGISTRADA. Precio en España, 5 pesetas frasco, en Perfumerías y Droguerías. Por mayor, JOSE BARREIRA, calle de Muñoz Torrero, nº. 6, MADRID, y en los principales almacenes.

PRENSA GRAFICA

(S. A.)

Hermosilla, 57. - Madrid

Apartado de Correos 571. - Teléfonos 50009 y 51017



EDITORA DE

Mundo Gráfico * Nuevo Mundo

La Esfera * Crónica

PRECIOS DE SUSCRIPCION (Pago anticipado)

Mundo Gráfico

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y
Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 15
Seis meses..... 8
Trimestre..... 5

América, Filipinas
y Portugal:

Un año..... 18
Seis meses..... 10
Trimestre..... 6

Francia y Alemania:

Un año..... 24
Seis meses..... 13
Trimestre..... 7

Para los demás Países:

Un año..... 32
Seis meses..... 18
Trimestre..... 10

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y
Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 25
Seis meses..... 15
Trimestre..... 8

América, Filipinas
y Portugal:

Un año..... 28
Seis meses..... 16
Trimestre..... 9

Francia y Alemania:

Un año..... 40
Seis meses..... 25
Trimestre..... 13

Para los demás Países:

Un año..... 50
Seis meses..... 30
Trimestre..... 16

La Esfera

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y
Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 50
Seis meses..... 30
Trimestre..... 16

América, Filipinas
y Portugal:

Un año..... 55
Seis meses..... 35
Trimestre..... 18

Francia y Alemania:

Un año..... 70
Seis meses..... 40
Trimestre..... 21

Para los demás Países:

Un año..... 85
Seis meses..... 45
Trimestre..... 23

Crónica

(APARECE TODOS LOS DOMINGOS)

Madrid, Provincias y
Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 10
Seis meses..... 6
Trimestre..... 3

América, Filipinas
y Portugal:

Un año..... 11
Seis meses..... 6,50
Trimestre..... 3,25

Francia y Alemania:

Un año..... 15
Seis meses..... 8,50
Trimestre..... 4,25

Para los demás Países:

Un año..... 21
Seis meses..... 11
Trimestre..... 5,50

Oficinas y salón de lectura de Prensa Gráfica en New-York:
HOTEL ANSONIA, Dep. 1.502. - BROADWAY

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumania, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

¡INTERESANTE A LAS SEÑORAS!

Hermosas pestañas tendrán ustedes en pocos días usando el invento VAZQUEZ. Fuese pedirlo en la Perfumería Inglesa; Alcohólera, Carmen, 10; Ideal Bouquet, Príncipe, 15, y en la del autor, San Onofre, 6

¿Se siente usted DECAIDO?

Nerviosidad, falta de energías, fatiga al menor esfuerzo, entorpecimiento mental, son indicios de un quebranto de la salud que puede ser grave. Para evitarlo, necesita el organismo un tónico de probada eficacia.

Tal es el Jarabe de Fellows, preparación científica que muchos médicos eminentes en el mundo entero recomiendan y recetan desde hace más de medio siglo.

Tome
JARABE Tómelo, y fíjese como re-
de nacen todas sus energías.

FELLOWS



CANA

AGUA DE COLONIA
HIGIENICA
LA CARMELA
ELABORACION ESPECIAL
LOPEZ CARO

Invento Maravilloso
para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

ANUNCIO: V. PEREZ.



¡Siempre esbelta!...

Para evitar la dilatación excesiva de los tejidos (vientre) usted debe usar el ceñidor GLAXIS. Confeccionado al telar en combinación elástica de resistencia. Substituye con ventaja al corsé. Peso pluma. Por esta característica no le ocasionará la menor molestia

Pida folleto, adjuntando sello de Correo 0.35, á
INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Alemany. Canuda, 7.-Barcelona.

WALKEN Estudio de arte fotográfico
SEVILLA, 16

ARTICULOS PARA REGALO
RECOLETOS. 8
C. GALAN
Gran surtido en
últimas novedades

LEA UD. TODOS LOS DOMINGOS

crónica

REVISTA GRÁFICA DE LA SEMANA

20 cénts. ejemplar en toda España

PUBLICITAS

*desea un año
próspero a su distin-
guida clientela y
amigos.*



*Cuando vea un anuncio
que destaque entre los
demás, fijese: debe ir
firmado así:*

PUBLICITAS

Ad^a CONDE PEÑALVER, 13 MADRID



CAMISERIA DE CALIDAD

SOLO CON DISTINTIVO

Madofa

EXIJA ESTA ETIQUETA TRICOLOR EN

**CAMISAS
CORBATAS**

CUELLOS SIMPLEX

” ← SUPPLEX →

” DUPLEX

” FLEXIBLES

Madofa

UNICA QUE LE DARA SATISFACCION
CORBATAS-CHEVALIER

DISTINCIÓN
en el vestir, es lo
que todo hombre
desea.

**COMODO
SENCILLO
ELEGANTE
INENCOGIBLE
INARRUGABLE
ECONOMICO**

Una de las prendas que acreditan ser una persona cuidadosa es el cuello.

Un cuello perfecto, liso, que no se arrugue, hace del hombre una persona "chic".

Esto y mucho más lo logrará exigiendo a su camisero que le entregue el acreditado

SIMPLEX CAMPEON

PUBLICITAS

SIMPLEX "CAMPEON"

UNICAMENTE
SIMPLEX

FABRICANTES MANUFACTURAS DOMINGO FABREGAS S.A. BARCELONA
CASA FUNDADA EN EL AÑO 1888